

EL MUNDO INCONMENSURABLE

WILLIAM ATKINS

Viajes por lugares desérticos



Lectulandia

Una tercera parte de la superficie terrestre está ocupada por desiertos, lugares inhóspitos y desolados que han cautivado a la humanidad desde el comienzo de la Historia. Desde los profetas de la Biblia hasta Marco Polo, desde Lawrence de Arabia hasta Gertrude Bell, los viajeros han encontrado en estas áridas extensiones lugares malditos que debían evitarse, o cruzarse lo más rápido posible. Pero para aquellos que han hecho de los desiertos su hogar, el «espantoso vacío» descrito por los exploradores es rico en recursos y significado.

William Atkins decidió emprender una travesía por ocho grandes desiertos de cinco continentes: su viaje le llevó del Cuarto Vacío de Arabia Saudí a los lugares donde se llevan a cabo pruebas nucleares en Australia, del desecado mar de Aral en Kazajistán a las volátiles dunas del noroeste de China, de las disputadas fronteras del desierto de Sonora al desenfrenado festival Burning Man en el Black Rock de Nevada o a los monasterios ancestrales del desierto Oriental de Egipto. Atkins pone luz sobre las gentes, la historia, la topografía y el simbolismo de estos lugares extraordinarios (y a menudo conflictivos) en una obra que, galardonada con el Stanford Dolman Writing Award, está destinada a convertirse en un clásico de la literatura de viajes.

William Atkins

El mundo inconmensurable

ePub r1.0

Titivillus 09.05.2024

Título original: *The Immeasurable World*
William Atkins, 2018
Traducción: Luis Murillo Fort

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El mundo inconmensurable](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1 LA BIBLIOTECA DE DESIERTOS El Cuarto Vacío, Omán](#)

[Mapas01](#)

[Texto01](#)

[2 CAMPO DE TRUENOS El Gran Desierto de Victoria \(Australia\)](#)

[Mapas02](#)

[Texto02](#)

[3 AGITADORES Los desiertos de Gobi y Taklamakán \(China\)](#)

[Mapas03](#)

[Texto03](#)

[4 ESTURIÓN BASTARDO El Aralkum \(Kazajistán\)](#)

[Mapas04](#)

[Texto04](#)

[5 ENTRE GRANDES INCENDIOS El desierto de Sonora \(Estados Unidos\)](#)

[Mapas05](#)

[Texto05](#)

[6 MATERIA FUERA DE LUGAR El desierto de Black Rock \(Estados Unidos\)](#)

[Mapas06](#)

[Texto06](#)

[7 LA MONTAÑA INTERIOR El desierto Oriental \(Egipto\)](#)

[Mapas07](#)

[Texto07](#)

[Bibliografía](#)

[General](#)

[1. La biblioteca de desiertos: el cuarto vacío \(Omán\)](#)

[2. Campo de truenos: el gran desierto de Victoria \(Australia\)](#)

[3. Agitadores: los desiertos de Gobi y Taklamakán \(China\)](#)

[4. Esturión bastardo: El Aralkum \(Kazajistán\)](#)

[5. Entre grandes incendios: el desierto de Sonora \(Estados Unidos\)](#)

[6. Materia fuera de lugar: el desierto de Black Rock \(Estados Unidos\)](#)

[7. La montaña interior: el desierto Oriental \(Egipto\)](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)





Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas [...]. ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. ¡Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha!

CERVANTES, *Don Quijote*

Prólogo

Era la noche de la luna de sangre. El término fue acuñado por milenaristas del llamado Cinturón de la Biblia para quienes dicho fenómeno —un eclipse lunar en que la luna se encuentra en su perigeo y, por tanto, agrandada y rosa— anunciaba el Armagedón. Joel 2, 31: «Se oscurecerá el sol, y se teñirá de sangre la luna, antes de que llegue el día grande y terrible de Jehová». Fue por chiripa, pero estaba a punto de disfrutar de una de las mejores vistas sobre la tierra. Ignorante de mí, me esperaba una luna roja además de grande, aparte de eclipsada, de ahí que cuando apareció, más ascuas que sangre, me sentí decepcionado; tan decepcionado como pueda estarlo uno ante una luna llena recién salida.

Para cuando hube rehidratado los fideos chinos y servido mi ración diaria de vino, la luna ya había pasado de un rosa grisáceo a su blanco de costumbre, como una huella dactilar sobre cristal, y todos los cactus y todos los arbustos, así como la cabaña hecha con balas de paja, habían generado una sombra dura y exclusiva. Pensé que la principal característica de la noche en el desierto no era la oscuridad, sino esa luz que no era la del sol.

La cabaña está en lo alto de un cerro sobre el río San Pedro, sesenta kilómetros al este de Tucson (Arizona). Tiene una sola habitación de unos tres metros por cinco, con una puerta que mira al nordeste. En las otras tres paredes hay sendas ventanas provistas de mosquitera. Es agradable abrirlas a la brisa vespertina, pero durante el día permanecen cerradas para que no entre el calor. Por dentro, las paredes están enyesadas de cualquier manera y tienen grietas. El suelo es de tierra apisonada y hay dos alfombras que los ratones han mordisqueado a conciencia. Muebles: un armarito para utensilios de cocina; una cama metálica plegable con su colchón; una mesa de pino y sillas a juego; y un baúl del siglo pasado con su chapa de hierro, en su interior

mantas mexicanas, pilas, un botiquín de primeros auxilios y docenas de velas. La mesa parece un altar, presidida como está la mayor parte del tiempo por un quinqué y una botella de Cabernet Merlot con tapón de rosca (8,99 \$ en Trader Joe's).

Cada una de las cuatro ventanas (en la puerta hay una pequeña) da a un monte atiborrado de mezquite, paloverde, gobernadora, ocotillo, nopal, asiento de suegra y sahuaro, este último el cactus característico de la región, y de las películas de vaqueros. Son los «candelabros» gigantes de los sahuaros lo que rompe la línea de cada ladera, proporcionando así un punto de referencia. El más alto en muchos kilómetros está justo al lado de la cabaña. Desde la ventana que mira al sudoeste se puede ver la sierra del Rincón, precedida por la de Little Rincon, que baja hasta el valle del río San Pedro, y las escasas viviendas de la comunidad rural de Cascabel a diez kilómetros de distancia. Cuando el sol sale a mi espalda, un filo de luz cae desde los lejanos picos de la Rincón, pasa por las estribaciones de la sierra y corre hacia mí por la llanura aluvial hasta que, lentamente, como un río de lava, el umbral donde coinciden luz y sombra se aproxima a la cabaña... y ¡ahí está! La caricia del sol en la nuca y mi larga sombra extendiéndose delante de mí.

Cada mañana, de un gancho clavado en una viga, cuelgo una vasija de agua utilizando un pulpo, y a eso de las seis de la tarde el agua está ya lo bastante caliente para darse una ducha. En el lado opuesto de la cabaña, donde hay más sombra, está la cisterna de doscientos litros de donde obtengo toda el agua, emplazada sobre un lecho de piedras y protegida del sol por costillas de sahuaro sujetadas con alambre.

El cerro separa dos torrentes (secos salvo en caso de un aguacero ocasional): uno es ancho y poco profundo; el otro es hondo y angosto, lo que aquí llaman un *arroyo*. El cerro se eleva al nordeste; como a media altura, y a una treintena de metros de mi puerta, hay un doble bastidor de madera en el que se han metido dos tableros cuadrados idénticos, pintados de rojo por una cara y de blanco por la otra. Al atardecer, antes de la ducha, aunque no siempre me acuerde de hacerlo, enfilo la cuesta por un sendero señalado con piedras a derecha e izquierda, retiro los tableros, les doy la vuelta y los meto de nuevo en su bastidor. Desde el cerro próximo a su casa, cerca del San Pedro, mi amigo Daniel echa un vistazo cada mañana con sus prismáticos (no siempre se acuerda de hacerlo); si ve que pasan un par de días y los tableros están igual, vendrá a comprobar que me encuentro bien.

Hay unos cuantos libros en la cabaña: una historia natural del desierto de Sonora y un volumen sobre los animales peligrosos de la región, todos ellos

más que dispuestos —cabría deducir— a picarte, morderte, machacarte o chamuscarte con su aliento abrasador. Mi contribución a la biblioteca es una edición facsímil en tapa blanda de *The Desert*, escrito por John C. Van Dyke en 1901. Es la historia de un hombre que viaja, solo, por el desierto sonoreño, un viaje realizado mayormente en 1898, aunque el itinerario no está muy claro. Van Dyke era un experto en historia del arte, pero muy poco fiable en todo lo demás. Helo aquí, al muy bruto, hablando sobre el tema del agua y la comida: «Cualquier atleta y cualquier indio os dirán que es mejor viajar sin. Ambas son cosas buenas al final del trayecto, pero no al principio». A los crócalos los describe como «indolentes». Caza lobos grises en California, donde no hay ni uno solo, y canta alabanzas de las flores moradas del sahuaro, que en realidad son blancas (aunque los frutos son colorados). Advertido de ciertos errores por un bienintencionado ecologista, Van Dyke tuvo a bien reconocer las equivocaciones, prometió corregirlas en futuras ediciones del libro —*The Desert* gozó de larga vida—, pero que se sepa no hizo el menor esfuerzo por enmendarlas. Una nota al final del manuscrito de su autobiografía deja bien claro su propósito: «describir el desierto desde un punto de vista estético, no científico».

Ya no duermo en la cabaña. Después de la ducha vespertina, saco el catre al claro que hay frente a la puerta y así no me molestan las lagartijas que rondan por el tejado; mejor dicho, el ruido que producen queda mitigado por el estruendo del desierto en la noche. Levanto las patas de la cama y meto debajo recipientes con agua —tazones metálicos, una fuente de madera, una cazuela— para que no se me acerquen las chinches besuconas ni los escorpiones. Coloco las dos sillas junto a la cama, una a los pies y otra al lado de la cabeza, y pongo quinqués encima. Entre ambas, una hilera de media docena de velas recorre el suelo. Por la mañana, la cera endurecida en torno a la mecha está negra de insectos voladores. Dentro de este perímetro iluminado duermo mejor que nunca en los últimos meses, lo cual tampoco es decir mucho. Cuando me despierta el zumbido de las cigarras, o el aullido de un coyote, experimento un peso de tranquilidad que es casi como una confortable colcha. Llámenlo la paz del moribundo, si se tercia.

Por la tarde, cuando primero el aire se pone caliente como un horno y luego no te deja hacer nada que no sea sentarte a la sombra de la cabaña envuelto en un paño húmedo, trato de recordar la letra de aquella canción:

Iba un pastor por el monte solo...

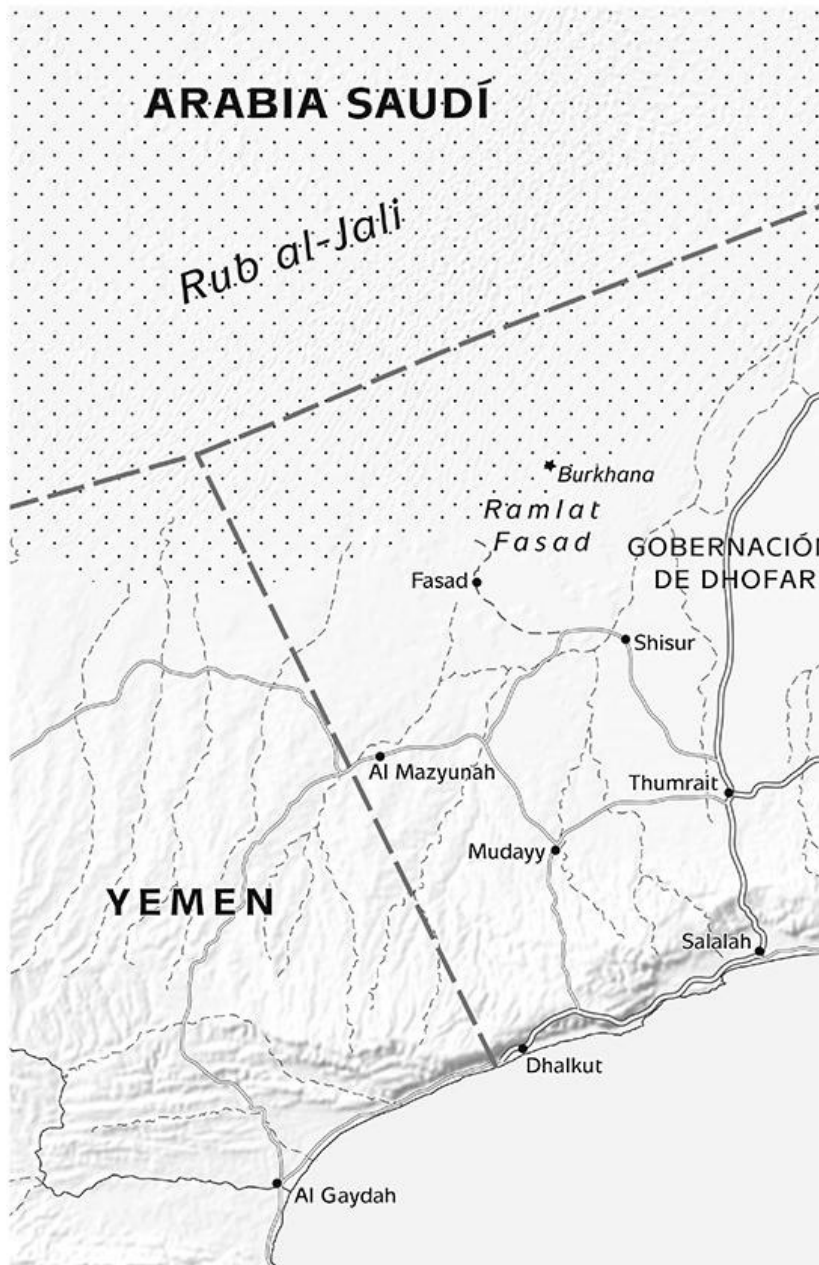
Una mocita escuchó al cabrero...

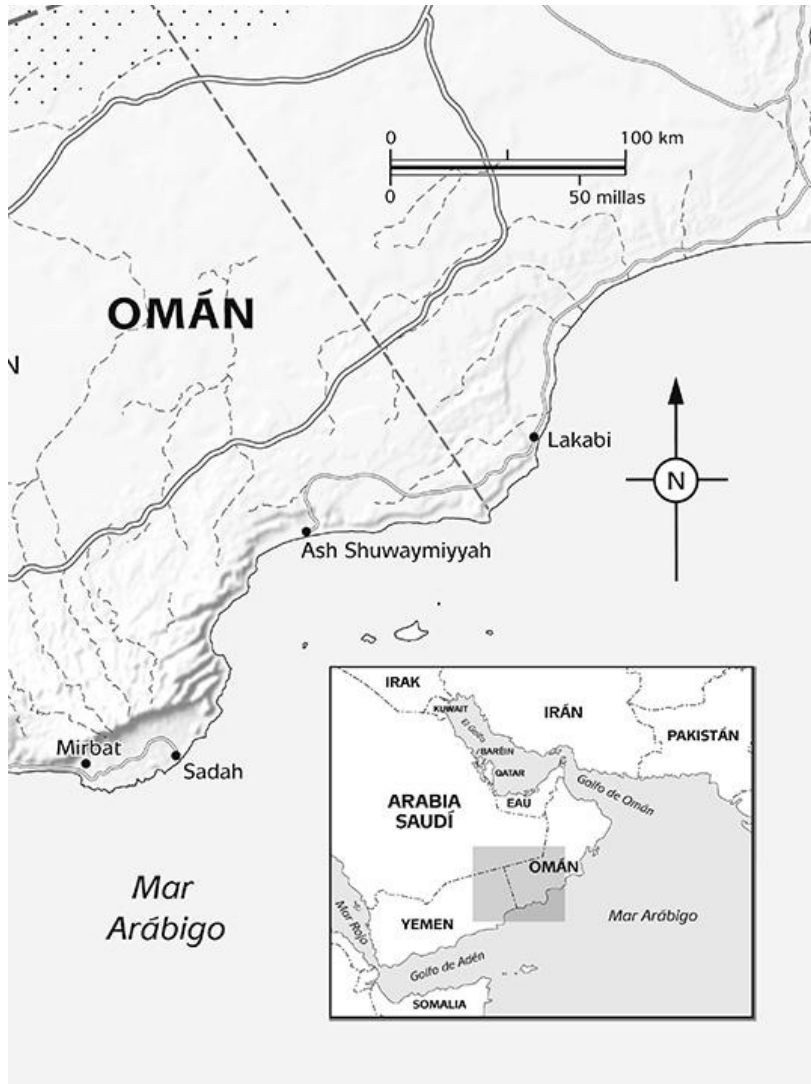
Es lo que hago principalmente por la tarde: recordar la letra. Y día a día, las palabras van volviendo a mi cabeza pese a que hace un año o más que oí la canción por última vez, en un móvil Samsung medio roto al borde del Peor Desierto de la Tierra, mientras hacia el norte tenía lugar una matanza.

1

LA BIBLIOTECA DE DESIERTOS

El Cuarto Vacío, Omán





Parece que haya pasado un siglo. La mujer con quien había vivido durante cuatro años se había ido a trabajar al extranjero. Yo no iba a ir con ella. El verano anterior, por gajes de la investigación, había pasado yo una semana con unos monjes cistercienses cerca de Dartmoor, en el sudoeste de Inglaterra. Asistía a cada uno de los oficios de la abadía —maitines a las 5:45, laudes una hora más tarde, misa a las 8, vísperas a las 6 de la tarde, completas a las 9— y tomaba las comidas en el refectorio. Conforme pasaban los días, cada oficio se volvía indiferenciable del siguiente. Me sentaba junto al ventanal de mi habitación y de vez en cuando miraba al exterior siguiendo las evoluciones de los vencejos sobre el tejado del claustro. Cuando sonaba la campana, dejaba el libro que estuviera leyendo en ese momento y bajaba solo por la larga escalera de piedra, tres tramos, para esperar en la capilla a que entraran los doce monjes uno detrás de otro y ocuparan sus puestos a lo largo de los muros de cada lado. Yo me quedaba al fondo y escuchaba el canto gregoriano.

Fue en la biblioteca del monasterio donde comprendí la relación entre la vida monástica y el desierto. Hacía una pila de libros y me los subía a mi celda y pasaba el tiempo entre oficio y oficio absorto en la lectura. Así fue como conocí a los Padres del Desierto, solitarios del Alto Egipto en los siglos III y IV, en especial a san Antonio. Había nacido en el 251 d. C. y era hijo de una acaudalada familia cristiana. A la edad de diecinueve años, poco después de morir sus padres, pasaba un día frente a un templo y oyó las palabras de Mateo 19, 21: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres». Así lo hizo Antonio, y metió a su hermana pequeña en un convento. Renunciar a tus posesiones, apartar de tu vida a aquellos a quienes amas: esos son los primeros actos de un monje, pero se podría decir también que son consecuentes con el luto.

Las descripciones artísticas de san Antonio —«la estrella del desierto»— abarcan dos categorías, cada una de las cuales ilustra una escena importante en la vida del santo: la primera le muestra con noventa y tantos años, cuando conoce al moribundo san Pablo tras haber andado cincuenta kilómetros desde su cueva en la falda meridional del monte Galala, en Egipto. Es la escena que pinta Velázquez en su *San Antonio Abad y san Pablo ermitaño*: el santo en plena agonía, más blanca su barba que la de su compañero, sentado en un saliente rocoso, las manos unidas en actitud de oración, mientras Antonio le observa impresionado. Un cuervo desciende sobre las cabezas de ambos con una hogaza de pan en el pico.



San Antonio Abad y San Pablo ermitaño, litografía de F. Blanchar a partir de J. de Madrazo y este a partir de Velázquez.

En todas las imágenes de san Antonio y san Pablo aparece el pájaro, cuya sola presencia identifica a las figuras humanas. El otro escenario en el que se representa a san Antonio muestra un período anterior, y más tumultuoso, de su vida y es más común debido a la potencia de lo que sugiere. Tras abandonar su casa, el joven Antonio se instala en una choza del desierto, pero no era un paraje remoto y ni siquiera el desierto propiamente dicho, sino un lugar extramuros. Es allí donde se ve asediado por las tentaciones del demonio: el recuerdo de las comodidades que dejó atrás, la hermana abandonada, la promesa de gloria y dinero y, por encima de todo, el «espíritu de la fornicación». En el tríptico que Hyeronimus Bosch pintó alrededor del año 1500, se ve a un ejército de monstruos en el panel central; en el de la izquierda, un escuadrón de demonios voladores con forma de rana se lleva por la fuerza al santo, mientras que en el de la derecha se ve al santo leyendo en su intento de ignorar a la sílfide desnuda semiescondida en el tronco de un árbol seco.

Antonio se adentra en el desierto, los dominios de Satanás, cual explorador precediendo a una invasión militar. En Pispis, cerca de la orilla oriental del Nilo, se instala en un fuerte en ruinas. Cuando, según el relato de Atanasio de Alejandría, sus amigos le visitan y le llevan pan, oyen gritos y forcejeo en el interior: «¡Idos de lo que es nuestro! ¿Qué esperáis del desierto?». Pero cuando sale del fuerte, Antonio no está «ni gordo, como alguien que no hace ejercicio, ni flaco de tanto ayunar y bregar con demonios, sino... igual que siempre». Se ha convertido ya en una figura icónica y tiene que ahuyentar también a los acólitos. Se traslada aún más hacia el interior del desierto hasta que llega al lugar que se convertirá en su casa para el resto de sus días: las estribaciones del Galala Sur.

La historia de este avance paso a paso hacia el olvido, desde el exuberante valle del Nilo hasta el árido interior, devino un modelo para quienes como él deseaban renunciar a la sociedad. Según san Atanasio, «las celdas se llenaron de hombres santos que cantaban salmos, leían, ayunaban, oraban, se regocijaban en la esperanza de lo que habría de venir, daban limosna a los necesitados y preservaban el amor y la armonía entre ellos». A su vez, estas

comunidades sirvieron de inspiración para el establecimiento de monasterios benedictinos y cistercienses en Europa.

Empecé a reunir una biblioteca de diarios de viaje por el desierto, sobre todo de viajeros del siglo XIX y principios del XX. Los iba leyendo sin método ni coherencia, mucho menos geográfica, tal como venían. Algo me apremiaba a hacerlo, como si hurgara en sus páginas a la búsqueda del código para desactivar una bomba. También recurría al Deuteronomio:

«Lo encontró en un país desértico y en yermos de horrenda soledad».

A T. E. Lawrence —Lawrence de Arabia— se le citaba tantas veces que apenas me fue necesario tener un ejemplar de su relato sobre la revuelta árabe, *Los siete pilares de la sabiduría*. Pero sus colegas arabistas —Charles Doughty, Harry St. John Philby, Wilfred Thesiger y sobre todo Bertram Thomas— pasaron a engrosar mi biblioteca. No bastaba un libro solo, una voz aislada, para mantener mucho tiempo mi atención. Era una enfermedad moderna. Me despertaba en la cama o el sofá rodeado de media docena de libros viejos, cada uno de ellos abierto boca abajo en el punto al que había saltado o en que me había entrado sueño, preparado para el siguiente asalto. Como compañeros de cama, debo decir que eran un grupo desmañado, irascible y no siempre agradable: incluso entre las mujeres, la metáfora de la conquista sexual era casi omnipresente; una y otra vez el feminizado desierto era desnudado, vencido y finalmente penetrado. Mis sábanas tenían una capa de cola de encuadernar reseca.

Fue así como finalmente di en considerar todos esos relatos de viaje una única narración: los desiertos del mundo como uno solo. Resultó que pensar así no era una novedad.

En *The Arabian Nights* [*Las mil y una noches*], encontré una nota del traductor, Richard Burton, aclarando que el término árabe para designar el «Desert Quarter» era «Rub'a al Jaráb», según él una alusión al «Rub'al-Jali o Gran Desierto Árabe». Burton explica, de manera retórica, que «es lo contrario del “Rub'a Maskún”, o cuarta parte habitada del mundo, siendo el resto dominio de los mares». Charles Doughty, en la prosa estilo Viejo Testamento de sus *Travels in Arabia Deserta*, de 1888, escribe que, según el acervo popular árabe, «dos cuartas partes [del mundo] repartió Dios entre los hijos de Adán, la tercera se la dio a Ajuj y Majuj (Gog y Magog), y a la cuarta parte del mundo se la conoce como Rub'a el-Jaly, el Cuarto Vacío».

Tuve que recordarme a mí mismo que «el desierto» era algo más que una metáfora. Para los geógrafos, un desierto es simplemente un lugar donde el promedio de lluvia anual no llega a los 250 milímetros, y donde la precipitación, sea de lluvia, niebla o rocío, es menor que la potencial evapotranspiración (pérdida de agua por evaporación y por transpiración de las plantas). El Índice de Aridez establece esta proporción con la fórmula P/PET, utilizada internacionalmente para definir las cuatro categorías de «tierras secas»: hiperárida, árida, semiárida y subhúmeda. En conjunto, estas zonas abarcan más del cuarenta por ciento de la superficie terrestre. El modelo de viaje al desierto es pasar de tierra subhúmeda a tierra hiperárida —del Nilo a la «Montaña Interior», que es como designaban los Padres del Desierto al Galala Sur—, y fue esta tendencia centrípeta lo que suscitó mi interés. Viajeros franceses por el Sáhara en el siglo XIX iban en busca de lo que ellos denominaban *le désert absolu*. En las *Vitae Patrum*, compilación de escritos hagiográficos sobre los Padres del Desierto publicada en el siglo XVII, se habla del *paneremos*, término griego para designar tanto el lugar de máxima ausencia de vida como el locus donde la identidad del desierto se afirmaba en su máxima pureza, y también ese punto más alejado de la periferia. Los exploradores polares tienen otro término: el polo de máxima inaccesibilidad. Al parecer, ese era el objetivo final de todo viajero por el desierto: llegar al eje en donde lo absoluto coexiste con lo infinito.

Según los primeros exploradores del Cuarto Vacío, los beduinos del lugar no habían oído hablar siquiera del «Rub'al-Jali». Bertram Thomas, el primer intruso en cruzar el desierto, observó que «ellos no emplean ese término y tampoco lo entienden en su sentido literal». Cuando Wilfred Thesiger mencionó a sus guías el Rub'al-Jali, ellos dijeron: «¿De qué habla este hombre? ¿Qué es lo que quiere? Sabe Dios...». Para ellos era simplemente *ar-Rimal*: «las Arenas».

Depresión del tamaño de Francia y ocupando una tercera parte de la península Arábiga, el Cuarto Vacío limita al norte y al este con las tierras altas de Catar y el Omán septentrional, y al sur y al oeste con la región de Dhofar y el Yemen. Esta colosal hondonada de arena ha ido moviéndose en el sentido de las agujas del reloj, a lo largo de unos dos millones de años, por la acción de dos grandes vientos: el shamal que bate el golfo de Arabia procedente de Irak, y el kharif que empuja el monzón sudoccidental hasta Dhofar.

En 1904 el arabista David Hogarth escribió que el Rub'al-Jali «no ha sido hollado aún por extranjero alguno, y no tenemos la menor certeza de que ningún nativo haya llegado a atravesar el corazón del mismo. Es un nombre que infunde pánico por toda Arabia». El Cuarto Vacío no era exactamente el territorio virgen que Hogarth y otros arabistas pensaban que era, pero durante los dos siglos de presencia europea en Arabia llegó a representar el arquetipo de desierto en cuanto que vacío, así como la prueba arquetípica. Diecinueve años después de que Amundsen y Scott llegaran al Polo Sur, Bertram Thomas aún podía describir el Cuarto Vacío como la «última *terra incognita* de consideración». Para Richard Burton, que había recorrido Arabia el siglo anterior, solo se lo podía calificar de «oprobio a la aventura moderna».

Cada año, media docena de expediciones parte tras los pasos de Thesiger para completar su travesía, o parte de ella, por el borde oriental del Cuarto Vacío, desde Salalah en el nordeste hasta los Emiratos o Catar. De los tres referentes británicos —Bertram Thomas y Harry St. John Philby, que exploraron el Cuarto Vacío en la década de 1930, y Wilfred Thesiger, que lo hizo en la de 1940—, el referente de los viajeros de hoy es Thesiger, y siempre su primera travesía, la de 1946, siguiendo la margen oriental, no la más conflictiva que hizo un año después por el oeste. No es solo porque Thesiger sea la figura más romántica y conocida (y, desde luego, el que escribía mejor): como en el caso de Philby y de Thomas, su segundo periplo penetró en lo que actualmente es zona vedada de Arabia Saudí, cuya frontera abarca un 80 por ciento del Cuarto Vacío. Si un no saudí se propone atravesar el Rub'al-Jali, probablemente tendrá que seguir los pasos de Thesiger.

Thesiger había nacido en 1910 en lo que es ahora Addis Abeba, donde su padre era comisionado británico. Fueron aquellos primeros años, y luego sus experiencias en el Sáhara durante la Segunda Guerra Mundial, lo que generó su amor por los sitios áridos. Publicado en 1959, más de una década después de sus travesías, *Arabian Sands* rebosa nostalgia por un estilo de vida —el nomadismo ascético de los beduinos— que, a su modo de ver, estaba condenado a desaparecer debido al hallazgo de petróleo en el subsuelo de los desiertos arábigos. «Son demasiado encantadores para sobrevivir en la era del utilitarismo». Su fe en la nobleza esencial de los beduinos no solo remite a los sentimientos de los románticos europeos del XIX sino también a los del historiador del siglo XIV Ibn Jaldún, quien sostenía que la «gente del desierto está más cerca de ser buena que los pueblos sedentarios porque carece [...] de todos los hábitos que han contagiado el alma de los colonos».

«Es curioso cómo el desierto logra satisfacerme y darme paz —le escribía Thesiger a su madre—. No puedes explicar lo que encuentras allí a personas que no sientan lo mismo; para la mayoría de la gente es solo un yermo puro y duro».

Pero, contrariamente a las apariencias, el desierto no es inmune al devenir del tiempo. Pocos viajeros son capaces de completar el relato de su experiencia en ese ámbito sin lamentarse de la intrusión del transporte mecanizado. O, peor aún, de otras personas.

Una tarde de enero asistí a una conferencia en la Royal Geographical Society de Londres. Dos años antes, el conferenciante había atravesado a lomos de camello el flanco oriental del Cuarto Vacío en compañía de dos beduinos de los Emiratos. Fueron desde Salalah, en Omán, hasta Abu Dhabi en cuarenta días. Y ese era el motivo de la charla. El proyecto se llamó «Los pasos de Thesiger». Nos explicó que la clave había sido la *autenticidad*; su equipo y él planeaban llevar únicamente lo mismo que Thesiger en su momento, e ir vestidos como él lo hizo, con atuendo de beduinos. Pese a todo, reconoció, presionado por las autoridades (y también por los patrocinadores de la expedición), se había visto obligado a soportar la presencia de un grupo de apoyo que los seguía a distancia en un convoy de todoterrenos, con el fotógrafo, el cámara, el técnico de sonido, GPS y radios, suministros médicos y, desde luego, agua y comida; se encargarían asimismo de transportar al aventurero hasta el hospital más cercano cuando se bajara del camello. No era ya necesario estar atentos a posibles agresores, los «temidos puritanos del Islam», como los denominaba Bertram Thomas, para quienes una matanza de cristianos era fiesta mayor.

Thomas pasaba a describir las tribus hostiles de las Arenas. Según él, las había «de dos clases: la que no tiene conflictos con otra tribu y la que sí los tiene. Ambas quieren tus camellos y tus armas, pero la segunda quiere también tu vida». Esos tiempos habían quedado atrás. Ahora los beduinos tenían, más o menos, derecho de ciudadanía. Por si fuera poco, los omaníes del desierto estaban ansiosos por ver pasar la expedición e hicieron regalos a los modernos aventureros, regalos que nadie les había pedido, además de comida y agua, insistiendo en festejar cada noche a los viajeros y a su séquito, lo quisieran estos o no. Se les negaban los rigores de que habían gozado antes Thesiger y sus predecesores; en un viaje así uno podía incluso ganar peso, aparte de que en las Arenas orientales había tantas huellas de pisadas como en la playa de Clacton-on-Sea.

Ser un pionero se ha vuelto difícil. El mundo ya está hecho. Ahora solo quedan aventureros, esta nueva raza de fanáticos: tipos patilargos de dientes grandes en busca no de conocimiento o territorio siquiera, sino de novedad, sufrimiento controlado, «experiencia», material, patrocinio; el K2 en canoa, el Amazonas en bici, el Polo Norte en zancos. Y luego están aquellos que siguen los pasos de los referentes de la era épica.

Puede que aún hubiera alguna lección que aprender para el director ejecutivo en ciernes: «Esta gente pone al equipo por delante del individuo», dijo el conferenciante. Estaba hablando de los beduinos. Él había organizado la expedición «como cualquiera que busque éxito en los negocios». El micro ambulante recogió una pregunta de entre el público: ¿qué opinión le merecían los rumores sobre el, digamos, «heterodoxo» estilo de vida de Thesiger? (Es imposible todavía hoy pasar por alto las tiernas descripciones que Thesiger hace de Salim bin Kabina, su guía de «belleza perturbadora».) Reacción: el orador se pone rígido unos momentos, pero enseguida recupera la sangre fría. «¿Personalmente? Yo estoy convencido de que solo eran buenos amigos».

Quince años antes de las travesías de Thesiger, Harry St. John Philby le decía por carta a su mujer, Dora: «Lo único que cuenta para mí es el Rub'al-Jali, y no hallaré paz hasta que haya pasado página. ¡Maldición!». Era «esta obsesión bestial lo que me tiene completamente descolocado durante los mejores años de mi vida».

Funcionario del Foreign Office desde que se licenciara en Cambridge, Philby había sido el superior de Bertram Thomas en la legación británica en Irak, adonde ambos habían sido enviados en 1917 tras la toma de Bagdad. La obsesión de Philby por el Cuarto Vacío le venía desde sus primeros viajes a Arabia en calidad de comisionado de Hacienda, y luego como asesor para el ministro del Interior. En 1924 fue el representante británico ante el monarca fundador de la Arabia Saudí, Ibn Saud. Esto sería de vital importancia de cara a sus futuras expediciones, pues solo la aprobación del rey podía garantizarle a uno el salvoconducto para entrar en el Cuarto Vacío.

Lo fundamental era ser el primero. «Para llevar adelante este proyecto —escribió— lo sacrificué todo, empezando por la seguridad que proporciona una carrera profesional ortodoxa».

Ibn Saud, sin embargo, no estudió seriamente la petición de Philby hasta diciembre de 1930, cuando entendió que el éxito de tal expedición bajo sus auspicios serviría para postularse como soberano del desierto. En efecto, el

Cuarto Vacío, con sus enormes depósitos de petróleo, no tardaría en revelarse crucial para las finanzas de la nación saudí. Philby fue finalmente convocado por el monarca en el palacio real, en Riad: «Vamos a enviar a Philby al Cuarto Vacío».

Pero su partida, como tantas veces ha ocurrido, se vio obstaculizada por los conflictos tribales. Como escribiría él más tarde: «Un año de demora no iba a ser de especial relevancia, pensaron todos excepto yo». Y es que Philby se había enterado de que Bertram Thomas, su antaño subalterno, ahora con treinta y tres años, se encontraba en el sur de la península preparando su propia expedición.

Poco se sabe de Thomas antes de su entrada en el ejército: nacido en 1892, se presentó voluntario con veintidós años de edad y fue enviado a Flandes, donde sirvió por espacio de dos años hasta ser destinado con su regimiento, primero a la India y después a Bagdad. Estando en Shatrah (sur de Irak) daba la serenata a los jeques locales con el piano que había llevado consigo. La pieza que más les gustaba, según afirma Gertrude Bell, que coincidió allí con Thomas, era la *Patética* de Beethoven.

Gracias a haberse ganado fama de asegurarse la confianza de los líderes tribales iraquíes, en 1922 fue nombrado *wazir*, asesor financiero, del sultán de Omán. Su nombramiento fue una condición que puso el gobierno británico para sacar de apuros al endeudado sultán. Aunque Omán no era una colonia en sentido estricto, su proximidad a los estratégicos estrechos del golfo Pérsico, y por supuesto el petróleo de su subsuelo, hacían que los británicos quisieran asegurarse su influencia en la zona. Thomas no fue un asesor financiero especialmente útil. Tenía la cabeza en otras cosas, y no precisamente en el piano.

Nada más llegar a su destino, empezó a trazar una ruta a través del Cuarto Vacío; aprovechaba su permiso anual para hacer largos viajes de reconocimiento. Por fin, al anochecer del 4 de octubre de 1930, partió de Muscat a bordo de un petrolero británico para desembarcar en la costa meridional arábiga, cerca de lo que entonces era el pueblo de pescadores de Salalah. Como él mismo escribe en *Arabia Felix*, su relato de esos viajes, evitó «los escollos de solicitar autorización», consciente de que lo más probable era que tanto el sultán como sus propios superiores británicos se lo denegaran.

Unas seis semanas después una delegación de la tribu rashidi, con la que Thomas había estado en contacto, surgió del desierto dispuesta a acompañarlo a través de las Arenas. Pero al mismo tiempo, cuenta Thomas en su libro,

llegó una lancha cañonera con una citación del sultán: el señor Thomas debía regresar de inmediato a su puesto. Thomas decidió mandar la lancha de vuelta a Muscat sin él a bordo y «probar fortuna con aquellos atractivos rufianes [...] y aventurarme con ellos en la inexplorada inmensidad del desierto». Ni que decir tiene que, en Muscat, sus superiores echaban chispas.

Thomas sigue siendo un enigma. Fue el primer extranjero en atravesar el Cuarto Vacío, pero, a diferencia de sus sucesores, Philby y Thesiger, su nombre apenas es conocido. No hay ninguna biografía. *Arabia Felix*, un éxito de ventas en su día y muy superior al ampuloso *The Empty Quarter* de Philby, hace mucho que está descatalogado. En 1945, catorce años después de su travesía, Thomas llegó a los montes que rodean Beirut en calidad de primer director de la Escuela de Estudios Árabes del ejército británico. Un año después dimitía para aceptar un puesto como jefe de operaciones de la Shell en el golfo Pérsico, con la tarea de informar sobre los movimientos de agentes de compañías rivales y sobre «las aspiraciones de diversos gobernantes árabes en relación con concesiones petrolíferas». Desde su base en El Cairo le escribía a un amigo suyo en 1950: «El tabaco y el alcohol son baratos pero ahora mismo no debo abusar de estas cosas». Cinco años después, a sus cincuenta y siete años, alcohólico y obeso, Bertram Thomas fallece. Me acordé de la depresión que sufrió Buzz Aldrin, de su alcoholismo, de cómo su existencia fue a un tiempo engrandecida y ninguneada por la experiencia de haber caminado por la Luna.

Yo no tenía la menor intención de seguir remilgadamente los pasos de Thomas, pero quería conocer de primera mano, o de primer pie, el desierto por el que Thomas se había aventurado, e intentar imaginarme qué podía sentir una persona que se abandonara en un paraje así. Y luego estaba, claro, el nombre mismo de la cosa.

Los primeros topógrafos de Inglaterra, contemplando un paraje cenagoso como Dartmoor, por ejemplo, algún lugar que no hubiera sido colonizado ni cultivado, escribían *desert* o *desart* en sus informes. La palabra procede del latín *desertus*, participio pasado de *deserere*, que significa «abandonar».

La principal característica de dichos parajes, pues, no era la falta de agua sino de seres humanos. Y no solamente estaban deshabitados sino, literalmente, dejados de la mano de Dios. El «desierto inaccesible» de Shakespeare en *Como gustéis* no es árido, es un bosque; y cuando, en su poema «Dartmoor», Noel Thomas Carrington califica el páramo de

«silencioso desierto», no lo hace metafóricamente. En mi estantería tenía yo un libro de 1872 titulado *The Desert World*, en el que su autor, el naturalista francés Arthur Mangin, pretende describir todas las regiones «donde la naturaleza ha mantenido su inviolabilidad», incluyendo las estepas rusas, las «praderas, pampas y llanos» del Nuevo Mundo, los polos Norte y Sur y los Pirineos, así como el propio Dartmoor.

Los europeos no tuvieron una idea real de las tierras secas del mundo hasta que empezaron a ir a ellas. Fijémonos en las representaciones artísticas de san Antonio. No es solo que esa vegetación fuera un imprescindible recurso compositivo en el paisajismo europeo; hasta para el más visionario de los pintores, uno que hubiera estudiado la hagiografía de Atanasio, la absoluta escasez del desierto egipcio era tan difícil de imaginar como la Luna. Prácticamente ninguna de estas pinturas está exenta de árboles, y en muchas se representa al abad sentado remilgadamente en un paisaje tan exuberante como los Apeninos en primavera. En *Las tentaciones de san Antonio*, que un discípulo de Pieter Brueghel el Viejo pintó alrededor de 1560, se ve al santo en una colina arbolada con vistas a un río de amplio cauce que podría ser el Rin. En un cuadro del mismo título, obra de un discípulo de Hieronymus Bosch, el asceta del desierto aparece sentado en un prado a la sombra de lo que podría ser un fresno, la vista fija en un perezoso riachuelo, y, al fondo, tras una hilera de árboles, se ve la aguja de una iglesia.



La tentación de san Antonio, discípulo de Hieronymus Bosch.

Una especie de paraíso, pero a la holandesa. El desierto, pues, fue europeo hasta que los europeos empezaron a conquistarlo. Fue a partir de ahí cuando empezó a usarse la palabra en un sentido más estricto, más árido.

Felix Fabri, fraile dominico alemán, hizo dos peregrinaciones a Tierra Santa, en 1480 y 1483. Si hubiéramos de definir lo que es un desierto desde el punto de vista cultural, religioso y psicológico, su descripción me parece convincente cinco siglos después. Pude hojear los tres volúmenes de su viaje, *Wanderings in the Holy Land*, y allí encontré tanto su versión de la visita de

san Antonio a san Pablo moribundo, como el relato de su llegada al borde del «yermo del Pecado», entre el Sinaí y el mar Rojo.

«Las Sagradas Escrituras nos hablan de este gran páramo, de lo que es y *de aquello que carece*». Las cursivas son mías. Fabri atribuye al entorno no menos de veinte condiciones:

Primero, se llama desierto a esta región porque parece estar, digámoslo así, dejada de la mano de Dios, como si Dios se hubiera servido de ella para resaltar lo bueno o hermoso del resto del universo [...]. Segundo, se llama a esta región el lugar desolado porque nadie desea estas tierras [...]. Tercero, se llama a esta región el lugar solitario porque es solitario y el ser humano no lo frecuenta. Es solitario porque ninguno de los países que hay alrededor ansía tener la menor relación ni el menor parecido con ese territorio...

Pasa luego a contarnos que el desierto es «la imagen de la muerte», que «allí nada crece», no hay agua, solo sal, no hay caminos, lo habitan serpientes, escorpiones, *dipsades* (un ofidio cuya mordedura provoca una sed intolerable), gusanos, dragones, faunos y sátiros; que es —como ya sabía san Antonio— un lugar de tentaciones demoníacas, «donde pueden hacerse grandes méritos» y «donde las leyes y los mandamientos fueron entregados». Pero es también, dice Fabri, «el lugar del maná y del divino consuelo», un retiro del mundo.

Por último —vigésima y última característica—, es un lugar de devoción y contemplación, «es por ello por lo que leemos en los Salmos: “Mi alma tiene sed de Ti, mi carne te anhela en una tierra seca y árida donde no hay agua”».

Allí estaba, en toda su abundancia, la zona más árida de todas: solitaria, impía, desolada, mortífera, infértil, sin agua, sin caminos, infranqueable, infestada, maldita, olvidada... y, sin embargo, era lugar de revelación, de contemplación: un santuario. Entre tantos horrores, paz, una paz engrandecida por esos mismos horrores.

El hecho de que Fabri hubiera hollado sus graveras y dormido bajo sus estrellas hacía de ese yermo del Pecado un territorio más simbólico aún para él. Era el desierto que conocieron Cristo, Moisés y san Antonio. La descripción del fraile, naturalmente, bebe de su propio viaje, pero su comprensión está más influida aún por la simbología bíblica, de manera especial por el relato que hace san Jerónimo de la vida de san Pablo y de las

montañas calizas del desierto oriental de Egipto, un hervidero de «faunos, sátiros e íncubos».

Hacer una peregrinación a Tierra Santa era, para Fabri y los millares de turistas religiosos que lo harían después, no tanto desplegar un mapa cuanto abrir un libro. Incluso para el visitante del siglo XXI, con su botella de Evian y su teléfono vía satélite, es casi ese mismo filtro bíblico el que sirve para asimilar el desierto. «Yo era como Moisés», escribe Philby, el hombre que tituló su autobiografía *Cuarenta años en el desierto*.

Hacia finales del invierno, yo ya había abandonado la mayoría de mis cosas. Aparte de la cama, el piso de Londres estaba vacío. La cama, algunas fotos... y los libros. Había llevado la mayor parte de ellos (varios centenares) a Oxfam, pero conservaba los que hablaban del desierto; serían unos veinte, lo que me permitía meterlos en una maleta con ruedas. Invertí una semana en reunir todo el equipo necesario, o lo que pensé que iba a necesitar. Me había comprado un «sistema de hidratación» llamado CamelBak, consistente en un recipiente de plástico azul que se puede llevar metido en la mochila y que dispone de un catéter de goma provisto de grifo que se pasa por encima del hombro para ir chupando sobre la marcha. Compré gafas de sol y dos sombreros baratos y un pañuelo de algodón para el cuello, además de tres camisas idénticas de color *beige* con la etiqueta «Craghoppers». Compré sesenta bolsitas de solución electrolítica con sabor a grosella negra. Compré media docena de frascos tamaño familiar de loción solar de factor 50 (soy pelirrojo), con la idea de pasarlos a pulverizadores de bolsillo.

Un día, durante los preparativos, me topé con un interesante documento histórico. Estaba escrito por un norteamericano de nombre W. J. McGee y, bajo el título «La sed como enfermedad en el desierto», apareció en una edición de 1906 del *Interstate Medical Journal*. Es un estudio único sobre las fases de la deshidratación y el golpe de calor, y pese a estar científicamente superado no deja de ser alarmante.

McGee, médico y geógrafo, describe la escena: ha establecido su campamento en el sudoeste de Arizona, cerca de los montes Tinajas Altas en el Camino del Diablo, una de las antiguas rutas migratorias más temidas del desierto de Sonora. «Apenas si hay una milla, de las doscientas que separan Santo Domingo de Yuma, donde no haya uno o más túmulos cruciformes hechos con piedras», escribe. Los hechos que pasa a relatar tienen lugar en agosto de 1905. El protagonista es un buscador de oro, Pablo Valencia («uno

de los mexicanos más fornidos que conozco, si bien parcialmente aquejado de una sensibilidad extrema»). Con su particular Sancho Panza, el «irresponsable, incoherente y poco fiable» Jesús Ríos, Valencia pasa por el campamento de McGee camino de una mina de oro abandonada, que los dos hombres pretenden reclamar y poner de nuevo en funcionamiento.

Tras partir el 15 de agosto, Ríos regresa con los dos caballos a buscar más agua. Ha quedado en encontrarse con Valencia al día siguiente, cosa que McGee considera «inútil cuando no una locura». Ríos parte de nuevo al despuntar el día, pero vuelve a las pocas horas, exhausto y deshidratado, sin haber localizado a Valencia en el lugar convenido. Envían a un rastreador local para que siga la «vieja y mal elegida senda de Jesús», pero también él regresa solo al campamento.

Transcurren cuatro noches más. Valencia lleva ocho días en el desierto con agua para una sola jornada. Es evidente que tiene que haber muerto. El 23 de agosto, McGee se despierta al oír el inconfundible rugir de un toro, «un estruendoso y desafiante bramido». Lo encuentran a escasa distancia del campamento, «Pablo, o lo que queda de él», inmóvil al pie de un palo fierro, árbol endémico de la zona.

Pablo estaba completamente desnudo; sus brazos y piernas, antes tan musculosos, eran ahora sendos palos huesudos; las costillas le sobresalían como a un caballo desnutrido; su abdomen habitualmente plétórico estaba casi hundido hasta la columna vertebral; sus labios habían desaparecido, como si se los hubieran amputado dejando apenas unos rebordes de tejido negruzco; sus dientes y encías parecían los de un animal desollado, pero la carne era negra y seca como la cecina; su nariz estaba despellejada y medía la mitad que antes, negro el revestimiento de las fosas nasales; sus ojos miraban fijo y sin pestañear, y la piel de alrededor estaba tan contraída que dejaba al descubierto la conjuntiva, tan negra ahora como las encías; su rostro era tan oscuro como el de un negro, y su piel en general había adquirido un espeluznante tono entre ceniciento y violáceo, con grandes manchas de carne viva; la parte inferior de sus piernas, los pies, las manos y los antebrazos estaban lacerados y rasguñados por el contacto con matorrales espinosos y rocas afiladas, y sin embargo los cortes más recientes eran como los arañazos en el cuero seco, no había rastro de sangre ni de suero; huesos y articulaciones parecían los de un anémico irrecuperable, aunque la piel se adhería a ellos de

un modo que recordaba el cuero crudo que se utiliza para reparar una rueda rota.

Terror gótico en versión desierto. Es como si lo hubiera poseído el espíritu del desierto o no fuera sino un cálculo de sus valores extremos. La impresión es, ante todo, la de un organismo reducido a lo mineral; esto es lo que hace el desierto, antes de desintegrarte. Valencia está medio sordo, medio ciego; y aún hay un último detalle repugnante: «la lengua reducida a un simple amasijo de tegumento negro».

McGee lo moja con agua; «primero, la piel caía como escamas, pero enseguida empezó a absorberla como una esponja seca». De cuero crudo a esponja. La recuperación de Valencia, aquella momia viviente, es asombrosamente rápida: una hora después ya está bebiendo, y al cabo de dos es capaz de comer un poco de «fricandó de ave con arroz y trocitos de beicon». El secreto es el agua.

Días después se siente lo bastante bien como para rememorar su tormento. Había echado a andar y acabó desorientado y extenuado. La cantimplora pronto estuvo vacía. «Halló un poco de alivio —a la manera de todos los mexicanos y de muchos norteamericanos en casos similares— en llenarse de vez en cuando la boca de orina y hacer gárgaras con ella».

El 17 de agosto, a los dos días de abandonar el campamento, se tumbó en un torrente y se quitó los zapatos y el pantalón. Despojarse de la ropa es algo común entre los que mueren en el desierto; algo instintivo pero letal, pues las más de las veces la ropa es lo único que te protege del sol. Al día siguiente masticó unas ramitas de paloverde y se comió unas cuantas arañas. Para entonces estaba convencido de que Ríos lo había abandonado a su suerte (quién sabe, quizá fue así) con la idea de reclamar la mina para él solo. Fue esta idea lo que «le empujó a seguir, con la idea de apuñalar a su infiel compañero».

El 19 de agosto encontró el Viejo Sendero de Yuma, por el que regresaría al campamento, pero «al rato el calor pudo con él y tuvo que tenderse en un arroyo y dejar pasar las horas». Al anochecer, mientras avanzaba por el viejo sendero, divisó a un coyote que lo seguía a cierta distancia. A estas alturas, la orina que había guardado en la cantimplora era *mucho malo*.

El 21 de agosto, cinco días después de que Valencia probara el agua por última vez, los zopilotes que llevaban dos días vigilándolo «se le acercaron casi al alcance de la mano». Al día siguiente, en vista de que ya no podía orinar, Valencia «comprendió que se había quedado sin su último recurso».

La tarde siguiente fue cuando McGee se despertó al son de aquellos bramidos lejanos. El muerto estaba vivo, o, mejor dicho, no estaba muerto del todo.

T. E. Lawrence estaba convencido de que la «sed» era una «dolencia activa»; «la agonía no es larga... pero sí muy dolorosa». McGee especifica varias fases de lo que él también llama «sed»: «sequedad normal», «trastorno funcional», «la fase boca rasposa», «la fase lengua arrugada», «la etapa de degeneración estructural» y «la fase final», o sea la muerte. Esas etapas se corresponden más o menos con las tres que la medicina moderna emplea para describir la deshidratación y el fallo cardíaco: *leve* (boca seca, respiración agitada), *moderada* (turgencia cutánea reducida, ojos hundidos, irritabilidad) y *extrema* (extremidades frías, pulso y tensión sanguínea no identificables).

Valencia tuvo suerte. Una vez que se sintió de nuevo con fuerzas, lo llevaron en un carro hasta Yuma, donde «pasó casi todo el 31 de agosto devorando, concienzuda y metódicamente, sandía tras sandía».

Dos días antes de volar a Omán, irritado por las visiones del desierto que me acosaban a todas horas, tomé un tren a Cambridge para ir a la facultad de Estudios Asiáticos y de Oriente Medio. Una detrás de otra, mientras la lluvia salpicaba las ventanas, me fueron trayendo las cosas del archivo de Bertram Thomas que había solicitado. Lo que más me interesó fue el mapa de su travesía, encolado sobre un tablero fino pero con las esquinas tan dobladas y todo él tan quebradizo que hube de desplegarlo con extremo cuidado para no añadir desperfectos. Parecía haber sido trazado a partir de sus notas y corregido posteriormente por él mismo. Características rebatidas o mal dibujadas aparecían tachadas con lápiz, y otras nuevas en su lugar. El propio Rub' al-Jali, por lo demás un espacio en blanco, estaba lleno de anotaciones a lápiz del propio autor: el cauce de los wadis (lechos de río secos), las diversas formaciones de dunas y llanos, además de lo que parecían manchas de café.

En una nota al pie de *Arabia Felix*, Thomas detalla los rasgos geográficos a medida que él y su grupo avanzan de sur a norte: «terreno alto con dunas rojizas»; «arenas rojas elevadas, no muy escabrosas, con cerros de herradura»; «crestas blancas paralelas flanqueando valles de arena roja»; «arenas blancas, llanas o ligeramente onduladas, con colinas rojas que las atraviesan»; «estepas, salinas y colinas rojas alternándose». Una línea más oscura, cuidadosamente trazada a lápiz, recorría el mapa de abajo arriba desviándose hacia el noroeste desde la llanura costera de Salalah. Cruzaba los montes Qara hasta el bebedero de Shisur y se adentraba en las regiones de

dunas conocidas como Ramlat Fasad y Ramlat Mitan para luego virar brevemente al oeste y seguir, durante trescientos kilómetros, los escasos bebederos señalados al norte del golfo Pérsico.

En la colección de Thomas estaban también sus tablas, con columnas para «fecha», «lugar», «hora», «rumbo», «rango» y «orientación»: centenares de entradas que ocupaban cinco o seis páginas, sacadas de las notas que Thomas fue tomando a lo largo de su viaje a fin de registrar el rumbo exacto de su grupo, hora a hora. A medida que entra en las Arenas, los nombres propios quedan atrás y son sustituidos por simples descripciones —«arenas blancas», «cresta de duna», «dunas y hondonada», «salina», «llanura blanca»— repetidas una y otra vez hasta que, en las cercanías del Golfo, reaparecen nombres de lugares.

Una semana después me hallaba yo en Ramlat Fasad. Delante de mí estaba un tal Nigel. Lo tenía tan cerca que notaba su aliento en mis ojos. Él vivía en Northampton, me estaba diciendo. Su vida no había sido fácil, pero tampoco la cambiaría por otra si se le presentara la ocasión.

Habíamos dejado atrás los cascajales de la periferia y estábamos pisando un terreno de agrietada arcilla blanca salpicada de arena roja. Entre nosotros y las altísimas dunas rosas que formaban el horizonte había únicamente dos salicornias, muertas desde hacía tiempo. Nigel llevaba puesta una gorra sahara atada bajo el mentón, y el rostro apelmazado de loción factor 50. El director, estaba diciendo, el director era «más un político que un educador», y había sido él quien, cinco años atrás, había orquestado el despido de Nigel de la escuela en donde trabajaba. A esto siguió una crisis nerviosa; el divorcio; la enemistad con un hijo. A sus sesenta años se fue a vivir trescientos kilómetros al norte y empezó a trabajar como cartero. Mientras él seguía hablando, observé las huellas del todoterreno que nos había dejado en lo alto de una loma. Vi que la arena era más rojiza, como el interior de una boca humana. El terreno estaba en llamas.

Conforme se acercaba a la jubilación, estaba diciendo Nigel, empezó a plantearse retos que pudiera controlar: primero corrió 160 kilómetros por los South Downs; después, en el Sáhara, participó en la Marathon des Sables; seis maratones en seis días. Hacía poco, y tras dos intentos previos, había logrado terminar la Yukon Arctic Ultra, tirando de un trineo en solitario durante 690 kilómetros por el norte de Canadá.

Y aquí estaba ahora, a punto de recorrer Arabia en camello, sin otra compañía que su guía. Esta vez, dijo, no se trataba de cubrir grandes distancias. De joven había visto *Lawrence de Arabia*, la película de David Lean, y había leído el *Arabian Sands* de Thesiger. Por fin, con más de sesenta años, se sumaba a la aventura de aquellos hombres. Cuando volviera la vista atrás, o incluso repartiendo el correo la semana que viene, podría explicarse a sí mismo lo que había hecho.

Mientras él hablaba, yo estaba empezando a ser consciente de que moriría si Hassan, nuestro guía, no regresaba. Nunca antes había conocido de manera tan intensa la sensación de que mi vida dependía de otro. Era como si me hubieran administrado un veneno cuyo antídoto solo poseyera él. ¿Y dónde demonios estaba Hassan?

Yo había llegado a la ciudad costera de Salalah dos días atrás, y Hassan vino a conocerme a la casa de huéspedes cercana a la playa. «Hay un pequeño problema —me había dicho—, pero tú relájate y luego hablamos». Le pregunté que cuál era el problema. No tenía ganas de relajarme, gracias. El problema era el siguiente: Hassan estaba demasiado ocupado para llevarme al desierto. «Vale», dije.

No pasaba nada, tenía un primo. Su primo conocía bien el desierto, pero el problema —el otro problema— era que no hablaba inglés. Tuve que contenerme. Estaba cansado tras el viaje. Me saqué una frase de la manga, lo que diría un inglés que se quejara al servicio de atención al cliente: «No es lo que yo esperaba». Se lo repetí. Hassan dijo que tenía que marcharse y que pensaría alguna solución. Una hora más tarde, la solución fue que me llevaría él mismo al desierto. Respiré tranquilo, pero entre los dos se había abierto un abismo. Yo había hecho el papel de inglés monolingüe con las ideas muy claras, y él el de beduino suplicante. Estábamos en 1914.

Por la tarde, durante dos horas, Hassan y yo habíamos seguido las huellas del camello de Nigel y del 4x4 que lo acompañaba y que conducía el hijo de Hassan, Mohammed. Cuando por fin dimos con ellos, Nigel estaba extenuado. Hassan nos había traído hasta este punto, a diez minutos en coche, donde íbamos a levantar campamento, y luego había ido a echar una mano a Mohammed con el camello. Me imaginé lo que estarían diciendo de sus dos clientes ingleses.

¿Cuánto rato había pasado? ¿Veinte minutos?, ¿una hora? Nigel había recuperado fuerzas y no parecía nada preocupado. Mientras sus labios

continuaban moviéndose, yo escrutaba el horizonte y aguzaba el oído por si percibía algún motor a lo lejos.

En *Las mil y una noches* hay un cuento titulado «Ma'aruf el zapatero remendón». Sus frustrados acreedores presentan una queja ante el rey, pues el zapatero finge poseer una riqueza que no atesora. El wazir del rey (en la traducción de Richard Burton de 1885) envía a Ma'aruf al exilio y hace venir a un jinni (demonio) y le ordena «coger a esta piltrafa y arrojarla a la más inhóspita de las tierras desérticas, donde no encuentre nada que comer ni beber, para que perezca miserablemente de hambre y nadie sepa más de él». El jinni coge al zapatero en volandas y le dice: «Te dejaré caer en el Cuarto Desierto»; y allí, «en aquel espantoso lugar», abandonan al zapatero remendón.

Entonces se me ocurrió que, aunque el desierto no dejaba de ser una especie de cielo, que lo arrojaran allí para siempre era una confirmación de la idea de Virgilio de que el infierno era un desierto. «No es que esté preocupado —dijo finalmente Nigel, contemplando los yermos incandescentes—, pero empiezo a pensar si Soran no estará dándoles problemas». Soran era el camello.

El día antes Hassan y yo habíamos salido de Salalah, lugar de jardines y palmeras datileras, rumbo a los montes Qara. Desde un globo se pueden distinguir dos curiosos aros de un ocre pardusco apenas interrumpidos por el mar, treinta grados al norte y al sur del ecuador, respectivamente. El globo, por supuesto, no gira en vertical sino que tiene una inclinación de 23,5 grados respecto a su eje. El factor principal de las fluctuaciones de temperatura en la Tierra no es la distancia que los rayos solares deben recorrer hasta la superficie del planeta, sino más bien el ángulo (algo así como la diferencia entre un golpe de refileón y un directo). En su recorrido alrededor del Sol, son los trópicos norte y sur de la Tierra, allí donde el Sol está más tiempo justo encima, los que experimentan mayor grado de calor, de ahí esas franjas gemelas de aridez. Pero el desierto tiene también un proceso local de formación. El aire caliente que despiden el ecuador se va secando por el aumento de presión sobre los trópicos al norte y al sur. La brisa marina enfría el aire reduciendo su capacidad de conservar la humedad e impidiendo la formación de nubes sobre el litoral occidental de los continentes, contribuyendo así a la creación de desiertos «costeros» como el de Atacama en Chile y el Namib del África meridional. Este efecto, en el hemisferio sur,

se intensifica por la influencia de las corrientes oceánicas que giran en sentido contrario a las agujas del reloj llevando agua fría a las costas occidentales de los continentes. Mientras tanto, vientos llegados de levante han privado de toda humedad a la agostada tierra firme. Por otra parte, tanto la magnitud como la localización remota de muchos desiertos (por ejemplo, los de Australia y el Asia central) supone que el vapor de agua procedente del mar nunca llega hasta ellos. Así pues, la sequedad es en parte un factor de aislamiento. También la topografía contribuye a la formación de desiertos. Los de Gobi y Taklamakán, en China, están rodeados de montañas. En Omán hay dos estrechas franjas de tierra fértil: el corredor cultivable de Batinah, que discurre al noroeste de Muscat; y en el sur la llanura costera de Dhofar, que es donde está Salalah. Cuando el aire encuentra una montaña, como la de Jabl Qara, se va enfriando a medida que asciende, formando nubes que absorben la humedad y la transforman en lluvia. (En el Cuarto Vacío, el promedio de precipitación anual es de cinco milímetros.)

Poco a poco, conforme avanzábamos hacia el norte, el bloque calcáreo que forma las montañas inició una suave cuesta abajo que se prolongaría unos cien kilómetros hasta llegar al borde de las Arenas. El legado del monzón —árboles, hierba, matorrales, por más que marchitos— derivó en una serie de paisajes pálidos desprovistos de todo lo que no fueran negros arbustos hirsutos y árboles del incienso.

Entramos al *nejd*, un pedregoso terreno cárstico surcado por amplios wadis que no han visto agua durante generaciones, y salpicado de colinas de piedra caliza de color cemento. El viento de la noche anterior había empujado arena rosada hacia la margen oriental del camino. El *nejd* se convirtió en el semiárido «desierto pedregoso», el *hamadah*. A lo largo del camino podían verse neumáticos desechados. Probablemente seguirán allí dentro de mil años. Vi también dos butacas puestas una al lado de la otra, a cien metros de la calzada y a diez kilómetros del desvío más cercano. Los grandes cantos rodados que salpicaban el *hamadah* se convirtieron en piedras; las piedras se convirtieron en pequeños nódulos de basalto dispuestos en hileras sobre la pálida gravilla como por obra de una rastra. El terreno se había ido degradando paulatinamente, cada vez más llano y más liso al tiempo que se volvía más seco. A un centenar de metros sobre nuestras cabezas, contra el cielo eléctrico, flotaba un dirigible blancuzco y sin identificar.

Hassan me contó que él era de una tribu de las montañas. Tenía algo más de cincuenta años, lucía una pulcra barba negra y tenía esa mirada fija y observadora que suelo asociar con artistas y militares por igual. Sabía analizar

rápidamente una situación y era sensible al peligro. Yo me había fijado en el gigantesco palo de madera que tenía en el Land Cruiser, pero no portaba armas de fuego. Llevaba la cabeza envuelta en un paño blanco y usaba una túnica blanca también, con la pechera sucia de grasa. Su calzado eran unas sandalias negras de cuero hechas polvo. A finales de los años sesenta, durante la insurrección de Dhofar contra el sultanato de Omán, había recibido formación como sanitario en una escuela que los insurgentes tenían al otro lado de la frontera, en lo que a la sazón era la República Popular del Yemen. Cuando todos sus amigos murieron, según dijo, y soviéticos y chinos se apropiaron de la rebelión, Hassan aceptó la amnistía ofrecida por el nuevo sultán (que había depuesto a su padre, el sultán anterior) y decidió irse a Salalah, donde continuaba viviendo. Pero su casa, la casa de su padre, seguían siendo las montañas, los llanos y el desierto, pese a que los beduinos habían casi dejado de existir como pueblo nómada.

En las Arenas no podía perderse. Allí era otro hombre: alguien con autoridad, que no estaba para tonterías. Y a medida que dejábamos atrás la llanura costera y nos aproximábamos al desierto, la desconfianza entre nosotros se evaporó. Yo podría haber sido un camello. Hassan me guiaba y yo le seguía.

Resulta que su padre había conocido a Bertram Thomas a finales de la década de 1920, cuando Thumrait —el pueblo sobre el que se bamboleaba el dirigible— no era más que un bebedero. «El inglés está chiflado», parece que se decían unos a otros los beduinos: se le había visto caminar a pleno sol al mediodía y detenerse cada tanto para hacer un montoncito de piedras (estaba haciendo labores de agrimensura). Si le llevaban el cadáver de un ratón, o una serpiente, o un águila, él les pagaba en oro: «El inglés está chiflado». Y no solo le interesaban los despojos de animales...

Thumrait es la última población antes del desierto, parada obligada para vehículos pesados y camelleros que van o vienen de Catar, una ciudad a un tiempo bulliciosa y de aparente abandono. Todo tenía un barniz de polvo rojizo. El ambiente era de apremio y transitoriedad. Veías gatos reptando bajo los coches entre maullidos. Edificios sin terminar y amenazando ruina flanqueaban una flamante estación de servicio Shell. Las palmeras junto a la calzada parecían muertas. Frente a la panadería Al-Khayam había tres camionetas en fila, y en la caja de cada una de ellas, agachado bajo una red, un silencioso camello negro.

Thumrait es la base de las fuerzas aéreas de Omán, y durante las guerras de Irak y Afganistán sirvió de centro logístico a los norteamericanos. Los de

la panadería señalaron el dirigible y le preguntaron a Hassan qué era aquello. El cable que lo mantenía anclado a tierra iba hasta el recinto de la base estadounidense en las afueras, les explicó Hassan; era un globo radar que controlaba la zona del Yemen en el oeste. (Drones americanos habían empezado sus ataques contra militantes islamistas en Yemen. Unos meses más tarde, centenares de yemeníes fueron asesinados tras el derrocamiento del gobierno de Saná.)

Militantes yemeníes habían utilizado la carretera entre la ciudad y el desierto, y en dos ocasiones nos encontramos un control. El típico poli corpulento y arrogante, vestido de camuflaje azul, revisó nuestros papeles mientras detrás de él su colega, soldado de uniforme verde, aguardaba con las piernas bien separadas y el rifle en brazos. A cada lado del puesto de control había refugios de baja altura contra el sol hechos con malla de camuflaje, y *jeeps* provistos de ametralladora al cuidado de atentos quinceañeros.

Estos últimos indicios de vida pronto quedaron atrás. El paisaje se allanó; el horizonte estaba formado por oscuras lomas bajas parecidas a escombreras. Menos de una hora después llegábamos al *serer*, una planicie inmensa donde no hay otra cosa que una gravilla de color hueso y de vez en cuando una pareja de camellos negros. Destacando en el horizonte, a veinte kilómetros de distancia, había cuatro grandes silos de sombrero cónico y unos veinte metros de altura. «Granja de pollos», dijo Hassan. Sí, claro: temperaturas máximas de 54 grados centígrados en el exterior, vientos de 140 kilómetros por hora; cinco milímetros de lluvia al año. Pero allí estaba, en efecto, la granja avícola A'Saffa: «¡Es la tercera más grande del mundo!». Una iniciativa muy arriesgada: en 1980, durante una ola de calor, el aire acondicionado en una granja de pollos de Oklahoma se averió y minutos después había medio millón de gallinas muertas.

Una mancha verde se esforzaba por destacar entre la calima: campos de alfalfa regados por el bebedero de Shisur. A todo lo ancho de cada sembrado, rampas de riego montadas en grúas iban de un lado al otro, de día y de noche. Justo un poco más allá, el verdor desaparecía por completo. Había gente en los arcones de la carretera, paquistaníes con la cabeza descubierta en aquel calor inverosímil, como si hicieran autostop, pero ninguno levantó el dedo para que parásemos. Eran jornaleros contratados para vigilar los irrigadores. Una especie de unidad de cuidados intensivos. Hassan me explicó que, si el riego fallaba aunque fuera un solo día, la cosecha se echaba a perder. Añadió algo que al principio no logré entender. «Es como los africanos que utilizan

cremas para tener la piel más clara. Siguen siendo africanos con crema o sin». Y luego dijo: «El desierto siempre es el desierto».

Se desvió de la carretera, aparentemente por capricho, y siguió unas huellas de neumáticos. Como si aquel verdor hubiera sido un sueño, ante nosotros y en todas direcciones se extendía ahora hasta el horizonte una fina y pálida gravilla; todo lo demás parecía haber sido triturado. Íbamos a 100 kilómetros por hora, pero igual podríamos haber ido a 60 que a 120. El único modo de determinar la velocidad, aparte de mirar el indicador, era la fuerza de gravedad y la intensidad del traqueteo. A nuestro alrededor todo era planicie, ni un solo árbol asomando la copa, piedras apenas más grandes que la uña del dedo gordo. Era como si poco a poco estuvieran despejando un escenario. Íbamos dando tumbos a toda leche sobre una hectárea de soledad tachonada de guijarros como huevos renegridos. A media distancia veías contonearse un remolino de arena; parpadeabas, y había desaparecido. En la calima, el horizonte parecía levantarse cual página de libro en una corriente de aire. Cascajales durante ochenta kilómetros, y de una aridez aún más implacable que el propio corazón del Cuarto Vacío. En las Arenas al menos, Bertram Thomas y su séquito habían encontrado algún bebedero; aquí, durante días a lomos de camello, no habría nada, ni unas frondas de salicornia moribunda, y ni un solo refugio para ningún ser más grande que un invertebrado.

El terreno se había ido transformando conforme descendíamos de las montañas: de sólido a particulado, de grueso a fino; de duro a blando; un cribado casi indiscernible.

¿Qué era, este proceso de atomización? Las fuerzas del desierto en acción, ni más ni menos. Una roca, al calentarse, se expande; al enfriarse se contraerá. Repetido este proceso durante cien mil y una noches, las presiones en conflicto empiezan a descomponer la integridad de la roca. Aparecen diminutas grietas, que se van ensanchando; en desiertos de grandes altitudes, la escarcha penetra en esas grietas y las abre como si hiciera palanca; una solución salina se filtra en la roca y, al cristalizar, hace que las grietas se expandan todavía más. (A este proceso se le conoce como extrusión.) La roca, así, se va dividiendo y subdividiendo, desescamándose y desmigajándose, y la acción del viento y del agua (la poca que haya) dispersa los pedazos de forma que las montañas se convierten en rocas, las rocas en piedras, y las piedras van perdiendo tamaño: grava, guijarro, gravilla, arena y, por último, polvo. Y la orilla del Rub'al-Jali, un mar de arena, cuando surgió ante mis ojos, me resultó tan inconfundible como el skyline de Nueva York.

Las dunas eran visibles en la llanura desde veinte kilómetros de distancia. Tras horas de un gris ceniza y de pálida arcilla agrietada, fue como si nos acercáramos a una nueva realidad, una realidad que desde lejos parecía tan atractiva y halagüena como el mundo de los sueños. Y yo pensé: Aquí sí que se podría poner un control fronterizo. Noté que Hassan respiraba aliviado.

Desde la linde del desierto, dunas en cuarto creciente no más altas que una ola invadían la llanura como exploradores enviados en avanzadilla de un enorme y bullanguero banco de peces. Hassan se apeó y, acuclillado en la fina arena, quitó una considerable cantidad de aire de cada neumático para que agarraran mejor.

Escribiendo sobre el Cuarto Vacío en 1888, Charles Doughty aseguraba no haber «encontrado a ningún árabe que tuviera lo más mínimo que decir, ni siquiera de oídas, sobre tan espantosa región». Viajó durante años por la península Arábiga pero no llegó ni siquiera al borde de esa espantosa región. A Richard Burton, sus guías beduinos lo consideraron un «perturbado» cuando les propuso adentrarse allí (al final, desistió). Pero en *Arabia Felix*, los acompañantes de Thomas «se pusieron a gritar como locos “ar raml! ar raml”! [¡deprisa! ¡deprisa!] blandiendo sus varas al hacerlo, cuando a lo lejos una franja amarilla iluminada por el sol bordeó el horizonte».

Entre proeza y proeza relatada, Thomas se toma un tiempo para estudiar antropológicamente a la escolta que lo acompaña: su alimentación y su dialecto, sus rituales de circuncisión y matrimonio, sus abluciones religiosas y sus prácticas sexuales. Una nota al pie sobre el «lecho conyugal» la disimula en un latín paternal, pero varias páginas más adelante Thomas reconoce, sin sonrojarse, haber sacado un esqueleto de su tumba beduina a fin de llevarse el cráneo de tapadillo a Gran Bretaña. Lleva consigo un «craneómetro para hacer y registrar las medidas necesarias, pues son de vital importancia para los antropólogos».

Cuando Hassan volvió a sentarse al volante tras bajar la presión de los neumáticos, se quitó trabajosamente el pañuelo de cabeza y vi que era calvo, la coronilla tan reluciente y plana como el extremo de una porra. Por qué me sorprendió, no lo sé.

Entramos en las dunas y casi al instante me fue imposible decir en qué dirección estaba la llanura que acabábamos de dejar atrás. Para quien se pierde en un laberinto, los pasillos exteriores no se distinguen del interior. Entonces recordé que una de las palabras en árabe para designar el desierto es

sinónimo de «laberinto». Hassan siguió adentrándose en las Arenas en busca de su hijo Mohammed y el otro inglés; fueron un par de horas de coronar una duna tras otra siguiendo una senda para mí invisible.

Las dunas de la linde del desierto eran tamaño playa, pero su altura iba en aumento kilómetro a kilómetro. Yo nunca había experimentado nada igual salvo en alta mar. Como si Hassan estuviera pilotando una barca en un estrecho con el mar picado, nuestro sube y baja por las dunas adquirió un hipnótico ritmo: identificar un paso; rugir de aceleración; momentánea sensación de haber elegido mal una vez en la cresta afilada por el viento; y repentina caída en picado. Noté que me quedaba mudo, primero por aquel ritmo y luego por el minimalismo del propio lugar. Así una y otra vez: la duna, el horizonte... y luego cielo y nada más. El desierto como lo hubiera pintado un ciego.

Una hora después encontramos el Land Cruiser de Mohammed en mitad de una pista de yeso. El camello, Soran, estaba aplatanado cerca de allí. Y a la sombra del vehículo, en cuclillas, estaban Mohammed y Nigel, con quienes íbamos a pasar unos días. Yo me esperaba encontrar a alguien de mi edad, o más joven, pero Nigel era mayor. Ni moreno ni especialmente alto. Lo primero que dijo, como si diera la bienvenida a un famoso desde la otra orilla de un río, fue mi nombre. Aquel individuo tenía una intensidad de adolescente que resultaba del todo insólita, pero que en un entorno británico tal vez habría sido menos llamativa.

Costaba de creer que Mohammed fuera hijo de Hassan, el robusto y frenético Mohammed. Bajo el asiento de su Land Cruiser tenía una espada ceremonial; a veces la desenvainaba para clavarla en una duna como si fuese una lanza, eso sí, no sin antes asegurarse de que le estabas mirando.

Hassan nos dejó a los ingleses en el lugar previsto de acampada, a unos pocos kilómetros de allí, y volvió para ayudar a Mohammed con el camello. Fue así como me encontré cara a cara con Nigel y pude enterarme de lo que le había ocurrido. Cuando por fin aparecieron Hassan, Mohammed y Soran, montamos el campamento al amparo de un círculo de dunas bajas.

Tanto quería Soran a Mohammed, que el mero sonido de su 4x4 al acercarse le hacía prorrumpir en gruñidos exaltados. Cuando el día empezó a refrescar, fui descalzo hasta una duna alta y empecé a trepar. Tardé veinte minutos en coronarla. Bajo mis pies, la arena iba perdiendo su calor como un animal agonizante. Bajo la superficie estaba fresca, como el agua de una poza. Quería convencerme de nuestro absoluto aislamiento. Desde allí, como treinta metros más arriba, el desierto que se extendía ante mis ojos carecía de bordes,

sus tonos cambiaban segundo a segundo conforme el sol descendía; pero no se trataba de algo «grandioso» en el sentido de infundir desazón. Uno no se sentía empequeñecido por su enormidad porque no había manera de saber cuál era tu propio tamaño en proporción a lo demás.

Reparé en unas huellas de pies que reseguían la cresta de la duna: eran las mías. Para Hassan, Mohammed y Nigel, treinta metros más abajo, el sol se había puesto ya y el parpadeo de la lumbre que habían encendido destacaba contra el fondo de la arena ahora oscura, manteniendo así la noche a distancia.

Una vez maneado por las rodillas, Soran se mostró dócil. Según me dijo Mohammed, los camellos tienen una visión nocturna excepcional. «Si ves que tu camello mueve lentamente los ojos de izquierda a derecha, es un zorro. Si deja de mascar y se queda mirando fijo hacia la oscuridad, es que algo pasa». Camellos árabes los hay de cinco colores: blanco («blanco con un toque *beige*»-Thomas), rojo («color gacela»), negro («marrón muy oscuro»), amarillo («entre *beige* claro y color gacela») y verde («una pátina oscura de humo»). Soran era «amarillo» y tenía bonitas y frondosas cerdas a lo largo del lomo; su tamaño era inferior al de las enormes bestias negras que deambulaban por la carretera de Thumrait. Lucía una sonrisa de beatífica paciencia y era objeto de pródigas muestras de ternura por parte de Hassan y su hijo, una ternura nacida del respeto, por no decir del amor. No le gritaban ni le pegaban, como no lo habrían hecho de haber sido el más sabio de los ancianos. Una vez elegido el lugar de acampada, llenaban de arena un morral de plástico y amarraban allí al animal, sin apretar mucho las ligaduras. Durante las horas que los otros pasábamos junto al fuego, Soran se dedicaba a mover las patas delanteras de lado a lado, la izquierda hacia la derecha, la derecha hacia la izquierda. Más de una vez me desperté por la noche al oír aquel sonido, el que habría hecho un viejo barriendo el patio de su casa.

Nigel estaba como conmocionado. No se movía de su silla de lona a unos metros de la lumbre, en lo oscuro. Fui a hablar con él y me fijé en que aún llevaba la cara apegotada de loción solar. Cuando levantó la vista, su lámpara frontal me deslumbró. «¿Has tenido ya alguna experiencia espiritual?». El hombre hablaba en serio. Pensé si no sería eso lo que estaba esperando, allí sentado en silencio. Hice visera con la mano y le dije: «Todavía no». A toro pasado, creo que no debí ser tan cínico.

Lo fundamental cuando uno acampa en el desierto, aparte de tener sombra suficiente cuando el sol empieza a ascender, es protegerse del viento. Se cree

que la mayor parte de las dunas del Rub'al-Jali se formaron hace un millón de años, durante la última fase del período Cuaternario, cuando vientos más potentes aún que los de ahora esparcieron arena de los wadis del interior peninsular y del golfo de Arabia. El viento sigue siendo una presencia poderosa: moldea las dunas a su antojo y, durante el día, es tan constante como el sol. El sol calienta la arena por la mañana, el aire frío asciende y debe ser reemplazado. De ahí la ubicuidad del viento en la literatura sobre desiertos. Herodoto nos cuenta la historia de un ejército libio que fue enviado para someter al señor del viento del desierto y que desapareció entero, «tragado por una nube roja de viento arremolinado». En un fuerte en ruinas del norte de Siria, T. E. Lawrence y sus camaradas beduinos «bebieron a boca abierta del espontáneo, vacío y directo viento del desierto». Bertram Thomas relata cómo un grupo de la tribu mahra que perseguía a una banda de ladrones de camellos llegó a una zona del desierto desconocida para ellos, y cómo el viento borró por completo las huellas que habían estado siguiendo. «Seis meses después uno de mi grupo de rashidis se topó con los siete esqueletos y los de sus camellos».

El desierto es móvil, y el viento su motor. Es el viento lo que moldea las dunas. Viajar por el Cuarto Vacío es ver sus formas —o «especies», como se las conoce— en su infinita permutación. El desierto se compone principalmente de la variedad *uruq* (que en árabe significa «vena»), altísimas crestas paralelas que pueden alcanzar decenas de kilómetros de longitud, y de los *barchans* (del árabe «cuerno») en forma de media luna, cuyas puntas señalan en la dirección del viento dominante. Pero muy pocos desiertos, incluidos los grandes ergios o «mares de arena» del Sáhara, están formados únicamente por arena. En las regiones meridionales no se tiene la experiencia de un inmenso terreno de dunas, una playa sin fin. La arena es de cuarzo; cualquier cosa más blanda se reduciría a polvo y se la llevaría el viento. Cada grano de la superficie tiene su cáscara de óxido ferroso, y a ello se debe la rojez característica de las dunas arábicas. Thomas sugiere que «Dhofar» significaría «país rojo». Donde más se notaba el tono rojizo de las dunas era en las hondonadas y donde la arena era más fina; pero bajo la superficie, el rojo se transformaba en un curioso verde grisáceo.

Las dunas están separadas por *shuquq*, «pasillos interiores», que son planicies alargadas de grava marrón y yeso blanco; así como las dunas son barreras extenuantes para hombre, camello y vehículo por igual, estas planicies son las autopistas del desierto. De sus márgenes, los arqueólogos han recuperado huesos de ñu, valvas de moluscos de agua dulce y dientes de

hipopótamo. Y es que unos veinticinco mil años atrás, durante una fase fría del clima planetario, estas planicies fueron lagos. Arabia, como también el Sáhara, se tornó verde. Más adelante, al calentarse de nuevo el planeta, el agua se evaporó y la vegetación acabó extinguiéndose. El desierto se impuso. Hoy, incluso desde poca distancia, las planicies pueden parecer lagos; se puede caminar por sus orillas o entre islotes de marga depositada por las aguas prehistóricas. Son acreciones con estructura de panal y pueden llegar a medir un metro de altura o más, y en ellos vive el zorro del desierto; en dos ocasiones pude ver de lejos a uno —negro en contraste con el yeso— cuando se metía en su cueva.

Así pues, el viajero va de un lecho de lago desecado a otro por pasillos entre dunas. Incluso a aquel que no está muriendo de sed en este desierto, le resulta fácil creer, tras haberse afanado entre los tabiques de arena, que lo que está contemplando a medida que la siguiente planicie aparece ante su vista, a veces ligeramente rizada o de un tono azulado por efecto del espejismo, es una enorme lámina de agua. Ni espejismo ni ilusión óptica, simple parecido. En momentos así la aridez del desierto se le viene a uno a la cabeza con toda su fuerza.

Mientras caminaba a solas a la mañana siguiente, recién despuntado el día, dos grajos vinieron a inspeccionarme justo donde la arena se juntaba con una llanura de yeso. Como cualquier ser vivo o cosa que se moviese, monopolizaban la atención. Eran una delicia; su negrura refrescaba la vista entumecida. Su vitalidad, su familiaridad. ¿De dónde habrían salido? Levanté los ojos y allí estaban, volando en círculo, y solo cuando estuvieron cerca empezaron a emitir su voz característica, un ladrido aislado que se lanzaban el uno al otro cada treinta segundos como quien no quiere la cosa. La curiosidad era mutua, yo me alegraba de verlos; pero la suya no era una curiosidad ociosa.

En relatos de exploradores, el cuervo aparece siempre en pareja. Harry St. John Philby, que conocía estas arenas mejor que cualquier otro extranjero, describe a todos los cuerpos que encuentra, ya sea los que se presentan en el campamento o los que se topan por el camino él y su séquito. En una ocasión encuentra un cuervo herido, en un oasis, y lo adopta como mascota. De nombre le pone Suwaiyid, que es el diminutivo del árabe *suwid*, «negro». Cuando uno de su séquito dispara contra un cuervo hembra que está en su nido, «el macho intervino valientemente para proteger a su compañera entre

chillidos de rabia y de preocupación». También apareció algún que otro cuervo en la travesía que Bertram Thomas realizara un año antes: «Cacé un interesante ejemplar: tenía un collarín de plumas blancas. Un beduino pidió el corazón de otro espécimen, este completamente negro, con la idea de comérselo entero por no sé qué virtud que poseía».

Allí cuesta creer que el cuervo sea ave de mal agüero. Me detuve en el camino e incliné la cabeza lentamente hacia arriba, conteniendo la respiración. Se podía oír (yo casi lo sentía) el murmullo de las rémiges mientras planeaban en círculo hasta posarse uno junto al otro a unos veinte metros de distancia. Su forma de picotear la arena era de circunstancias. Tenían las patas bien separadas, atentos mientras no me quitaban ojo de encima, luciendo su lustre. La sombra que arrojaban era tan negra como ellos mismos.

No había sido mi intención seguir las «huellas» de Thomas, pero allí estaba yo, caminando como había hecho él entre Ramlat Fasad y Ramlat Mitan: «país de dunas rojas», «crestas blancas paralelas interrumpidas por valles rojos», «llanas o suaves ondulaciones de arenas blancas atravesadas por colinas rojas». El yeso que crujía bajo las plantas de mis pies no había absorbido aún el calor del sol. El cielo ya era de un azul intenso antes de que empezara a soplar el viento por el progresivo calentamiento del suelo. En el horizonte, las dunas eran de un límpido gris malva; las que estaban a un centenar de metros iban tomando color según el sol ascendía.

Anduve hasta que hizo demasiado calor. Cada equis kilómetros divisaba a Hassan aparcado en la ladera de una duna, dormitando con los pies descalzos apoyados en el salpicadero. Yo podía extraviarme, pero él no lo iba a permitir. En la arena, al pie de la ventanilla del conductor, habría mondas de naranja esparcidas, y cerca de allí los hoyos gemelos que señalaban el punto donde se habría arrodillado para orar. Nos sentábamos a charlar un rato, yo bebía un poco y luego él arrancaba otra vez mientras yo seguía las huellas del vehículo durante varios kilómetros más.

El desierto no solo era vasto: en sus involuciones y en su granularidad había algo de íntimo; la boca fresca de un túnel excavado por un ratón; el arco de un trecho de vegetación batida por el viento; la cúpula de luz de la fogata del campamento. Esa noche Mohammed, Nigel y Soran habían acampado en otro lugar. Con el canto de la mano, Hassan despejó un trecho de arena hasta dejarlo liso, cerca de nuestra propia fogata. Luego cogió una ramita blanquecina de entre las ascuas y empezó a dibujar.

Al anochecer, el viento amaina. Por la mañana, alrededor del campamento, se ve el rastro de todos los animales que han pasado por allí mientras uno dormía: zorros, liebres, ratones, escorpiones. «Las arenas —escribió Thomas— son una agenda pública [...]. Puede que ningún ave se pose, que no circule ningún insecto ni bestia salvaje, pero las necesidades deben dejar su impronta».

De vez en cuando, Hassan clavaba la ramita en la arena, apuntando al cielo, y con la yema o el borde de un dedo borraba una línea que no le satisfacía, o bien ampliaba el lienzo para que le cupiera todo lo que quería dibujar.

Animal tras animal, los fue dibujando todos: hiena, zorro, antílope, liebre, leopardo. Ratón, gato, hombre, camello. La escala y el utensilio no permitían filigranas. Un escalofrío nos recorría a ambos cuando sus rápidos trazos se concretaban en una forma reconocible. Los dibujos de alguien que conocía de primera mano a su modelo.

Siempre estaban en movimiento, esos activos animales de las montañas y los cascajales, de la planicie y las dunas. Hassan tardaba unos cinco minutos, ocho como máximo, en perfeccionar los pocos trazos necesarios: el lomo arqueado de la hiena tenía que ser exactamente así; el ángulo de su cabeza; su sonrisa de suficiencia. El ángulo del largo pescuezo del camello, la protuberancia de su labio inferior, la longitud de su cola proporcional a sus patas traseras. Si las astas del antílope no cuadraban con lo que Hassan sabía que tenía que ser, las corregía con un pase del pulgar sobre la arena y retocaba la línea dibujada. Y entonces, de repente, allí estaba el animal completo y lleno de vida.

Yo tenía que escribir el nombre en la arena. «Camello», por ejemplo. Hassan lo copiaba al lado del dibujo y, al pie del mismo, grababa su equivalente en árabe, **الجمال** con la misma gracia con que había trazado la figura. Yo intentaba copiar la grafía árabe, el punto diacrítico engullido tan pronto lo dibujaba. Después contemplábamos los dos el dibujo y las tres versiones del nombre del sujeto, y luego, de una pasada de la mano, la arena recuperaba su estado virginal y la ramita se movía de nuevo en la mano del artista para dar vida a otro ser.

Hassan me puso una película en su móvil, una ventanita brillante en la noche sin viento. Era un documental de cuarenta minutos que Mohammed había descargado para él y se componía de imágenes de archivo de los años sesenta, en los prolegómenos de la insurrección: mujeres ordeñando cabras; muchachos trabajando en sembrados con el rifle sujeto a la espalda; tropas

blandiendo alegremente sus AK47; un Strikemaster de fabricación inglesa volando bajo sobre un horizonte lejano y a continuación el humo de una explosión elevándose por detrás de un promontorio. Y como banda sonora del documental —en la quietud del desierto, sonaba horrible—, una mala grabación de la marcha militar de los insurrectos.

En su calidad de *wazir* a finales de la década de 1920, Bertram Thomas advirtió que el sultán de Omán, Said bin Taimour, «trataba a Dhofar como dominio real». Cuando estalló la rebelión cuarenta años después, esta región montañosa, que dista un millar de kilómetros del palacio del sultán en Muscat, continuó dependiendo de Omán. Yo, antes de viajar a Omán, apenas si sabía nada de la insurrección y del papel que el Reino Unido jugó en ella. Empezó como una rebelión popular de las tribus de las montañas y del desierto. El conservadurismo del anciano sultán había condenado a Dhofar a la miseria, mientras que el pueblo —sin hospitales, sin escuelas— veía prosperar a los estados vecinos del Golfo gracias al petróleo. La insurgencia dio comienzo en 1964, cuando el líder del Frente de Liberación de Dhofar, Mussalim bin Nafl, y treinta de sus seguidores atravesaron el Cuarto Vacío desde Arabia Saudí. En una declaración de junio de 1965, el movimiento relacionaba al sultán Bin Taimour con las «hordas de la ocupación imperialista británica». La primera acción del FLD fue hartamente simbólica: un ataque con ametralladoras contra topógrafos de una compañía petrolífera en el desierto de Dhofar. En 1967, la caótica retirada británica de su colonia de Adén, en el sur del Yemen actual, sumada a la guerra de los Seis Días árabe-israelí, provocó una oleada de nacionalismo en el sur de la península. La influencia de la flamante República Popular Democrática de Yemen del Sur, país vecino de Dhofar por poniente, y de sus patrocinadores soviéticos y chinos provocó un cisma dentro de lo que quedaba del FLD, y el movimiento pasó a llamarse Frente Popular de Liberación del Golfo Pérsico Ocupado. Sus combatientes fueron enviados a China e Irak para recibir adiestramiento en la guerra de guerrillas. Hassan me contó que, en aquellos tiempos, «todo omaní quería un arma. Un AK47. Si se unía a los comunistas, le daban un arma. Si se alistaba en el ejército, le daban un arma. Todos querían tener una. Esa era su ideología». Hassan había tratado a esos hombres como sanitario.

La producción de petróleo en Omán había pasado de 88 millones de barriles en 1967 a unos 120 millones dos años más tarde. A los británicos no se les escapaban esas cifras. En 1970, el sultán concedió derechos de

exploración petrolífera en Dhofar a una empresa estadounidense; su derrocamiento era inevitable, aunque para entonces estaba ya atado de pies y manos, sin poder salir de su palacio en Salalah. Un golpe de Estado incruento sirvió para que, al año siguiente, Qaboos bin Said, de veintinueve años, destituyera a su padre. El nuevo sultán prometió al pueblo que su primera medida sería «la inmediata abolición de todas las innecesarias restricciones a vuestras actividades cotidianas».

Era un renovador. Había estudiado en Inglaterra, primero en Eton y luego en la academia militar de Sandhurst. Como medida reconciliatoria, hubo una amnistía para antiguos rebeldes como Hassan. Paralelamente, el sultán amplió sus fuerzas armadas. La rebelión fue alcanzando niveles de brutalidad: ataques a instalaciones petrolíferas, conductores de compañías ametrallados, la carretera a Thumrait sembrada de minas y la base de la RAF en Salalah destrozada por la artillería. Líderes tribales que negaban socorro o refugio a los rebeldes fueron despeñados, y se sucedían las ejecuciones sumarias de «contrarrevolucionarios». No fue hasta 1975, al empezar a darse cuenta de la amenaza estratégica que suponía el comunismo en la región, cuando el gobierno británico envió a Dhofar oficiales y mercenarios. El levantamiento fue finalmente sofocado en diciembre de aquel año, y sus combatientes (los pocos que sobrevivieron) «rehabilitados» o devueltos al desierto que los vio partir. Qaboos el modernizador sigue siendo todavía hoy una figura popular entre taxistas y camelleros, y no hay cafetería, restaurante u hostel en Salalah que no tenga su imagen en la fachada, contemplando a su pueblo con formidable benevolencia. Según Hassan, «no podríamos haber pedido un sultán mejor que él».

Los americanos encontraron petróleo en Dhofar. Se perforaron veintinueve pozos. Sin embargo, la producción empezó a decrecer rápidamente, y el petróleo restante era demasiado pesado para la explotación comercial. Tras haber gastado cincuenta millones de dólares, los americanos hicieron las maletas. Pero aún hay quien sigue explorando las arenas de Dhofar en busca de petróleo, y así lo demuestran las pruebas de su empeño.

A la luz de la lumbre me fijé en que la barba de Hassan tenía un cerco de blanco tanto en los pómulos como en la garganta. Me acordé del cuervo mencionado por Bertram Thomas, su collarín de plumas blancas. Bebimos té dulce de jengibre en vasos de plástico, suavizado con un poco de leche de cardamomo en lata. Los dátiles los cogíamos de un amasijo resplandeciente de ellos. Hassan volvió a sus dibujos. Una y otra vez, entre animal y animal, aparecía la mujer. Él se había reído la primera vez, como si la mujer se

hubiera presentado allí sin invitación; los dos nos reímos. Pero luego, conforme el rostro iba tomando forma, Hassan pareció ensimismarse en su obra. La punta de la ramita sobre la arena era de súbito el centro del desierto. La misma mujer cada vez: boca grande, ojos enormes, cejas pobladas, cintura de avispa, curvas generosas. Los trazos se ralentizaron. Yo no escribí nada al pie del dibujo. Cuando Hassan terminaba, ambos contemplábamos un momento el resultado, y luego él barría la arena para dejarla lisa de nuevo. Pero después de haber dibujado varios animales más —un erizo, un cuervo—, la mujer reaparecía, línea a línea, una vez más. Por fin, Hassan dejó la ramita a un lado, se acodó en el suelo (antes estaba sentado sobre sus piernas) y ambos contemplamos el fuego. En un momento dado, tiré a los rescoldos un hueso de dátil y él, sin decir nada, metió la mano en el fuego, cogió el hueso y lo lanzó a la oscuridad. En el desierto no se malgasta ninguna ofrenda de vida.

Tercer día en las Arenas. Debíamos reunirnos con Nigel y Mohammed (y Soran) en la laguna de Burkhana, a cincuenta kilómetros de la frontera saudí. No estaba muy lejos de nuestro campamento. Al cabo de una hora, cuando el sol de la mañana empezaba ya a calentar, divisé algo tirado en el suelo a unos quinientos metros. Era una señal de tráfico, triangular, con su poste a rayas, que el viento había tumbado: una flecha virando a la izquierda. Su presencia en aquel lugar, a tantos kilómetros de ni siquiera un criadero de camellos, era como un chiste. La habían colocado allí treinta años atrás los buscadores de oro negro que allanaron la pista para atravesar la planicie. El rojo original del borde se había vuelto amarillo. Y, sin embargo, había aguantado todo aquel tiempo, como si hubieran plantado allí la señal apenas unos días antes. Las cosas que hay en las graveras no acumulan la arena que se amontona por doquier. La arena desaparece de la superficie por la acción del viento, mientras que la grava y todo lo que ha quedado esparcido por encima permanece: piedras, ramas, neumáticos destrozados, latas de bebida, botellas de agua, latas de gasolina. Era tal la permanencia que estos objetos parecían poseer, que coger uno —pongamos un trozo largo de madera para usarlo como bastón, o una piedra roja limada por el viento— se antojaba casi como un acto de vandalismo, una profanación. Varias semanas más tarde, en mi vacío piso de Londres, saqué de un bolsillo del pantalón una esquirla de gravilla de un blanco puro, lo que quedaba de la costilla de una gacela, como si, sacada del desierto, al igual que el instante recordado de un sueño, pudiera no existir.

Seguí la dirección del indicador y, al cabo de una hora, me detuve, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y mondé una naranja. Bastó la acrimonia de su aroma para dejarme medio grogui. La tarde anterior, mientras exploraba las dunas cercanas al campamento, me percaté de un ruido que iba lentamente en aumento. Allí donde antes estaba todo en silencio, un matorral seco, movido por una ráfaga de viento que no tenía influencia más allá del propio arbusto, dejaba ahora escapar un murmullo que era sobrecogedor. Esto no era el «espontáneo, vacío y directo viento del desierto» que describiera Lawrence. Aquel matorral —una salicornia que los años habían vuelto negra— era como un ser atrapado; la furia le había hecho arrojar oscuras esquirlas de sí misma a varios metros de distancia en la dirección del viento.

Incluso cuando el viento amainaba, había que esforzarse para experimentar el silencio. De entrada, era preciso hacerse callar a uno mismo: dejar de moverse tontamente, dejar de tragar saliva, de mover la lengua o los labios sin cesar, silenciar el encaje de las mandíbulas, el pestañeo de los ojos gelatinosos, el burbujeo de las fosas nasales, el parloteo de las tripas. Dejar de respirar. Por la noche, cuando cesaba el viento, era más fácil. A veces me despertaba en mi saco de dormir y la luna llena era tan luminosa que deslumbraba a las estrellas, y mientras contenía la respiración el «silencio» era como un zumbido penetrante; pero de fondo, apenas audible, percibías un rumor de líquido en circulación, como si corriera agua por una tubería subterránea.

Debía de estar como a dos kilómetros: un vehículo grande de color gris. Me puse de pie y lo observé. Venía hacia mí pero no parecía acercarse. Una característica de estas planicies era que su mismidad oscurecía el paso del tiempo: podías tardar media hora en llegar a un neumático viejo situado a treinta metros de distancia. Un rato antes había cogido del suelo una piedra negra y la había lanzado tan lejos como era capaz, y me pareció que había andado apenas unos cuantos pasos cuando me agaché para cogerla otra vez. «Seguíamos adelante, hora tras hora, día tras día —escribía Thesiger—, y nada cambiaba. El desierto se juntaba con el cielo vacío siempre a la misma distancia con respecto a nosotros. Tiempo y espacio eran una misma cosa».

Reanudé mi caminata. Al cabo de unos diez minutos estuve lo bastante cerca para percibir que el vehículo no hacía ruido; no se había movido de allí en años. Un camión cisterna, abandonado en su recorrido desde la laguna de Burkhana; le habían robado las ruedas traseras y allí estaba, en mitad de la pista, inclinado, la pintura desconchada. El agua que transportaba se habría evaporado o alguien habría hecho sifón para extraerla. Hassan me contó

después que el camión llevaba allí treinta años, desde que llegaron los del petróleo. Sin embargo, se diría que el conductor había abandonado la cabina ayer, salvo por el parabrisas destrozado. Yo creía que estábamos muy lejos de los senderos para turistas, pero la carrocería estaba salpicada de grafitis obra de suecos, alemanes, catariés. Un suizo había escrito: «Omán nos encanta». ¿Acaso había llevado consigo el rotulador por si se le presentaba la ocasión?

Monté en la cabina y me puse al volante. El camión miraba en la dirección de Fasad, un pueblo a cincuenta kilómetros de allí. La quietud del desierto te deja aturdido, y dudo que haya mejor palabra para describirlo: al caer la tarde, desde lo alto de una duna, *quietud*. No obstante, enseguida queda claro que, del mismo modo que el desierto no es silencioso, tampoco reina en él la quietud ni mucho menos. Como fuerza moldeadora, el viento tiene una cualidad de la que carece el agua: la capacidad de fluir hacia arriba. Desde el pináculo de una duna, una nubecilla de arena se eleva hacia el cielo; a lo largo de la cresta, cien minúsculos ciclones se agitan puestos en fila; una lámina de arena peina rápidamente una cresta cual bobina de papel atravesando una prensa a toda velocidad.

El desierto se remodela. Echabas un sueñecito en un paraje desprotegido y te despiertas acompañado de un montículo de arena pegado a ti. Hasta la ramita más pequeña desarrolla una joroba a sotavento. Así es como nacieron incluso las dunas más extensas. De noche, en el haz de una linterna, incluso cuando reina la máxima quietud, se pueden ver motas de polvo volando. El desierto está sutilmente en movimiento.

Un par de kilómetros más allá, al pie de una duna de treinta metros de altura, distinguí un refugio contra el sol. Estaba hecho con soportes de madera claveteados a la buena de Dios y una techumbre de contrachapado. Burkhana. Los escasos trechos de verdor me parecieron el colmo de la exuberancia. Vi a Soran atado al 4x4 de Mohammed, con el hocico metido en un saco de pienso. Tumbados en una alfombra, Mohammed y Hassan estaban comiendo algo. De las tablas del tejado solo dos habían resistido al viento, el resto estaba desperdigado a centenares de metros. Entonces reparé en una silueta que caminaba arriba y abajo, patizamba, no muy lejos del refugio. ¿Y su gorra sahara?, ¿qué había hecho con ella? Al verme, Nigel levantó un brazo y soltó una carcajada. Estaba exultante, demasiado eufórico para descansar. Cuando estuve más cerca percibí el olor a azufre.

Bertram Thomas se llevó una decepción al descubrir que la «gran salobridad» de los bebederos no podía «disimularla un poco de caldo deshidratado». Burkhana no existía, cuando estuvo aquí en diciembre de 1930. Treinta años atrás una nueva hornada de gente del petróleo había llegado con sus aparejos y había recorrido en convoy doscientos kilómetros desde Salalah, guiándose por aquellas absurdas señales de tráfico. A los cuatro kilómetros encontraban un sistema presurizado, no el crudo pesado que extraían en la década de 1970, sino agua tibia sulfurosa, imbebible para los humanos. Actualmente, en la superficie del desierto, había tres pozos artesianos y una cisterna de hormigón de diez metros cuadrados que no dejaba de rebosar sobre la hierba cenagosa que formaba un cerco a su alrededor. Hassan me dijo que no existe agua tan contaminada que un camello sediento no se la beba, y Soran se había saciado ya. Aquí había pájaros, una collalba, un alcaudón sureño, pero como la mayor parte de los «oasis» del desierto, aquello era un auténtico vertedero. Era imposible decir cuántos años tenía buena parte de lo que habían tirado allí, desde botellas y latas de aceite a trozos de cañería y sacos de cemento, pasando por morrales de plástico, abrazaderas de caucho y otro de aquellos postes indicadores de la gente del petróleo. La sequedad del desierto no permitía que nada se corroyera; de ahí la intemporalidad de los objetos. El refugio podían haberlo levantado camelleros locales el año anterior, o treinta años atrás los buscadores del petróleo. Los excrementos de camello podían ser de la víspera o del verano pasado. Los pozos, cuatro palmos de acero ahora rojo y con una barba de incrustaciones minerales, estaban cercados por una valla metálica. Las plantas que había dentro de estas jaulas, regadas por los aspersores y protegidas de los camellos en busca de pasto, crecían sanas.

Nos sentamos a la sombra para comer el guiso de camello de la víspera, recalentado en un hornillo de *camping* gas. Nigel tenía las mejillas y la nariz en carne viva. Era preocupante; parecía estar al borde de la extenuación. El hombre tenía sesenta y cinco años y hoy había cabalgado veinticinco kilómetros. Bebía muy aprisa, una botella de agua detrás de otra. Se levantó, sacó la cámara de su estuche e hizo una docena de rápidas fotografías de las dunas. Después se sentó otra vez. Según Mohammed, que ahora le estaba dando unas palmaditas en el hombro, sabía montar muy bien en camello. Nigel no se vanaglorió del elogio, pero había hecho realidad un sueño de su niñez. Yo pensé que tenía motivos sobrados para estar tan contento. Era posible sobrevivir a las penurias vividas por Lawrence y Thesiger; Nigel se había ganado el derecho a decir que comía del mismo plato que ellos.

El alivio de saber que había superado la prueba y que aquel era su último día en el desierto hizo que ciertas emociones reprimidas salieran al exterior, o así me lo pareció, pues se puso a hablar otra vez; tuve la impresión de que era lo que deseaba hacer desde que nos habíamos conocido. Mientras comíamos a la sombra, habló de su renuncia a la escuela de chicos debido a que su director era «más un político que un educador» (otra vez esa frase) y del rencor que había sentido, previamente a su cese, cuando le obligaron a admitir chicas en sus clases; él estaba convencido de que no había que mezclar sexos en la enseñanza media. Noté que se iba calentando conforme explicaba lo sucedido.

Hassan se puso de pie. Estaba mirando a lo lejos, donde una nube de polvo se elevaba sobre la planicie; era un vehículo que se aproximaba escorado a unos ochenta kilómetros por hora. Hassan le dijo algo a Mohammed, rápido, y durante cosa de un minuto observamos el vehículo hasta que finalmente se detuvo al lado de Soran; el polvo de su estela se fue posando.

En la trasera de la camioneta había una cisterna de plástico negro, bolsas de plástico con comida y una red de cuerda. Dos hombres se apearon. Se los veía cansados y hambrientos. Eran camelleros y llevaban dos días conduciendo en busca de quince camellos que se habían extraviado. Nosotros no habíamos visto nada. Hassan y su hijo hablaron con ellos y los camelleros se sentaron con Mohammed en un trozo de techumbre que yacía en tierra a poca distancia del refugio. Hassan les llevó comida y él y Mohammed se quedaron allí mientras comían. Tras una breve pausa, Nigel continuó; la imprevista llegada no había calmado sus nervios.

Contrariamente a lo que yo pensaba en un principio, no se trataba de una mera reconstrucción de las quejas que en su momento debió de expresar ante su mujer y sus colegas, sino una forma de reavivar esa frustración. Nigel estaba chillando. Yo tenía en la mano un pan ázimo a medio comer. Era como el ciclista que ha perdido el control en una bajada abrupta y llena de baches. «¡Pues claro que es una idea de lo más estúpida! ¡Naturalmente! ¿Qué demonios esperaban? Los chicos, bien. Con ellos sí sabías a qué atenerte. Eran las malditas chicas. Todo ese... *bagaje emocional*».

Los camelleros, Hassan y Mohammed habían parado de comer y nos estaban mirando; éramos dos turistas colorados de tanto sol que discutían acaloradamente en su metro cuadrado de sombra. No había forma de aplacar a Nigel. Cuando me levanté para ir a echar una meada, él se quedó mirando un momento y luego me gritó: «¡Es un desastre! ¡El sistema! ¡Joder!».

En los archivos de Cambridge había una serie de telegramas recibidos por Bertram Thomas en Baréin, donde estuvo nada más completar su travesía del Rub'al-Jali en marzo de 1932. «El rey ha escuchado con gran interés la noticia de su hazaña y le ofrece su más sincera felicitación», escribió el secretario privado de Jorge V. Del mentor de Thomas, David Hogarth, en Egipto: «Felicidades viaje». De sus amigos el matrimonio How en Edimburgo: «Hace falta ser un hombre extraordinario para hacer algo así». Del agente literario Curtis Brown: «Tengo oferta en firme derechos libro en inglés con relato de tu viaje». Desde La Meca: «Mi sincera enhorabuena, Philby».

Sin embargo, en una carta a Dora, su mujer, Harry St. John Philby no necesitaba mostrarse diplomático (algo que, de todos modos, no iba con él): «La madre que parió a Thomas... ¡Me he jurado no volver a casa hasta que no cruce dos veces el R. J!, sin dejar nada para futuros viajeros». Estuvo encerrado una semana entera en su habitación.

Fue en 1928, según Philby, cuando «la gran paz del islam descendió sobre mí lentamente pero con firmeza». Ese mismo año Philby escribió al rey, Ibn Saud, solicitando permiso para convertirse. Según su amiga Hope Gill, «Philby no trató de hacer pasar su conversión por algo espiritual», pero según escribe su biógrafa Elizabeth Monroe, «hacerse musulmán le pareció la única vía posible para llevar a cabo la proeza de sus sueños». Finalmente, Ibn Saud concedió a Philby autorización para ponerse en marcha. El británico abandonó el palacio real en Riad y el día de Navidad de 1931 llegó al oasis de Hufuf, al norte del Cuarto Vacío, unos diez meses después de que Thomas completara su travesía. No obstante, para Philby fue «el inicio de la gran aventura»; él y sus guías beduinos pusieron rumbo al sur, hacia el interior del Cuarto Vacío, el 7 de enero de 1932.

Llegados a Naifa, ya en el corazón de las Arenas, los guías se rebelaron. Los camellos no se tenían en pie, no había garantías de encontrar agua en el sur. Habían tenido ya que matar al ternero recién nacido de uno de sus camellos para poder comer. No pensaban seguir adelante. «El árabe —consideraba Philby con amargura— se aferra con uñas y dientes a la vida, aunque sea para vivir en la miseria [...]. Yo no podía, no quería, rendirme». El 5 de marzo, tres meses después de partir de Hufuf, Philby y los guías que quedaban pusieron rumbo al oeste, llegando finalmente a Sulayil, en el extremo occidental del Cuarto Vacío, nueve días más tarde. Una vez recuperados del esfuerzo, siguieron viaje hacia La Meca. «Creo —le escribía

Philby a su mujer una vez terminada su peregrinación— que se me han quitado para siempre las ganas de explorar el desierto».

Un año antes de emprender su viaje, Bertram Thomas le había dicho al representante británico en Kuwait que se proponía «ser el primer hombre en cruzar el Cuarto Vacío y, con lo que saque, vivir de renta hasta que me muera». Lo cierto es que la prensa británica anunció a bombo y platillo el éxito de su empresa. Thomas regresó a casa convertido en un héroe nacional. Le concedieron la medalla de la Royal Geographical Society y lo nombraron comendador de la Orden del Imperio Británico; escribió artículos; dio conferencias en América. El *Times* declaró que Thomas «había conseguido una de las mayores proezas geográficas de los tiempos modernos».

Sin embargo, mientras que las travesías de Philby y Thesiger reportaron a estos una fama duradera, se diría que Thomas decidió sumirse en la oscuridad. Hoy en día, el primer occidental en atravesar ese «oprobio de la aventura moderna», en palabras de Richard Burton —una gesta que en su momento fue comparada a las de Scott y Amundsen—, es casi un desconocido. En una foto tomada en 1932 y que lleva como pie «Mi grupo», la figura central tiene aspecto de monje en hábito beduino, blanco y gris claro en contraste con el atuendo y el rostro más oscuro del resto de los que posan. Sujeta con ambas manos el mango de su bastón-fusta y mira a la cámara desde sus anteojos de montura metálica: un abad, o el superior de un internado. Su semblante no denota ni alivio ni satisfacción, a diferencia de los de su séquito. Llegado a Doha, su relato concluye con esta simple anotación: «Habíamos cruzado el Rub'al-Jali».



Bertram Thomas y séquito © Royal Geographical Society.

Esa noche Nigel lo pasó mal, tenía la cara interna de los muslos despellejada tras horas de montar, pero estuvo simpático y servicial; de vez en cuando se levantaba de su silla plegable para decirle unas tiernas palabras a Soran, acariciarle el hocico y darle de comer pan sin levadura. Como si su arrebato de la tarde no hubiera tenido lugar. La piel me olía ligeramente a huevo debido al agua sulfurosa de Burkhana (me había zambullido en la rebosante cisterna). Vi que Soran tenía la mirada fija en la planicie ahora oscura; si el camello deja de masticar y mira hacia lo oscuro, mala señal.

«Lo que se necesita es una nueva especie de amo —escribió Lawrence—: control de natalidad para nosotros, poner fin a la raza humana en cincuenta años, y luego un terreno despejado para un mamífero más *limpio*». (Las cursivas son suyas.) Este era el Lawrence que, en el Sinaí, descubrió que su cuerpo era «demasiado tosco para sentir el límite de nuestras penas» y que buscaba «la abnegación, la renuncia y el autocontrol». Thesiger admite en sus memorias que para él el sexo no había tenido «la menor importancia»: «El

celibato de la vida en el desierto no me inquietó en absoluto. Estar casado habría sido sin duda un auténtico hándicap».

Sí, ciertamente tiene que ver en parte con la clásica y turbia represión protestante de un peculiar estilo inglés. El otro Lawrence del desierto, D. H., reflexionando sobre su experiencia vital en Nuevo México, recordaba su Gran Bretaña natal como «una isla no más grande que un jardín trasero». Para los sudorosos, chorreantes, apestosos y soñadores viajeros por el hiperárido Oriente Medio, el desierto era una promesa de *asilo* —tanto de la Inglaterra-jardín como de su propio cuerpo y sus malditas fecundidad e inconvenientes, de su falta de limpieza—, al tiempo que consolaba a aquellos a quienes se les negaba la sensación de estar realmente «como en casa» debido a la diversidad misma de sus deseos. Me acordé de aquella importuna e inoportuna pregunta del público en la Royal Geographical Society sobre el, digamos, «poco ortodoxo» estilo de vida de Thesiger.

Con razón preferían esto. Mejor ir a lomos de un camello, a kilómetros de distancia del siguiente bebedero, que estar asediado por hombres hechos de cera de abeja y rapé.

Viendo que sus primeros intentos de abortar la travesía de san Antonio por el desierto egipcio quedaban en nada, el diablo optó por desplegar «las armas que, como él sabe, todo hombre lleva consigo en su propia carne; pues aquí acecha sobre todo a las almas de los jóvenes». Tomando primero la forma de una mujer, «el diablo provocó en su mente *pensamientos repugnantes*». (Cursivas de Atanasio.)

¿Quién sería la mujer que Hassan había trazado en la arena? Sí, uno puede viajar con el fin de escapar al yo, pero precisamente en el desierto, donde apenas hay nada, los pensamientos lo asaltan a uno con toda su fuerza. Después de todo, la quietud y el silencio no te liberan: algunas noches juro que mi libido —consista en lo que consista eso— podía *oírse* (un sonido como de puerta o desagüe atascados). No, señor, el cuerpo estaba allí; estaba más presente que nunca, y con todas sus exigencias.

Me despertaron los gimoteos de Soran cuando no había amanecido aún; le estaba dando los buenos días a Mohammed, que estaba avivando el fuego. En cuclillas cerca de ellos, Hassan estaba haciendo un agujero en el tapón de una botella de agua con la punta de su navaja. Al apretar, salía un chorrillo suficiente para las abluciones. Hassan se alejó hasta quedar oculto por una duna cercana; a los pocos minutos estaba de vuelta. Entonces le pasó la

botella a Mohammed, que fue a ocultarse tras otra duna. Finalmente, a cierta distancia como para no despertar a sus invitados, padre e hijo rezaron juntos la oración de la mañana.

Los deterministas dicen que «le désert est monothéiste» (Ernest Renan); que la consecuencia ineludible de pueblos que habitan un territorio privado de todo salvo de un suelo sin caminos y un cielo sin nubes es una teología igualmente monolítica e implacable. Mohammed era un profeta de secano, como lo fueron Jesús y Moisés.

Viajando por el Oeste norteamericano, John Steinbeck escribió que los «grandes conceptos de unicidad y orden majestuoso parecen haber nacido siempre en el desierto». David Hogarth, el mentor de Bertram Thomas, aseguraba que «el árabe debe, al menos en parte, a singulares condiciones climáticas esa inteligencia fuerte y simple que ha formulado una y otra vez una idea de Dios tan simple y tan fuerte como para convencer a miríadas de seres humanos». El geógrafo japonés Tetsuro Watsuji —cuyo idioma, nos cuenta, carece de un término nativo para «desierto», ya que no existe en Japón la idea de un ámbito terrenal de muerte— es de la opinión de que produce dos rasgos principales: sumisión y agresión. «Las características espirituales de la tribu de Sem, como sus ideas, su religión, su organización política y demás, pueden interpretarse en términos de condiciones de vida en el desierto. El patrón de vida es el de la lucha».

El teólogo William Harman Norton, en un escrito sobre «La influencia del desierto en el primer islam» (1924), nos dice que «ese entorno vacío proporciona muy poco alimento para pensar razonadamente. Sobrecargado de emociones, el semita de las tierras áridas ha derivado fácilmente en la meditación y la contemplación de lo sobrenatural». Luego pasa a explicar la postura de Renan: «Así como la rica profusión escénica de la India y de Grecia llevó a los arios a concebir la idea de numerosos dioses, así la estéril simplicidad, la monotonía sin fin, la estéril uniformidad del desierto llevó a los semitas a concebir un Dios único».

Yo apenas si distinguía otras palabras que no fueran *Allahu Akbar*, que Hassan repitió varias veces, pero cuando se postraron de cara al sol radiante, la escena me pareció totalmente apropiada al lugar, como si el objeto de su veneración no fuera otro que el desierto.

Los cuervos reaparecieron más tarde, con el sol ya en lo alto. Su presencia me hizo darme cuenta de que tenían su propia vida aunque no los viésemos:

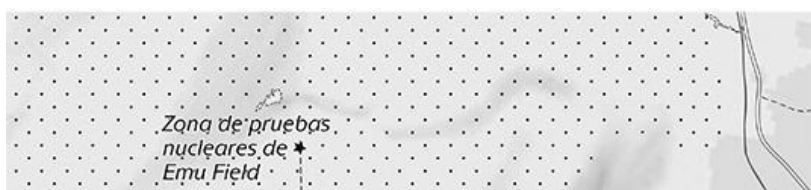
alguna cosa habrían estado haciendo antes de verse empujados a visitar nuestro campamento. ¿Habrían visto el humo de la fogata? ¿En qué andarían metidos entonces? ¿Qué harían cuando nosotros nos marcháramos? Los observé con los prismáticos de Mohammed y entonces me vinieron a la memoria los cuervos que mencionan Thesiger, Philby y Thomas. Bin Kabina, el guía de Thesiger, al ver a un ejemplar solitario, grita: «¡Cuervo, busca a tu hermano!», y le explica al inglés que «un cuervo solo da mala suerte, es portador de malas nuevas». Para Mohammed era motivo de asombro y regocijo que se emparejaran de por vida. Aquellos pájaros eran un recordatorio de que el desierto es un ecosistema, de que dentro de sus confines la vida estaba racionada. No era simplemente un mausoleo ni un museo.

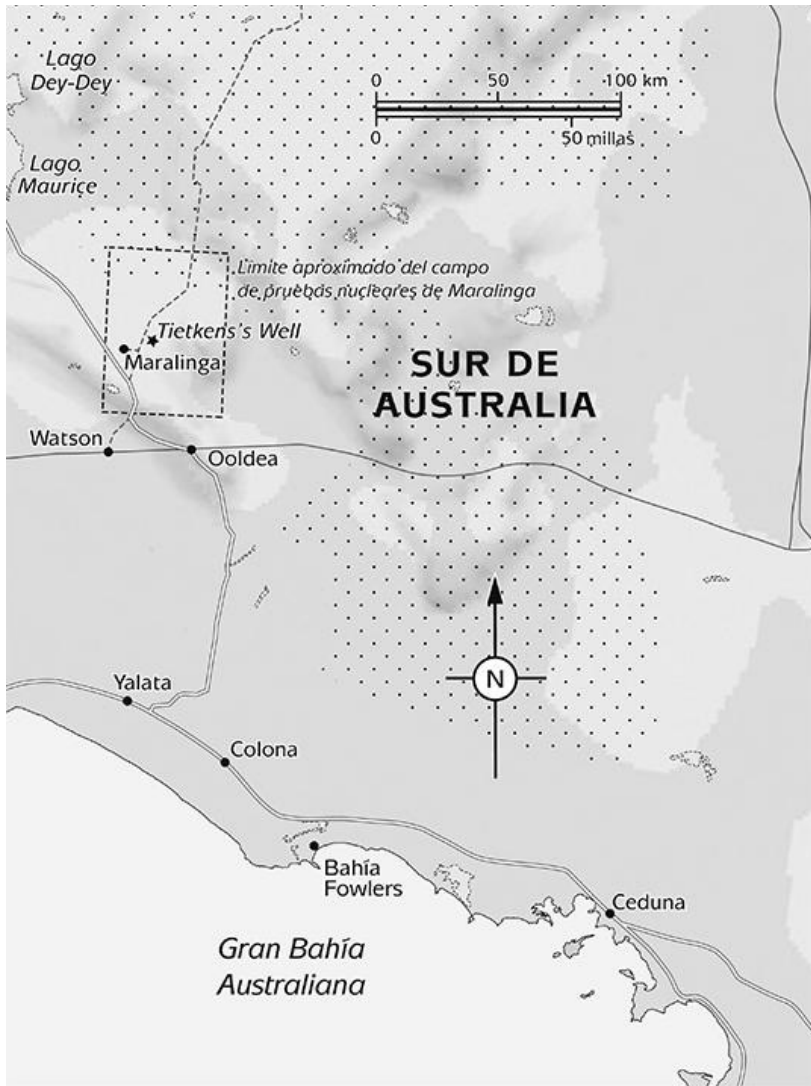
Mientras recorríamos el camino de vuelta desde las dunas hasta la planicie otra vez y luego hasta la carretera de Salalah, sentí deseos de estar yendo en dirección contraria, hacia el norte; de adentrarme más en el Cuarto Vacío. El que ha estado una vez en el desierto, escribía Thesiger, «siente tarde o temprano el anhelo de volver». Pero era imposible pensar en él y en sus antecesores y en las penurias que aceptaron de buen grado y no ver en ellos cierta chirriante obstinación. Abnegación, renuncia, autocontrol. Yo había acabado sintiendo por Thomas, Philby y Thesiger una suerte de veneración, pero no podría llamarlo simpatía. Buscar probarse uno mismo contra el desierto, renunciar a las palmeras y las papayas del litoral, me parecía una traición a toda esa gloriosa ofrenda. Ciertamente, es fácil confundir búsqueda con huida. Pese a la onírica belleza del desierto, viajar por una región así durante meses y casi a ciegas, como ellos hicieron, no era lanzarse de cabeza al olvido, sino también machacarse hasta no dejar nada de uno mismo. Era aspirar a la condición de arena.

2

CAMPO DE TRUENOS

El Gran Desierto de Victoria (Australia)





A principios del siglo V, el padre fundador del ascetismo europeo, Juan Casiano, que había vivido durante años en el wadi Natrun de Egipto, describía el estado conocido como «acedía», que, decía él, «podemos describir como tedio o perturbación del corazón. Es similar al abatimiento y son los solitarios quienes lo experimentan de manera especial, un enemigo constante y detestable de aquellos que moran en el desierto».

A mi regreso de Omán, caí en un estado de ligera depresión que me duró meses. Me gustó la palabra «acedía», con ese toque de agrura, corrosión y desintegración. La causa de mi estado se me escapaba. Era como un virus contra el cual yo no estuviera inmunizado. Más raro aún, y preocupante, desarrollé lo que en principio fueron acúfenos y que evolucionó, o así me lo parecía a mí, en una sordera parcial, unas veces más acusada en el oído izquierdo, otras en el derecho. Pero cuando acudí a mi médico de cabecera y después a un especialista, incluso las pruebas más sofisticadas no revelaron que tuviera absolutamente nada malo en los oídos. Puesto que no me tengo por un hipocondríaco, me pregunté si no sería tal vez una reacción a la gigantesca falta de ruidos del desierto.

Descubrí que no me apetecía estar en Londres; en el piso sin muebles, solo su olor y sus fotos. No era simplemente el «anhelo de volver», como apuntaba Thesiger, ni la promesa de soledad. Llevaba días dándole vueltas a una pregunta de desierto, que es a su vez una pregunta de marinero: sin testigos, ¿cómo se comporta uno? A salvo de la imaginación ajena, ¿a qué extremos, a qué polos de inaccesibilidad podía extraviarse la mente? Había descubierto ya que me atraía la acracia del desierto; no solo el hecho de que las normas quedaran en suspenso, sino que la propia palabra «bien», en ausencia de todo juicio o reglamentación, estuviera desprovista de significado. La libertad no es exclusiva de los virtuosos. Con este acerbo

espíritu de indagación personal, fue como decidí comprar un billete de avión a Australia.

En los desiertos de Nevada, Kazajistán y China, en el Thar indio y el Sáhara francés, se han hecho centenares de ensayos con bombas nucleares desde que se detonó la primera en 1945, en un lugar cuyo nombre en clave era Trinity, situado en el desierto de la Jornada del Muerto, en Nuevo México. Poco antes de la hora prevista se desató una tormenta, lo que hizo que multitud de sapos del desierto salieran de sus agujeros y poblaran el aire con su canto.

Cuando el gobierno británico decidió desarrollar su propia «capacidad» en 1947, fue lógico que sus técnicos buscaran un terreno de pruebas en Norteamérica. Sin embargo, en 1946, menos de un año después de Trinity y de los subsiguientes bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley McMahon, que prohibía compartir información atómica incluso con los aliados. William Penney, el director del proyecto británico, era partidario de hacer la prueba en las instalaciones de Nevada o en el Pacífico, pero ahora tanto el acceso a la experiencia de los norteamericanos como a su territorio estaba bloqueado. Lógicamente, no había ningún lugar apto en Gran Bretaña para llevar a cabo ensayos nucleares. De hecho, pocos sitios en el mundo eran adecuados desde el punto de vista ambiental —llanos, extensos, deshabitados, aislados, seguros, secos— y no digamos ya abiertos a la influencia británica. Penney hizo un vuelo de reconocimiento sobre Canadá, pero se dio cuenta de que, salvo un cambio en la política estadounidense, solamente había un lugar que fuera realmente satisfactorio. «Si los australianos no están dispuestos a dejarnos hacer pruebas en su territorio —fue su conclusión—, no sé adónde podremos ir».

No tenía de qué preocuparse. El 3 de octubre de 1952 Gran Bretaña hizo explotar una bomba atómica a bordo de un barco de guerra, el *Plym*, cerca de las islas Monte Bello, frente a la costa noroccidental de Australia. El primer ministro australiano, Robert Menzies, dio el visto bueno sin consultar a su gabinete, no digamos ya a la opinión pública del país, y le aseguró a Churchill, en 1953, que «Gran Bretaña no tendrá que preocuparse en el futuro por la cooperación australiana, como tampoco hubo de preocuparse en el pasado». Un año después se llevaron a cabo dos ensayos terrestres en un paraje conocido como Emu Field, en el Gran Desierto de Victoria, unos cuatrocientos kilómetros al norte de la costa meridional australiana. Entre septiembre de 1956 y octubre de 1957 se hicieron explotar otros siete

artilugios atómicos al sur de los primeros en un paraje conocido como Maralinga.

Tras los ensayos en Emu Field, el ministro de Abastecimiento de Menzies, Howard Beale, comunicó lo siguiente al pueblo australiano: «Todo este proyecto es un claro ejemplo de la cooperación a gran escala dentro de la Commonwealth. Inglaterra tiene la bomba y los conocimientos; nosotros tenemos los espacios abiertos, sobrada destreza técnica y una gran disposición a ayudar a la madre patria. Entre todos contribuiremos a construir el mundo libre y haremos avances históricos en el aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza».

Pasé diez días en Adelaide, sobre todo en la biblioteca de la Royal Geographical Society de Australia del Sur, aclimatándome y organizando mi viaje al desierto. Al cabo de unos días, un tanto agobiado por el perfecto orden de la ciudad, me dio por hacer excursiones al monte y al mar entre lectura y lectura. Una mañana, caminando por Mount Lofty, conocí a una francesa de Perpiñán que me llevó luego en coche de vuelta a la ciudad. Céline tenía el porte casi volátil de una bailarina, y cuando sonreía (que era casi nunca) dejaba ver unos pequeños y afilados dientes de porcelana. Siempre llevaba puestas sus gafas de sol, y aunque nos vimos cuatro veces, no sé de qué color tenía los ojos porque no llegué a vérselos. Rojos, posiblemente.

Me dijo que estaba atrapada en Australia porque el padre de su hijo (estaban separados y él era australiano) se negaba a abandonar su país. Ella era mitad argelina y todavía le chocaba el racismo de las amas de casa de Adelaide, incluso las más progresistas. Conocía a muchas porque daba masajes. Añoraba Perpiñán, cuya estación de tren, me contó, había sido diseñada por Salvador Dalí como el centro del mundo. Yo me pregunté por qué esta manía humana de fijar el centro, de clavarle una chincheta. O una bandera. *La tentación de san Antonio*, que Dalí pintó en 1946, es más austera que la de Bosch; representa una playa blanca en la que un san Antonio desnudo y de hinojos empuña un crucifijo ante una procesión de elefantes encabezada por un caballo blanco; cada animal avanza sobre extensísimas patas de mosca grúa, y uno de los elefantes porta sobre su lomo una escultural figura desnuda que exhibe sus pechos como si fueran morteros. El espíritu de la fornicación.

Por la tarde daba un paseo o iba a nadar en las frías aguas australianas, y más tarde compartía el barato vino local con Céline (ella a veces traía a su hijo de cinco años, Greg). Por las mañanas, resacoso, me sumía en los escritos de los pioneros blancos de la Australia del Sur en la biblioteca de la Geographical Society.

Era aquí, en la periferia del continente, donde la gente se había apiñado desde la fundación del país. El «interior rojo», o sea el desierto, seguía siendo aún hoy una tierra extranjera ocupada por extranjeros. Estaba el *bush*, que era una parte intrínseca de Australia, uno de sus rasgos en cuanto que nación de intrépidos pioneros; pero luego estaba el desierto. El desierto era otra cosa, ni *bush* ni *outback*. No era una zona querida y tampoco apreciada, era realmente algo ajeno a Australia.

«Dejen que alguien extienda el mapa de Australia sobre la mesa —dijo el explorador Charles Sturt en 1840 durante una conferencia aquí en Adelaida— y que contemple ese vacío en su superficie, y luego permítanme preguntarle si no sería toda una proeza ser el primero en poner el pie en mitad del mismo». Puesto que en el desierto no hay cima que coronar, ni fuentes de ningún río, la primera meta del explorador es su centro: «atravesar el corazón» del desierto, en palabras de David Hogarth, y alcanzar el otro lado. Los primeros exploradores de Australia imaginaban ese centro como un lugar de verdor exuberante. Sturt y otros partieron con la idea de encontrar un mar interior. Para los hombres de la Ilustración, los desiertos de este nuevo continente, no cartografiados ni descritos ni nombrados, eran una mancha en el orgullo nacional. Lo que el *Argus* de Melbourne llamaba «espantoso vacío» era, para un comentarista de los años 1820, «mirar a Gran Bretaña a la cara con pesar y desconfianza». Ya en 1778 el botánico del capitán Cook, Joseph Banks, afirmaba: «Es imposible pensar que un territorio tan grande como toda Europa no produzca ríos caudalosos por los que navegar hasta el corazón del país».

¿A qué respondía esta certeza? ¿Era una simple analogía con la profusión de ríos y lagos de Europa? Las pruebas de que hubiera tal cosa en el interior de Australia eran muy escasas. La ilusión no se debía a un exceso de imaginación sino más bien a lo contrario: la incapacidad de concebir un espacio vacío, pues un interior no cultivable chocaba con la providencia divina y con el equilibrio inherente en la naturaleza. James Hutton, geólogo británico de finales del siglo XVIII y, por lo demás, una mente brillante, afirmaba que solo había dos regiones verdaderamente áridas en el planeta: «El Bajo Egipto y una franja estrecha en la costa del Perú».

El explorador británico Charles Sturt tomó su descubrimiento del río Darling en 1828 como prueba del gran mar que —estaba convencido— había en el corazón del continente. «Todo apunta, creo yo, a que existe una gran masa de agua en el interior», escribió. Fueron las bandadas de aves que vio sobrevolar Adelaida hacia el norte lo que le convenció, ya que «unas aves que disfrutaban de valles frondosos nunca irían a un desierto». En 1844, a sus cuarenta y nueve años, Sturt partió de Adelaida para llevar a cabo su última gran aventura. El gobierno decretó un día de fiesta nacional, y una multitud llenó las calles de la ciudad para despedir a Sturt y su séquito. Tan seguro estaba de encontrar ese mar interior, que llevaban incluso un buque ballenero. La expedición falló por un solo grado —unos 240 kilómetros— la ubicación del centro geográfico del continente austral, y apenas si encontró agua para que los camellos siguieran adelante, no digamos ya para hacer flotar un barco. Hasta 1841 no concedió Sturt la posibilidad de que su fe en la existencia de esa masa de agua hubiera estado «alimentada por la esperanza de que pudiera ser así». Cuando el antiguo topógrafo de Sturt, un escocés de nombre John McDouall Stuart, llegó por fin al centro geográfico en 1859, plantó en un promontorio cercano una Union Jack de seda —«emblema de libertad civil y religiosa», según él— y declaró asimismo: «Que sirva de señal a los indígenas de que la era de la libertad, la civilización y el cristianismo está a punto de empezar para ellos».

Así fue, en efecto, y de la manera más catastrófica. Cualquiera que se topara con aquella bandera podría haberla considerado, por decir poco, un milagro. Pensé en Stuart y sus hombres, plantados junto a su trapo claveteado en el asta en mitad de aquel «vacío» olvidado de Dios y lanzando tres vítores a la reina con la garganta reseca.

Hasta dieciséis años después de que Stuart plantara su bandera, no cruzó Ernest Giles de este a oeste el continente australiano. Era su segundo intento, pues el primero terminó en un «espléndido fracaso», según él mismo lo calificó, tras la muerte de uno de los expedicionarios. Su ruta partía de Port Augusta, cerca de Adelaida, y se adentraba en la llanura de Nullarbor, siempre hacia el oeste. Siete meses más tarde, el grupo de Giles llegó a la ciudad costera de Perth en el sudoeste. Su segundo de a bordo en ambas travesías fue otro inglés, William Henry Tietkens. Durante la primera etapa del viaje, el grupo se desvió de la inalterabilidad de la planicie calcárea y se adentró en una región de médanos más al norte. A esta gran extensión Giles la bautizó como el Gran Desierto de Victoria, un dudoso honor para su reina: «Era la sobrecogedora, espantosa y demoníaca belleza de la esterilidad más

absoluta lo que reinaba aquí», contaría después, y les dijo a sus compañeros: «Nos encontramos en el peor desierto sobre la faz de la tierra, pero precisamente por ello debemos congratularnos aún más de haberlo descubierto».

Poco después de la llegada triunfal de Giles y su grupo a Perth en noviembre de 1875, Tietkens zarpó rumbo a Inglaterra con la idea de conseguir el respaldo de un matrimonio acaudalado, los Leisler, para una expedición cuyo objetivo era hacer practicables para pastos las tierras al norte de Ooldea, terreno que él conocía. Cuando regresó cuatro años después, Tietkens encontró allí sus propias huellas.

En la linde de una llanura roja, seiscientos kilómetros al noroeste de Adelaida y a doscientos del mar, una valla de madera rodea un pequeño montículo desde el centro del cual un pozo se hunde en la tierra caliza. Todavía está cercado por los grisáceos maderos que se colocaron en su momento, cuando lo cavaron hace siglo y medio. La valla es para impedir que caigan en él los camellos (el camello es animal con ciertas lagunas de inteligencia). Hablo del «Pozo de Tietkens», que fue practicado con el fin de franquear esta árida región al pastoreo. En la biblioteca de Adelaida leí el diario de Tietkens de 1879. Mientras que Giles escribe con el esmero de alguien que había sido un «apasionado estudioso de las narraciones de viajes y descubrimientos», el texto de Tietkens es parco (una veintena de páginas), más brutal y más directo, como si se arrancara las frases del pecho. El desierto se nos presenta siempre como un enemigo, y un paraje nada bello. Poca cosa se podía aprender de él. El emplazamiento que eligió para el pozo estaba unos sesenta kilómetros al norte de Ooldea, entre «frondosas y onduladas colinas bajas de piedra caliza». Y añadía: «No entiendo por qué lo llaman el Desierto». Es posible, en efecto, que Tietkens se encontrara con una tierra rica y fértil (lo era más entonces que ahora, de eso no hay duda), o puede que exagerara pensando en sus benefactores.

Dejando a los dos poceros que hicieran su trabajo, Tietkens fue a explorar el terreno de más al oeste. A su regreso, unos días después, tuvo que «escuchar las mentiras y gruñidos de los dos mayores villanos todavía por ahorcar». Los poceros habían encontrado arena a doce metros y no había forma de que las paredes del pozo aguantaran. Deshidratados, exhaustos, hartos de comer carne de caballo, se negaron a seguir cavando. «Uno tiene que contenerse de sacar la pistola cuando trata con carroña semejante»,

observaba su patrón. Al final, asqueado, despidió a «aquellos infames zopencos» y volvió a Fowlers Bay a buscar sustitutos.

El 22 de octubre estaba de regreso y supervisando las obras de un nuevo pozo, no muy lejos del primero. Se acercaba el verano y las condiciones se volvieron insoportables incluso para el propio Tietkens, que conocía bien la brutalidad del desierto. Llegado noviembre, estaba ya casi ciego de «oftalmia», presumiblemente tracoma, una inflamación contagiosa que aún hoy sigue afectando a los habitantes del desierto australiano. El 21 de noviembre escribía: «No es posible exagerar lo que padecemos por culpa de las moscas» (otra plaga australiana que no ha desaparecido). Dos días después los ojos le «escocían con un dolor intenso, mientras las moscas se cebaban en mis manos». Las tenía salpicadas de llagas. «Pensé que el sol no iba a ponerse nunca tras aquel día de espanto y dolor... La oscuridad y la muerte eran una bendición, algo por lo que rezar devotamente cuando la vida es solo INFIERNO».

Pero sus problemas no acabaron allí. Al día siguiente el campamento fue atacado por un grupo de aborígenes al mando de un tal Wantem, a quien Tietkens había empleado para que le llevara y trajera el correo de Fowlers Bay:

Al momento, saqué la pistola y abrí fuego [...]. Persiguiendo al cartero disparé con el rifle a unas 150 yardas y el hombre cayó [...]. Los gritos de las mujeres, los reniegos de los hombres, todo era estridente; el entorno entero quedó sumido en el humo, densos nubarrones negros como la brea allí donde los nativos estaban enviando señales [...]. Si esta gente nos ataca de noche, nuestra situación no puede ser peor, pues ahora por la noche tengo los ojos casi cerrados.

Pero no hubo un nuevo ataque y las nubes negras se dispersaron.

A mediados de diciembre los hombres de Tietkens habían cavado ya veinticinco metros sin encontrar agua. «Más hondo», les dijo Tietkens. El día de San Esteban de 1879, a treinta y ocho metros de profundidad, el pozo empezó por fin a llenarse y Tietkens hizo que subieran el agua a la superficie: era repugnante —salada, como suele serlo el agua del desierto—, pero no tan repugnante que el ganado no quisiera beberla. Tietkens volvió a Fowlers Bay convertido en héroe. Allí donde antes no había más que arbusto azul, mulga y spinifex desde los albores de la Creación, pronto habría criaderos de ovejas, minas, pueblos; ¡iglesias!

Cuando unos meses después volvió con veinticinco ovejas, Tietkens descubrió que el recubrimiento interior del pozo se había derrumbado y que el hueco estaba lleno de fina arena blanca. El pozo era insalvable. Pero William Tietkens no se desanimó. En enero, sus hombres se pusieron a cavar cerca de allí. A los dieciocho metros se toparon con un impenetrable lecho de granito.

Fue, según confesó Tietkens, «la parte más amarga de la historia de mi vida». Es probable que los poceros se sintieran igual. Con el fracaso de dos años de trabajo a costas, Tietkens regresó a Adelaida.

El lugar en donde él y sus hombres trabajaron denodadamente —bautizado como Tietkens Plain a modo de tributo a su fracaso— sigue deshabitado a día de hoy, aunque de vez en cuando se ve algún dromedario, quién sabe si descendiente de los de Tietkens, que a su vez descendían de rebaños indios o afganos importados por los británicos. Pero mientras que la tierra que vio Tietkens en su tiempo era —para sus ojos al menos— de una espantosa virginidad, hoy está mancillada por negros cables deteriorados, bloques de hormigón para sujetar globos, gigantescas fosas comunes, suelos pavimentados, cimientos de torres de vigilancia y centenares de kilómetros de carreteras. Un paraje echado a perder, cuyo silencio no es tanto el de la tranquilidad cuanto el de un campo de batalla recién terminada la matanza.

Desayuné con Céline y Greg antes de partir de Adelaida en dirección oeste. Gran parte del sur del continente se asienta sobre una serie de gigantescas cuencas resultado de desplomes y deslizamientos por fallas hace millones de años. La mayor parte del Gran Desierto de Victoria, que está a caballo de la frontera entre Australia del Sur y Australia del Oeste, queda dentro de la que se conoce como Officer Basin, que se formó hace entre 800 y 350 millones de años. Al sur, junto al trecho de costa conocido como Gran Ensenada Australiana, se extiende la llanura caliza de Nullarbor, que forma una media luna de elevación casi uniforme y que abarca unos 250 000 kilómetros cuadrados. Antaño bajo el agua, en la actualidad hay tan pocos árboles como indica su nombre. La linde septentrional está invadida por campos de dunas, y eran precisamente esas dunas lo que caracterizaba gran parte de la región que yo iba a ver en mi trayecto hacia el norte. La llanura era como un calloso tegumento entre dos dedos; así, al menos, es como yo la visualicé. En su esquina sudoriental, trescientos kilómetros al oeste de Adelaida, pasé una noche en la localidad portuaria de Ceduna. Tenía previsto llegar dos días

después al viejo puesto militar de Maralinga, que estaba unos trescientos kilómetros al noroeste, en tierra de médanos.

Ceduna disponía de un aparcamiento con tomas de electricidad para autocaravanas, varias tiendas de beneficencia y un solo hotel moderno cuyo bar-restaurante, enmoquetado de un color chillón, era conocido por la gente del pueblo como «el *pub*». Tanto de día como de noche el *pub* estaba repleto de deportistas universitarios blancos con el atuendo de sus respectivos equipos —*hockey* sobre hierba y *rugby* australiano—, que de vez en cuando dejaban de chillarse los unos a los otros para zamparse unas ostras. «Las únicas personas que beben cerveza del oeste australiano —oí que le gritaba uno de ellos a su compañero de equipo— son de piel oscura».

Llovía. No dejó de llover en todo el tiempo que estuve en Ceduna. Una lluvia gris que se fundía con el mar gris. Desde mi ventana, al atardecer, veía aborígenes indigentes desperdigados por las calles. Iban al centro a beber alcohol y no se molestaban en protegerse del aguacero. Una muchacha huesuda de unos doce años, plantada descalza en una zanja que parecía un torrente, miró hacia mi balcón.

Aquella noche, cuando me quité las botas, un rastro de arena cayó sobre la cama del hotel, pero no arena roja australiana sino la de Omán, de un gris rosado.

Por la mañana, bajo la lluvia, me acerqué a la oficina de la Maralinga Tjarutja para encontrarme con Roger, que tenía que hacer reparto en la comunidad aborígen de Oak Valley, unos cuatrocientos kilómetros al noroeste de Ceduna, y había accedido a llevarme en su vehículo. Maralinga no quedaba lejos de Oak Valley. Maralinga Tjarutja Inc. era la empresa creada para gestionar los asuntos de los propietarios tradicionales de las tierras de Maralinga, y a través de ellos era como yo había conseguido autorización para visitar la zona.

No me supo mal abandonar Ceduna. Dejó de llover cuando llevábamos recorridos unos pocos kilómetros, pero el cielo seguía nublado. En la cabina del camión apenas cabía otra cosa que el enorme corpachón de Roger. Íbamos a tardar todo el día en llegar a Oak Valley; Roger podría haber hecho el trayecto con los ojos vendados. Era un tipo hosco, testarudo e infinitamente pragmático, y una vez que se hubo hecho una idea de mi persona, le entraron ganas de hablar. Era mestizo, y de joven había sido deportista; un primo suyo de Port Lincoln jugaba en la liga profesional de *rugby* australiano. Hacía unos días, me contó, el gran jugador indígena Adam Goodes, defensa de los Swans de Sidney, después de años de ser abucheado por aficionados racistas,

finalmente montó en cólera y, lanzando el grito de guerra tradicional, fingió tirar una lanza contra los hinchas rivales. La prensa reaccionó estupefacta: ¿se podía saber a qué venía semejante *agresión*?

Roger hablaba con cautela de la «gente tradicional»; los temía. «En Yalata hay gente tradicional —dijo—. Si quebrantas sus leyes, te clavan una lanza. Hay muchos sitios a los que tengo prohibido ir. Rollo cultural. Lugares sagrados. Para meterte en eso tienes que ser un iniciado». Los *claypans*, llanuras de barro seco y endurecido, se llevaban la palma entre todos esos lugares prohibidos; era allí donde se llevaban a cabo las «cosas de hombres» —actividades rituales masculinas— y donde se recolectaba el mineral de ocre para la pintura corporal.

Atravesamos los eucaliptos, siempre en dirección oeste, para adentrarnos en el interminable gris de la llanura de Nullarbor. En todas direcciones lo único que crecía era zarzo azul, salicornias y tecticornias, un mar gris que se prolongaba mil quinientos kilómetros hacia el oeste. En el cielo había agrupaciones de pequeñas nubes de color *beige* que remedaban las formaciones de arbustos. El único animal que pudimos ver fue un dingo mestizo que se había colado por la cerca para perros que se extiende a todo lo largo de la Australia meridional. Era de un amarillo como de peluche y cojeaba. Quizá le habían pegado un tiro. La cerca era tanto para entrar como para salir, y pensé si el pobre no querría volver a cruzarla.

Nos desviamos de la carretera de Nullarbor y seguimos hacia el norte hasta que las salicornias y el zarzo azul dieron paso a la región de médanos conocida como el Gran Desierto de Victoria. En el punto en que un poste indicaba que habíamos llegado a Ooldea, la pista atravesaba la línea férrea que discurre de este a oeste por la parte inferior del país. Unos misioneros habían establecido aquí un puesto en la década de 1920. El *soak*, o manantial, cercano había sido un lugar sagrado de reunión desde tiempos inmemoriales para los anangu. (Anangu significa «la gente»; se refiere a los que hablan los diversos idiomas y dialectos del oeste y el sur australianos, incluido el pitjantjatjara, dialecto de los actuales habitantes de Yalata y Oak Valley.)

Ooldea había sido un lugar de paz donde las tribus enfrentadas pasaban un tiempo en armonía. A efectos del ferrocarril, construido en 1912, se había practicado un pozo artesiano y construido una planta purificadora de agua. En aquel entonces se extraían del pozo 45 000 litros diarios; el combustible para hacer funcionar la planta lo proporcionaban casuarinas caídas de los médanos circundantes. Pero veinte años más tarde, hacia 1930, el agua de Ooldea empezó a escasear. Una tierra antaño fértil se había convertido en un páramo,

un cuenco vacío de otra cosa que no fueran moscas y polvo. La misión sería abandonada en 1952 y sus residentes trasladados a un criadero de ovejas, 140 kilómetros al sur, en la linde de Nullarbor. Ese lugar era Yalata; y actualmente, la tierra que quedaba al norte —y que los anangu habían recorrido durante al menos cuarenta mil años— les estaba prohibida. Todo porque el hombre blanco tenía intereses allí.

La gloria del interior australiano es su suelo. Su color rojizo es de tal ubicuidad e intensidad que no solo parece manchar las manos y el cabello, sino, tras varios días de estar expuesto a él, teñir también el mundo entero durante semanas, como si al córtex cerebral le hubieran inyectado una solución de carmín. Cuando se vieron obligados a abandonar Ooldea y el desierto cercano e instalarse en aquella planicie calcárea tan anónima como desconocida de más al sur —que los blancos denominaban llanura de Nullarbor—, descubrieron que estaban afligidos. Lo llamaron *pana tjilpi*: «tierra gris». «Estábamos desolados por Ooldea —declaró un anciano en 1985 en su testimonio para una investigación de la Royal Commission a raíz de las pruebas nucleares—. Sentíamos verdadera tristeza por todos esos lugares que significaban mucho para nosotros, y estábamos preocupados porque se habían echado a perder... Nos dijeron que no podíamos volver allí».

Ooldea quedó totalmente deshabitada. Una vez que empezaron los ensayos nucleares, ya no hubo vuelta atrás; todavía hoy, los anangu solo entran en la zona de pruebas remisos y por poco tiempo. No fue hasta la década de 1980, mucho después de que se hiciera detonar la última bomba, cuando algunos ciudadanos mayores de Yalata establecieron un pequeño puesto en el interior del desierto, cerca de una serie de *claypans* sagrados: Oak Valley, que así se llama, no era una misión sino una aldea gestionada por y para los propietarios de la tierra.

Antes de ir a Ceduna, el día anterior, había dado un rodeo hasta Yalata; estaba a un par de kilómetros del límite septentrional de la llanura de Nullarbor. Una serie de casas prefabricadas entre los eucaliptos. Una de las características del eucalipto es que su corteza se desprende en largas tiras, y en Yalata esas tiras colgaban de las ramas y se mecían al compás de una ligera brisa. Me recordó a cuando un animal muda la piel. Habían cortado una de las calles con rocas y vi una pintada reciente en una pared: ¡VIOLENCIA DOMÉSTICA! WIYA! El puesto de policía cercano a la entrada me hizo pensar en un control en una calle de Belfast, protegido por bolardos y por una valla metálica coronada de alambre de espinos. No parecía haber nadie dentro. Cuatro mujeres estaban sentadas en un murete junto al centro comunitario. Al

verme, rieron y saludaron agitando el brazo, y un niño gritó algo en pitjantjatjara. Un joven barbudo con chaleco reflectante estaba plantado en la entrada del centro. Yo no hablaba el dialecto y él no hablaba inglés, pero quedó claro que la persona con quien había quedado para verme, una de los responsables, no estaba allí. Resulta que había habido un asesinato y la mujer en cuestión estaba lidiando con las repercusiones.

En 1936 la United Aborigines Mission estableció un campamento en Ooldea; la misión siguió funcionando hasta su clausura en 1952. Se creó un establecimiento de comercio justo que proporcionaba alimento a las tribus del desierto. Había una escuela, una iglesia y un hogar infantil. Niños y niñas recibían tres comidas diarias y los sábados un baño caliente y ropa para cambiarse: a ellos les daban tirantes y una corbata azul; a ellas una diadema de color rosa. A los chicos se les enseñaba a bombear agua, cortar leña y montar a caballo; las chicas, por su parte, aprendían a coser y planchar y hacer calceta. En 1944 tuvo lugar un bautismo colectivo: «Para ellos no fue nada fácil dar ese paso —escribía el secretario de la UAM—, renunciar a las prácticas de sus antepasados [y] abandonar las supersticiones del paganismo para seguir el camino de Jesús». Se percató de que algunos ancianos se mostraban «amargados y en contra» y pensó si no sería porque «muchos de los jóvenes habían afirmado que no pensaban hacerse hombres a la vieja usanza tribal».

Oak Valley está cien kilómetros al norte de Ooldea. La pista de tierra era un tobogán detrás de otro por los médanos, una cinta de un rojo encendido a través del reluciente verdor de los eucaliptos. Roger iba pegado al volante, masticando, la vista fija en la ondulada carretera. «¿Sabes lo que pienso? Pues que si las cosas siguen como van, en menos de diez años asistiremos al primer asesinato de un primer ministro australiano».

Era una hipérbole; la hipérbole de la desesperación. Al otro lado de la vía férrea había un cartel en rojo, blanco y negro: «AVISO: NI ALCOHOL NI DROGAS en las tierras de Maralinga Tjarutja».

«Llevamos aquí cincuenta mil años». Era un cálculo muy conservador. «¿Y ustedes cuánto?». Se refería a los blancos; no era descortesía por su parte. «¿Doscientos cincuenta, quizá? Dios no lleva muchos años en Australia».

Cierto, pero echemos un vistazo. En el horizonte, elevándose sobre los médanos de levante, estaba la blanquecina montaña de cobertera de la mina

de arenas minerales Iluka, la mayor fuente de zirconio de todo el planeta. Cada día hasta quince camiones de cien toneladas salían de la mina rumbo al puerto de Thevenard, que aquella mañana habíamos podido ver a lo lejos en el extremo opuesto de la bahía donde se encuentra Ceduna. Gran cantidad de materiales preciosos esperando en tierras aborígenes.

Roger me explicó que hacía unos años una empresa petrolífera francesa había adquirido los derechos para hacer prospecciones en tierras Maralinga. Estuvieron aquí varios meses, abriendo pistas de acceso para la maquinaria, transportando lentamente su equipo de perforación en remolques de plataforma baja. Shorty, un anangu amigo de Roger, había sido contratado por los franceses para abrir camino en el *bush*. El capataz sabía muy poco de aquella región y le decía a Shorty que llevara la niveladora hacia una duna; si Shorty le decía que era demasiado empinada, el otro insistía. Al final, harto de quedar atascado con aquel trasto, a Shorty se le ocurrió una solución. Cuando el capataz le decía que abriera camino por un terreno imposible, Shorty torcía el gesto y meneaba la cabeza diciendo: «Tierra sagrada». Y el capataz, que no sabía dónde era sagrado y dónde no, tenía que consultar otra vez sus mapas y buscar una ruta alternativa.

Continuamos hacia el norte en dirección a Oak Valley. Las hojas caídas al borde de la calzada relucían como cristales rotos. Vi una chispa de sol reflejado allá en el horizonte y un coche que avanzaba hacia nosotros, dando tumbos por la cresta del médano. «Ahí viene Lancey, mi compinche —dijo Roger, levantando un solo dedo del volante hacia el maltrecho Polo de cuatro puertas—. En los últimos cinco años, creo que ha tenido unos veinte coches». Los coches de Oak Valley no estaban pensados para el *outback*. Había docenas de vehículos abandonados en la maleza a lo largo del camino: coches y camiones de los años sesenta, setenta y posteriores, saqueados de sus piezas buenas hasta no dejar nada que pudiera servir.

Junto a la carretera había un capó blanco puesto en vertical sobre unas estacas y salpicado de agujeros de bala oxidados en sus bordes. Una pintada, en azul, rezaba así: «LEVANTE EL PIE». Nos acercábamos a Oak Valley. Durante dos o tres kilómetros la tierra era gris y sin vegetación debido a un incendio el verano anterior. «Los chavales se aburren», dijo Roger. A un centenar de metros del arcén, cuervos y un buitre volaban en círculos. Había dos dingos junto a un camello herido, y unos rayos de sol parecían enfocarlos como en un escenario.

Pam, el hombre de mantenimiento (también se llamaba Roger) y cuatro perros de mirada atenta nos esperaban en la tienda de Oak Valley. Descargamos las provisiones y Roger, el conductor, fue a bajar un surtidor de gasolina que estaba atado con correas a la caja del camión. La enfermera del centro para ancianos, una anangu de cincuenta y tantos años, vino a buscar unas cajas de medicamentos. Iba con ella una niña de dos años con pañal. La cría agarró del pelo a uno de los perros más grandes y se puso a gritar «¡Baby! ¡Baby!» mientras el perro se la llevaba a rastras. La niña tenía sangre en la rodilla pero ni siquiera lo notaba de la emoción.

—¿Quieres ver camellos? —me preguntó Roger, el de mantenimiento.

—Pues claro.

—¡Bien! Esta noche te llevaré de paseo.

Pam era una ceramista de raza blanca y llevaba la galería de arte aborigen que había en Ceduna. Su marido, dijo, había estado involucrado en la operación de limpieza de Maralinga durante los noventa. Pam daba clases de arte en Oak Valley y recorría los trescientos kilómetros, de ida y de vuelta, una vez por semana. Se quedaba a dormir en una de las casitas prefabricadas reservadas para el personal, que estaban en un recinto vallado lejos del núcleo principal. Era una mujer fuerte, flaca y un tanto hombruna; llevaba el pelo gris muy corto y su sonrisa era precavida. «Te enseñaré dónde doy las clases», me dijo.

La población de Oak Valley fluctuaba de una semana para otra, con una media de unas ochenta personas, pero ese día no había nadie. Roger y yo nos habíamos cruzado con tres coches por el camino, aparte del de Lancey, y en cada uno de ellos viajaban seis o siete personas unas encima de las otras. Pam me lo EXPLICÓ: un funeral. El asesinato ocurrido en Yalata. Una muchacha había muerto apuñalada y habían detenido a su pareja. Recordé la pintada: ¡VIOLENCIA DOMÉSTICA! WIYA! Hay dos palabras en pitjantjatjara que hasta los blanquitos conocen, me dijo Pam. Una es *wiya*, que significa «no»; la otra es *mamu*. Mamu quiere decir «diablo». Una palabra que yo tendría oportunidad de oír otra vez.

El centro cultural era un edificio de chapa ondulada. Dentro, sentado a una mesa larga vistiendo unos vaqueros destrozados, estaba Archie, un anangu de treinta y tantos que por lo visto era el único que no había ido al funeral, a saber por qué. Le pregunté qué estaba pintando; él ni siquiera levantó la vista, siguió a lo suyo. Tenía al lado la tapa de un tarro de café con larvas de polilla

fritas. Archie estaba pintando flores, un punteado negro sobre fondo rojo. Quizá los llamados guisantes del desierto de Sturt. Pam me dijo que chapurreaba un poco de inglés, pero no parecía dispuesto a hablar conmigo. No insistí; a fin de cuentas, él no me había invitado.

Los cuadros que pintaban en el centro cultural se vendían en una galería de arte de Ceduna, lo que suponía una de las pocas fuentes de ingresos de la comunidad. Turistas de paso —aquellos adinerados «nómadas grises» con sus enormes autocaravanas— pagaban bien por algo que ellos suponían era auténtico. Al fin y al cabo, en el desierto no había otro empleo que dar clases, curar enfermos o hacer trabajos de mantenimiento, cosas de las que se ocupaban mayormente los blancos.

Oak Valley se fundó cuando la mayor parte de los terrenos requisados por los británicos, unos 76 000 kilómetros cuadrados, fue devuelta a los anangu en 1984 tras la investigación de la Royal Commission sobre las pruebas nucleares y sus efectos. En la década de 1970, los británicos habían limpiado superficialmente la contaminación radioactiva, pero no fue hasta mediados los años noventa cuando finalmente los propietarios aborígenes cobraron la indemnización por los desahucios y por sus tierras echadas a perder y el gobierno invirtió en la limpieza del terreno. Todavía ahora se consideraba poco seguro acampar o cocinar en la zona de pruebas.

En parte fue gracias al dinero británico como se financiaron los servicios en Oak Valley: escuela, centro de deportes y parque infantil, centro de atención a la tercera edad, generador y centro cultural. Al igual que Yalata y otras comunidades anangu, Oak Valley seguía dependiendo de las subvenciones gubernamentales. En noviembre de 2014 el premier del estado vecino de Australia Occidental había anunciado un plan para cerrar 150 de las 273 comunidades aborígenes de dicho estado. En época de vacas flacas no se podía esperar que el contribuyente siguiera costeadando unos puestos tan remotos como poco rentables. El primer ministro Tony Abbott respaldó a su representante: «Lo que no podemos hacer es seguir subvencionando indefinidamente ese estilo de vida». No era el único que pensaba así. El dueño de la pensión de Adelaida en donde me había hospedado, todo un modelo de cortesía, me dijo una vez en plan confidencial: «Quieren jodernos al cien por cien, hacernos pagar por lo que les hicimos».

Pam me enseñó la casa de huéspedes de Oak Valley, una edificación prefabricada de tres habitaciones construida sobre pilares en la linde de la comunidad. Había una pegatina en la puerta de la alcoba: era un fotomontaje de una *steel guitar* con la imagen de una duna encima que, a su vez, se fundía

con una cascada, como si todo ello se reflejara en la parte frontal de la guitarra. Encima de esta recargada imagen estaba escrita una cita del profeta Isaías, que yo no supe cómo interpretar ni qué pintaba allí: «Mirad: voy a hacer algo nuevo; ya empieza a ser realidad. Estoy abriendo un camino en el desierto, y haré brotar ríos en el páramo».

Aquella noche hicimos filetes a la brasa en el patio trasero de la casa que normalmente utilizaba Pam cuando venía aquí. A la mañana siguiente teníamos que volver a Ceduna, y ella se ofreció a dejarme en Maralinga. Yo no había vuelto a ver una cara negra —Archie— desde la tarde; Pam me dijo que la gente tardaría un par de días en volver del funeral. Las cosas estaban feas. En Yalata siempre habían estado mal, pero incluso en un sitio aislado como Oak Valley, adonde los ancianos habían llegado en los años ochenta justamente para huir de las ciudades, el alcohol y los buscadores de petróleo eran problemas de primer orden. Estaba contándome esto cuando oímos un ruido metálico procedente de la tienda. «¡Eso es que alguien está subido al tejado!», dijo Pam. Aguzamos los oídos. Sí, sonaba como si alguien estuviera caminando sobre metal hueco.

Pam salió disparada hacia el cercado y dirigió el haz de una linterna hacia la tienda, que distaba unos cincuenta metros. El ruido cesó, luego empezó de nuevo, pero no pudimos distinguir nada. Roger, el de mantenimiento —o sea el Roger blanco—, también lo había oído desde su casa al otro lado de la calzada. Vimos luz en la cabina de su camioneta, y la silueta del hombre moviéndose en su interior. Roger se acercó en el vehículo al cercado de la casa de Pam y bajó la ventanilla de su lado. «Iremos a echar un vistazo, tío. Malditos sean. Y luego buscaremos esos camellos», dijo.

Pam se quedó junto al fuego y yo salté la valla y monté al lado de Roger. Estuvimos como un minuto rodeando la tienda, pero allí no había nadie. A Roger, de todos modos, le interesaban más los camellos. «Se lo he dicho otras veces: “Chicos, es vuestra maldita tienda; si queréis saquearla, es asunto vuestro, pero con eso lo único que hacéis es robaros a vosotros mismos”».

Era fornido, de cara redonda y barba corta entrecana, y solía empezar cada frase al típico estilo del sur australiano, como si estuviera confesando alguna debilidad: «Bueno, mira, Will...». Dejamos atrás la comunidad, el generador y el vertedero y la torre de agua y el cementerio allá en su otero, en dirección al *bush* y la noche: «oscuro como tripa de perro».

«Normalmente los ves rondando cerca de la carretera», dijo Roger. Durante media hora nos fuimos adentrando en el desierto; hacía fresco y llevábamos las ventanillas bajadas. Miré hacia atrás; dos perros corrían detrás del vehículo, cuyas luces traseras teñían de rojo sus ojos. De repente Roger estaba muy animado, con ganas de que le hiciese preguntas, de compartir el lugar en donde había acabado estableciéndose. «Nunca me había sentido tan seguro como en este sitio —declaró—. Aquí nadie quiere hacer daño a nadie».

A diferencia de Pam, él sí vivía en la comunidad. Su hijo iba a la escuela de Oak Valley. Yo había visto una foto de alumnos en la casa de huéspedes, y no había la menor duda de cuál de ellos era el hijo de Roger; todos iban con el torso descubierto menos él, que además era el único niño blanco. «Se ha adelgazado un poco. Venir aquí le ha hecho mucho bien. Es increíble lo que ha significado para él en cuanto a ganar confianza en sí mismo. En el colegio al que iba antes tenía problemas con los típicos matones; ¡ahora lo que nos preocupa es que se vuelva él un matón!».

Me explicó que su hijo y su mujer estaban los dos en Ceduna; no me quedó claro si era algo permanente. «Verás —dijo—, para ciertas personas esto es demasiado. Necesitan tomarse un respiro».

Al final la excursión duró dos horas o más, una paliza; cuando volvimos a Oak Valley, yo ya estaba muerto de frío. La lumbre en casa de Pam no estaba encendida y ella se había ido a dormir. Roger y yo solo habíamos visto un camello, un macho ya viejo que se apartó de la carretera con paso cansino. Roger, pese a la decepción, no quiso rendirse. «Venga, un minuto más y lo dejamos por esta noche». Calculo que hicimos un centenar de kilómetros. «Por lo general, no hay quien los mueva».

A él le encantaban los camellos, dijo; y le encantaban el desierto y sus gentes. Al apearme de la camioneta, dijo: «La verdad es que, si me dejaran, iría a iniciarme mañana mismo».

«Nobsy te caerá bien —me dijo Pam camino de Maralinga la mañana siguiente—. Es un “personaje del *outback*”». Nobsy era como llamaban todos a Robin, el cuidador maralinga, aunque no llegué a oír que nadie lo hiciera en su presencia. Los perros vinieron a despedirnos, lanzando dentelladas a los neumáticos, los muy idiotas, y cuando ya salíamos de Oak Valley nos cruzamos con un coche que regresaba del funeral. «Otros» estilos de vida, esto es: vivir sin empleo en una tierra que nunca volvería a ser segura; vivir a

cientos de kilómetros de la comunidad más cercana y recorrer esas distancias sin vacilar y con frecuencia, siete dentro de un coche, y no en Land Cruisers con aire acondicionado como el nuestro, sino en Polos y Golfs que daban pena, sin luna en las ventanillas y un crío dormitando en el regazo de cada pasajero.

Roger había dicho que, por él, se iniciaría «mañana mismo». Pero él sabía que no le iban a dejar, y pese a lo mucho que amaba la libertad del desierto, había ciertos rituales que le estarían siempre prohibidos por ser blanco. Aquí, los blancos podíamos ser huéspedes o intrusos. Los blancos comprendían tan poco esta tierra como Tietkens cuando llegó siglo y medio atrás con sus planes y sus ovejas y su pistola. Esta tierra nunca sería de ellos, y los blancos lo sabían; ese era el poder que la Australia blanca era incapaz de aceptar, el poder que atesoraba la gente de Yalata y de Oak Valley y el resto de comunidades pobres.

En 1953, un grupo de topógrafos del ejército británico entregó un informe en el centro de investigación atómica de Aldermaston: «Pasado el límite septentrional de la llanura de Nullarbor, la región empieza a ser más atractiva; una sucesión de médanos de baja altura con profusión de mulgas y mallee». Y añadían: «En esta región es muy fácil perderse».

Cerca ya de Maralinga la carretera se empinaba hacia una cresta más alta que los médanos que habíamos cruzado anteriormente. Lo llaman las montañas de Ooldea. Se formaron hace treinta y cinco millones de años como un sistema de dunas costeras cuando lo que es ahora la llanura de Nullarbor estaba bajo el agua. El desvío hasta el recinto estaba asfaltado, no como la pista principal o las calles de Oak Valley o Yalata, pero aun así impecable después de cuarenta años. «Los británicos os asegurasteis de que todo fuera de primera calidad», dijo Pam. Y allí estaba, por fin, el rótulo: «En este terreno hay artefactos de la era de las pruebas nucleares, entre ellos objetos contaminados con niveles bajos de radioactividad».

Una verja asegurada con candado bloqueaba el paso. Junto a ella había un cilindro de hormigón puesto en vertical, de un metro de anchura por dos y medio de alto, una sección de cañería en donde habían practicado una puerta. El cilindro estaba pintado de azul, y sobre la entrada se leía «The Tardis». Dentro había un teléfono negro de disco de los años setenta; por lo visto, todavía funcionaba, pero no había necesidad de llamar: nos esperaban. Al cabo de unos minutos oímos el motor de un camión que venía hacia nosotros

desde el otro lado de la verja. Pam y yo nos despedimos. «Saluda a Nobsy de mi parte», dijo ella.

El antiguo puesto militar estaba ahora dominado por el hospital, un alargado edificio de aluminio cuyo flanco occidental se convertía cada noche en una resplandeciente pantalla naranja al reflejar la puesta de sol. Era allí, en el hospital, donde Robin («Nobsy») el cuidador vivía con su esposa Della, que era de familia anangu. Robin, de raza blanca, sesenta y tantos años, había trabajado en la pesca de tiburón hasta que Della insistió en que lo dejara. En el «pub» de Ceduna me habían asegurado que podían verse tiburones blancos en la bahía, «pero eso no quiere decir que no pueda bañarse». Era fornido y parecía a punto de embestir como un carnero, las piernas bien separadas, la piel curtida de un tono bronce rojizo tan oscuro que apenas si se le veían los tatuajes. Su rala barba canosa descendía mentón abajo desde ambos lados de su boca hasta converger en el vello del pecho. Movía constantemente la boca con un aire de malicia, pero sus ojos siempre estaban quietos y vigilantes. Cuando dejaba de reírse por algo, su rostro volvía a la inexpresividad saltándose la acostumbrada fase intermedia de sonrisa.

En varias ocasiones a lo largo de los días subsiguientes, tuve la impresión de que Robin deseaba librarse de mí. Todo él irradiaba una intensidad contenida, fruto de una vida entera de proximidad a la violencia, que ni su afabilidad ni la barba conseguían disimular del todo. Había pasado muchas horas destripando pescado, sabía conducir una motoniveladora y cómo matar un camello: hay que hacer blanco justo en la oreja. Tras abandonar la pesca había trabajado primero en la comunidad de Oak Valley y luego, durante cinco años, como encargado del sitio de Maralinga.

En 1953 los británicos habían iniciado la búsqueda de un «terreno permanente para ensayos» en Australia. Tenía que estar a un mínimo de 160 kilómetros de cualquier zona habitada pero cerca de comunicaciones por carretera y ferrocarril; debía haber una pista de aterrizaje en las inmediaciones, un buen suministro de agua y un clima tolerable con escasa precipitación, a fin de evitar la contaminación del nivel freático. X300, el nombre en clave con que se bautizó inicialmente el emplazamiento elegido, estaba en una planicie rodeada de médanos (era la llanura de Tietkens) y medía unos treinta kilómetros de este a oeste por veinticinco de norte a sur. Maralinga fue el

nombre del asentamiento construido para los servicios, aunque informalmente se utilizó también para aludir a X300.

Tardé un rato en orientarme. La mejor vista se tenía desde la torre de agua, me dijo Robin. Estaba a diez metros de altura y se subía a ella por una oxidada escalera de hierro. Desde lo alto uno se daba cuenta enseguida de lo aislado del lugar: veinte kilómetros al norte, el verdor decrecía hasta convertirse en el rojo mate de la llanura de Tietkens; al sur, más allá de la vía férrea que Roger y yo habíamos cruzado el día anterior, el verde cedía bruscamente ante el gris azulado de la llanura de Nullarbor, que se extendía hasta el mar. El objetivo más urgente de los británicos era llevar a cabo una explosión «en el aire», desde un globo, para probar su primera arma nuclear operativa, «Danubio Azul». También estaba previsto hacer ensayos de una nueva bomba táctica, más pequeña, para uso en el campo de batalla, nombre en clave «Barbarroja». Finalmente, según el plan inicial, había que comprobar también los efectos de la detonación de una bomba atómica a ras de suelo. Pero, a la postre, todos estos ensayos resultaron ser solo el comienzo. En total se hicieron explotar siete bombas atómicas, además de unas seiscientas pruebas no nucleares.

En diciembre de 1954 ingenieros australianos y británicos iniciaron la construcción del campamento y la pista de aterrizaje, además de nivelar el terreno y construir laboratorios de campo a treinta kilómetros de distancia, en la llanura de Tietkens. El terrible horno del verano australiano meridional no les impidió continuar su trabajo.

En el lado este del enclave militar, visible desde la torre de agua, distinguí una plataforma escalonada de diez metros de anchura, como si fuera un estrado para el senado romano. En un poste indicador se leía «Hoyo 68U». En lo alto de la escalinata había únicamente un rectángulo lleno de cascotes: no era una de las «tumbas» radioactivas, sino la piscina del asentamiento. El rótulo no indicaba la presencia de nada más peligroso que amianto. El trampolín había desaparecido, pero unos peldaños de acero inoxidable se hundían aún en los escombros. Aquello había sido el centro neurálgico del puesto militar, sobre todo durante los duros meses de verano anteriores a las pruebas. Un nadador con los brazos apoyados en el borde de la piscina podría haber contemplado aquellos cincuenta kilómetros de suaves colinas de mulga (eucalipto) y mallee (acacia) e imaginar que estaba de permiso.

A un lado de la piscina había una fuente de estuco, medio desmoronada e inservible desde hacía mucho, que en tiempos cumplía la función de filtrar la muy mineralizada agua de la piscina; junto a la fuente había una tumbona de

plástico donde yo me sentaba a veces a leer, los pies apoyados en el reborde de la fuente seca. Cerca de allí había un par de pistas de tenis, donde aún seguían en pie los postes de la red y la plataforma del juez de silla, pero las líneas laterales ya no eran visibles y el pavimento estaba combado y agrietado, y en algunos puntos asomaban salicornias. Al principio pensé que el rugir que se oía de cuando en cuando eran aviones a reacción, pero luego comprendí que eran las ramas secas de la mallee que el viento agitaba. Si bien no era un ruido particularmente fuerte, había en él como una especie de gigantesca energía contenida, como en un mitin a la espera del líder carismático.

Cuando Maralinga fue abandonado en 1974, a los hombres de Yalata se les concedió una indemnización. Sus edificios de antaño pueden encontrarse hoy día por toda Australia del Sur: yo había parado en un campamento cerca de Port Lincoln cuyo bloque de aseos había estado aquí; el pabellón de baloncesto de Ceduna había sido la droguería; el estudio de cerámica, según me explicó Pam un día, fue en tiempos un barracón británico. La mayor parte de las construcciones había desaparecido, pero desde la torre de agua podía adivinarse el trazado de las «calles» del puesto: London Road, Ottawa Street, Perth Road, Cardiff Road. A lo lejos, entre el asentamiento y la verja principal, como a dos kilómetros de distancia, estaba el aeródromo, una extensión de cemento lo bastante grande como para hacer aterrizar el Shuttle, todavía cuidado e iluminado por la noche. Al pie de la torre de agua seguía estando el memorial, con su palo de la bandera sin bandera y una cruz hecha de piedras blancas; pero la iglesia había desaparecido junto con el cine, la tienda, la estafeta de correos, los barracones y los laboratorios. Desde la torre, pude ver el pequeño patio reseco al lado del hospital, donde vivían Robin y Della, con sus macetas y un rótulo que Robin había pintado: FORT MARALINGA.

La abuela de Della había nacido en la región de hierbas spinifex al sur de Maralinga y se había criado en la misión de Ooldea. (Spinifex es el nombre que se da a las diversas especies de hierba que abundan en la Australia desértica formando espesas matas.) Allí había conocido al que sería su marido, que estaba de paso procedente de su tierra natal al norte de Maralinga. Della me había parecido menuda la primera vez que la vi, pero luego me di cuenta de que se debía a esa clase de timidez que hace que algunas personas parezcan más poca cosa de lo que son. Robin hablaba por

ella con frecuencia, cuando no la corregía por una cosa u otra: «Lo que quieres decir, Della, es que...»; «¿Por qué no le cuentas lo de...?»; «No, mujer, ¿te acuerdas de...?». En parte era un proteccionismo instintivo.

Después de casarse, sus abuelos se habían mudado a Ceduna, junto al mar, donde el abuelo —Della lo dijo con cierto orgullo— fue el primer negro del pueblo a quien se le concedió licencia (le hacían llevar una placa de identificación) para comprar alcohol y para beber en el *pub* de los blancos. No obstante, la mayoría blanca de Ceduna no acogió a la familia. Con frecuencia, «gente tribal», como Della los llamó, se presentaba sin previo aviso después de recorrer a pie los 240 kilómetros desde Ooldea, y acampaba alrededor de la casa de sus abuelos, cincuenta o sesenta personas de golpe.

El Ayuntamiento le hizo una oferta a su abuelo: renuncia a la casa, elige una parcela de terreno en las afueras y es tuya, gratis, con un contrato de arrendamiento renovable cada noventa y nueve años. El terreno que su abuelo escogió, a unos kilómetros siguiendo la costa, tenía sesenta hectáreas con vistas a la playa y agua dulce cerca de la superficie. Hoy en día vale millones y en él habita la extensa familia de Della, compuesta de una veintena de familias. Era a la casa que Robin había construido —el lugar se llamaba «Duckponds»— adonde Della y él iban tres o cuatro veces al mes cuando volvían a la costa. Tori, su nieta, solía quedarse en Maralinga con su novio, Bobby, y los críos que tenían. Tori era muy guapa incluso con sus dientes salidos, y siempre tenía una ceja levantada. Cada noche me llevaba algo de cenar a la caravana, todo muy bien hecho, carne con patatas y salsa, y siempre frío. Yo no me atrevía a pedirle que me lo calentara. A Robin le llamaba «Pappy»; se adoraban mutuamente. Ella y su familia venían aquí huyendo de alguna influencia dañina. De la misma manera, la gente de Oak Valley había confiado en que el aislamiento de la comunidad protegería a sus jóvenes.

A veces Robin llevaba una camisa de cuadros o una sudadera con capucha, pero por regla general solo se ponía una camiseta de tirantes. Usaba una gorra de béisbol de la Royal Australian Air Force y fumaba tabaco de liar Log Cabin en cigarrillos poco prietos que solía terminarse en media docena de agónicas caladas. Log Cabin era una buena marca porque era lo que fumaban los aborígenes y, por lo tanto, podías encontrarlo en cualquiera de las tiendas comunitarias. Robin poseía una memoria de elefante y era un hacha imitando a gente. Cuando le explicabas algo que él ignoraba, se te quedaba mirando y decía: «¿Es verdad eso? La madre que me parió». Había nacido en Port Lincoln, no muy lejos de Ceduna, y en el tatuaje apenas legible

que tenía en el bíceps del brazo izquierdo se podía leer: «Marginado de Port Lincoln».

Tras dejar la pesca de tiburón, Robin había trabajado en barcos atuneros de Ceduna. Luego, en los años setenta, lo había contratado la compañía del ferrocarril transcontinental para el apartadero de Watson, que era la principal escala de Maralinga. Durante esa época había echado una mano en el desmantelamiento del asentamiento, y, ya en los ochenta, cuando la gente de Yalata se trasladó a Oak Valley, Robin fue quien conducía la camioneta de los suministros, trabajo que heredaría Roger (resulta que Roger era sobrino suyo). Con catorce años, Robin trabajaba como el resto de la tripulación hasta la medianoche, momento en que bajaban todos a la bodega para cenar. Y esa costumbre la conservaba cincuenta años después. Mientras estuvimos acampados en el desierto, Robin cenaba como quien se toma un somnífero, horas después de que yo me hubiera zampado lo mío; luego se metía en su saco y al instante se quedaba dormido. Él era hombre de mar, ante todo, y luego de desierto. Della y él seguían viviendo entre un sitio y otro: entre Duckponds y Maralinga. Incluso en invierno, cuando en Maralinga el calor era soportable, bajaban a Ceduna una vez por semana para ir a comer al *pub*, ver a los chavales y salir a pescar. Y ambos, al cabo de un rato, sentían ganas de volver.

William Penney, el científico británico al mando de los ensayos nucleares en los años cincuenta, escribía sobre la zona propuesta diciendo que era «suavemente ondulada y con profusión de salicornias bajas y algún que otro arbusto de mulga que hace pensar en los *downs* ingleses». Si, a tenor de esto, los científicos y militares británicos esperaban encontrar una paz pastoril, se llevaron un buen chasco. Tietkens había recurrido también a la palabra *downs*, y otro tanto St. John Philby para describir las dunas del Cuarto Vacío (apenas ocho años antes, pero se diría que en otro siglo), como si cualquier terreno de suave ondulación, por más que pelado, fuera tan solo una versión de la bucólica Europa occidental: el ansia del pionero por reconciliar su léxico con aquello que no le era familiar. En su descripción de los primeros anglos que se enfrentaron al Oeste americano, Mary Austin escribió que aquel paisaje sencillamente no se podía «expresar en términos inventados a tal efecto en una isla verde y de poca altura en pleno mar del Norte». Estas mismas limitaciones llevaron a los pintores del Renacimiento a representar el

hiperárido desierto oriental de san Antonio como una tierra de moteados altozanos.

Al día siguiente, antes de cenar, di un paseo hasta el viejo campo de tiro. Estaba a un par de kilómetros siguiendo un sendero salpicado de huellas de camello y flanqueado muy de cerca por eucaliptos. Cada uno de ellos tenía su propio dominio, de forma que las ramas de uno y otro raramente se tocaban. A la sombra de los árboles crecía spinifex blanca en formaciones circulares o de media luna (lo primero que muere de esas matas de hierba es su parte central), y dentro de estos «nidos» se veían conchas de caracol blancas y vacías, como si hubieran ido allí para morir o se los hubieran comido los pájaros. Así de sencilla recordaba yo esta tierra, y arquetípica en su simplicidad.

El Gran Desierto de Victoria recibe al año un promedio de doscientos milímetros de lluvia, por los cinco milímetros anuales del Cuarto Vacío; la evaporación tampoco es ni mucho menos tan intensa. Sin embargo, la denominación «desierto» no podía ser más correcta. La predominancia del mundo mineral es una de las características que definen el desierto. Como lo son también el calor y la sequedad que originan esa predominancia. La tierra roja arrollaba el verdor de la vegetación.

La repetición, la misma mezcla de eucaliptos, spinifex, conchas de caracol y arena en todas direcciones, generaba una sensación de infinitud tan poderosa como una monótona planicie. Una vez fuera del alcance de la vista del asentamiento y de la torre, y lo bastante lejos como para no oír el generador, bastaba con adentrarse diez pasos en la maleza y dar un giro en falso como haría un ciego, para extraviarse, sin la menor posibilidad —en medio de millares de kilómetros cuadrados idénticos (eucaliptos, spinifex, conchas de caracol)— de encontrar el camino y mucho menos el asentamiento, al menos en mi caso. Era un recordatorio de que, para los hombres que se instalaron aquí en los años cincuenta y sesenta, el campamento venía a ser como una isla, y los caminos que partían del mismo, pontones de los que era un acto suicida alejarse.

Los terraplenes de arena del campo de tiro estaban sembrados de cientos de balas achatadas y de añicos de cristal marrón. Había sido utilizado para la instrucción de la guardia militar que controlaba la zona de pruebas durante la Guerra Fría. Se había escogido Maralinga porque su aislamiento constituía un importante factor de seguridad. Era imposible cercar un área tan extensa; pero el desierto es su propia barrera, y si no que se lo pregunten a la policía fronteriza de Estados Unidos. Cualquier forastero blanco era susceptible de

ser considerado un espía soviético, y había orden de disparar a los intrusos sin hacer preguntas.

Al lado del campo de tiro había unas letrinas sin puerta, de los años cincuenta, cuyo suelo estaba sembrado de hojarasca. Antes de volver, y sin pensarlo dos veces, hice una foto, una más de las miles que apenas si miraría después. Cuando le expliqué a Robin dónde había estado, me dijo:

—No te habrás acercado al baño, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, es que se me olvidó comentártelo. A los nietos siempre les digo: «Nada de acercarse al baño, chicos, porque allí es donde vive la serpiente negra, y esa es de las que matan, o sea que no vayáis por allí».

Y, en efecto, al mirar la foto, vi una *Pseudechis australis* enroscada entre la hojarasca, la madre que me parió.

A la mañana siguiente, Robin quiso llevarme al lugar donde en 1956 encontraron a la familia Milpuddie. En la pared del pasillo me señaló dos fotografías: un hongo nuclear, negro, con su acopio de tierra chamuscada; y, en vista aérea, el cráter. Eso fue el ensayo «Marcoo» y sus consecuencias. Quiso contarme también algo sobre lo que denominó «bruma negra», la lluvia radioactiva generada por la primera prueba terrestre, Totem 1, en 1953.

Fue sobre todo el testimonio de un anangu, Yami Lester, que contaba diez años de edad en 1953, lo que propició la creación de la Royal Commission. Él recordaba haber oído de buena mañana una especie de explosión por la parte del sudoeste, en realidad más de una: fue algo más tarde, o quizá a la mañana siguiente, no estaba seguro, cuando él y otros vieron la nube. No era un hongo nuclear que se elevara obediente hacia el firmamento, sino más bien una ola negra aproximándose por el horizonte. La gente estaba aterrorizada, porque era evidente que iba a engullirlo todo a su paso. Los hombres agitaron sus lanzas en un gesto de defensa; las mujeres cavaron hoyos e intentaron esconder a los niños. «Creen que era *mamu*», dijo Lester ante la comisión.

Estábamos saliendo del hospital cuando un cachorro apareció corriendo por el pasillo. A gatas, detrás de él, iba el hijo de un año de Tori con su hermosa melena, hermosa al estilo anangu, pelo casi negro pero con reflejos dorados. Robin los llevó de nuevo a la habitación antes de abrir la puerta que había al fondo del pasillo. La luz de la mañana entró a raudales, y con ella todos los sonidos del *bush*.

La Operación Búfalo, que tuvo lugar en la llanura de Tietkens entre el 27 de septiembre y el 9 de octubre de 1956, comprendía cuatro detonaciones nucleares: One Tree, Marcoo, Kite y Breakaway. Un año después hubo una segunda serie de ensayos, la Operación Antler, una vez más en los meses de septiembre y octubre —más frescos—, y comprendía tres detonaciones: Tadge, Biak y la última y más grande en tierra australiana, Taranaki. One Tree (de quince kilotones, aproximadamente como la bomba lanzada sobre Hiroshima), Breakaway (diez kilotones), Tadge (uno) y Biak (seis) se hicieron explotar sobre torres de acero, y Marcoo (1,5) a ras de suelo. (Un kilotón equivale a mil toneladas de TNT.) Kite, de tres kilotones, fue lanzada desde un bombardero. Taranaki, suspendida de un globo aerostático, era de veinticinco kilotones. Los ensayos británicos y norteamericanos de artefactos termonucleares en el Pacífico y en Nevada no se medían en kilotones sino en megatones (un megatón corresponde a un millón de toneladas de TNT). En 1954 Estados Unidos hizo explotar una bomba en el atolón de Bikini con una carga de quince megatones. En 1961 en la estepa de Kazajistán, no muy lejos de Almaty, los soviéticos hicieron explotar la denominada «Bomba del Zar», la mayor jamás detonada, nada menos que cincuenta megatones (como dos mil Taranakis).

Los «ensayos menores», llamados Vixen, tuvieron lugar entre 1957 y 1963. Los bautizaron con nombres supuestamente «monos» y con segundas, como Gatitos, Ratas, Arpías... Estaban pensados para evaluar de qué forma se comportaría un artefacto atómico en caso de accidente —un avión que se estrellara, por ejemplo, o una explosión en un depósito de armas—, y si bien no implicaban una reacción nuclear, su efecto consistía en dispersar plutonio radioactivo y metales contaminados sobre centenares de hectáreas. De hecho, fueron estos ensayos menores los que causaron la peor contaminación. Sigue sin estar claro qué parte se pudo limpiar, o enterrar en lugar seguro. Yo había investigado un poco. Dieciséis miligramos de polvo de plutonio atrapado en los pulmones causa la muerte en cosa de un mes.

Tras el cierre oficial de Maralinga en 1967, los británicos llevaron a cabo una operación de limpieza a la que bautizaron con el nombre de Brumby, el caballo cimarrón autóctono. (Para el caso, podrían haberla acompañado de música de tuba del compositor homónimo australiano). En Taranaki consistió en dos fases: primero, remover y nivelar la tierra a fin de dispersar y tapar el plutonio esparcido, y, segundo, enterrar el plutonio y otros residuos en diecinueve pozos de poca profundidad. Declarando ante la Royal Commission en 1985, el representante del gobierno británico, con la esperanza de evitar el

gasto que supondría una limpieza más a fondo, dijo: «La ciencia no ha avanzado lo suficiente, ni siquiera ahora, imagínense entonces, para hacer posible una descontaminación completa de una zona en la que se hayan llevado a cabo ensayos de explosiones nucleares». Pero la Royal Commission dictaminó que Brumby había sido un despropósito, poco más que un apaño con fines cosméticos. Por fin, en 1999, el gobierno británico accedió a realizar una segunda limpieza, esta vez recurriendo a «vitrificación *in situ*», proceso por el cual se calienta el terreno a temperatura suficiente para convertirlo en vidrio y así, en teoría, eliminar todo elemento contaminante.

Nos costó una hora llegar a Taranaki. Hicimos una parada en el Pozo de Tietkens para que Robin se fumara un pitillo y lanzamos piedras a la oscuridad, un tributo a los pobres poceros de Tietkens asediados por las moscas. Otra vez en ruta, dejamos atrás dos hangares abiertos que habían servido para almacenar y descontaminar el material utilizado en el proceso de vitrificación en 1999. Ahora estaban vacíos y la lluvia sacaba destellos a los suelos de cemento. Durante la serie Vixen, el plutonio había sido sometido a explosivos dentro de gruesas cajas de acero. En 1967, estas cajas y sus bloques de sujeción habían sido arrojadas a fosas tapadas posteriormente con hormigón. Lo que se vitrificó en 1999 a fin de sellar definitivamente su veneno fueron estas fosas. Al lado de la más grande había un letrero: PELIGRO: MATERIALES RADIOACTIVOS. Incluía dos símbolos: el icono de las tres hojas que indica radiación, y un pictograma de una tienda de campaña con su pequeña fogata, atravesado por una línea diagonal; debajo del pictograma se leía: «Ngura wiya». Prohibido acampar.

A unos cien metros de la fosa, en el centro mismo del solar, había una pirámide truncada de hormigón de un metro y medio de alto. El obelisco había aparecido aquí en 1979; pirámides similares fueron transportadas en camión y bajadas con grúa en cada uno de los nueve emplazamientos. Una de las caras del obelisco llevaba esta frase grabada en el hormigón: «El 9 de octubre de 1957 se hizo explotar aquí un arma atómica británica»; y en la cara contigua: «Aviso: Los niveles de radiación en varios centenares de metros a la redonda pueden estar por encima de los considerados seguros». Trepé por la montaña de cascotes que coronaba la mayor de las fosas. Desde lo alto, a unos cinco metros del suelo y sobre una superficie del tamaño de un campo de fútbol, me volví y contemplé la planicie: la llanura de Tietkens. Robin estaba sentado en la plataforma trasera de su vehículo, liando un cigarrillo. Me

intrigaba la posibilidad de que el sitio no fuera tan seguro como él decía, no en vano había zonas a las que era mejor no ir. ¿Y quién sabía realmente dónde estaba el umbral de seguridad?

—¿Crees que yo viviría aquí si no fuera un lugar seguro?

—Refréscame la memoria —le dije—. ¿Cuántos años te tiraste pescando tiburones?

A su espalda estaba la tierra removida, más allá una franja de mulga, y luego, a lo lejos, médanos rojizos extendiéndose hasta el horizonte septentrional y el «centro exacto» de Australia.

Los anangu tenían claro que no existía transmutación tan completa que lograra borrar lo que uno había hecho. La tierra estaba deteriorada sin remedio, del mismo modo que nadie conseguiría hacer saltar a un montón de huesos de canguro. En 1969, mucho después del último ensayo, el secretario del comité de seguridad de Maralinga le había dicho a uno de los científicos principales: «El campo está muy lejos de cualquier zona habitada; allí no va a ir nadie, ¿para qué preocuparse?». Y al decir eso hablaba en nombre de todo forastero que se enfrentara al desierto aborígen. Eso era también la libertad que el desierto permitía: la libertad moral de que disponemos en los sueños, la libertad de perpetrar desmanes.

Para los anangu primero están los Ancestros y luego las plantas y los animales. Después, al final, está la tierra, la tierra que es el nexo entre lo físico y lo espiritual, entre lo temporal y lo eterno, y cuyos rasgos fueron creados del primero al último por los Ancestros. Estos tres elementos —Ancestros, organismos y minerales— no deben pensarse como cosas ajenas entre sí.

La relación que los anangu tienen con la tierra es básicamente religiosa. Por ejemplo, uno no desbroza un bebedero a fin de mantener el suministro de agua, sino porque es la obligación que tenemos para con los Ancestros. Una obligación legítima. Ellos carecen de mito primigenio sobre la alienación respecto de la naturaleza, no hay pecado original, pues no existe tal distinción: no hay «naturaleza» de la que alienarse. El desierto no es un lugar de exilio ni de expiación: no es un terreno de pruebas. No es el ámbito de las tentaciones (san Antonio), ni, sobre todo, el «espantoso vacío» al que aludían los pioneros.

El monoteísmo del desierto inclina la cabeza hacia el firmamento, busca la divinidad en los cielos. Los anangu saben que es en la tierra —o sea, en el

terreno que literalmente pisan— donde reside el espíritu creativo. Destruir la tierra no es privar de su propiedad a una persona; no se trata de un «desplazamiento» ni de un robo. Es deshacer la trama del ser. Roger, el del camión de reparto, me había dicho un día: «La tierra para ellos es como sus hijos». Expresado de otra manera: destruir la tierra no es, digamos, quemar una iglesia o incluso una catedral. No es una ofensa susceptible de reparación o venganza; no hay nada que reconstruir. Tomemos, por ejemplo, un libro de las Escrituras: cortemos de él una parte esencial de forma que la fe misma quede mermada, de forma que lo que sea que fortalece o consuela quede empequeñecido. O tomemos el cuerpo, el incrédulo cuerpo: que una mano se meta dentro y arranque una víscera, pongamos la vesícula biliar, y que luego te la enseñe y la tire al horno.

Y meditando sobre estas cosas, pienso sobre todo en lo que dijo el secretario del comité de seguridad —«El campo está muy lejos de cualquier zona habitada; allí no va a ir nadie, ¿para qué preocuparse?»— y entonces me acuerdo una vez más de la niña de Ceduna, con el agua sucia corriendo entre sus tobillos, allí de pie, mirándome, y yo en el balcón del hotel.

Para Tietkens el desierto era *terra nullius*: sin dueño, sin residentes, sin explotar. Una afrenta al capital y a Dios. Australia estaba al alcance de cualquiera, y apoderarse de ella era una obligación, ni más ni menos. *Terra nullius* no solo era doctrina. A partir de 1827 fue ley. Al fin y al cabo, ¿con quién se suponía que el hombre blanco iba a firmar un tratado? ¿Acaso se podía decir que un negro errante era el dueño de una duna o una montaña? ¿Acaso el dingo es dueño de la planicie que atraviesa en busca de comida? ¿Acaso el canguro es dueño del hoyo en la roca donde se para a beber?

Un siglo y medio después de que Tietkens hiciera cavar sus pozos, William Penney, el director del proyecto atómico británico, recibió garantías por parte del gobierno australiano de que, si bien en tiempos habían atravesado la zona tribus que iban o venían de Ooldea, en la actualidad solo pasaban por allí «uno o dos negros ancianos, y eso muy raras veces».

«Maralinga» se puede traducir de dos maneras. Cuando los británicos bautizaron la zona para sus ensayos, lo que tenían en mente era una palabra del dialecto garik del Territorio Septentrional que significa algo así como «Campo de Truenos». Muy apropiado para lo que vendría después. Pero la zona estaba muy lejos del Territorio Septentrional. Para las gentes que la cruzaron descalzas durante sesenta mil años y que hablaban el dialecto

pitjantjatjara meridional, aquellos médanos y aquellas planicies de salicornia eran un millar de sitios con un millar de nombres diferentes, y para ellas «Maralinga» tenía otro significado: «En lo alto, mirando hacia abajo».

Robin me había enseñado una fotografía aérea de los sitios Breakaway y Biak, que están unos tres kilómetros al este de Taranaki. Vistos así, parecen un ocho cuyos círculos se solapan ligeramente, como en un diagrama de Venn. En la década de los noventa, siendo yo un adolescente, e incluso cuando la posibilidad de una guerra atómica parecía ir disminuyendo, yo devoraba libros enteros sobre las estrategias de selección de objetivos por parte de la Rusia soviética en las afortunadas décadas anteriores; concretamente, estudié a fondo un mapa del país donde vivía. Bueno, no uno sino dos. En el primero se veía Gran Bretaña salpicada de pequeños discos rojos. Los del tamaño de un penique estaban sobre ciudades de importancia estratégica, como Londres, Liverpool, Birmingham, Newcastle, Portsmouth... Discos más pequeños cubrían ciudades más pequeñas, y otros más pequeños aún cubrían pueblos grandes, y así sucesivamente. Era como si el mapa llevara encima una cota de malla multicolor.

Pero lo que me conmocionó, y lo que hoy me parece más repugnante, no fue la explicación detallada de las consecuencias de las bombas que se lanzaron sobre Japón —personas y animales por igual «petrificados en actitud de indescriptible sufrimiento», según lo que Marcel Junod escribió sobre Hiroshima—, sino el segundo de los mapas. Era la esquematización de la fase final de un plan de ataque. Allí donde se tocaban los bordes de tres o cuatro discos en el primer mapa, había una zona no sombreada, una especie de santuario triangular o cuadrado de paredes cóncavas donde no alcanzaban las explosiones. Y eran precisamente esas zonas el objetivo concreto de la segunda fase. Bombas atómicas de menor calado borrarían del mapa toda vida y toda infraestructura que hubiera salido indemne de las fases iniciales. Era otra clase de desierto. Y yo sabía también, aunque el libro no lo dijese, que había discos rojos sobre Norteamérica, Francia, Alemania y el resto de Europa, aparte, claro está, de la Unión Soviética, y que el mundo entero, según una cuidadosa planificación, iba a volverse de un color rojo que no era el de la sangre, sino el del infierno.

De camino hacia el área de Marcoo, rumbo al este, adelantamos a media docena de camellos hembra con la cabeza vuelta hacia el viento. Robin tenía que sacrificar a las que estaban enfermas o eran muy viejas. «Te llevas a una

por delante y se queda ahí, pudriéndose —dijo—. Dentro de la zona de ensayos no hay dingo que las toque; ni siquiera las águilas. No sé por qué, pero es como si supieran lo que pasa. Fíjate en este sitio... —Abarcó con un gesto los llanos de un rojo grisáceo que nos rodeaban—. Las matas de spinifex crecen hasta un palmo de alto y luego mueren».

Desde el obelisco en pirámide truncada que señalaba el lugar del ensayo nuclear Biak, un kilómetro al sur de Marcoo, podías girar completamente en redondo y no ver un solo arbusto de más de medio metro de altura en ochocientos metros, solo la mulga gris que formaba una línea compacta en el borde de la zona de esterilidad. En el propio Maralinga, durante el invierno, Robin veía bandadas de periquitos descansando en los árboles en su ruta migratoria hacia el norte. Pero aquí, en la zona de pruebas nucleares, no se veía ninguno. Daban un rodeo, como el arroyo bordea la roca. Y volvió a decir: «Es como si supieran lo que pasa». Insistió, sin embargo, en que el sitio era seguro: «No te preocupes por eso». Pero, entonces, me pregunté yo, ¿qué era eso que «pasaba» y que los animales intuían? ¿Por qué el dingo no tocaba al camello recién muerto?, ¿por qué las aves que iban al norte se desviaban hacia oriente o poniente?

En Biak el suelo brillaba como un lago que ha empezado a helarse; al andar por él, crujía. Pasados unos diez minutos volví la cabeza y pude ver a Robin fumando junto al obelisco de la zona cero. Lo que recubría la superficie era trinitita, llamada así por el lugar en que apareció por primera vez, la zona Trinity de ensayos nucleares en Nuevo México. Esta sustancia de un verde vidrioso se originó al fundirse la arena por efecto del calor de las bombas; si uno quería, podía llenarse los bolsillos con trinitita. Era del tono verde oscuro y opaco de la madera enmohecida, o del verdigrís de un sorbete de menta. De consistencia volcánica, tenía una pátina que hacía pensar en la capa de caramelo de un flan, o en el esmaltado de una cerámica cocida a temperatura demasiado alta. Algunos trozos eran grandes como la palma de la mano y habían conservado la viscosidad debido a esas horas ardiendo a fuego lento después de la explosión. Reuní unos cuantos fragmentos del tamaño de una alubia y los guardé en un bolsillo de mi mochila. Volvimos a montar en la camioneta y seguimos camino hacia el norte. Los camellos giraron la cabeza al vernos partir. Eran, me dijo Robin, los únicos animales que no evitaban las zonas de explosión, y yo me pregunté si sería porque el camello no era nativo de la región.

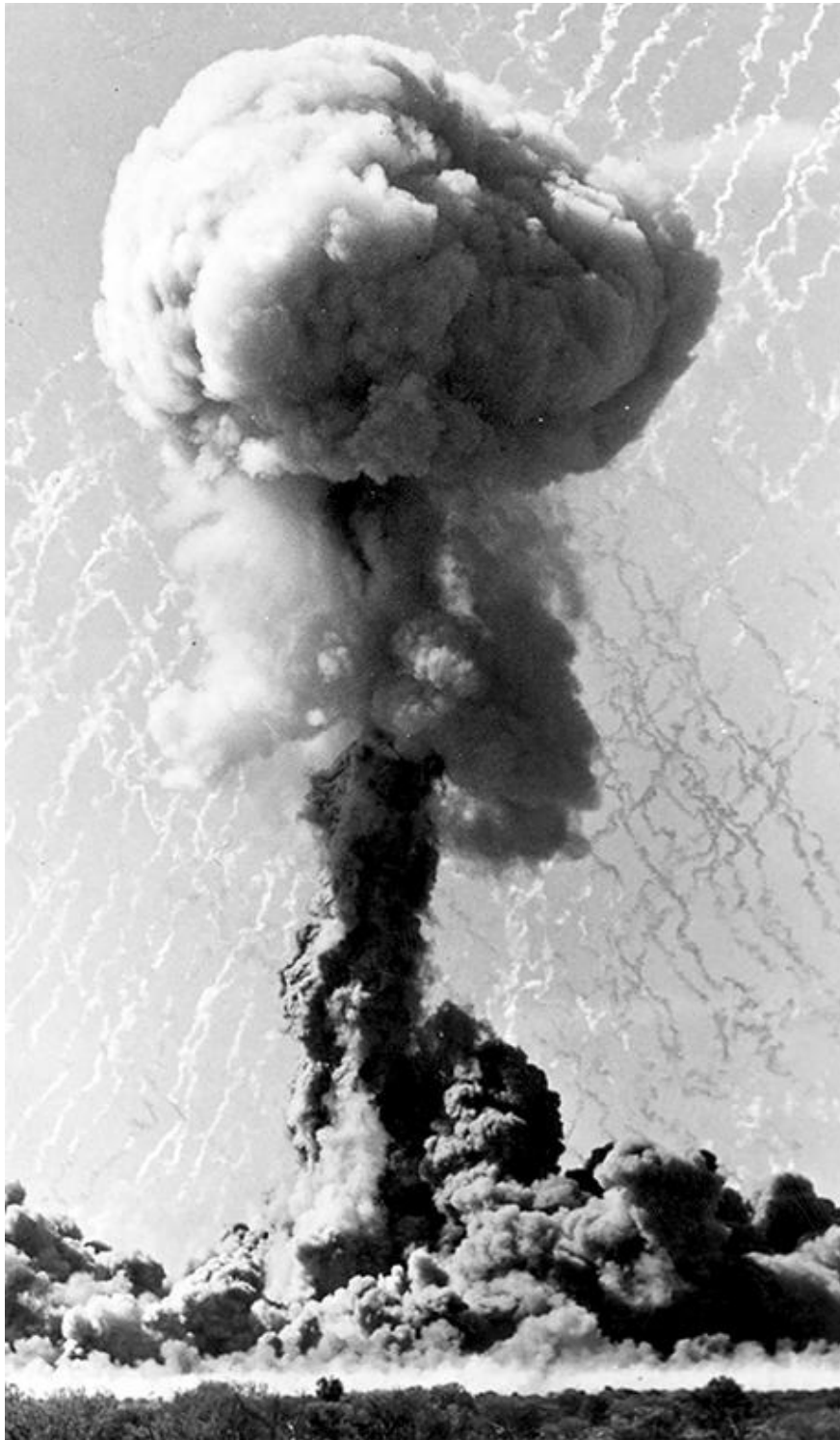
En Marcoo no había trinitita porque el cráter —un enorme agujero de cincuenta metros de diámetro por trece de hondo— había sido rellenado. A

diferencia del resto, Marcoo se hizo detonar en un hoyo de poca profundidad, de modo que el cráter lo había hecho ella sola. Tal vez porque el suelo contaminado había quedado disuelto en tierra nueva al ser rellenado el cráter, había allí cierta vida vegetal, y no solo eso: también una flor. Era una minúscula margarita del desierto, blanca con apenas una pizca de malva y un corazón amarillo. Junto a ella, en la arena, las hormigas de mulga habían excavado un nido, un agujero circular como si alguien hubiera hundido un dedo. Alrededor del mismo había un contrafuerte de arena de medio centímetro de alto, y la arena era algo más gruesa que la de la superficie. Las lluvias habían amontonado a su alrededor finas hojas de acacia no más grandes que fragmentos de uña recortados. El círculo de arena hacía las veces de dique contra los aguaceros. Me chocó, como me ha pasado a menudo en los desiertos más verdes, la cantidad de vida que pasaba inadvertida: flores, hormigas, camellos, salicornia, cuervos. En el más completo anonimato. Como a cien metros de allí, pasado el antiguo cráter, arranqué una modesta mata de acacia de poco más de un metro de alto, idéntica a las otras innumerables matas que había alrededor; me imaginé todas esas otras acacias, robles negros, eucaliptos, por no decir ya las hormigas, en el corazón del desierto, lejos de cualquier sendero, y que ningún ser humano vería jamás. No me preguntéis por qué me parecía tan extraordinario: aquí no era cuestión de antropomorfismo; nada «solitario» en estos especímenes logró consolar mi corazoncito. Fue un palo pensar que, incluso en un lugar mancillado, la vida seguía adelante como si la humanidad no hubiera existido nunca. Hoy en día me choca menos que entonces.

Marcoo explotó el 4 de octubre de 1956, al atardecer, y estaban allí presentes varios parlamentarios australianos. Según William Penney, se mostraron «encantados con la visita y fueron muy amables». Después del ensayo hubo «truenos y llovió a cántaros» —como saben las hormigas, esos doscientos milímetros de lluvia anual suelen llegar de golpe— y Penney añadía en su informe: «Véase Eclesiastés, capítulo 1 estrofa 6». («El viento sopla hacia el sur y se desvía luego hacia el norte, va girando y girando hasta completar el círculo»). Es lógico recurrir a las Escrituras cuando a uno se le muestra el infierno.

Además de la habitual pirámide chata señalando la zona de impacto, había un obelisco de cemento parecido a una barricada antiterrorista, en conmemoración de aquellos que rellenaron el cráter durante la Operación

Brumby de limpieza en 1967. En lo alto del obelisco, como guijarros sobre una piedra sepulcral, había una serie de fragmentos metálicos oxidados: metralla sin identificar, retorcida, doblada. La gente de Yalata contaba anécdotas de *jeeps*, excavadoras y lavadoras automáticas al rojo vivo, sepultadas a varios metros de profundidad: el emponzoñado botín del hombre blanco. Me acordé de las fotos que había visto en el hospital: el hongo, negro a causa de la tierra quemada que había levantado la explosión, como una vaharada vertical de gases fétidos procedentes del lecho de una ciénaga; y la otra foto, el cráter con sus empinadas paredes y su base de arcilla cuarteada allí donde se había depositado agua.



Prueba nuclear Marcoo © Newspix.

Anduvimos en círculo alrededor de la zona de impacto mientras Robin me contaba lo siguiente:

—Ocho meses después de la explosión, los científicos venían a hacer sus experimentos y un día vieron humo. Cuando llegaron aquí se encontraron a una familia de aborígenes acampada al borde del cráter. De hecho habían bajado hasta el fondo para protegerse del viento, y habían cocinado y comido conejos allá abajo.

Hablaba de los Milpuddie. Yo sabía de ellos por haberlo leído en el informe de la Royal Commission: Edie, Charlie; sus hijos Henry y Rosie. La familia era de cerca de Ernabella, a unos cuatrocientos kilómetros de distancia, en el norte del estado. Habían viajado durante casi un año con la idea de vender pellejos de dingo en Ooldea, pero ignoraban que la misión estaba cerrada desde hacía cinco años y que la gente se había trasladado a Yalata. Cuando los de la comisión visitaron Maralinga veinticinco años después, Edie, cuya familia se había instalado en Yalata, se sirvió de un intérprete para dirigirse a ellos: «En un bebedero que se llama Unguntju oímos una explosión; parecía que la tierra se estaba moviendo». Probablemente se trataba de una de las primeras series, en Emu Field. Robin conocía bien la historia porque Edie era tía de Della, su pareja. Pero su versión difería un poco de la oficial. Por ejemplo, en su versión no había tres perros sino veinte:

—Los científicos telefonearon a Maralinga para hablar con el oficial al mando, y este les dijo: «Quiero que disparen a los perros, porque a ellos no podemos descontaminarlos. Cojan a esa familia y dúchenla las veces que haga falta hasta que los niveles de radiación sean seguros, y luego los meten en el camión y los llevan directamente a Yalata».

»Ese era el plan —añadió Robin—. Si encontraban gente, la llevaban directamente a Yalata, o sea a doscientos kilómetros, en la llanura Nullarbor, aunque hubieran venido del norte. Pues bien, resulta que disparar contra un perro delante de un aborígen es una auténtica barrabasada. Ellos tratan a esos perros como si fueran niños, ni más ni menos. Duermen con los perros, los usan para cazar, los usan para no pasar frío. Yo he visto una perra muerta con seis cachorros y a las niñas mayores acercarse allí (probablemente la había atropellado un vehículo) y los cachorros venga a buscar la teta de la madre. Las niñas no se lo piensan dos veces, agarran a los seis y van a ver a las mujeres jóvenes de su gente, que puede que estén dando de mamar a un bebé, y le dan dos cachorros a una de ellas, y la mujer se pone uno en la teta al momento.

»Bueno, pues los científicos ducharon a la pareja y a los dos críos, en efecto. Resulta que esa gente estaba desnuda, mientras que los científicos iban con el traje protector blanco y la enorme mascarilla. Y, claro, estaban frotando a conciencia al hombre y a la mujer, también sus partes íntimas, para eliminar el máximo de contaminación. Eso también fue duro para esa gente, que quizá no había visto a un hombre blanco en toda su vida. Y encima que te manosee un tipo enfundado en un traje blanco y con una enorme nariz, o sea la máscara antigás. Seguro que pensaron que era el demonio, el *mamu*, quien los estaba lavando.

Edie suspiró aliviada al entrar en las duchas y ver allí a otra mujer negra, pero cuando le dirigió la palabra no obtuvo respuesta; la mujer se la quedó mirando y nada más. Edie tardó unos instantes en comprender que le había hablado a su imagen reflejada, y que estaba allí sola.

—Los llevaron hasta Yalata y los dejaron allí —continuó Robin—. Dos semanas más tarde, la pobre Edie (que entonces era una mujer joven, la tía de mi esposa) dio a luz a un mortinato. Todo el mundo le echó las culpas a la radiación. Pero niveles tan bajos de radiación no tienen efectos tan rápidos. Yo lo achaco al impacto de haber visto cómo mataban a los perros a tiros, y a que aquella gente de blanco la tocara donde no debía. Yo creo que eso es lo que le produjo un fallo en todo el organismo y causó la muerte del feto.

Los hechos en torno a la salud de los Milpuddie y de sus hijos y nietos, como el número de perros, son inciertos. Robin sostenía que los efectos de la radiación habían «pasado a la siguiente generación», que no habían afectado a la familia inmediata. El informe de la Royal Commission hace constar que el tercer hijo de Edie Milpuddie murió de un tumor cerebral a los dos años de edad, mientras que el siguiente nació prematuro. En cuanto a los dos hijos que sobrevivieron, Rosie desarrolló de adulta una afección cardíaca y perdió también un hijo, en tanto que Henry contrajo tuberculosis y pulmonía con veintipocos años, y una de sus hijas falleció de una afección cardíaca.

—El viejo Charlie, el marido —dijo Robin—, murió de pulmonía en 1974, pero en parte fue por el alcohol; se convirtió en un borracho, y un día se echó a dormir bajo la lluvia, bebido, pilló una pulmonía y adiós.

Todo esto iba a reproducirse de manera imparable. Había familia Milpuddie en Ceduna y en Yalata. «Ha pasado a la siguiente generación. Pero indirectamente...», dijo Robin, y señaló con la cabeza hacia la tierra sagrada y el bolo ardiente que se escondía en ella. Recordé que, para el pueblo de su mujer, el suelo es el lugar donde moran los Ancestros, el origen de toda la creación. «Indirectamente viene de aquí, no te preocupes por eso».

Robin creía que fueron docenas las familias aborígenes que atravesaron la zona prohibida durante el período de ensayos. La tarea de garantizar que dicha área —treinta mil kilómetros cuadrados— estuviera libre de aborígenes había sido encomendada a un «policía de carreteras nativo» que trabajaba en solitario y no disponía ni siquiera de una radio; su nombre, Walter MacDougall, aún era bien conocido entre la gente de Yalata y Oak Valley. MacDougall se había criado en varias misiones y había trabajado con aborígenes la mayor parte de su vida. Era alto, pálido, pelirrojo. Los anangu le llamaban hermano. En 1955, casi dos años después de las pruebas iniciales en Emu Field, MacDougall fue entrevistado por un periódico de Adelaida. «Siempre que un blanco encuentra algo de valor para él en tierra aborígen, a los aborígenes los quitan de en medio —dijo—. Yo pienso que lo que está pasando con estos indígenas va contra el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas». Alan Butement, uno de los principales observadores científicos del gobierno australiano, le escribió rápidamente una carta al jefe de MacDougall. Este individuo, decía, «está poniendo los asuntos de un puñado de nativos por encima de los de toda la Commonwealth».

El gobierno británico, al presentar su alegación final ante la Royal Commission en relación con los ensayos nucleares, declaró que la comisión no había «encontrado pruebas de que ningún aborígen haya sufrido daños a causa de alguno de los ensayos o pruebas menores». Y es cierto que el consejo que representaba a los indígenas de Maralinga no logró demostrar ningún vínculo entre las pruebas y los problemas de salud de los Milpuddie y otros anangu. Pese a ello, opinaba la comisión, sería una «gran irresponsabilidad por parte del gobierno británico no aceptar ahora que tiene la obligación vigente de limpiar las zonas contaminadas». El gobierno australiano recomendaba a los británicos el pago de treinta y cinco millones de dólares australianos en concepto de indemnización a los «propietarios tradicionales». Londres puso reparos, y solo accedió a hacer una aportación por esa misma cantidad para una limpieza «final» del sitio de Maralinga. A la postre, los anangu de Yalata y Oak Valley recibieron menos de la mitad de la cifra recomendada, y no de los británicos sino del gobierno australiano.

La Royal Commission fue creada a raíz de la inquietud sobre el legado radiológico de Maralinga y sobre la seguridad de la zona, que en gran parte había sido devuelta un año antes a los anangu como resultado de la Ley de Derechos sobre la Tierra. Un periódico australiano había publicado un

informe filtrado relativo a los altos niveles de plutonio en Maralinga, y la televisión había emitido una entrevista con un veterano en su lecho de muerte, que aseguraba haber visto los cuerpos de cuatro aborígenes al borde de un cráter (presumiblemente el de Marcoo, puesto que era el único de que se tenía noticia), pero sus afirmaciones no llegaron a ser verificadas. A lo largo de 188 días la comisión interrogó a 311 testigos en Adelaida, Londres y el propio Maralinga, llegando a la conclusión de que varias de las pruebas se habían llevado a cabo en peligrosas condiciones meteorológicas, como en el caso de Marcoo, que se hizo explotar «en clara violación de la norma que prohibía disparar si había pronóstico de lluvia». En cuanto al incidente de la familia Milpuddie, «a los responsables de la seguridad parecía inquietarles tan poco que salieran [...] defectos a la luz como el bienestar de la familia Milpuddie». La Operación Brumby de «limpieza» llevada a cabo justo antes de que los británicos entregaran los terrenos al gobierno federal en 1967, se «diseñó con prisas basándose en consideraciones políticas».

Hasta el año 2009 no les fue devuelta a los anangu la mayor parte del resto de su tierra; pero a esas alturas ya no querían saber nada de ella; era *mamu*, me dijo Robin, y cuando visitaban el asentamiento de Maralinga —como hacían ocasionalmente para reunirse o, como el año anterior, para escenificar la entrega oficial del resto de las tierras—, se encerraban en las caravanas para invitados y casi no asomaban la cabeza, y volvían a Yalata o a Oak Valley lo antes posible. «Podría haber puestos de trabajo», dijo Robin, pero la gente de las tribus no estaba interesada. En Yalata, incluso los niños nacidos medio siglo después de los ensayos le tenían miedo a ese sitio. La ciencia no era la respuesta, es que no había respuesta. Los anangu son un pueblo capaz de conservar inalterable una narrativa durante diez mil años.

Dejamos atrás la zona de ensayos principal, rumbo al norte, hacia Emu Field; ciento cincuenta kilómetros de toboganes por los médanos. De cuando en cuando veíamos una agrupación de camellos entre los árboles. Al anochecer la vegetación empezó a escasear y la tierra se volvió llana: ante nosotros estaba el *claypan*, un disco rojo de dos kilómetros de ancho, como una fuente sin esmaltar dentro de un horno de cerámica: Emu Field. El sol estaba bajo pero brillaba con fuerza. Una vez montado el campamento al abrigo de una duna —como lumbre, cogimos unas ramas secas de mulga, las llevamos detrás del Land Cruiser e hicimos una pila con ellas entre los dos sacos de dormir—, fui hasta el llano para aprovechar los últimos minutos de luz. El aire transparente era al aire normal como el aire normal es al agua. Fue como si me hubieran devuelto la visión de la niñez. Esa claridad producida

por la ausencia de vapor es típica de lugares áridos. Los *claypans* son lagos efímeros, hondonadas en las que el agua de superficie se filtra cuando hay suficiente precipitación, llevando consigo finos sedimentos. En entornos áridos, donde la evaporación supera a la precipitación, este tipo de hondonada suele estar cubierto de una capa de agua solo por poco tiempo y unos pocos días al año. La principal característica de los *claypans* —como de su contrapartida, los arenales— es que son planos, pues cada nueva inundación los allana y barre.

Un cuervo se acercó a verme, voló en círculo y se perdió de vista sobre las dunas bajas de alrededor. *Busca a tu hermano*. Las grietas en el lecho del *claypan*, el cual apenas si se elevaba o se hundía un centímetro en los cinco kilómetros cuadrados de su extensión, dibujaban polígonos irregulares, y el suelo mismo parecía mudar la piel como un eucalipto; cada una de sus escamas, del tamaño de la palma de una mano, tenía la perfecta textura lisa y brillante de un esmalte salino. Era como andar por la superficie de una vieja pintura al óleo. Esa pátina no hacía sino aumentar la ilusión de humedad; el suelo, allí donde reflejaba el sol, era azul. Un último detalle cruel para el viajero agonizante. Incluso a escasa distancia, parecía, en efecto, agua, como si fuera el fantasma de la última vez que se inundó.

Seguí una hilera de huellas; eran de camello y habían sido hechas cuando el terreno estaba húmedo, de ahí que fueran hondas y apelmazadas, la arcilla del suelo como arañada. Contrariamente a lo que hacía pensar su aspecto, tanto las huellas como la arcilla estaban, por supuesto, tan duras y firmes como la terracota. El topógrafo del ejército había llamado a aquel sitio «Emu» por una huella que había encontrado en la superficie. Al *claypan* de menores dimensiones que había cerca lo llamó «Dingo» por la misma razón.

Me arrodillé para acercar la cabeza a la barnizada superficie, súbitamente consciente de la enorme planicie que se extendía a mi alrededor; y al levantar la vista, allí estaba el cuervo con su pareja. Graznaron y aletearon. No los vi como aves de mal agüero; otra cosa hubiera sido haberlos visto posarse, por ejemplo, en la barandilla de un barco en alta mar. El lustre de su negro azabache era la antítesis de lo macabro; por ende, la presencia de otros seres intuitivos me parecía motivo de celebración. Yo estaba encantado. Anduve un par de minutos hacia el sol, con los ojos cerrados. Cuando los abrí, la pareja de cuervos se había ido y el sol se había ocultado tras el horizonte. El mundo estaba adquiriendo el tinte malva de la noche. Era un lugar hermoso, tan fiel a sí mismo, y otro tanto debieron de pensar probablemente los que esperaban el hongo nuclear en 1953.

No había amanecido cuando nos despertamos. El terreno en donde habíamos acampado tenía algo de vegetación —mulga, alguna casuarina de bella silueta y poblada de aves similares a palomas cuyas alas rechinaban al alzar el vuelo— y estaba lleno por todas partes de los típicos nidos circulares de las hormigas de la mulga. En la Australia árida conviven miles de especies de hormiga. La víspera, cuando volví de buscar leña, me di cuenta de que tenía la mano repleta. Así era el desierto australiano: un guante de hormigas y una careta de moscas. Debí tener más cuidado. Semanas antes habían hallado el cuerpo de un hombre en el Territorio Septentrional junto a su coche atascado, y una nota: el hombre había ido a por unas matas a fin de ponerlas bajo las ruedas para tener más agarre y le había mordido una serpiente.

Después de desayunar, trepamos por la duna que rodeaba el *claypan* y contemplamos la llanura a nuestros pies. Ya no tenía el burbujeante color naranja de la tarde anterior; ahora era de un morado subido. A dos kilómetros vimos una columna de polvo, blanca al sol de la mañana; un pequeño remolino primero, y luego otro, levantaban ese polvo y lo hacían moverse. En Australia lo llaman un *willie-willie*. La gente del desierto de Gobi los considera demonios. El motivo de la polvareda eran unos camellos, como veinte o más, visibles de repente en un claro entre el polvo, la cabeza gacha, avanzando.

Las dos bombas se habían hecho estallar quince kilómetros al sudeste del *claypan*, que al final solo se utilizó como pista de aterrizaje para suministros y personal. La operación de limpieza había sido aún más somera que la realizada en Maralinga, 160 kilómetros al sur. En la orilla oriental del *claypan*, junto a la pista, había montones de desechos industriales, y más allá una plataforma elevada de tierra tapaba no se sabe qué. Tramos de tubería; la oruga oxidada de un tanque; cable de acero enrollado; una varilla en forma de S colgada de un tocón de árbol; docenas de barriles herrumbrosos con la etiqueta «Gasolina de aviación»; y un tornillo de banco «Made in England». Cosas por el estilo. Hacía que a uno le resultara fácil olvidar que estaba a doscientos kilómetros de la población más cercana.

Después de comernos un pollo asado entero, con las manos, montamos en la camioneta para ir al primer sitio de la serie, Totem 1, donde el 15 de octubre de 1953 se hizo explotar una bomba de diez kilotones. Pasamos junto a una docena de bloques de hormigón, cada uno de varias toneladas, que sirvieron para sujetar los cazas Hurricane que se enviaron allí para determinar el efecto que tenía en ellos la deflagración. Los aviones propiamente dichos,

intactos pero irradiados, fueron enterrados en su momento junto con *jeeps*, tanques y maniqués. Delante de nosotros, una hilera de camellos se alejaba del terreno de pruebas.

En la planificación de Totem 1 era un hecho asumido que no podía determinarse con precisión lo que iba a pasar: qué altura podía alcanzar el hongo, hasta dónde y en qué dirección podía desplazarse, si habría lluvia radioactiva y en qué cantidad. Al fin y al cabo era un ensayo, no se tenía un conocimiento pleno de sus consecuencias; además era solo la segunda bomba atómica que los británicos hacían explotar, y la primera en tierra firme. El informe de la Royal Commission concluyó que la detonación de Totem 1 se hizo «bajo condiciones de viento que [...] iban a producir niveles inaceptables de lluvia radioactiva. Y, efectivamente, las mediciones en zonas habitadas excedieron los límites sugeridos». En su crítica a la decisión de disparar Totem 1 en tales circunstancias, la comisión hizo hincapié en que «no se tuvo en cuenta la existencia de personas en Wallatina y Welbourn Hill, a sotavento del campo de pruebas». Dichos lugares se encuentran a 195 kilómetros de Emu Field, en la parte septentrional de Australia del Sur.

«Yo pensé que quizá era una tormenta de arena —declaró Yami Lester durante las pesquisas, recordando la niebla negra—, pero era silenciosa, simplemente pasaba entre los árboles y por encima de ellos. Avanzaba sin hacer ruido». Ese implacable y terrorífico silencio, la quietud de la lava fluyendo montaña abajo; es esto lo que más chocó a otras personas que también presenciaron el fenómeno, gente del desierto, blancos y negros que estaban acostumbrados a los peculiares fenómenos del desierto y que sabían que una tormenta de arena no avanza sin ruido. El padrastro de Lester (solo se le conoce como Kanytji), al oír la explosión, la había asociado con Wananpi, la culebra del Sueño, creadora y guardiana de los bebederos. La nube, según él, «surgía del suelo mismo y era negra [...] había como una llovizna, como el rocío al caer [...]. Nos entró frío, tiritábamos». Otro residente de Wallatina, de nombre Kanginy, dijo que «era un poco como el humo que se forma cuando quemas un neumático».

Ellen Giles, del puesto de Welbourn Hill, recordaba «una cosa enorme que se enroscaba sobre sí misma, como las nubes». Cuando hubo pasado, «naranjos y limoneros tenían una capa de un polvo aceitoso. En las paredes se veía también. Intentamos limpiar los árboles a manguerazos, pero se fueron marchitando hasta morir».

En el campamento de Lester la gente estaba horrorizada; el vómito era verde, la mierda era verde. Muchos se quejaban de horribles migrañas. Los

anangu llamaron a la nube «bruma negra», *puyu*. No se sabe con certeza cuántos murieron, pero el campamento se mudó de sitio al menos dos veces, una práctica que se lleva a cabo siempre que se produce una muerte. Como otros niños que estuvieron expuestos al hongo, Yami Lester descubrió que era incapaz de abrir los ojos. Tuvo que ayudarse con un bastón y dejar que alguien lo guiara. Su vista se fue deteriorando con los años, hasta que perdió primero un ojo, y luego el otro.

Ernest Titterton, uno de los científicos principales australianos, había presenciado la detonación de la primera bomba atómica del mundo, en el desierto de Nuevo México, y colaboró en la elaboración del sistema que la activaba. Es posible que el peso de semejante responsabilidad le afectara de alguna manera. En una carta que escribió durante los años ochenta, cuando informes sobre la bruma negra llegaron por primera vez a la opinión pública australiana, Titterton afirmó que «es una historia risible desde el punto de vista de la física, la meteorología y la medicina». Entrevistado por una emisora de radio australiana, añadió que «el que investiga brumas negras se adentra en una zona regida por el misterio». Yo creo que estaba hablando de lo sobrenatural, de la magia, de la alegoría, o tal vez (si llegó a conocer esa palabra) del *mamu*.

La Royal Commission no estaba dispuesta a ignorar los testimonios directos, y comprendió que la nube en cuestión era algo más que una cosa «misteriosa». Si bien no halló pruebas de que la lluvia ácida hubiera causado lesiones graves o persistentes, sí admitió que «los vómitos de los aborígenes en Wallatina podrían haber sido fruto de la radiación, tal vez una reacción psicogénica a aquella espantosa experiencia, o tal vez el resultado de ambas cosas». Para la comisión era incomprensible, lo mismo que para Titterton, que una «reacción psicogénica», o incluso «misteriosa», pudiera tener por sí misma efectos catastróficos; que pudiera causar la muerte.

A un kilómetro de Totem 1, Robin y yo subimos al promontorio desde el cual Penney y Titterton, y los dignatarios que los acompañaban, vieron la explosión. Fijadas en tierra estaban las pequeñas estacas metálicas que sujetaban en tiempos la torre de observación, y allí, pasado un trecho de roca (a juzgar por su brillo, rica en hierro), estaba la zona de impacto. Echamos a andar, y cerca ya de la zona de impacto, casi ilegible después de tantos años, había un rótulo amarillo con un aviso en italiano, griego y polaco, además de

en inglés. Los escasos árboles eran negros y lánguidos. De la torre de lanzamiento no quedaba más que una maraña de aceros retorcidos.

—Sé que algún día me toparé con un esqueleto —dijo Robin—. Una vez, MacDougall encontró a diecisiete personas caminando por West Street y las hizo volver. —West Street era una de las varias pistas de servicio de la zona de ensayos de Maralinga—. Lo hizo constar en uno de sus informes. Y cuando se marchó, esa gente estaba regresando a la zona occidental del país, pero no consiguieron llegar a Ooldea, que es adonde tenían pensado ir. Desaparecieron literalmente de la faz de la tierra. Una de dos: o los pilló la explosión de una bomba y se evaporaron, o los pilló la radiación y se pusieron muy enfermos y al final perecieron en algún punto del desierto.

Aquella noche, revolviendo en el bolsillo de mi mochila, me hice un corte en un dedo; era un corte limpio y escocía de verdad. Enfoqué con mi linterna el interior del bolsillo, y lo que vi fueron aquellos vidriosos fragmentos de trinitita que había cogido del suelo. No había mucha sangre.

Al día siguiente, en el edificio que hacía las veces de hospital en Maralinga, Robin me puso un DVD, una copia de un documental propagandístico que el Ministerio de Defensa británico había hecho en los años sesenta. Robin tenía pensado montar un museo en uno de los comedores e incluir un lanzacohetes múltiple que actualmente estaba adornando el patio, además de otros artefactos que había ido reuniendo. La película serviría de introducción. Su idea era que los guías fueran gente de Yalata y Oak Valley, puesto que estas eran sus tierras, y que «explicaran la historia de los anangu». Pero la perspectiva de empleo no bastaba para convencerlos de que pusieran el pie en Maralinga. No era solo que Emu Field y la llanura de Tietkens se hubieran convertido en lugares de riesgo y de aflicción, o que estuvieran encantados (el *mamu* no es lo que nosotros conocemos por un fantasma), sino que ir a esos sitios era incurrir en algo parecido a la necrofilia. La tierra estaba muerta, y nadie más que un loco tendría tratos con cadáveres.

Y la película, con su banda sonora de tremulosa cuerda, escenificaba la muerte de su tierra.

«El grupo biológico prepara treinta muñecos articulados —dice una alegre voz en *off* británica, y se ve un muñeco siendo izado por medio de un cable prendido de un ojal en la coronilla de su cabeza—, que irán adecuadamente vestidos de uniforme normal y estarán expuestos a la primera salva a distancias de hasta mil ochocientos metros del arma». Se ve a un muñeco «de

pie en una trinchera a fin de evaluar el grado de protección», y luego mirando con gesto viril desde su emplazamiento. «Otros muñecos serán colocados en tres posturas, a saber: de pie, agachados y boca abajo, unos de cara a la explosión y otros de perfil». Se ve a un muñeco a cuatro patas. «La finalidad es confirmar las predicciones teóricas sobre la distancia a que la dinámica onda expansiva lanzaría a hombres en dichas tres posturas».

Se ve el hongo atómico; se ve el cielo entrecruzado de estelas procedentes de inyectores de humo disparados para hacer visible la onda expansiva; el día siguiente, se ven los efectos. Podría haber sido un documental de una campaña antinuclear:

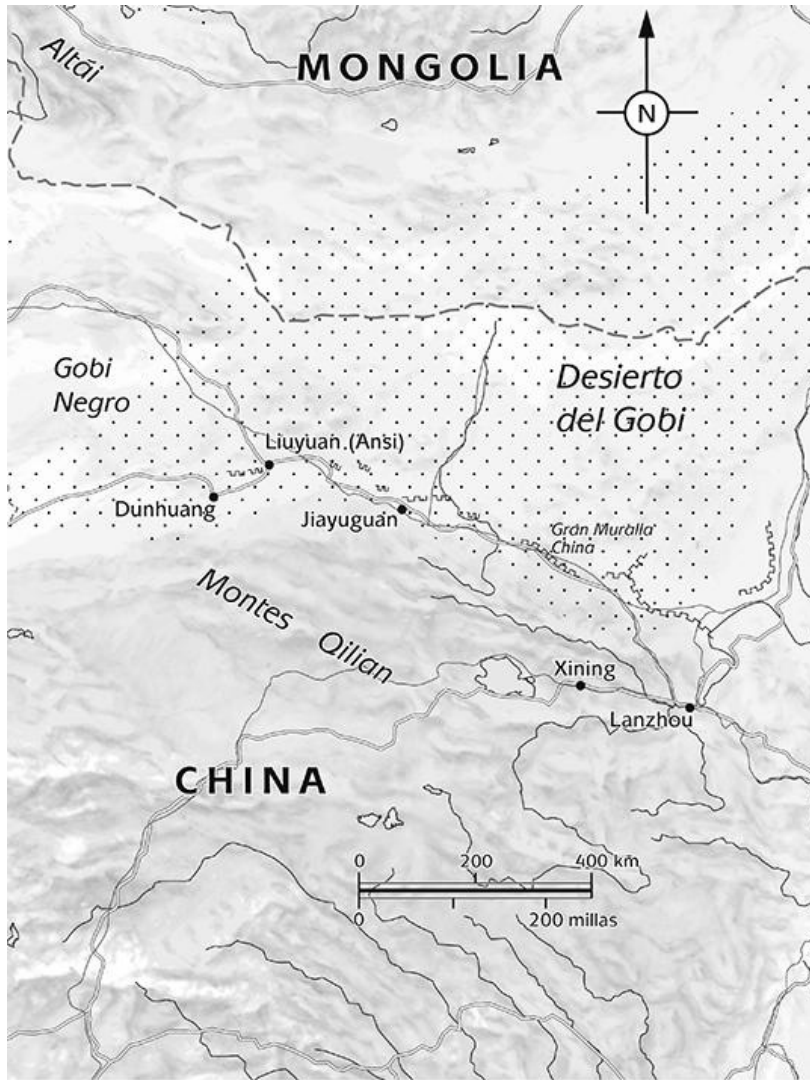
Dos muñecos atados encima de sendos postes, la ropa hecha jirones y las manos destrozadas, solo la máscara antigás intacta y todavía cubriendo la cara; luego un crucifijo metálico sin otra cosa que un torso medio chamuscado, y el suelo de alrededor salpicado de brazos, piernas y cabezas destrozadas; a continuación una pila de plásticos derretidos y prendas de vestir renegridas; después una figura decapitada y atada a un palo; otras varias tiradas por el suelo en una extensión de media hectárea. Y por último, tras estas imágenes, el diablo, blanco de pies a cabeza salvo la máscara cual hocico negro, marcando casillas con una mano y abriéndose paso hacia la zona de riesgo.

3

AGITADORES

Los desiertos de Gobi y Taklamakán
(China)





Si el desierto es un escondrijo para crímenes humanos, es también un abismo al que desterrar a aquellos que nos avergüenzan, repugnan o amenazan. En Australia había estado leyendo sobre la dinastía Qing y su anexión de territorio al noroeste de China en la década de 1750. Durante el tiempo que dicha dinastía gobernó la región —tiempo que se propagó, de manera intermitente, hasta 1911—, decenas de millares de criminales y disidentes fueron enviados al país recién anexionado. La amenaza de destierro y esclavitud en un lugar tan inhóspito y remoto, tan ajeno al lluvioso corazón del país, tenía un efecto disuasorio; pero no se trataba solo de una táctica penal: una tierra de nadie tan vital desde el punto de vista político, se pensaba entonces, únicamente podía afianzarse mediante la colonización y una reforma agraria. Era la estrategia que los británicos emplearon en Australia. Si los colonos no van por voluntad propia, hay que enviarlos a la fuerza. La gravedad del delito cometido tenía su correspondencia en lo remoto del lugar de exilio: «muy cerca» (a mil kilómetros de donde hubiera nacido el condenado); «una frontera cercana» (a mil seiscientos kilómetros); «una región insalubre» o bien «la frontera más lejana». Los desiertos del extremo occidental, el Gobi y el Taklamakán, ambos insalubres y tan apartados de lugares habitados como era posible estarlo sin abandonar territorio chino, se reservaban para los casos de mayor gravedad. Había dos categorías de exiliados. Primero los criminales corrientes, que por regla general eran condenados a la esclavitud. Además de los reos declarados culpables, esta categoría incluía a las familias de aquellos que habían sido ejecutados por asesinato, incesto o traición. La segunda categoría, más reducida, estaba compuesta por los llamados *weifei* —«agitadores»—, funcionarios del gobierno caídos en desgracia por haber criticado la corrupción oficial o haberse asociado con reos culpables de traición. A los que debían partir se los tatuaba en ambas sienes a modo de sello de embarque: el delito en la derecha;

el destino en la izquierda. Así, el lejano oeste chino fue colonizado no solo por asesinos, ladrones, violadores, falsificadores y facciosos, sino por burócratas, generales del ejército, eunucos y *wenzi yu an* («casos literarios»). El erudito exiliado Ji Yuan, en carta a su esposa en 1769, definía aquello como «otro mundo».

Mientras que para los indígenas australianos el desierto es un infinito mosaico de símbolos e historias, los desiertos hiperáridos de la China han figurado en el imaginario de dicho país como meros intersticios o, colectivamente, como un orbe temible al que se accede obligado por la fuerza o para llegar al siguiente oasis, incluso entre aquellos que habitan en las márgenes del desierto. Una de las primeras travesías de las que se tiene constancia es la del monje budista Xuanzang. Nacido en 602, a la edad de doce años se convirtió en novicio y pronto fue reconocido por sus mayores como un alumno de excepcional inteligencia. A los veintisiete años, harto de las disputas de los otros monjes sobre asuntos de dogma, tomó la determinación de atravesar los desiertos del noroeste chino hasta la India, cuna del budismo, donde pensaba conseguir textos sagrados que resolvieran aquellos desacuerdos. «Peligros y dificultades sin cuento le esperan —escribía su biógrafo de entonces—. Será duramente puesto a prueba, pero él está presto a partir». Un «venerable anciano» advierte a Xuanzang de que «los caminos de Poniente son malos y difíciles; grandes arroyos de arena por doquier; trasgos malvados y vientos ardientes que, cuando llegan, no hay forma de eludir». El monje y su rocín, sin otra guía para orientarse que huesos amontonados y excrementos de caballo, llegan en su periplo hacia el oeste a una extensión de desierto en donde, según cuenta el biógrafo, «no hay aves en el cielo ni bestias en la tierra; agua y hierba brillan por su ausencia». Xuanzang dedicaría catorce años a viajar y estudiar en India, Nepal y Sri Lanka antes de cruzar de nuevo el Taklamakán en 645 con veintidós caballos cargados con más de setecientas obras del budismo.

Cuando volví de Australia me encontré la ventana de la sala de estar tapiada; habían entrado a robar, pero mis vecinos no habían conseguido localizarme. Estaba todo patas arriba y, cuando me puse a limpiar, me di cuenta de la cantidad de polvo que había en el piso: todas las superficies grises de polvo, pelusas de un gris azulado bajo la cama, detrás de los radiadores y a lo largo de los rodapiés. Mi portátil no estaba, pero, al parecer, unos libros viejos sobre desiertos carecían de valor en el mercado de segunda mano.

Una de las personas a las que inspiró el monje Xuanzang fue, mil trescientos años después, una misionera británica de nombre Mildred Cable. Entre los libros que me quedaban había una reimpresión que Virago hizo de su texto más famoso, *The Gobi Desert*, publicado originalmente en 1942. En él decía la autora: «La soledad absoluta del viaje [...] engendró en el monje una fuerza y una resistencia que le hicieron superar aquel vía crucis, y las largas jornadas de silencio en el desierto le enseñaron el camino de la meditación mucho mejor de lo que podría haberlo hecho cualquier orden monástica».

La revelación tuvo lugar en el verano de 1893. Siguiendo un «impulso irrefrenable», a sus quince años Mildred fue sola a una charla de un miembro de la China Inland Mission. No se identifica al orador, pero parece ser que se trataba de una tal Emily Wiltshire. Cable recuerda que la mujer llevaba un cuello con las palabras «Jesús nos salvará» bordadas en él. Terminada la charla, se llevó a un aparte a la cohibida adolescente y le dijo: «Creo que el Señor te necesita en la China». Treinta y tres años antes, en 1860, a raíz de la segunda guerra del opio, Pekín había firmado tratados en los que se garantizaba a los misioneros extranjeros el derecho a predicar y construir iglesias. Cinco años más tarde un protestante de Yorkshire, James Hudson Taylor, fundaba en Shanghái la China Inland Mission. La CIM, como la conocían sus miembros, iba a diferir de otras organizaciones similares. Mientras que las misiones ya establecidas en China se concentraban en las ciudades costeras, la CIM se extendería por el traspais; tierras sin ley, alejadas del poder imperial, alejadas de toda influencia cristiana: Mongolia Interior, Tíbet, Ningxia, Gansu, Xinjiang.

«Con la idea clara de que su objetivo no era pasarlo bien o divertirse, y tampoco un vehículo para la expresión personal», Mildred inició su aprendizaje en el Hogar de Aspirantes de la CIM en Londres. Los miembros más jóvenes llamaban Contrato de Servidumbre al texto fundacional «Principios y Práctica de la China Inland Mission». En él se decía que los candidatos «deberán estar preparados para una vida de privaciones, trabajo, soledad y peligro; dispuestos a que sus compatriotas los miren por encima del hombro y a ser despreciados por los chinos; a vivir muy tierra adentro, lejos de las comodidades y ventajas de la sociedad y de la protección a que estaban acostumbrados».

Parece ser que Cable tenía pensado ir a China con su prometido, pero este se echó atrás. En sus escritos solo alude a él indirectamente, como una ausencia. ¿Hubo algún tipo de ultimátum? ¿Fue al trabajo propiamente dicho

a lo que él renunció, o acaso al matrimonio? «Una hermosa mañana de mayo, cuando las lilas estaban todas en flor», recuerda en una autobiografía, recibió «una carta cuyas palabras hicieron del sol un adefesio». Mildred rompió el compromiso y se prometió a sí misma que jamás volvería a confiar en nadie. Pero la idea del viaje seguía en pie. El 25 de septiembre de 1901, poco después de la rebelión de los bóxers, esta infeliz persona zarpó rumbo a China. No era una obsesión y nada más; era una huida, y los años que pasó en el desierto fueron la perfecta prolongación de esa fuga.

Cuando Cable arribó a China con veintidós años de edad, Evangeline French, diez años mayor, llevaba nueve en su puesto. Al ver a la recién llegada cuando fue a buscarla a Huozhou, una ciudad en la provincia septentrional de Shanxi, French se preguntó: «¿Cómo se les ocurre enviar a una criatura tan frágil a una región de condiciones tan duras?». Su destino, Gansu y Xinjiang, estaba unos mil kilómetros hacia el oeste, tan lejos del mar como pueda estarlo cualquier punto de la Tierra.

Pero la aparente fragilidad de la muchacha solo era consecuencia del viaje y de los difíciles años que lo habían precedido. Su determinación era grande, y a lo largo de sus escritos se aprecia una clara negativa a rendirse ante las circunstancias. Ciertas personas (entre ellas algunos caballeros de la Bible Society en la lejana Shanghái) llegarían a conocerla como «Napoleón».

Yo empezaba a tener la impresión de que no había otra manera de viajar que siguiendo los pasos de otros. A principios de aquel otoño reservé un billete para Shanghái y, una vez allí, tomé otro avión para cubrir 2250 kilómetros en dirección oeste hasta Jiayuguan, una ciudad al borde del desierto de Gobi, en la provincia de Gansu. Me alojé en un hotel business; la habitación tenía suelo, paredes y techo forrados con el mismo laminado brillante de color blanco, como si lo limpiaran todo a manguerazos entre huésped y huésped. A Cable le disgustó Jiayuguan, un lugar sitiado por el desierto y cuyos habitantes eran, o bien introvertidos hasta la apatía por los horrores de más allá de los muros, o bien proclives a la violencia. «Aquí no se puede hacer nada en todo el día salvo escuchar cómo aúlla el viento», le dijeron las mujeres del lugar. La maltratada esposa del molinero se suicidó tragándose una caja de cerillas; el hijo del herrero era «tan libertino que su padre le aplastó la cabeza con una maza mientras dormía».

Más de un siglo después, el ambiente había cambiado. Debajo de mi habitación había un salón de belleza cuyas doce empleadas formaban en fila

cada mañana delante del establecimiento y, acompañadas de estridente música pop, ejecutaban un baile sincronizado en cinco partes, hasta que una de ellas desplegaba y encendía una larga ristra de petardos; el ruido duraba un minuto de reloj. Entre la humareda, las empleadas desaparecían en el interior del salón.

El corredor del Hexi es la garganta de China, un pasaje de 1200 kilómetros de longitud encajado entre la Meseta Tibetana al sur y el Gobi de Mongolia al norte. Discurre a lo largo de un rosario de pequeños oasis a poniente de la ciudad de Lanzhou, atravesando Gansu hasta la frontera de dicha provincia con la «región autónoma» de Xinjiang en el extremo más occidental. Fue en el llamado «Excelente Paso del Valle» en Gansu —punto en que la anchura del corredor queda reducida a solo quince kilómetros entre montañas— donde se erigió el fuerte de Jiayuguan en 1372, una vez que la nueva dinastía Ming hubo empujado hasta el desierto a lo que quedaba de los ejércitos de la dinastía Yuan. Y adiós muy buenas.

El fuerte se halla fuera de la moderna ciudad de Jiayuguan, en la «Zona Cultural y Turística de la Gran Muralla». Sus almenados muros de piedra clara están rematados por torres de vigilancia con techumbre de teja roja. Había pocos turistas y yo era el único extranjero. Desde los parapetos se entiende el emplazamiento del fuerte; su misión era vigilar el paso contra el desierto. Fue para repeler los ataques de nómadas, ancestros de los hunos, para lo que se levantó este tramo de la Gran Muralla en el año 221 a. C. Al norte quedaban los oscuros montes Mazong; al sur los montes Qilian. Entre ambas sierras, y encorsetado por la muralla como un medallón en una cadena, estaba el fuerte. Actualmente solo queda en pie el último tramo de muralla, al sur, y se puede seguir hasta el desfiladero del río Badai, más allá del cual el macizo de Qilian puede verse entre el polvo que flota en el aire. Si uno pretendía salir o entrar del corazón de China por el lado de poniente, tenía que hacerlo por este canal.

El fuerte tiene tres puertas, explica Cable: al este, la Puerta de la Iluminación, que es por la que yo había entrado; al sur, la Puerta de la Conciliación; y por último, mirando al este, la Puerta de las Penas. Atravesando la Puerta de las Penas llegué a una cuesta pavimentada que parecía llevar hasta el cielo. Era la puerta de los exiliados, la entrada al desierto. Cuando Cable estuvo aquí, podían verse todavía, garabateadas en los muros, las palabras de despedida de los deportados, «inspiradas por una pena

demasiado grande como para atender al equilibrio de los valores literarios, pero imposible de soportar a menos que se expresara con palabras».

Salir de aquel oscuro túnel de quince metros de largo por cinco de alto a aquella breve cuesta era pasar de una quietud íntima, como de iglesia, a un silencio sin límites; del fresco al calor, de la calma a la brisa, de la sombra a una luz cegadora. Un mundo distinto, la antesala de la muerte. Una vez en lo alto de la cuesta, volví la mirada hacia el túnel por el que había salido, una boca oscura donde resonaban pisadas invisibles, y hacia la fortaleza cuya muralla de diez metros de altura horadaba el túnel, con sus almenas y sus torretas para los arqueros. Luego giré hacia el lado opuesto, hacia el oeste. Al oeste estaba el Gobi, una escabrosa planicie de color ceniza, recubierta de arenisca y matas bajas de tamarix y espina de camello. Pensé en el lago y los sauces de más allá del fortín, a escasos doscientos metros de distancia.

Más adelante había una serie de cabañas de madera (restaurante, talleres, aseos), una batería de quads para que los turistas se divirtieran rodando por un circuito señalado con banderitas, un campo de tiro donde podías disparar al vacío (la dirección del fuego siempre ha sido el oeste) con un M16 montado sobre un trípode, un caballo mecánico de rodeo bajo un toldo a rayas y, tumbados en la arena, ocho camellos vivos, dormitando a la espera de turistas como borricos en una playa inglesa. Sobre la silla de montar llevaban colchas a juego, de terciopelo con motivos florales. Tenían los ojos serenamente cerrados como si estuvieran escuchando una nueva versión de su pieza de música favorita. «Un animal salvaje y sin domesticar», aseguraba William Palgrave. Lo que disgusta de los camellos a ciertas personas es esa altivez (no se dejan intimidar, son inmunes a toda humillación) que a mí me encanta.

El M16 estaba allí sin nadie que lo vigilara. Tampoco había nadie montando el caballo de rodeo ni los camellos ni los quads. Los dueños dormían: el de los camellos encima de un banco, el brazo sobre los ojos; otro estaba espatarrado sobre los sillines de dos quads. Una mujer vestida con un mono amarillo (el pañuelo de cabeza y la mascarilla eran del mismo color) estaba sentada encima de un expositor de helados. Cuando lo abrió, vi que dentro solo había bolsas de cubitos de hielo. Compré una y, balanceándola con el puño cerrado, me encaminé hacia el Gobi.

Viajero por la Mongolia Interior en 1927, el explorador Owen Lattimore escribió este apunte sobre el Gobi: «extendiéndose a este y oeste, entre la Mongolia Exterior y la Interior, sobre su eje más largo [...] describe una pendiente hacia el sur y el oeste, ensanchándose hasta alcanzar los límites del Taklamakán». Mildred Cable, por su parte, llamaba «Gobi» a toda la

extensión de su ámbito como misionera, es decir desde Jiayuguan hasta Urumqi, 1500 kilómetros al oeste. Sin embargo, «Gobi» no es solamente un nombre propio; la gente del lugar llama así a las planicies de sal y arenisca que difieren de las dunas de Taklamakán y del desierto de Lop Nor, un lago de sal. Era imposible saber dónde terminaba uno de ellos y empezaba el siguiente, en qué punto «Gobi» pasaba a ser el «Gobi Negro», dónde el «Gobi Gashun» degeneraba en el desierto de Kumtag y los llanos salitrosos de Lop Nor, o dónde estaba exactamente el umbral entre Lop Nor —una masa de agua hasta que fue desecado hace un siglo— y el Taklamakán. Y tan pronto como conseguía determinar que un desierto estaba *aquí* y otro *allá*, o que este lindaba con aquel, me enteraba, leyéndolo en alguna parte o porque alguien me lo decía, de que no, el Gobi Negro termina *aquí* y el Gobi Gashun no está *allí*, sino quinientos kilómetros más al norte.

A mi espalda, pasado el fuerte, podía verse el humeante skyline de la ciudad de Jiayuguan: carbón, cemento, fertilizantes, materias primas proporcionadas —como el agua de la región— por las montañas circundantes. Poco a poco se hizo audible el traqueteo de un tren de mercancías a tres kilómetros de distancia. Al pie del último trecho de la Gran Muralla, unos cuantos kilómetros al sur, una carretera discurría hasta la frontera con Xinjiang, flanqueada por dos vías férreas: la vieja línea hasta Kashgar a mil kilómetros de distancia y el nuevo tren de alta velocidad, todavía por inaugurar, que llevaría hacia el oeste a los pasajeros chinos de la etnia han.

Restos semienterrados de polietileno se movían por doquier con la brisa. Aquello era un vertedero, como suele serlo la linde de todo desierto, siempre que sea un lugar accesible y no vigilado. Podía verse una solitaria tumba cristiana con su doble lápida, los epitafios casi borrados por la erosión de la arena. Aquí y allá, alguien había colocado piedras oscuras para formar caracteres chinos. En un terreno tan móvil, pocas formas de escritura tienen garantizada la permanencia, y Cable explica cómo dejó frases bíblicas en las laderas del Gobi empleando ese mismo método. Yo, por mi parte, reuní un puñado de guijarros marrones y los coloqué formando una flecha que señalaba el camino por donde había venido. Toda precaución era poca.

La muralla tocaba a su fin siete kilómetros más al sur. Seguía siendo espectacular e infranqueable: el suelo excavado y humedecido y apisonado hasta darle la consistencia y la dureza de un encofrado que, en algunos puntos, persiste desde hace dos mil años. No obstante, desde cierta distancia, no parecía una construcción muy antigua; como es de una especie de hormigón, recuerda en efecto a los muros de hormigón levantados para

proteger del mar la tierra firme, o también a las fortificaciones europeas de las dos guerras mundiales, o incluso al muro que separa de Israel los Territorios Ocupados. En tiempos había habido alrededor del fuerte el clásico foso —*tiantian*—, donde no solo había agua sino también arena fina rastrillada a diario para revelar posibles huellas de desertores. Pero, según Cable, nada podía empujar a los soldados de la guarnición a aventurarse en el desierto más allá de la Puerta de las Penas. «En el Gobi solo habitan demonios, nada más». Aunque Cable reconocía que era un lugar inhóspito, «Dios está allí pese al silencio y la soledad».

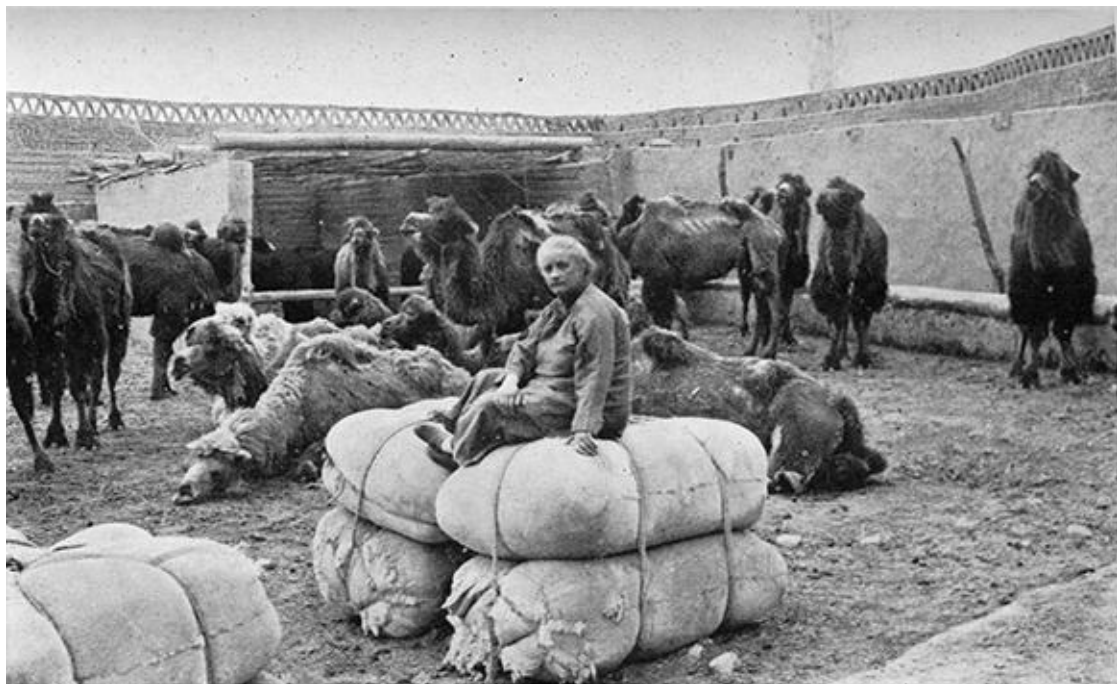
Eva French y ella apenas se separaron desde el momento de conocerse, en 1901, hasta la muerte de Cable en 1951. Evangeline French había nacido en Argelia y se había criado en Génova con su hermana pequeña, Francesca. Según la peculiar autobiografía en tercera persona de las dos mujeres, «las amistades personales estaban mal vistas en la fuerte atmósfera mental que se respiraba en casa de Evangeline, donde todo cuanto rozara el sentimentalismo era anatema». Evangeline French era «fortachona», «bullanguera» y «montaraz», y estaba «convencida de que en el mundo algo funcionaba tan mal que solo la revolución podía arreglarlo». Cuando en 1891 la familia decidió cambiar la extremista Génova por el rígido y obrero Portsmouth, Eva y Francesca se sintieron desdichadas. «Que una joven tuviera opiniones firmes, que fuera revolucionaria de actitud y rara en otros aspectos menores, bastaba para ponerla bajo sospecha».

Fue siete años más tarde cuando Eva, que se había instalado en Pingyao, provincia de Shanxi, pasó un día junto a un hombre que estaba trabajando en la cuneta. El hombre dejó la azada, se irguió cuan alto era y se pasó lentamente un dedo de lado a lado de la garganta. La rebelión de los bóxers empezó en 1898 en el norte de China. El mantra de sus partidarios era «Apoyemos a los Qing, acabemos con los extranjeros». El foco del levantamiento fue Shanxi; hacia finales de 1900 habían sido asesinados allí unos dos mil cristianos chinos, además de docenas de misioneros extranjeros y sus familias. Entre los muertos, «cortada a pedazos», estaba Emily Wiltshire, la persona que había animado a Mildred a entrar en la CIM. A principios de julio de 1900 Eva estaba en la ciudad de Jiexiu cuando el puesto de la misión fue atacado por bóxers a los gritos de «¡Muerte! ¡Muerte a los diablos extranjeros!». La madre de Eva leyó el nombre de su hija entre los muertos al abrir un periódico.

En Génova, mientras Eva trepaba a un árbol, Francesca se sentaba a leer a la sombra. Años más tarde expresaría su desdén por «el uso exagerado o inexacto de las palabras». Su rigor es palpable en los escritos que se atribuyen conjuntamente a ella y a Mildred Cable. Francesca acabó convencida de que «la expresión personal puede ser fácilmente una disipación de fuerzas que, almacenadas y controladas, podrían ir acumulándose para conseguir grandes cosas». Su horrible tarea fue no extralimitarse en la glorificación de Dios.

Durante la larga ausencia de su hermana mayor, fue ella, Francesca, quien cuidó de su madre enferma. Un día, poco después de conocerse la muerte de Eva, le entregaron un telegrama: «Su hija llegó sana y salva a Hangchow». Eva había sobrevivido al ataque de los bóxers. Poco después de morir su madre en 1908, regresó a Inglaterra con un permiso especial en compañía de Mildred Cable. Cuando partieron de nuevo, Francesca lo hizo también con ellas. Andando el tiempo, la gente del desierto llegaría a conocerlas como el Terceto: «la santísima trinidad de venerables maestras de la virtud».

En *The Gobi Desert*, escrito al alimón con Francesca French, hay una foto de Cable a su llegada a Ansi (ciudad que ella detestaba): se la ve en una especie de patio, sentada sobre balas de algodón y rodeada de agotados camellos. Parece estar en su salsa, cual gobernante entronizado. Napoleón.



De *The Gobi Desert*, Mildred Cable.

La Ruta de la Seda: no es un término chino, sino una ocurrencia del barón Ferdinand von Richthofen, geógrafo alemán del siglo XIX. Sí, por supuesto, la seda llevaba esa dirección, este-oeste, pero también otras muchas cosas: papel, jade, marfil, cerámica, té, medicinas, pieles, telas, metales preciosos. Y tampoco había una sola ruta, una superautopista, sino un entramado de senderos, centenares de ellos a ambos lados del Taklamakán, hermanando a la China con algo tan absolutamente lejano como para ser inimaginable: Roma.

A principios de septiembre de 1931 Cable y las French y el pequeño séquito que las acompañaba partieron hacia el oeste desde su base cerca de Jiayuguan, rumbo al oasis de Dunhuang en el extremo occidental de Gansu. «Llegar a Dunhuang nos llevará al menos dos meses, y después nadie sabe adónde puede conducirnos la Columna de Fuego». En Dunhuang, los viajeros de la Ruta de la Seda se preparaban para los inminentes peligros; concienciarse de lo que estaba por venir era tan crucial como dejar la caravana a punto de marcha. Dunhuang estaba como quien dice al borde del olvido, en ese punto en que la ruta meridional de la seda cruzaba el gran pasaje norte-sur entre Mongolia y Lhasa. Nadie podía garantizar el regreso a quienes se aventuraban hacia el oeste, ni siquiera a un avezado conocedor del terreno. En Dunhuang estaban las famosas Mogao, las cuevas de los Mil Budas, donde se rezaban oraciones, primero en nombre del viajero, para protegerlo de los yermos de poniente; y después, en el supuesto de que el viajero volviera, en acción de gracias.

Mi tren estaba atravesando la llanura de color amarillo pálido por donde había caminado yo la víspera, el extremo más oriental del Gobi. Mientras el convoy avanzaba hacia el oeste entre montañas, el fuerte y lo que quedaba de Gran Muralla podían verse a lo lejos, y también, flotando sobre el horizonte, la niebla de polución urbana. Al cabo de cuarenta minutos no se veían ya cultivos ni viviendas; los únicos elementos humanos del desierto eran las interminables torres de tendido eléctrico, relucientes como nuevas (humanoides al acecho o desfilando), y los paramentos de la propia vía férrea: vallas, conductos, montículos de tierra excavada medio siglo atrás. Para frenar la arena, las vías estaban flanqueadas por muros de contención en diente de sierra y por hileras de mustios álamos del Éufrates. La línea queda cortada

varias veces al año a fin de retirar la arena que se ha ido amontonando. Es el eterno conflicto con el desierto ocupado.

El Gobi no era un espacio de dunas sino de extensiones llanas interrumpidas únicamente por lomas bajas, hondonadas de escasa profundidad y lechos de río secos. La acción del agua era visible por doquier pese a que hacía décadas o siglos que por allí no pasaba agua propiamente dicha. La sensación de llano era infinita; en cualquier caso, no tenía otro límite que el horizonte o la propia visibilidad, según el aire fuera más o menos diáfano. Desde mi litera oía el grave compás cardíaco de las ruedas sobre la vía, y esto solo me daba ya una sensación de movimiento; lo que había en el exterior no transmitía prácticamente nada. Cada veinte minutos o así me incorporaba para mirar el desierto por ambos lados —desde la ventanilla de mi compartimento y desde la del otro lado del pasillo—, siempre con la sensación de que me estaba perdiendo algo; pero la vista apenas si variaba con el paso de las horas, aparentemente idéntica a un lado y otro del tren. Era como estar en una cinta transportadora. La más ligera variación —la superficie del desierto haciéndose más oscura o más clara, unas torres de energía eléctrica, una ristra de aerogeneradores, una fábrica de cemento abandonada, el retorcido lecho de un arroyo desecado, una pista de floreciente sal, huesos desperdigados— era suficiente para cautivar la atención. Por lo demás, contemplar el paisaje durante más de unos pocos minutos requería un esfuerzo de voluntad: en parte era el agotamiento de imaginarse uno mismo cruzando a pie aquel llano inmenso. En su primer contacto con el Gobi, Cable se preguntó si acabaría muriendo «no de sed o de fatiga, como les ha pasado a otros, sino de aburrimiento».

Pocos extranjeros estuvieron tan cerca como Cable y las hermanas French de la revuelta de Kumul en 1931. El conflicto, que se extendió por todo el noroeste de China, prendió tras la decisión del gobierno central de abolir el antiguo kanato musulmán de Kumul a raíz de la muerte del último kan en 1930. Esto provocó una gran afluencia de migrantes de etnia han (de abrumadora mayoría en el país) a una ciudad en gran parte musulmana y situada casi en la frontera que separa la región autónoma de Xinjiang de la provincia de Gansu, cien kilómetros al norte de Dunhuang. El nuevo régimen eximió a los migrantes del pago de impuestos y les entregó tierras que habían sido cultivadas anteriormente por uigures, la minoría étnica más numerosa en la región. Paralelamente, los uigures vieron cómo sus impuestos agrícolas se

doblaban, mientras que en compensación por sus sembrados recibieron una tierra subdesarrollada y sin regadío en la linde del desierto. La chispa que prendió la revuelta fue la boda de un recaudador de impuestos han con una mujer uigur. Durante la ceremonia, una turbamulta asesinó a los novios («con horrorosa ferocidad», según Cable) y luego continuó su orgía matando a un centenar de familias de Gansu. Las cabezas de los asesinados fueron enterradas en el fértil suelo de los campos que habían sido expropiados para ellos.

El levantamiento cobró fuerza y dirección gracias a dos ministros del difunto kan. Uno de ellos, Yolbas Khan, reclutó al jefe de una tristemente célebre familia de señores de la guerra de Gansu, un joven de apenas veintidós años que, según Cable, «aterrorizó a todo el noroeste de Gansu por la violencia de sus métodos». En el municipio de Chenfan, aseguraba Cable, dejó tres mil cadáveres licuándose en la calle.

Caballo Grande, el Rayo, el Pequeño General: son numerosos los motes de cualquier señor de la guerra, pero el nombre de este era Ma Zhongying. Sus oficiales, según Cable, «le obedecían con una devoción rayana en el culto», y tenía agentes por todas partes «dedicados a escuchar y a informar al cuartel general de cualquier sospecha de traición a su autoridad». Fue el explorador sueco Sven Hedin quien tradujo el nombre de Ma como «Caballo Grande». Con la admiración propia de quien siente debilidad por los tiranos de uniforme, Hedin lo describía como «apuesto, alto y delgado, de buena figura». Pero una de las pocas imágenes del general, tal como aparece reproducida en *The Gobi Desert*, muestra a un joven francamente hierático y altanero, vestido con el uniforme del Kuomintang, el partido nacionalista chino —quepis, cinto de cuero con cartuchera, las manos en la espalda—, mirando a la cámara con jactanciosa insolencia como si retara al fotógrafo a desacreditarle. Según Cable era un sujeto «elegante, perfumado y afeminado». Motivos suficientes para que ella lo despreciara.

Mientras los uigures de Kumul daban la bienvenida al ejército rebelde, los chinos no musulmanes, muchos de ellos llegados a la región hacía pocos años, fueron a refugiarse en la antigua ciudad fortificada, precipitando así un asedio que duraría un año y medio. Fue un episodio mítico por su sordidez. Los chinos comieron perro y gato. A los sitiadores les arrojaban aceite hirviendo. Gracias al hallazgo de un arsenal sepultado del siglo XVIII, los sitiados pudieron resistir. Obligado a retirarse, Ma guio a sus tropas hacia el oeste para caer sobre la ciudad de Urumqi. En el desierto tuvieron que enfrentarse a tropas chinas que contaban con el apoyo de rusos blancos; Ma

resultó herido. «Le dispararon en ambas piernas», cuenta Cable, no sin cierta satisfacción.

En la terminal ferroviaria de Ansi (hoy Liuyuan) subí a un atestado minibús que iba a Dunhuang, ochenta kilómetros al sur cruzando una llanura salpicada de matas verdigrises de saxaúl, una de las pocas plantas que crecen en el Gobi. En Ansi, la antigua bifurcación de la Ruta de la Seda (y motivo de que esta se bifurcara como un arroyo en torno a una roca grande), estaba el desierto de Taklamakán, 327 000 kilómetros cuadrados de dunas y más temido aún que el propio Gobi. El ramal más largo, y más verde, de los dos iba hacia el norte del Taklamakán vía los oasis de Hami, Kucha y Turpan, mientras que el más corto, y peligroso, cruzaba el desierto de Lop, morada de genios, bordeando la orilla meridional del Taklamakán para cruzar la población de Jotán antes de converger con el ramal norte en Kashgar tras un trayecto de mil kilómetros. Para las caravanas que tomaban este ramal sur, el último punto de descanso y abastecimiento antes del Lop y el Taklamakán (semanas de llanos salitrosos, meses enteros de médanos) era Dunhuang. Pero para Cable y las hermanas French, Dunhuang no era tan solo un sitio de antiguo esplendor o una oportunidad para «evangelizar»; era su refugio, un puerto seguro y tranquilo.

A su llegada tras dos meses de viaje, el Terceto encontró la ciudad inundada de refugiados musulmanes de Hami que «contaban una espantosa historia de matanza y devastación». Expulsadas por fin las tropas del Pequeño General, los soldados y residentes chinos habían decidido vengarse de los musulmanes que quedaron atrás. «Dunhuang se convirtió en una ciudad de mendigos —escribía Cable—. El tifus empezó a cobrarse su ración de víctimas; las entradas del templo estaban repletas de hombres y mujeres que expresaban su desengaño». Entretanto, Ma, herido «en ambas piernas», como el lector recordará, había sido sacado del desierto en litera y su nuevo cuartel general estaba ahora en Ansi, «Ciudad de la Paz». Poco después de su llegada a Dunhuang, Cable y las hermanas French, que tenían conocimientos médicos rudimentarios, recibieron aviso de ir a curar al general. Un pequeño grupo de conversos fue a despedirlas. «Soy débil, pero Tú eres poderoso», cantaban.

De nuevo rumbo al desierto. «Durante la campaña —escribe Cable en *A Desert Journal* (otro de los más de veinte libros que escribió en colaboración con Francesca French)—, en los campos de batalla del Gobi había tantos cadáveres sin enterrar que el calor volvía insoportable la pestilencia, y este

invierno los lobos campan a sus anchas». Llegaron a la Ciudad de la Paz tras un gélido periplo de cuatro días y encontraron al general de muy buen humor y desplegando lo que Cable denominó «una risueña y cruel sensualidad». Luego se permite un apunte burlón: mientras ella le curaba las heridas, la voz de Ma «se hizo más aguda a causa del miedo, temeroso quizá de que el desinfectante pudiera provocarle escozor en su muy sensible carne».

La ruta que nos llevó a Dunhuang atravesaba un terreno de una casi absoluta horizontalidad, rota únicamente por esporádicos islotes brumosos de piedra arenisca. Los demás pasajeros llevaban sobre las rodillas una mochila de excedente del ejército, o una bolsa de cremallera, o un hatillo de tela atado con cordel. El minibús daba tumbos y chirriaba de mala manera. El ruido era ensordecedor; no había conversación ni reposo posibles. El compañero del conductor hablaba de vez en cuando por su móvil, como si estuviera dándole a alguien novedades sobre nuestro avance. Él y el conductor tenían la misma funda de asiento: Hello Kitty.

La carretera principal al famoso Dunhuang se desmoronaba por los bordes, la calzada era un mosaico de baches rellenados una y otra vez, cada equis centenares de metros había nuevos baches, y eran tan hondos que los vehículos tenían que esquivarlos. Es lo que el desierto hacía con las infraestructuras, lo mismo que con la piedra: el calor durante el día, el frío de la noche, el viento y la nieve y la sal; incluso los materiales más resistentes eran despedazados con paciencia. Este era el terreno por el que iban y venían Cable y las French; este y aún peor. Aquí al menos había un poco de vegetación, un pequeño oasis, incluso sombra de vez en cuando; más al oeste, entre Ansi y la frontera de Xinjiang, estaba el temido «Gobi Negro», donde podías tirarte cinco días sin agua dulce, una región que hasta la propia Cable despreciaba, y eso que tenía un gran don para encontrar consuelo allí donde otros lo daban todo por perdido.

Las matas de saxaúl dieron paso a unas pocas hileras de álamos y luego a campos, primero de algodón y a continuación de los famosos melones de Xinjiang, alimentados por goteo con agua de acuífero y amorosamente envueltos —incluso durante su crecimiento— en cuadrados de espuma contra la escarcha. El desierto estaba cediendo ante el oasis, o así lo parecía. Pero era, por decirlo así, un espejismo, apenas un islote periférico de terreno regado. Tan repentinamente como había aparecido ese asentamiento, volvió el desierto y volvieron el saxaúl, la costra salitrosa y la gruesa arena rosada hasta donde alcanzaba la vista, y lo mismo a ambos lados del camino. La bulliciosa localidad de los tiempos de Mildred Cable, cuando por fin llegamos

una hora más tarde, era ahora una especie de tranquilo y rutilante Oz de *boutiques* de ropa de diseño y establecimientos hoteleros con precios prohibitivos. Las calles se regaban dos veces al día para eliminar el polvo. Sobre la almohada de la habitación del hotel en que me hospedé había un osito de peluche con unos ojos enormes de lacrimosa mirada.

Hoy en día es imposible ir así sin más a las cuevas de los Mil Budas. Se encuentran dentro de un enorme sector vallado y no se las puede visitar a menos que uno penetre en el monolítico centro para visitantes recién inaugurado, al cual solo se puede acceder durante el horario asignado por el billete. Hasta entonces no queda otra que esperar en un recinto que recuerda a una iglesia baptista para feligreses ricos, con su atrio abovedado en cuyo centro hay una vidriera de cristal policromado, y donde se pueden comprar pañuelos estampados con apsarás voladoras.

En autocares como neveras rodantes nos hicieron cubrir al fin los trece kilómetros desde el centro de visitantes por una carretera privada. El único ruido era el zumbido del aire acondicionado: parecía que estuviéramos deslizándonos sobre aceite. ¡Qué diferencia, viajar tranquilamente, sin pasar calor (todo lo contrario) y cómodamente, cuando solo unas décadas atrás este era un durísimo trayecto! Mildred Cable y las hermanas French —que ya pasaban de los cuarenta y cinco— habían tardado casi un día entero en llegar a las cuevas atravesando «quince millas de inexorable esterilidad», pero, como escribe Cable, «unas pocas horas de forzados silencio y soledad no estaban de más, puesto que pasar sin transición alguna de una vida ruidosa y agitada a este relicario habría sido un insulto».

Visto desde donde aparcan los autocares, el peñasco en que están excavadas las docenas de cuevas —lo llaman el «Precipicio de los Inmortales»— tiene algo de colonia de aviones zapadores, un muro de color ocre de quince metros de altura agujereado como un panal y coronado por un altísimo reborde de arena, como nieve en lo alto de una pared. Y además es un santuario, eso está claro. Al pie del entramado de cuevas, unos álamos se balancean con la brisa. El llano circundante está salpicado de puntas cónicas de piedra, las estupas o túmulos funerarios de los monjes.

Yuezen, un monje budista, llegó a este lugar en el año 366 de nuestra era. Espoleado por una «visión de un resplandor dorado en forma de mil budas», se puso a cavar en el blando conglomerado del risco hasta crear una cueva, y en ella se instaló para meditar. En el transcurso de nueve dinastías fueron

excavadas y consagradas muchas otras cuevas, centenares de ellas. En 1899, mil quinientos años después de la llegada de Yuezhen, pasó por Dunhuang un monje taoísta itinerante. Al ver que el peñasco de las cuevas estaba desocupado y en mal estado, eligió una y se puso a vivir allí. Había nacido en la provincia de Hubei, en el extremo oriental del país, y había sido soldado en Jiuquan. Según cuentan, vivía de vender conjuros taoístas a los chinos de la zona. Mildred Cable lo trató en varias ocasiones y quiso ver en él algo especial. «El hombre decidió dedicarse por entero al cuidado de este yermo pedregoso», escribió. Parece ser que recorría los asentamientos cercanos con el fin de recaudar fondos para la renovación de las cuevas. Con tan magros ingresos, encargó la restauración de algunos murales y estatuas e hizo retirar toneladas de arena de acarreo.



En las pocas fotografías que se tienen de él —en ocasiones le llaman Wang Yuanlu, en otras partes es Wang Tao-shih; los occidentales se inclinan por «el abad Wang», mientras que su nombre taoísta era Fa Zhen— se ve lo menudo que era, incluso sin referencias de escala. Su mirada y su porte transmiten humor y paciencia; no es el incauto por el que se le toma a menudo. Las mangas de la túnica le llegan hasta las rodillas; siempre tiene los ojos entrecerrados, como si acabara de salir a la luz. Poco se sabe de él —soldado, vendedor de conjuros, sacerdote, custodio—, y sin embargo pocas figuras hay tan importantes en la historia de las cuevas. Chinos y extranjeros por igual lo estudiaron con lupa (unos y otros según sus propias filiaciones): «un individuo muy raro, extremadamente tímido y nervioso, pero con dotes para la astucia»; «precavido y de mente recelosa»; «timorato», «diligente», «ladrón».

En 1900, mientras estaban retirando arena de la entrada a una de las cuevas (para los arqueólogos modernos, «Cueva 16»), Wang reparó en una grieta. Al acercarse para inspeccionarla, encontró la entrada tapiada con ladrillos a lo que parecía una antesala. Resultó que estaba repleta hasta el techo de documentos antiguos, miles de ellos. Si su hallazgo iba a transformar la comprensión de la historia de China, también cambiaría el rumbo de la hasta entonces tranquila vida del ermitaño Wang. Fue cortejado y tanteado por viajeros llegados de otros países, y acabó siendo vilipendiado por sus propios compatriotas. Si hay que hacer caso a las pocas noticias que se tienen de él, murió pobre y amargado tras una vida de dedicación a las cuevas.

Para entrar en las cuevas hay que pasar por un entramado de madera sujeto a la pared de roca. En el exterior no hay más que el vacío anónimo del desierto, sobre tu cabeza un mar de arena y grava, mientras que en el silencio y la penumbra del fresco interior se van revelando escenas íntimas una detrás de otra, un intimismo subrayado por la luz de la linterna; es todo un sistema solar resplandeciente de malaquita, azurita, oropimente, cinabrio, óxido de hierro, pan de oro, negro de hollín, caolín, ocre rojo, blanco de plomo. La opulencia de las cuevas propiamente dichas se mantiene casi intacta. Quedan centenares de grutas, y en cada una de ellas paredes y techo están adornados con vistosas pinturas: escenas de la vida del Buda; devas, apsarás, yakshas y otros seres divinos; retratos de los patrocinadores de las cuevas; nichos y

plataformas atiborrados de budas y bodhisattvas esculpidos en arcilla y estuco.

Tiré la obligada guía de las cuevas y me quedé un buen rato en la del Buda Yacente. Un colosal cuerpo recostado se materializó de entre la oscuridad. El Buda en reposo —catorce metros de pies a cabeza, dos toneladas de arcilla y estuco sobre un esqueleto de madera— estaba imbuido de tal esponjosidad que uno se lo imaginaba elevándose espontáneamente hacia el techo. Detrás del gran cuerpo estaban sus deudos, más pequeños que el Buda, puestos en línea de a dos como una multitud observando junto a una barrera. Setenta y dos figuras que me miraban a mí, cada cual con su particular expresión de desespero. Labios tensos y dientes apretados; frentes crispadas; temblorosos orificios nasales; manos entrelazadas, no tanto en un gesto de piedad cuanto de autoconsolación. Como si estuvieran al pie de una tumba, igual que mil doscientos años atrás, en tiempos de la dinastía Tang.

Aunque lo llamaran el Buda Yacente, su reposo era el reposo de la eternidad, liberado ahora de la rutina de la existencia, pues la estatua representaba el Mahaparinirvana, o Gran Nirvana. Buda en la muerte. Su rostro, a diferencia del cuerpo, parecía inerte, sin vida; sus cejas eran una M pintada de negro, sus labios tirantes, sus ojos meras rendijas dejando al descubierto una pequeña ranura de pupila negra: ojos de un gato dormido. El rojo, amarillo, verde y azul de los ropajes de sus deudos; los labios y mejillas sonrosados; la teatralidad de sus gestos; el altar, que era un *escenario*; tuve la impresión de haber entrado al final de una animada obra de teatro donde sonaran aún las últimas notas del estribillo. Las estampas que había en la pared, detrás de los deudos, los tonos de piel oxidados hasta adquirir un marrón de té o café, representaban la continuación del desfile en dos dimensiones: el féretro de Buda portado a hombros y escoltado por reyes, sacerdotes y bodhisattvas empuñando pendones. Todo muy sombrío y ceremonial, sin que ello borrara un cierto ambiente de jolgorio. Encima del féretro, un gallo para disipar los malos espíritus. El dios Indra ocupado en arrancar los dientes sagrados de la boca del Buda, como quien despega la marca de la parrilla de un coche.

Salí de la cueva al calor de horno y el hiriente resplandor. Una brisa fresca hacía susurrar las copas de los álamos. La ausencia total de adornos y de colorido fue como si de repente me pitaran los oídos. Aquellas cuevas representaban la antítesis de la monotonía del desierto; esa era su gloria humana. Pese a todo, pese a las semanas de arena, viento y sal que les esperaban a quienes venían aquí para orar, y pese a los camellos y los

compañeros de viaje que quienes lograban completar el viaje de regreso abandonaban a su suerte, en este sitio había vida y reposición.

El héroe epónimo de *Biggles in the Gobi* (1953) aterriza de emergencia en el desierto comunista en su intento de evacuar a un grupo de misioneros británicos. Mientras tanto, dos de sus lugartenientes, tras lanzarse en paracaídas desde el Halifax de Biggles a fin de improvisar una pista de aterrizaje, se han refugiado con los aterrados misioneros en las cuevas de los Mil Budas. Ayudados por una banda de nómadas kirguises, se enfrentan a un grupo de soldados chinos cuyo malvado jefe, Ma Chang —«un hombrecillo con cara de sapo»—, parece un trasunto de Ma el Grande. W. E. Johns, el autor de la novela, no visitó personalmente las cuevas, pero en un prólogo reconoce su deuda para con el explorador sir Marc Aurel Stein y su obra *Ruins of Desert Cathay* (1912). Stein es un personaje importante en la historia moderna de las cuevas. Nacido en Budapest en 1862, estudió en Inglaterra, país del que más adelante se nacionalizaría. Era tan nervioso e insaciable como los terriers que fueron sus más leales compañeros. En la noche gélida del desierto, el bigote se le ponía duro como la madera. Stein no tenía un ápice del sentimentalismo de los exploradores de Arabia, como tampoco el menor deseo de emular a los nativos: era un auténtico caballero europeo, pañuelito en el bolsillo de la pechera incluido. Desde muy temprana edad había tenido tres héroes, tres faros que le guiarían hasta su muerte: primero Alejandro Magno; después, aquellos cuyos pasos seguiría en China y en la India: Marco Polo y, sobre todo, Xuanzang.

Cuando llegó a Dunhuang en 1907, Stein tenía cuarenta y cinco años. Solo tenía prevista una breve visita a las cuevas de los Mil Budas; previamente había dirigido la excavación de un trecho hasta entonces desconocido de la Gran Muralla. Pero estando en Dunhuang le llegaron rumores de que entre las cuevas habían descubierto una enorme biblioteca de tiempos remotos. Stein explica que al llegar se encontró con «multitud de oscuras cavidades [...] dibujando en la roca como un panal de gradas irregulares». Aquella escena le trajo a la memoria «curiosas imágenes de viviendas de cavernícolas que recordaba haber visto hace muchísimos años en pinturas medievales italianas». (Quién sabe, pero puede que estuviera pensando en la representación de san Antonio abrazado a san Pablo, del Maestro dell' Osservanza.) No fue esa la última vez que las cuevas le hicieron pensar en los Padres del Desierto. De regreso por fin en Dunhuang, «el oasis

me pareció exquisitamente verde y refrescante, y lo saludé cual anacoreta recién liberado de otra Tebaida».

Explicaba que el santuario «estaba a cargo de un sacerdote taoísta»: Wang, quien a la sazón estaba en pleno «periplo mendicante» con sus acólitos. A su vuelta, el sacerdote se mostró cauteloso. En *Ruins of Desert Cathay*, Stein comenta sus «dotes para la astucia» y añade: «no sería una persona fácil de manejar». De entrada, la insinuación por parte del inglés de *comprar* uno de los ejemplares fue recibida por Wang con «tal turbación» que el asunto quedó temporalmente descartado. Lo que luego le hizo cambiar de opinión, según relata Stein, fue que este invocara a su «santo patrón», Xuanzang. «Muy pronto estuve seguro de que el Tao-shih [...] era un admirador tan fervoroso [de Xuanzang] a su manera como lo soy yo a la mía». Stein le explicó entonces a Wang que había seguido los pasos del peregrino «desde la India durante más de diez mil *li* a través de montañas y desiertos». Wang llevó al explorador hasta un templo moderno que había construido entre los álamos a la sombra del peñasco: las paredes del atrio estaban adornadas con escenas de reciente factura del viaje de Xuanzang, entre ellas una donde se veía al monje en la margen de un río, a punto de vadearlo llevando de las riendas a un caballo cargado de manuscritos. A Stein no se le escapó que era una alusión al cargamento de textos y reliquias sagradas que Xuanzang había rescatado de la India a lomos de veintidós caballos.

Aquella noche Chiang, el ayudante y traductor de Stein, se presentó en su tienda de campaña con un hato de pergaminos que Wang le había dado en secreto, «escondidos con cuidado debajo de su amplio hábito negro». Chiang volvió a la mañana siguiente tras haber pasado la noche traduciendo el material, del chino al inglés. Stein quedó maravillado: los pergaminos mostraban sutras y colofones que demostraban que habían sido traídos de la India y traducidos al chino nada menos que por Xuanzang, coincidencia de la cual Stein creía que Wang, «ignorante como era, no podía haber tenido la menor sospecha».

Las decenas de millares de manuscritos y pergaminos, escritos e impresos no solo en chino sino en tibetano, sánscrito, sogdiano y uigur, incluían lo que resultaría ser el primer documento impreso del mundo, el «Sutra del diamante» de 868 d. C., así como numerosas banderas budistas y pinturas en seda pertenecientes a la dinastía Tang cuidadosamente dobladas. «En ninguna parte —escribió Stein— pude hallar el menor efecto de humedad. De hecho, ¿qué mejor sitio donde conservar estas reliquias que una cámara excavada en

la roca viva de estas colinas terroríficamente áridas y herméticamente protegidas de la humedad, si es que la hubo, que jamás haya podido contener la atmósfera del desierto?».

Convencieron a Wang de que permitiera seleccionar algunos manuscritos a fin de llevarlos a un «templo de aprendizaje en Ta-Ying-Kuo» (Inglaterra), a cambio de una «sustanciosa donación» para el mantenimiento de las cuevas. Como observa Stein tras cerrar el trato con el monje, «cuando calculé el valor arqueológico de todo lo que podría llevarme a cambio de esa suma de dinero, no tuve la menor duda de que era una ganga».

Cuando yo fui, la cueva de la biblioteca estaba vacía. Anticuarios europeos y norteamericanos habían seguido el ejemplo de Stein, y ahora los tesoros de la cueva estaban esparcidos por medio mundo. Apenas un siglo atrás descansaban en la más absoluta oscuridad, desconocidos incluso para los monjes de Dunhuang. En su prólogo a *Biggles in the Gobi* Johns escribe: «Una revista norteamericana insinuó recientemente que sir Aurel Stein habría robado algunos de estos libros. Eso es falso. Que se llevó algunos consigo al volver a Inglaterra es cierto, y es que nadie era capaz de traducirlos *in situ* [...]. Pero pagó por ellos dinero suficiente para que el abad pudiera desarrollar la productividad del oasis». En una historia de la impresión publicada en Pekín en 1961 se afirma que el sutra del diamante «fue robado hace más de cincuenta años por el inglés Ssu-t'a-yin, motivo por el cual el pueblo rechina los dientes de puro odio».

Mildred Cable recordaba las palabras de una mujer que había conocido a Stein durante las excavaciones cerca de su aldea: «Buscaba algo con ahínco, no sé el qué, pero no lo encontró. Yo creo que serían huesos de dragón para molerlos y hacer medicinas con ellos. Era un hombre agradable pero peculiar. Nunca permitía que nadie le viera comer».

En cuanto dejé atrás las frescas calles bien barridas de la ciudad turística, Dunhuang empezó a parecerme el oasis que era en realidad: palmeras y álamos creciendo del polvo; un verdor que se notaba provisional. Doblabas una esquina y, a pocos kilómetros, pálidos como una luna diurna, allí estaban los médanos de Mingsha, una sierra inmensa que los lugareños conocen como «las montañas». Casi en las afueras empecé a subir por la empinada y resbaladiza ladera de una duna de treinta metros de alto, sabiendo que, al oeste, a cinco kilómetros, estaba el lago de la Luna Creciente, un manantial

natural rodeado de dunas, «pequeño y de un azul zafiro», según Cable, que lo identificó como lugar sagrado.

Las dunas se extendían unos veinticinco kilómetros al oeste hasta el Gobi Gashun («amargo»), más allá del cual estaba el desierto de Lop y la laguna seca de Lop Nor, donde estaba ubicada la zona de ensayos nucleares china. Caminé por la cresta de las dunas, un pie a cada lado. Lagartijas de color naranja del tamaño de un dedo se escabullían como peces en la estela de un barco. Yo era consciente de que mis pasos destruían la limpieza de la línea, de modo que la cresta recordaba al borde pellizcado de una tarta; eso sí, las huellas se borraban apenas un momento después. El viento era constante. A veces una pendiente me parecía tan sólida como el hormigón pero, luego, un cambio infinitesimal de gradiente hacía que me hundiera hasta el tobillo en cada paso. Descansé un rato a caballo de una duna, como si fuera un jinete. En una suave hondonada, un puñado de barcias giraba como una hélice; una docena de cabezuelas hacían cabriolas un par de metros sobre mi cabeza; de repente una sombra. Era una mariposa de un amarillo cadmio en contraste con el cielo casi blanco. Oí un rumor como de algo que se desgarraba; el ruido fue variando en volumen y frecuencia. Y allí, como a un kilómetro de donde yo estaba, afanándose en diagonal por el flanco de una duna... la figura de un hombre vestido de negro. Yo creía estar solo.

Conseguido por fin el permiso para regresar a Dunhuang tras su visita al Pequeño General, Cable y las hermanas French descubrieron que las tropas de Ma —a cuyos camaradas de Ansi habían estado atendiendo— las habían echado de sus aposentos, robado sus mejores mulos y saqueado el botiquín. Sin techo donde cobijarse en mitad del invierno del Gobi, el Terceto y su reducido séquito tomaron el camino que pasaba entre los «Médanos Cantarines» camino del lago de la Luna Creciente.

«A nuestro alrededor todo eran cerros arenosos, a cuál más alto —escribió Cable—, pero cuando, haciendo un último y desesperado esfuerzo, coronamos la última cresta y miramos hacia lo que se extendía a nuestros pies, vimos el lago allá abajo, y era de una belleza cautivadora». A la majestuosidad del panorama se sumaba el famoso *lui-in* que producían las dunas circundantes. En una ocasión el Terceto se despertó «al son de algo que parecía un redoble de tambor». El sacerdote interino tranquilizó a Cable, que temía por si eran bandoleros: «No se inquiete, señora. Se trata del redoble de nuestros médanos. Puede estar tranquila». Marco Polo dejó constancia de este

fenómeno cuando (nos dice) cruzó el desierto del Gobi siete siglos atrás, aunque él lo atribuyó a los «espíritus del desierto», los cuales, añade, «parece ser que a veces producen sonidos de toda clase de instrumentos, además de tambores y entrechocar de armas». Wilfred Thesiger habló de un «grave y vibrante zumbido, que iba cobrando volumen hasta que pensé que un aeroplano pasaba sobre nosotros en vuelo rasante», y Cable nos recuerda que «habíamos leído algo sobre “dunas cantarinas” en el desierto de Arabia donde el doctor Bertram Thomas oyó un ruido muy fuerte, que él describe como el de una sirena de barco». El sonido se prolongó durante un par de minutos, dejó escrito Thomas, «para cesar tan bruscamente como había empezado». Los científicos han tratado de elucidar la causa, pero en vano. La arena puede ser gorda o fina, prieta o suelta, de cuarzo o caliza, aunque solamente ocurre cuando se altera la superficie —alguien deslizándose cuesta abajo por ella, como hacen las hermanas French en el relato de Cable— y en los campos de dunas más secos. En cuanto al motivo, hay dos escuelas de pensamiento: la primera afirma que lo produce la vibración del aire entre los granos de arena; la segunda, que es por la fricción de unos granos con otros. Harry St. John Philby descubrió que podía «tocar» la duna valiéndose de una botella de cristal: «Entonces hundí la botella en la blanda y movediza arena musical y, al sacarla, percibí un sorprendente sonido de succión como el de un trombón de varas».

El ruido había ganado volumen y era más agudo; una sombra cruzó el mar de arena allá abajo; no era el *lui-in*, «el tronido», sino el ultraligero de un turista; y al murmullo que producía vino a sumarse el ronquido de los buggies. El hollín de sus tubos de escape había dejado franjas en la arena. Desde la siguiente cumbre contemplé un desfile de camellos montados, serían unos cincuenta e iban en fila india por el pie de las dunas. Era una escena muy antigua; bueno, sin contar el altavoz montado en un soporte junto al camino, su cable perdiéndose entre las dunas, por el que sonaba música pop china; y sin contar los botines de un naranja fluorescente a la altura de las pantorrillas que llevaban los jinetes. Si no querías arena en los zapatos, podías alquilar botines al pagar en la taquilla.

Quedaba una hora de sol y torcí hacia el sur para adentrarme en el desierto. Al cabo de un kilómetro o así el ruido había quedado atrás y, aparte del viento, no se oía otra cosa que el zumbido lejano de los ultraligeros. Y justo en la cresta de la duna que yo estaba remontando, vi de repente al tipo de negro; estaba sentado de espaldas a mí y miraba hacia el horizonte. Al acercarme un poco más, oí que estaba cantando por lo bajo. Vestía traje negro

y camisa negra, mocasines negros. Por lo visto no quería protectores horteras para sus zapatos. Tenía treinta y tantos años y trabajaba como ingeniero en el campo petrolífero de Tuha, en Xinjiang. (Yo, al día siguiente, pasaría por el de Turpan-Hami camino de Urumqi.) Le pregunté si alguna vez había oído el *lui-in*. «Hay que venir cuando esto está tranquilo —dijo—, cuando no hay nadie por aquí. ¡Pero siempre hay alguien!». Se echó a reír. Era sábado, y aprovechaba para dar un paseo en busca de quietud. Esto era el desierto municipal. No le entretuve mucho rato, pero de cuando en cuando, camino del lago, nos divisábamos a un kilómetro de distancia, separados por un valle entre dunas, y agitábamos el brazo.

Visto desde las dunas circundantes, treinta metros más abajo, el lago de la Luna Creciente era una mancha de aceite con forma de riñón, presidido por una pagoda y varios pabellones modernos. Anocheceía y el templo aún estaba lleno de visitantes. Ya no podías hospedarte allí —como había hecho Cable cien años atrás—, pero era tal la inmensidad del lugar que ni cien autocares llenos de turistas con botines chillones podrían haber mermado su tranquilidad. Entre la terraza y el agua había juncos y sauces del desierto, y, cuando me aposenté en los escalones que bajaban hasta la orilla, percibí una serie de sonidos que no había vuelto a oír desde que saliera de Inglaterra: parloteo de pinzones, arrullo de olas, chiquillería. Fue precisamente al borde del lago de la Luna Creciente donde Cable empezó a «ver que la aceptación de una norma severa de vida es parte integral de la libertad absoluta de aquellos a quienes Él hace libres». La vida, en otras palabras, que muchos años atrás le habían prometido a ella: privaciones, trabajo duro y soledad. Rememorando su llegada al desierto quince años antes, lejos de la «convencional y estereotipada» Inglaterra, Cable escribía: «La sensación de liberación fue embriagadora. Alcé los brazos como si fuera a levantar el vuelo, diciendo: “Dispongo de la libertad de los espacios y puedo ir adonde yo quiera”».

De vuelta en Inglaterra tras abandonar la península Arábiga, Bertram Thomas se dedicó a emborracharse en la casa que le vio nacer. Para Cable y las hermanas French, lo que finalmente las obligó a marchar fue un decreto de 1936 contra residentes extranjeros. El Terceto se fue a vivir a una aldea del Dorset rural. La casa se llamaba Willow Cottage: imposible encontrar algo que sonara más pastoril y más inglés. En el jardín florecían jazmines, madreselva y reseda. Cable falleció en 1952 a los setenta y cuatro años; las hermanas, con un mes de diferencia entre ambas, seis años después. Nunca habían acallado del todo la querencia por su país de origen. Pero a veces en

Willow Cottage, pensando en el «tronido» de las dunas, nos cuenta Cable —que la creamos o no es irrelevante—, «cogía un puñado de arena del lago e intentaba hacerla cantar».

A primeros de octubre me dirigí hacia el oeste y crucé la frontera de la provincia de Gansu para entrar en Xinjiang. Fue durante esos días cuando alguien subió a internet otro vídeo de rehenes. Para el lego, el escenario podría haber sido cualquier lugar seco y pedregoso: una tierra polvorienta de un gris *beige* claro, sin otra cosa destacable salvo unas cuantas piedras volcánicas del tamaño de un puño; de hecho la habían elegido justamente por esa razón, por su absoluta monotonía. No obstante, geógrafos militares estadounidenses habían logrado identificarla: estaba cerca de una población siria en poder de los milicianos. Se trataba de un telón de fondo, pero también algo más. El verdugo —la Muerte— era una criatura delgada, casi esbelta, de pie con las piernas bien separadas y ataviada de negro de los pies a la cabeza con ceñidas prendas militares. Solo se le veían las rendijas para los ojos. En parte, el horror que causaba se debía a sus ademanes afectados. Frente a él, de rodillas como frente a un altar, el hombre blanco en representación de todos los blancos, rapado, pálido por la falta de luz y el estrés, y ataviado como es ya norma en todo prisionero político de estos tiempos: mono holgado de color naranja fluorescente. A diferencia de las del cautivo, las manos de la Muerte estaban libres; con una de ellas empuñaba su cuchillo de un modo casi despreocupado, como un pintor sujetaría la brocha. Unos meses atrás había leído yo el relato de un soldado ruso sobre el tiempo que pasó en Afganistán durante los años ochenta, donde decía haber observado que el color de la sangre en la arena, una vez que se seca, no es de un marrón rojizo sino gris.

Fue en parte esta asociación —entre sangre y arena, que es como decir entre vida y muerte— la causa del nerviosismo que sentí mientras viajaba hacia Urumqi para tomar el vuelo a Jotán. No me tranquilizaba —más bien al contrario— el hecho de que el tren estuviera repleto de soldados muy jóvenes yendo de un lado a otro de los pasillos en plan desmadrado, haciendo cola para el samovar o para el servicio, fumando en los vestíbulos. Todos ellos llevaban el pelo al rape y vestían camisetas de camuflaje y pantalones verdes holgados, sujetos en los tobillos con sendas cintas.

Prendida de la camiseta llevaban una placa con las iniciales CAPF. Así pues, en realidad no eran soldados en sentido estricto, sino la nueva hornada

de la Policía Armada del Pueblo, cuya misión prioritaria era la «seguridad interna». Resultó que ellos también iban a Urumqi. Su excitación era contagiosa: la excitación de quien se dirige al frente.

La nueva línea férrea a Xinjiang, bautizada como Nueva Ruta de la Seda, todavía estaba en fase de pruebas. A veces se veían los rieles corriendo paralelos a la vieja línea. Había costado 23 000 millones de dólares y reduciría la duración del viaje entre Lanzhou y Urumqi de veinte horas a ocho. Se hablaba de ampliarla hasta Kashgar en el extremo occidental, para penetrar en Uzbekistán y continuar incluso hasta Turquía y Bulgaria. El vicepresidente del gobierno regional de Xinjiang había dicho: «Xinjiang será el mayor beneficiario de la Ruta de la Seda. Nos ayudará a abrirnos más, incrementará el comercio, el turismo y otros intercambios con los países vecinos». Un funcionario de la Comisión para el Desarrollo y la Reforma afirmó que un ramal hasta Jotán (mi destino) «ayudaría a los grupos étnicos a modernizarse [...]. No podemos dejarlos solos por el simple hecho de que estén atrasados en su manera de pensar».

Ocasionalmente, el traqueteo constante del tren se veía superado por la megafonía —un aviso de algo, versiones chinas de éxitos de Lloyd Webber— y por el follón que armaban los chicos del CAPF. A todo esto, el desierto discurría idéntico a ambos lados. Cada vez que uno de los chicos pasaba junto a mi compartimento, aminoraba el paso y bajaba un poco su rapada cabeza para mirar mejor; yo levantaba una mano y le decía hola. Luego, alguien —su amigo— le daba un empujón o una patada en el culo y seguían adelante. La cosa se repitió durante una hora o más, hasta que dos de ellos vinieron a charlar conmigo y se sentaron a los pies de mi litera, rodeándose con el brazo como buenos camaradas. Intercambiamos algunas palabras y se marcharon... para volver acompañados de otros dos compañeros, con los cuales mantuve la misma conversación, y estos a su vez fueron a por dos compañeros más, y así sucesivamente hasta sumar diez o doce, apretujados en las literas inferiores, o con las piernas colgando en las de arriba. Pese a que vestían de manera idéntica e iban todos rapados, esta uniformidad redundaba en el carácter individual de cada uno, enfatizando el rostro, la complexión, la postura. Llevaban camuflaje digital, el más efectivo de los camuflajes para el desierto. Lo que sí tenían en común era que, del primero al último de ellos, eran chinos de etnia han. ¿Tenían conocimiento de que los habían destinado a Urumqi justo cuando empezaba el juicio contra Ilham Tohti? Me guardé mucho de preguntarlo. Ilham era catedrático de economía, un entendido de la cultura uigur y defensor de los derechos de su etnia en Xinjiang. No se podía decir

que fuera un extremista, ni siquiera un portavoz de nada: su delito había consistido en cuestionar en público la respuesta oficial —represión violenta, encarcelamiento masivo, «medidas enérgicas»— a las recientes protestas callejeras protagonizadas por uigures.

La Región Autónoma Uigur de Xinjiang es el mayor departamento administrativo de China: 1,66 millones de kilómetros cuadrados, la suma de Alemania, Francia e Italia. En el sur se encuentran los montes Kunlun y la meseta tibetana; en el norte, los montes Altái y Mongolia. La provincia está transversalmente dividida por el Tian Shan (Montañas Celestiales), al norte del cual está la fértil cuenca de Junggar. El sur de la provincia, en el lado opuesto de las Montañas Celestiales, lo ocupa otra cuenca, el Tarim, dominada por el desierto de Taklamakán, adonde yo me dirigía: 327 000 kilómetros cuadrados de arena con una precipitación que apenas supera los diez milímetros de lluvia al año. Una causa de su aridez es la meseta tibetana, que actúa a modo de barrera contra los monzones de la India. Pero Xinjiang es también una región seca debido a su aislamiento: pocos lugares del planeta están tan alejados del mar. La masa de agua más cercana a la capital, Urumqi, el mar de China Oriental, está a unos 2500 kilómetros. La achacosa industria turística de la región trata por todos los medios de hacer virtud de superlativos como la más remota, la más árida, la más cálida...

Los chinos lo llamaron durante siglos *Huijiang*, es decir, «país musulmán». Solo en 1884, cuando la dinastía Qing reconquistó la región tras una revuelta local, fue incorporada por China como provincia; su nombre oficial pasó a ser Xinjiang. En la actualidad los velos y las barbas (al menos entre la juventud) están prohibidos, y durante el Ramadán los estudiantes y los funcionarios estatales no pueden ayunar. En las puertas de las mezquitas había avisos prohibiendo la entrada a hombres menores de dieciocho años. En enero, las autoridades habían trasladado a Ilham Tohti de su casa en Pekín a Urumqi: le estaba vedada la comida halal y llevaba grilletes todo el día. Come lo que tienes en el plato. Tohti no probó bocado en diez días. En julio se informó oficialmente de qué se le imputaba: «separatismo». Había creado una página web que servía —según la policía— para «divulgar rumores, tergiversar y dar bombo a problemas en un intento de generar conflictos, difundir ideas separatistas, incitar al odio étnico, abogar por la “independencia de Xinjiang” y dirigir actividades separatistas». Su postura, informaba la agencia estatal de noticias, era «absolutamente infame, de ahí que deba ser castigado severamente».

Los chicos fueron saliendo de dos en dos de mi compartimento para volver con regalos: un puñado de nueces, una bolsita de *chai* instantáneo, un cigarrillo sacado de un tupperware. Se remangaron para lucir bíceps e hicieron poses de tío cachas. Yo hice otro tanto. Dijeron que eran todos de Shanxi, quinientos kilómetros al este de Jiayuguan, y que algunos se conocían desde que iban al colegio. No, nunca habían estado en Urumqi; no habían salido de Shanxi hasta ahora. Lo que iban a hacer allí no lo tenían muy claro, aunque uno de ellos pensaba que recibirían adiestramiento. Imitó el acto de disparar una metralleta, ruido incluido; los otros le imitaron, y momentos después estaban todos «disparándose» unos a otros y acompañándolo con tableteo de armas automáticas, y yo dudé que hubieran oído nada semejante salvo en algún videojuego.

Un soldado, al aconsejar a Mildred Cable que no entrara en el Gobi Negro, le dijo que «todo el mundo teme ese lugar». Owen Lattimore, en su travesía de 1927, habla de un «desierto de grava negra [...] como pizarra hecha añicos y dispuesta en gruesas capas sobre arenosa arcilla de color ocre». El motivo de la negrura es el «barniz del desierto», una corteza finísima de arcilla y manganeso depositada por el viento, que, con el paso de los milenios, se acumula sobre la superficie de las piedras del desierto. Una piedra cogida de una llanura árida puede ser pálida por debajo y casi negra por encima. De vez en cuando, desde la ventanilla del vagón, observé que allí donde una riada había arrastrado la grava negra, quedaba al descubierto un sedimento más pálido, o en huellas paralelas resultado del paso de un vehículo tal vez años atrás.

El tren aminoró la marcha interminablemente hasta que por fin se detuvo. Me incorporé. Esparcidos por el desierto y dominando por entero el paisaje, docenas de torres de perforación de veinte metros de altura, el campo petrolífero de Tuha que mi amigo había mencionado en Dunhuang, y entre ellas, moviéndose arriba y abajo con una regularidad que parecía a un tiempo inexorable y primordial —primordial como el bombeo del corazón—, centenares de esos balancines que en algunas partes de Occidente se conocen como «burros asintiendo» y en China como *ketouji*: «máquinas de hacer reverencias». De las *Obras escogidas* de Mao Zedong: «Decimos que China es un país extenso en territorio, rico en recursos y grande en población; de hecho, es la población de la nacionalidad han la que es grande, es el territorio de las nacionalidades minoritarias el que es extenso, y son los recursos de las nacionalidades minoritarias los que son ricos». Negro en la superficie y negro por debajo.

Desde Urumqi tomé un vuelo hasta la ciudad de Jotán, en la linde meridional del Taklamakán. Por la ventanilla vi cómo los glaciares del Tian Shan descendían bruscamente hasta terreno desértico, de vertical a horizontal, de sólido a particulado, y a partir de ahí solo arena de un *beige* difuminado, tan uniforme como el azul oscuro del espacio sobre nuestras cabezas. Como una hora después surgió un hilo de verdor, un río, camino de una ciudad prensada por todas partes, o eso creí ver mientras volábamos en círculo sobre ella: prensada entre los dos ríos que discurrían de este a oeste y entre el desierto al norte y las montañas al sur.

La arena del Taklamakán procede principalmente de las montañas circundantes de la cuenca de Tarim. En Jotán, el aire estaba tan cargado de polvo como después de una demolición; le daba a todo un aspecto vago e insustancial. Tuve la extraña sensación de que la ciudad estaba desintegrándose. «¡A la gente le da lo mismo!», dijo Absalom, a quien conocí en el aeropuerto, mientras íbamos por ahí en su escúter o cruzábamos una calle a la carrera. El único modo de parar el tráfico, siendo peatón, era ponerse delante de él, me explicó. «A la gente le da lo mismo». En el aeropuerto se había ofrecido a hacerme de guía, y, como me caía bien y era barato, accedí. En realidad no se llamaba Absalom, pero es el nombre que me viene ahora a la cabeza cuando me acuerdo de él. Era joven y culto, aunque el inglés lo había aprendido por su cuenta. Su primera lengua había sido el uigur, la segunda el chino. Durante la semana que pasé con él, Absalom llevó siempre los mismos vaqueros y el mismo jersey azul marino, además de una bolsa de tela colgada del hombro. Sus cosas favoritas eran los helados y los juegos de ordenador, y en varias ocasiones fuimos a un salón cerca de la plaza principal de Jotán, donde nos sentamos a tomar unas copas de helado que sabían a emplasto entre lo más granado de la juventud local.

Fundada por inmigrantes procedentes de la India unos doscientos años antes de nuestra era, Jotán fue una importante ciudad-estado budista y siguió siendo un centro del budismo hasta 1006, cuando cayó en manos del kanato musulmán de Kashgar. La islamización de lo que ahora es Xinjiang fue un resultado de la conversión de Satuq Bughra Khan en 950. Según la leyenda, un conejo parlante con quien se había topado se convirtió en jeque y le conminó a repetir «No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta». Satuq no tardó en destronar (y decapitar) a su padre, el Bughra Khan. Oasis a oasis, el islam sustituyó al budismo, en buena parte por los misioneros sufíes. Llegado el siglo XVII, Xinjiang era ya mayormente musulmana. El *Huijiang*

Zhi, una historia china de la región escrita en 1772, aportaba esta información: «El musulmán es de natural suspicaz e inquieto, taimado y falso». No obstante, si bien «dado a la bebida y adicto al sexo», era capaz de soportar «hambre y frío y no inmutarse ante el menor insulto». Como la mayoría de los términos chinos para designar al «bárbaro», el carácter escrito de «musulmán», *Hui*, contenía hasta hace poco el radical canino, el signo de «perro». Jotán conserva su fama de terca. En la Plaza de la Unidad policías armados hacían guardia al pie de una sosa estatua de color masilla que representaba a un campesino uigur en plena reverencia y estrechando la mano de un hombre con el aire de estar pensando en otra cosa: Mao. El campesino era Kurban Talum, símbolo de unidad étnica bendecido por Pekín.

La ciudad está situada entre dos ríos, el Yurnkash (Jade Blanco) y el Karakash (Jade Negro), que convergen al norte de aquella para terminar en el Taklamakán como río Jotán; era el hilo verde marronáceo que había visto desde el avión al venir de Urumqi. Se sigue sacando jade de los ríos y de las montañas Kunlun. Absalom me dijo que, si veía un BMW, pertenecía a un funcionario; en cambio, si veía un Land Cruiser, pertenecía a un comerciante de jade. Y que, tanto en un caso como en el otro, mantuviera las distancias.

A la mañana siguiente, junto al mercado de jade, en la orilla del Yurnkash, estaban amarrando a un buey. Observaban la escena cuatro hombres del CAPF puestos en formación bajo una marquesina, uno en el centro apoyado en un lathi con remaches con la punta del bastón entre sus pies, y los otros en semicírculo a su alrededor empuñando sendos rifles automáticos. Parecían estatuas o fantasmas, invisibles entre la muchedumbre, y además infelices —me pareció—, como se dice que lo son los fantasmas. El buey corcoveó una vez para soltarse. Tras la cerca metálica del mercado centenares de hombres se agolpaban entre puesto y puesto como por efecto de corrientes subterráneas. Algunos de los puestos exponían piedras de jade grandes como una cabeza humana; otros ofrecían apenas un puñado de guijarros teñidos de negro, blanco o verde, capturas hechas en el amplio lecho del Jade Blanco que discurría paralelo al mercado. Los vendedores rociaban constantemente sus piedras con un atomizador de plástico para que resaltara el brillo del jade, y eso hacía que, incluso entre el calor de la multitud, el mercado fuera el sitio más fresco de la ciudad. Compré una piedrecita de jade verde, tamaño, forma y textura de un lóbulo de oreja. Sería mi talismán. Cuando lo examiné más

tarde, ya en el hotel, se había vuelto mate, como un trozo de vidrio pulido a la orilla del mar.

Me aparté de la multitud y estuve un rato fuera bajo el sol implacable; el buey seguía donde antes, las cuatro patas atadas con un solo nudo, mientras un hombre inclinado sobre el animal trataba de cortarle el gazon con un cuchillo aparentemente demasiado corto para tal fin. El buey, dando coces con sus cuatro patas convertidas en una, iba encharcando de sangre la calzada. Todo esto lo miraban embelesados tres críos pequeños. No tenía nada de horrible; bien mirado, ni siquiera podía hablarse de violencia; el buey parecía un actor más. El hombre continuó cortando. Di media vuelta y regresé a mi hotel, dejando atrás a los policías en su glorieta.

Desde el 11 de septiembre de 2001 Pekín considera Xinjiang otro frente más en la lucha global contra el fundamentalismo islámico. Su actuación allí, explica, responde simplemente a lo que haría cualquier gobierno responsable. Se les negaban los hechos incluso a quienes vivían en los pueblos y ciudades donde había habido disturbios, manifestaciones o masacres. ¿Dos muertos?, ¿cien?, ¿dos mil? ¿Quién los mató? ¿Civiles, policías, ejército?, ¿eran han o eran uigures? Había muy pocas noticias, y cuando se filtraba alguna información, ya fuera oficial o clandestinamente, no pasaban veinticuatro horas sin que las autoridades la revisaran, contradijeran o retiraran de la circulación.

En Urumqi, donde estaba dando comienzo el juicio contra Ilham Tohti, había habido un gran revuelo justo cuando yo salía de la estación para tomar el vuelo a Jotán. La gente miraba desconfiada, un montón de personas se estaba congregando allí. Vi que un uigur lanzaba un grito y, momentos después, le atizaba un directo a la mandíbula a un policía. Este simplemente volvió la cabeza con gesto ceñudo, como quien la aparta de una desagradable corriente de aire, y luego respondió con un golpe a la sien que dejó inconsciente a su agresor.

Sin embargo, la presencia de policía se sentía más como una medida de ocupación que de mantenimiento del orden. Sonaban sirenas a cada momento, pero no indicaban emergencia alguna: los furgones policiales, blancos o negros, avanzaban a paso de peatón por las calles polvorientas con las sirenas a todo meter, y ningún vehículo se les acercaba mucho ni los adelantaba.

A la mañana siguiente, la gente del bazar estaba abriendo sus puestos y colocando la mercancía. Herreros y torneros; vendedores de alfombras y de

uva. Incluso con el fresco de la hora, las piezas que colgaban de los puestos de carne estaban ya infestadas de moscas como lo están de abejas los panales. Enfrente de estos puestos, en el suelo, había una cabeza de caballo. La decapitación era reciente, pero no había ni una gota de sangre. Los ojos estaban cerrados. La lengua colgaba inerte, como si el caballo la hubiera sacado a propósito, como si cada mañana el carnicero ejecutara la misma rutina: poner allí aquel símbolo de su oficio como quien cuelga un rótulo, no sin antes introducir un dedo entre la dentadura del caballo para sacarle la lengua. Lengua que en ningún caso era rosada ni lustrosa, sino una cosa mate debido al polvo que flotaba en el aire. Esto me hizo ser consciente de mi propia lengua y del mal sabor de boca que venía notando incluso bajo techo, incluso de noche con las ventanas cerradas y el aire acondicionado en marcha.

Los oasis del Taklamakán meridional siempre han sido lugares polvorientos —así lo demuestran los pulmones de momias de dos mil años de antigüedad, saturados de polvo—, pero gente con la que hablé parecía coincidir en que la creciente frecuencia de las tormentas de polvo (más de doscientos días al año) se debía a la actividad humana. Los quinientos embalses de Xinjiang contienen unos 8500 millones de metros cúbicos de agua, más que el total del vertido anual de sus ríos. El 96 por ciento del agua se utiliza para la agricultura. Tras las reformas económicas emprendidas por China en 1978, se plantaron enormes campos de algodón por todo Xinjiang, ya que es un cultivo que ama el sol y el suelo arenoso. Dado que el algodón consume grandes cantidades de agua, el efecto en una región tan árida era inevitable: los ríos se secaron, los bosques de álamos murieron por falta de esa agua, y la arena se comió las granjas.

Se calcula que la desertización afecta a una sexta parte de la humanidad y al 70 por ciento de todas las zonas áridas. La imagen que suele darse es la del desierto «marchando» sobre la tierra fértil, avanzando como una necrosis. Pero eso es interpretar mal el proceso. Las causas principales son el regadío no regularizado, la deforestación y el sobrepastoreo. El desierto no siente hambre ni celos, pero, al forzar los recursos de un suelo empobrecido, no solo provocamos que la tierra se vuelva improductiva sino también antibiótica. «Desertización», de hecho, es un término erróneo, pues así como el desierto natural —*le désert absolu*, por decirlo así— es, pese a su superficial minimalismo, una compleja red de equilibrios que básicamente se autorregulan (pensemos en la arena al despuntar el día, con su entramado de huellas), las regiones desérticas tienen más que ver con el desierto en su sentido original del término latino: empobrecidas, sí, pero también

abandonadas. Un paisaje desértico no es un paisaje *desierto* sino, más bien, una zona de producción humana y, a menudo, el fruto de nuestra incapacidad para reconciliarnos con la aridez.

Lop Nor, antaño el segundo lago salado más grande de China, está casi seco debido a los trasvases y represas de su río de origen, el Tarim. El lago de la Luna Creciente, celebrado desde tiempos antiguos por su milagrosa permanencia, está menguando a causa del agotamiento de su acuífero para fines industriales y agrícolas. Despojada la tierra de vegetación, el polvo que a lo largo de millones de años se ha asentado en la linde del desierto queda a merced de los caprichos del viento. Y eso no ocurre solamente en Xinjiang. Según me explicó Absalom, no sin un mohín de satisfacción, la sede del gobierno, Pekín, era víctima también de esta maldición del inhóspito oeste.

La traducción de «Taklamakán» preferida por los exploradores occidentales —«El que entra ya no sale»— es motivo de risa para los lugareños. Se sabe que ese nombre se le puso a al menos una de las ciudades inundadas de arena de la zona, y es posible que simplemente se extendiera hasta nombrar al propio desierto. «El viejo hogar», dicen unos; otros, «sitio final»; y otros, «lugar de uvas». Existe la hipótesis de que Taklamakán es como se diría en uigur la expresión árabe «dejar en paz»; otra asocia la palabra con *toghrak*, que es como se dice en túrquico «álamo del desierto». Un moderno aventurero británico que atravesó el desierto de este a oeste tituló su narración *The Worst Desert on Earth*. «Era todo para mí solo —escribía en 1995—: yo era su conquistador y mis pisadas *hollarían los virginales volantes de arena*». (Las cursivas son mías).

Pero lo que sirvió para mitificar el Taklamakán en la mentalidad occidental como lugar más temible aún que los gélidos polos, fue un texto anterior. En la colección de la Royal Geographical Society hay una cinta de medir en cuya vitrina puede leerse:

DEJADA POR EL DR. SVEN HEDIN
AL NORTE DE LOP NOR, ASIA CENTRAL,
EN MARZO DE 1901
Y ENCONTRADA EL 23 DE DICIEMBRE DE 1906
POR EL DR M. A. AUREL STEIN

El explorador sueco Hedin acababa de cumplir treinta años cuando, en 1895, hizo su primera expedición al Taklamakán. Stein y él se vieron solo una

vez, en una cena en la sede de la RGS en 1909, y fue entonces cuando Stein entregó a un más que contento Hedin la cinta métrica que había recuperado. A Stein no le habían servido los mapas del sueco, del mismo modo que los de Stein tampoco les servirían a futuros viajeros, pero a cambio Stein le hizo a Hedin el favor de verificar la precisión (el no error) de las medidas que había tomado. La expedición de Hedin en 1895 tenía como objetivo cruzar el desierto de sur a norte. Esta primera aventura fue casi la última de Hedin; y los horrores que soportó moldearon tanto su reputación como la imagen que Occidente se haría del Taklamakán. De los cuatro lugareños que fueron al desierto con él, según su relato, solo volvieron dos. «Para mí —escribió al partir de Merket, en el límite occidental del desierto—, aquel mar de arena estaba investido de una fascinante belleza. Su silencio, su ininterrumpida quietud, ejercían en mí un verdadero embrujo». Embrujo que, para el explorador sueco, ni siquiera lo que ocurrió después lograría disminuir; incluso agonizante, Hedin canta alabanzas del desierto. «La duda, el miedo, eran desconocidos para mí», escribió. Harry St. John Philby se haría eco de ello treinta y cinco años más tarde, estando al borde de la muerte en el Cuarto Vacío: «No pensaba, ni podía, rendirme».

El relato de Hedin nos recuerda que la arena, para quien cruza el desierto, no es solamente arena, sino un elemento tan móvil e impetuoso como el agua. Hedin glosa los términos en uigur para las altas dunas que deben atravesar conforme van adentrándose en el desierto: *ighiz-kum*, «arena alta»; *chong-kum*, «arena grande»; y, cada vez más según avanzan hacia el norte, *yaman-kum*; «arena odiosa». A los quince días de trayecto con el objetivo de alcanzar el límite septentrional, Hedin se percató de que sus hombres solo llevaban agua para dos días más. Sin embargo, Yolchi, el guía, le aseguró que para entonces habrían llegado al río Jotán, de modo que siguieron adelante. O eso cuenta Hedin, al menos. Una pizca de «duda» o de «miedo» no le habría venido nada mal. «Qué sufrimientos, qué pérdidas, qué congojas nos habríamos ahorrado, a nosotros mismos y a otras personas, si hubiéramos retrocedido». Pero dar marcha atrás, incluso a las puertas de la muerte, habría sido anatema para él.

Hiden tenía la impresión de que el desierto los iba diezmando, y sin embargo «jamás reinó tanta paz sobre camposanto alguno». Mientras coronan dunas de sesenta metros de altura, uno de los hombres grita «Karga! Karga!» señalando al cielo azul: un cuervo solitario vuela en círculos sobre la caravana. Luego, el esqueleto de un topillo; un *toghrak* marchito. «Creíamos estar acercándonos a “tierra”», admite Hedin, pero desde la siguiente duna no

se alcanzaba a ver nada salvo interminables fases de *yaman-kum*. Llevaban tres días sin agua. «Los hombres, y también los camellos, están extremadamente débiles —escribe en su diario—. ¡Que Dios nos asista!». El 1 de mayo, loco de sed, Hiden se obligó a beber el líquido inflamable de su hornillo Primus; le quemó la garganta «cual aceite de vitriolo» y casi le mata. Él lo explica como un acto de alguien resuelto, heroicamente resuelto, a prevalecer; sin embargo, conforme iba yo leyendo, mayor era mi sensación de que Hiden no tenía en cuenta a los demás, de que aquello había sido tal vez un acto de autodestrucción.

En el coche, camino del desierto, me pareció que Absalom estaba angustiado. Pude oír al tío de los camellos ladrándole (como un camello él también) por el móvil: si no llegábamos a tiempo, estaba diciendo, que no le esperásemos. A las tres como muy tarde. Eso suponía viajar a pleno sol. Además, era viernes, por lo tanto estaríamos de viaje durante las horas reservadas para la oración. Absalom colgó y se restregó las manos; tal como suena, se las restregó como quien se lava las manos bajo el grifo. Después se quitó las gafas de gruesos lentes —sin ellas estaba perdido, casi ciego— y se frotó la cara con ambas manos. Cogió un pañito de la funda de las gafas que guardaba en la bolsa y limpió ambos lentes antes de ponerse las gafas otra vez.

Teníamos que encontrarnos con el de los camellos al borde del desierto, unos treinta kilómetros al norte de Jotán. Después de dos días de viaje por el desierto propiamente dicho, volveríamos al sur para visitar las ruinas de la estupa conocida como Rawak, una reliquia budista construida en el siglo IV, antes de la conquista de Jotán por los musulmanes. Aurel Stein había estado por primera vez en Rawak en abril de 1901, seis años antes de su segunda expedición y de sus famosos hallazgos en Dunhuang. Rawak, que significa «Mansión Alta» y de la que el guía de Stein solo había dicho que era una «casa vieja» semienterrada en la arena, resultó ser «el edificio más imponente que había visto entre las ruinas existentes en la región de Jotán».

Durante unas dos horas el conductor apenas pudo pasar de veinte; iba por las carreteras tranquilas, las carreteras estrechas flanqueadas de álamos, las que pasaban entre plantaciones de palmeras datileras. Había temas que no era posible hablar, incluso dentro del coche, a treinta kilómetros de la ciudad. Cada vez que pasábamos junto a unas casas Absalom apretaba un botón y la ventanilla de mi lado subía hasta arriba del todo. «Ya te contaré», se limitaba a decir, lo que supuse que implicaba «más tarde», pero no fue así. El

conductor —que era amigo de su padre— y él apenas si intercambiaron otra cosa que miradas. Hubo un momento en que el conductor aminoró aún más la marcha; el sonido de los neumáticos sobre la gravilla era más fuerte que el del motor, e incluso se oía el chirrido del volante en la columna de dirección... hasta que incluso esa absurda lentitud me pareció deliberada, hecha para llamar la atención. Yo era una princesa en su carroza; un déspota en su limusina; un magnate del azúcar. Recorrimos quince kilómetros en este plan, a paso de *footing*, las ventanillas cerradas. Absalom y el conductor miraban todo el rato al frente incluso cuando algún aldeano se asomaba para vernos pasar. «Tenemos que ir despacio —dijo por fin Absalom, volviéndose hacia mí—. Por tu seguridad».

Paramos en una especie de restaurante cochambroso y el dueño salió y nos miró con recelo. Absalom se apeó del vehículo y le estrechó la mano. El conductor no se alejó del coche. Yo tenía que quedarme donde estaba. Nada de bajar las ventanillas. Absalom le pasó unos billetes al hombre, y este fue a hablar con otro que estaba en el umbral de la chabola. El segundo hombre llamó a dos críos, una niña y un niño de seis o siete años. Una vez informados, echaron a correr hacia el laberinto de edificios, callejuelas y campos que había detrás de la chabola.

Dentro del coche el calor era infernal. Yo no sabía qué estaba pasando. Cuando me volví para mirar, vi a Absalom allí de pie, solo, pasándose lentamente una mano por los cabellos y dejándola allí, en la cabeza, mientras contemplaba el suelo: un gesto preocupante. La carretera no era pequeña, pero no pasó ningún otro coche. Los niños no habían vuelto. Encima del puesto, en una jaula, había dos canarios azules y un periquito. Reinaba un gran silencio. Era algo a la vez típico y extraño, al borde del desierto: ni los pájaros enjaulados cantaban.

Pasados unos minutos, los niños volvieron cogidos de la mano y el chaval le dio algo al hombre, quien a su vez se lo puso en la mano a Absalom. Aquello parecía un trapicheo de droga. Los niños iban sucios de cara y de ropa, y tanto ella como él llevaban la cabeza rapada.

Hasta que estuvo sentado en el coche, Absalom no se volvió hacia mí para abrir brevemente el puño y mostrarme los objetos que habían traído los niños: dos encendedores de plástico translúcido, uno rojo y el otro amarillo. Absalom probó el rojo: funcionaba. Sonrió. «Para serte franco, aquí es muy difícil comprar encendedores».

Había habido una escalada de violencia entre las autoridades chinas han y los uigures desde que las revueltas de Urumqi en 2009 dejaran un saldo de

doscientos muertos, en su mayoría civiles de etnia han, según el informe oficial. En mayo de 2014 treinta y una personas habían resultado muertas cuando un coche con explosivos irrumpió en un mercado han de la capital. Tres meses atrás el imán de la mezquita más grande de China —en la remota ciudad de Kashgar, quinientos kilómetros al noroeste de Jotán—, y hombre afín al gobierno, había sido asesinado a puñaladas. A raíz de ello se produjeron violentos disturbios en la vecina Yarkand: murieron noventa y seis personas, aunque, como de costumbre, no está claro quiénes ni de qué manera. Absalom me dijo que ahora incluso era difícil conseguir cuchillos, y la única manera de comprar legalmente cerillas y encendedores era con un documento que te autorizara a hacerlo, o bien a ciertos individuos especialmente acreditados; hombres de los cuales se podía dar fe. Así estaba la cosa desde la matanza de Yarkand. Estar en posesión de una tira de petardos como las que yo había visto en Jiayuguan habría sido motivo de arresto; todo vehículo que entrara en una estación de servicio debía hacer bajar a los pasajeros antes de acercarse a los surtidores. Así pues, para los uigures del campo, hacer fuego se había convertido en una aventura diaria. Pero en el desierto íbamos a necesitarlo. El conductor arrancó y seguimos nuestro camino.

La arena repiqueteaba en las ventanillas ahogando la música pop árabe que sonaba en la radio. La sustancia misma del terreno estaba en movimiento; no era una fuerza constructiva sino de destrucción. Un barniz de arena acribillaba la calzada de la rectilínea carretera. Por el parabrisas de atrás, el tramo que acabábamos de pasar era ya difícil de distinguir de las dunas a ambos lados. El desierto se cerraba poco a poco a nuestra espalda. En el supuesto de que la calzada quedara cubierta de arena, habría que confiar en algún poste indicador. Y, naturalmente, no abundaban.

Dejamos atrás una finca con murete perimetral y luego varias plantaciones de algodón y dátiles. Las zanjas de la carretera rebosaban agua de pozo estancada. Sin nadie que lo cuidara, todo aquel terreno volvería a ser un arenoso matorral de saxaúl o tamarisco. En cada esquina de cada campo, visible a través del polvo, había una torre de vigilancia hecha con andamios desde la cual un supervisor podía controlar a los braceros durante la cosecha. La granja militar ha sido una herramienta de gobierno en la frontera china desde la dinastía Han. Entre 1952 y 1954 unos 150 000 soldados del Kuomintang, desmovilizados tras la victoria del Partido Comunista en la guerra civil, fueron desplegados en Xinjiang para constituir el Cuerpo de Producción y Construcción o *Shengchan-sanshe bingtuan*, conocido

coloquialmente como el *bingtuan*, cuyas tareas eran el reasentamiento y la reforma agraria, es decir, sacarle provecho a este languideciente desierto. Durante la Revolución Cultural el *bingtuan* absorbió a centenares de miles de migrantes de etnia han. Hoy se cree que cuenta con entre dos y tres millones de miembros, una séptima parte de la población de Xinjiang. Bajo su égida volvió a cobrar vigencia el tratamiento de los Nuevos Dominios como zona de expulsión por parte de la dinastía Qing. Se crearon granjas-prisión por todo Xinjiang. Entre 1949 y 1961 la zona cultivada de la región pasó de 1200 millones de hectáreas a 3200 millones. El *bingtuan* posee un tercio de la tierra cultivable de Xinjiang y controla unidades paramilitares cuya eficacia en la represión de disturbios es proverbial. Absalom se arriesgó a contarme un solo detalle: el *bingtuan* «produce un tercio del concentrado de tomate mundial».

Mientras pasábamos junto a esos campos reparé en dos BMW negros; estaban a un centenar de metros, con el motor al ralentí y mirando en la misma dirección que nosotros, pero situados uno al lado del otro, bloqueando el paso como si el de la izquierda hubiera hecho parar al otro. Nuestro conductor redujo la marcha y volvió la cabeza hacia Absalom. El BMW de la izquierda no llevaba matrícula. El que estaba justo delante de nosotros aceleró, pero el otro permaneció en el carril del sentido contrario. Al acercarnos nosotros, empezó a moverse también, sin abandonar el carril izquierdo, hasta emparejarse con nuestro vehículo, avanzando a la misma velocidad, sus ruedas delanteras a la altura de nuestro guardabarros. Seguimos así unos metros hasta que el BMW tuvo que quedarse atrás al acercarse dos motocicletas de granjeros por el sentido de su marcha. Al final giró hacia el camino de una granja. ¿Y el otro coche?, pensé yo. Al cabo de un kilómetro o así, dije:

—Absalom...

Él asintió con la cabeza, sin mirarme.

—¿Todo okay? —dije, y él asintió otra vez.

Veinte minutos después paramos en una torre almenada de baja altura, donde debíamos reunirnos con el de los camellos. Era de construcción reciente, en piedra negra. ¿Quizá una torre de vigilancia del *bingtuan*?, ¿un invento para que los turistas (bueno, aparte de mí, no había ninguno) pudieran contemplar el desierto? Absalom no supo qué responder. El conductor dijo que le sonaba que la habían construido tres años atrás. El cemento que unía las piedras era blanco, como la lechada entre los azulejos del baño. El viento había dejado a

la vista los cimientos, de modo que la torre se erguía sobre un montículo de cemento basto que emergía de la arena. Había venido gente; así lo atestiguaban las muchas botellas de plástico. «¡Les importa un pepino, ya lo ves!». Absalom estaba sudando, no se había quitado aún el suéter a pesar del calor; se le veía tenso. Miró al conductor y luego me dijo, señalando hacia la torre: «Venga, vamos». El conductor le miró. Empecé a subir los escalones y ellos detrás.

Desde las almenas contemplamos la arenosa planicie cubierta de matojos. Ahí empezaba el desierto. Ni ganado ni edificios ni cercas, solo las dunas bajas y la carretera vacía, y en ese momento apenas un atisbo de viento. Bajamos de la torre y esperamos a su sombra. Una mosca se posó en mi reloj. Absalom sacó el móvil y toqueteó la maltrecha pantalla hasta localizar una foto de un cartel gubernamental con la cara de dos hombres. El primero lucía una espesa barba negra, de las que están prohibidas; el segundo una perilla, ésta autorizada. Reconocí al de la barba. «Oye, ¿ese no es...?», dije. Absalom contestó que sí, que era Keanu Reeves, el actor. El diseñador del póster había utilizado su cara por la ejemplar incorrección de su vello facial. «¡Abu Keanu!», dijo Absalom por lo bajo.

Volvió a tocar la pantalla. «Escucha», dijo.

No se oía nada. Apagó el aparato, volvió a encenderlo.

—Escucha.

Zumbido de moscas, nada más.

El conductor se había alejado hacia las dunas, y cuando fui a echar una meada me lo encontré en el suelo, sepultado todo él en arena salvo la cabeza. Tenía los ojos cerrados. Los abrió al oírme, y sonrió. Era terapéutico.

—Escucha —insistió Absalom cuando volví a la torre.

Esta vez sí se oía música, y a un volumen sorprendentemente fuerte. Era «El cabrero solitario».

—¡*Sonrisas y lágrimas!* —exclamó, y lo dejó sonar hasta el final, risueño y cabeceando.

Una hora más tarde, a eso de las cuatro, al oír un motor en la lejanía, subimos de nuevo a la torre: como a un kilómetro de distancia, una motocicleta se acercaba lentamente entre las dunas tirando de cuatro camellos bactrianos en fila india.

No eran los ágiles camellos «amarillos» árabes, y tampoco los mimados borricos de Jiayuguan; estos te miraban con gesto amenazador y chillaban

cada vez que alguien decidía montarlos. Su pelaje era como el de un oso tras una larga hibernación, pálido y aceitoso, en cada giba un penacho de pelo negro. Mostraban llagas en los sitios donde el arzón de la silla, la soga o la cadena habían arañado el pelo hincándose en la carne. Su desobediencia era castigada con un palmetazo en la cara, a lo que el camello respondía con otro grito lastimero. Pero solo se trataba así a los animales jóvenes, como se pegaría a un niño, mientras que los animales mayores recibían un trato de tierna veneración: les hablaban con dulzura, los urgían a sentarse mediante un suave golpe de vara en las ancas.

Después de dos horas de trayecto, el camellero se apeó de su montura y escarbó entre las ramas de un tamarisco. Estas dunas, pese a toda su movilidad, le resultaban tan familiares como lo habían sido para Hassan las de Ramlat Mitan en el Cuarto Vacío. A menudo se pueden ver tamariscos ya crecidos surgiendo de un cono de arena de poca altura —un *nebkha*— formado alrededor de la raíz primaria de la planta. Islotes en el mar de arena, en estos montículos habitan escorpiones, lagartos y arrendajos terrestres. Las ramas inferiores siempre están atiborradas de arena que el viento ha transportado, mientras que la ladera del montículo suele mostrar algunas ramitas secas. El camellero sacó algo del interior del montículo: era una parrilla y estaba casi negra; le dio unas palmadas para quitarle la arena que tenía pegada y la colgó del pomo metálico de su silla de montar. A saber cuánto tiempo hacía que la había guardado allí.

El señor Abdul Rasheed Mohammed, que así se llamaba el hombre, llevaba puestos unos pantalones de franela gris, sandalias negras de plástico y una camisa blanca con ojales para gemelos. Llevaba un sombrero blanco de ala ancha calado hasta las cejas, y nada más ponerse el sol lo cambiaba por una *dopa* blanca, especie de kipá que usan algunos varones uigur. Si le hacías una pregunta, respondía mirando al suelo, pero cuando tenía que decirle algo a un camello se acercaba a él, le ponía una mano en el hocico y lo miraba de hito en hito. Una vez había atravesado el Taklamakán de oeste a este, mil quinientos kilómetros. ¿Cómo era? El hombre señaló hacia las dunas: *Como eso*.

La arena era gris, fresca incluso en la superficie, nada que ver con el «país rojo» de Arabia. Formado principalmente por cuarzo y feldespatos, el Taklamakán contiene poca cantidad de hierro. Desde lejos, incluso al sol de la tarde, las dunas tenían la pálida tonalidad como de bayeta de un mar en otoño. El sol, un disco de un blanco casi líquido, se desvanecía sin florituras y, más

que hundirse bajo la línea de las dunas, parecía derretirse antes de llegar a ellas.

Cuando terminamos de cenar, me apañé una cama tal como Hassan me había enseñado a hacer en Omán, empezando por la cabeza y terminando por los pies, apartando la arena hacia el exterior desde una línea central. Recordé que, en el museo de Jotán, la joya de la exposición era una momia exhumada de un cementerio en el desierto; tal es la aridez que un cadáver apenas si llega a descomponerse, simplemente se encoge al quedarse sin una pizca de humedad. Es un proceso que puede comenzar antes de que se produzca la muerte. La momia tenía la mandíbula cerrada, pero de entre los labios asomaba una lengua gris como la de un gato. Las fosas nasales eran sendas cuchilladas en el rostro apergaminado. El pelo era ensortijado y negro. El muerto tendría unos dos mil años. Y lo más chocante y enternecedor era que cada noche tapaban su vitrina con una manta de terciopelo, que retiraban por la mañana para dejarla bien doblada a los pies de la vitrina.

El último y suave resplandor del sol se desintegró en el horizonte; luego, sin embargo, como una hora más tarde, el cielo por donde se había puesto se iluminó de repente una vez más, como si —cosa imposible— la luna estuviera saliendo por donde el sol se había puesto, o como si el sol hubiera decidido salir otra vez. Me incorporé acodado en el suelo y volví la vista atrás: Absalom también estaba despierto y estaba sentado en su jergón con las piernas cruzadas, la vista fija en la misma zona de luz. Me dijo que padecía amnesia. Luego se corrigió: ¡No, no, *insomnio*! No había ido al médico. Para qué.

—Es por vivir con tanta presión.

—Razón de más —dije.

—No, un médico no puede hacer nada.

Eso explicaba su semblante, la expresión de agobio de alguien a quien acaban de sacar de un sueño profundo y cuyos músculos faciales no se han activado aún. A veces, ese cansancio podía parecer desdén; y creo que a veces eso es lo que era; desdén hacia alguien que venía por voluntad propia al desierto y que gastaría dinero, tal vez lo que él ganaba en seis meses de trabajo (yo no ganaba mucho más), no solo para abandonar un país de verdor y libertades sino renunciando también a visitar esos sitios tan *apetecibles* —Nueva York, Berlín, París— que a él le estaban prohibidos, y en vez de eso plantarse en el polvoriento Xinjiang. Algunos amigos suyos habían

conseguido ir a estudiar a Shanghái; otros se habían casado. «Pero yo soy diferente.» No se trataba solo de pobreza; era hijo de padres divorciados, una mácula añadida. Su madre se había vuelto a casar. «Por dinero». Y en cuanto a su padre, «me ve de vez en cuando». Y añadió, como aclaración: «Abandonado».

Cuando pronunció esta palabra, lo hizo de tal manera que lo que yo recibí fue un mensaje de olvido y deserción que tenía que ver con algo más que con su padre. A menudo, y sin sombra de orgullo, Absalom repetía una vez más la frase con la que había aceptado definirse: «Soy diferente».

El pálido resplandor dorado en el horizonte duró cinco minutos más hasta fundir rápidamente a oscuridad. No fue hasta más tarde cuando me topé con el pasaje de *The Gobi Desert* donde Mildred Cable habla de una «danzante luz magnética que deja perplejo a quien desconoce la zona con su insinuación de hombres y campamentos en una región totalmente deshabitada. La luz parpadea en el horizonte, aparece y desaparece sin explicación alguna y de manera repentina». Me metí en el saco de dormir en su trinchera de arena y escuché a los camellos dar buena cuenta del tamarisco: su lento bailoteo. Si tu camello mira lentamente de izquierda a derecha, es un zorro. Si tu camello deja de mascar y escruta la oscuridad, es que algo va mal.

El señor Abdul Rasheed Mohammed había empezado a roncar nada más tumbarse a dormir. Absalom estaba mirando una película, sin volumen, en su iPad; seguramente americana y horrorosa: tenía el rostro iluminado. Las estrellas iban cruzando el cielo muy lentamente, hora tras hora, y yo no me dormía ni a tiros. La arena no conservaba el calor diurno. Serían poco más de las doce cuando un zumbido grave y mecánico interrumpió la quietud; luego le siguió otro, como si fueran dos insectos voladores; me incorporé sobresaltado. La luz, la luz dorada en el horizonte de levante, estaba allí de nuevo y cobraba fuerza a medida que aumentaba el volumen del ruido. No era la «danzante luz magnética» de Cable ni un espejismo. Absalom había guardado ya su iPad. «Motos», dijo; y cuando yo le pregunté de dónde venían y adónde iban, él contestó: «Pasajeros» —supuse que se refería a viajeros, o quizá contrabandistas (¿por qué si no viajar de noche?)— y luego añadió, con más misterio, que su destino era «Shangri-La». No lo dijo con ironía. Más tarde recordé que el Shangri-La de la novela de 1933 estaba situado en los montes Kunlun que se yerguen sobre la ciudad de Jotán. Durante toda la noche, más o menos cada hora, oí pasar a aquellos u otros «pasajeros» en sus motocicletas y vi el tembloroso centelleo que los faros delanteros proyectaban a ras de cielo, como la luz de un faro vista desde alta mar; pero aunque

pareciera que se acercaban mucho al campamento, ni una sola vez pude ver directamente el haz de sus faros, tan solo su incidencia en el cielo.

Antes de despuntar el día la luna en cuarto creciente se hizo visible sobre el horizonte. Conforme el cielo se iluminaba, el viento empezó a arreciar. Al cabo de una hora, hacía tanto frío que era imposible dormir, y eso que apenas eran las cinco. Me levanté, fui hasta unos tamariscos secos, arranqué ramas y raíces de la arena y encendí fuego; rugió al viento, pero el calor que daba era mínimo.

Cuando Sven Hedin recuperó la movilidad después de envenenarse, empezó a reptar por la arena siguiendo las huellas de la caravana, y así llegó adonde sus hombres habían acampado, demasiado débiles ellos también para seguir adelante. «A saber quién sería el pobre desgraciado que moriría el último, aquel cuyos pulmones se llenaran del pestilente hedor de los cadáveres de sus compañeros». Tuvieron que matar al gallo joven que llevaban consigo y beberse su sangre. El séquito de Hedin quiso saciar su sed con orina de camello suavizada con vinagre y azúcar, pero las náuseas no tardaron en aparecer. «Mohammed Shah estaba delirando, se reía solo, lloraba, farfullaba, jugaba con la arena». Sacrificaron una oveja que habían llevado consigo, pero Hedin, a diferencia de sus hombres, no se animó a beber la sangre del animal, él, que se había bebido el combustible del hornillo. «Macilento, la mirada desorbitada, el sello de la demencia impreso en su rostro, Yolchi estaba sentado junto a la tienda de campaña hincando el diente en los pulmones de la oveja. Tenía las manos ensangrentadas, lo mismo que la cara; daba miedo mirarle». Abandonando finalmente a Yolchi y Mohammed Shah a una muerte segura («¡Agua, señor! ¡Solo una gota de agua!», suplicó Yolchi), Hedin y los dos miembros restantes del equipo, Islam Bey y Kasim, hicieron una última y desesperada incursión hacia el este en busca de agua. A estas alturas Islam Bey vomitaba con tal violencia que Hedin llegó a pensar «que acabaría devolviendo los propios intestinos». No obstante, si hemos de dar crédito a sus propias palabras, Hedin empezó a recuperarse: «Una desbordante energía me mantenía a flote. Yo no pensaba morir en el desierto, de ninguna manera. Era demasiado joven». Finalmente Kasim y él dejaron atrás a Islam Bey y los camellos que quedaban y continuaron hacia el este con la idea de encontrar el río Jotán. Fue al día siguiente cuando divisaron entre la arena los primeros restos renegridos de tamarisco y juncia, y por fin, el día 5 de mayo, ¡huellas! Siguen la pista hasta coronar una duna; desesperado, Kasim cae de hinojos.

Por lo visto han estado caminando en círculos. «¡Esas huellas son las nuestras!». Seguir interminablemente tus propias pisadas: un clásico final en el desierto.



De *Through Asia*, Sven Hedin.

Saqué tres huevos de una bolsa de plástico —milagrosamente, estaban intactos después del viaje—, los puse sobre los rescoldos de la lumbre y amontoné las brasas a su alrededor. Absalom y el señor Abdul Rasheed Mohammed dormían todavía. Los camellos empezaron a moverse. Yo le había preguntado al camellero cómo se llamaban, pero el señor Abdul Rasheed Mohammed había meneado la cabeza: no tenían nombre, solo un número, y lo llevaban grabado a fuego en la grupa. El más viejo de ellos estaba dando cuenta de la mata de saxaúl a la que estaba atado. Empezaba a clarear de verdad, pero no era una luz que surgiera de levante sino que (tal era la calima) parecía permear todo el cielo al mismo tiempo, de manera que no

había un sector más iluminado que otro. A ras de horizonte empezó a formarse un núcleo, primero pálido y luego más intenso hasta convertirse en sol, el mismo sol lánguido y casi lunar que yo había visto ponerse la noche anterior. Un cuervo solitario nos sobrevoló una vez, a baja altura, bregando con el viento, y se perdió de vista tras una duna.

El viento creaba ruido al mover los tamariscos y las llamas de la lumbre. Saqué el pañuelo que guardaba en el bolsillo y me envolví la cabeza con él, dos vueltas, dejando a la vista únicamente los ojos, y luego me encasqueté el sombrero para que el pañuelo no se moviera de sitio. El viento arreció cuando los huevos empezaban a sisear, y Absalom se levantó de su cama improvisada y se situó a mi lado en cuclillas, sin decir palabra, la cabeza cubierta todavía por una de las mantas. Sonó un ruido, como un pistoletazo en el opaco silencio. Uno de los huevos había reventado. Absalom soltó una carcajada de sorpresa y la manta se le escurrió espalda abajo. El ruido había despertado por fin al señor Abdul Rasheed Mohammed; estaba incorporado en su nido de mantas y nos miraba como si hubiera sufrido una conmoción cerebral. Luego vertió agua sobre sus manos y murmuró los acostumbrados rezos. Absalom no hizo tal cosa.

Montamos en los camellos. Íbamos a tardar tres horas en llegar a Rawak. Al partir me fijé en los dos hoyos gemelos que había dejado el señor Abdul Rasheed Mohammed en la arena al arrodillarse para orar. Él iba en el camello de cabeza y montaba de lado, como si estuviera sentado en un banco, sus cortas piernas cruzadas a la altura de los tobillos, guiándonos en la dirección de la que soplaban el viento. Si abrías la boca, se te llenaba de polvo. Después de un par de kilómetros, el camellero se apeó de su montura, cogió la parrilla que colgaba de un gancho en su silla de montar y volvió a esconderla en el corazón de un tamarisco. No me quedó claro si era el mismo de donde la había sacado el día anterior.

Las dunas no tenían el aspecto imponente de las del Gobi o de la península Arábiga. Con todo, de vez en cuando tenías ante ti un panorama a lo lejos que daba una idea de la vastedad del Taklamakán. Avanzábamos por una cuenca flanqueada de dunas, y al coronar una de ellas veíamos las mismas dunas (o eso al menos me pareció), subiendo y bajando en el horizonte. Era como estar parapetado entre espejos; la misma escena se repetía hasta el infinito en cualquier dirección que uno mirase.

Era inconcebible que aquí pudiera haber algún ser vivo, y sin embargo en la siguiente cresta vi un álamo de tres metros de alto y aparentemente lozano. En los pequeños valles entre dunas había altiplanos de arcilla agrietada,

arcilla que en tiempos había formado parte del lecho de un lago o el cauce de un río y que Hedin identifica como «los últimos fragmentos supervivientes del lecho del gran Mediterráneo del Asia Central». Durante miles de años, y al ser más sólidos que la arena circundante, habían estado expuestos al viento. Ahora recordaban a plintos o podios, tan planos y cuadrados como un edificio en ruinas, cercados por sus propios cascotes y las juncias secas que crecían allí donde hubiese un mínimo de humedad.

Un velo de polvo hacía el sol más fresco y difuso. El viento soplaba con tal fuerza —mejor dicho, con tanta insistencia— que uno solo quería parar; parar y buscar refugio. Pero es típico del *buran* —el famoso viento del Taklamakán— que su dirección cambie constantemente. El aire estaba saturado de polvo, a uno se le tapaba la nariz, y los granos más pesados patinaban o se revolcaban por la ondulada superficie de las dunas, desencajando así a otros granos de arena. Cualquier refugio no podía ser sino provisional. Aurel Stein califica de «domesticados» a los desiertos del Sáhara y de Arabia y del África meridional: domesticados por sus oasis y bebederos, que, por muy escasos que fueran, permitían la existencia de tribus nómadas. Por el contrario, en el Taklamakán (como en el Gobi Negro), no había nómadas: «La ausencia de humedad hace imposible toda existencia humana, pero también casi toda posibilidad de fauna y flora».

En una leyenda musulmana del siglo XVI se habla de un predicador sufí, Khoja Jamal ad-Din, que llegó a una población llamada Lob Katak, hoy desconocida pero situada en algún punto del Taklamakán. Viendo que los habitantes le niegan el agua, el predicador los previene del inminente castigo de Alá. Dicho esto, parte en compañía de su único discípulo, que era también el muecín de la localidad. En un momento dado (no está claro el motivo), el muecín decide volver a Lob Katak, y justo cuando está haciendo la llamada a la oración desde un minarete, se levanta una *karaburan*, o «tormenta negra» de arena. Cuando vuelve la calma, todo es un silencioso océano de arena del que únicamente sobresale la parte superior del minarete, donde el pasmado muecín parece un náufrago agarrado a la cofa del barco hundido, su único superviviente.

Los asentamientos perdidos del Taklamakán no son solo materia de mito. Cuatro meses después de llegar a Rawak en el invierno de 1900, Aurel Stein excavó las ruinas de la ciudad budista de Dandan-uilik («Casas de Marfil»), que está sepultada en arena al nordeste de Jotán, a diez días de camino. «Preñada de muerte y soledad», como él lo expresó, la ciudad no había sido consumida por un alegórico cataclismo, como Lob Katak, sino que mil

quinientos años atrás había sucumbido al desierto debido a la rotura de un arroyo de los montes Kunlun.

A Sven Hedin no le duró mucho la desesperación. Al día siguiente, algo oscuro en el horizonte delató la presencia, por fin, de vegetación, plantas vivas. Kasim estaba demasiado débil para continuar, de modo que Hedin se arrastró como pudo hacia el bosquecillo de álamos que señala el valle del río Jotán. «No creo exagerar ni un ápice si digo que, en los diez primeros minutos, bebí entre cinco y seis pintas», escribe, y se nota la euforia que sintió cuando relata su resurrección:

Hasta el último capilar y hasta el último tejido de mi cuerpo absorbieron como esponjas aquel líquido vital [...]. Mi sangre, que últimamente corría tan lenta y perezosa [...] lo hacía ahora alegremente por mis vasos sanguíneos. Mis manos, que estaban resacas, agrietadas y duras como la madera, se hincharon de nuevo. Mi piel, que parecía de pergamino, se volvió húmeda y elástica.

Me viene a la memoria cuando W. J. McGee frota con agua la deshidratada piel de Pablo Valencia en el desierto de Sonora, quince años después: «primero, la piel caía como escamas, pero enseguida empezó a absorberla como una esponja seca». La pura sed de la materia orgánica. Hedin se quita las botas, las llena de agua y regresa adonde ha dejado al pobre Kasim: «¿Te apetece un poco de agua?».

Su relato de aquella expedición, mucho más que sus triunfos posteriores, estableció su fama de hombre duro e implacable, por no decir sádico, pues no dudó en sacrificar vidas —de camellos, reses, hombres— por mor de su ambición. De los tres hombres que abandonó, solo sobreviviría uno. Sin embargo, no fue hasta muchos años después cuando estas características suyas se asociaron a su postura política. Recordemos su admiración por Ma, el «apuesto» tirano. «Por temperamento, Hedin era un nazi —escribió en un obituario sir Clarmont Skrine, excónsul general británico en Kashgar—, para quien explorar era un *Kampf*, una lucha no solo contra las fuerzas de la naturaleza sino también por escrito, contra exploradores rivales. Así, no es de extrañar que abrazara primero la causa del káiser Guillermo II y luego la de Hitler». En efecto, existe una foto de Hedin, viejales ahíto de buen vino, estrechando la mano del *Führer*. ¿Qué había escrito T. E. Lawrence de los

beduinos? «Su nula experiencia los privó de toda piedad, corrompiendo su bondad humana hasta asemejarla a la imagen del desierto».

Cada vez que Aurel Stein explica su llegada a un nuevo destino, parece que siempre va acompañada de una tormenta de arena, y cuando por fin alcanzó Rawak el 10 de abril de 1901, «la temporada de *burans* estaba en su apogeo y había vendaval [...] a diario». Fruto de sus excavaciones fue un patio rectangular de cuarenta por treinta y tres metros, dentro del cual lo que quedaba de la torre cilíndrica de la estupa se erguía nueve metros sobre la superficie de arena. Hecha de adobe en el momento álgido del budismo en Xinjiang —siglo IV—, era una estructura de planta cruciforme, con escaleras hasta la base de la torre en cada uno de los puntos cardinales. Incluso en fotografías de hace diez años, se puede ver la pared limítrofe y los escalones en cada esquina. La torre, cuya cúpula se derrumbó hace mucho, había sido en tiempos un relicario. Al igual que la figura yacente de Dunhuang, sus estatuas y pinturas representaban el nirvana del Buda. En derredor del patio, por su parte exterior, Stein y sus trabajadores destaparon noventa y nueve estatuas de tamaño natural sepultadas en la arena. Hechas de estuco, habían representado al Buda y los bodhisattvas, y algunas conservaban todavía fragmentos de la pintura original de mil quinientos años de antigüedad. «Las de la parte interior de la pared podía ser que estuvieran en buen estado de conservación —escribe Stein en *Sand-Buried Ruins of KJotán-*, debido a la profundidad de la arena, que en ningún punto era menor de siete pies». Sin embargo, «cuando retiramos la arena protectora, pareció que las pesadas estatuas iban a desmoronarse». Una amenaza más real aún por culpa del *buran*, «que levantó la arena fina que había llenado los intersticios entre las estatuas y la pared de detrás, poniendo así las frágiles masas de estuco en peligro de deslizarse hacia abajo por su propio peso, lo que supondría su inmediata destrucción». Era este proceso, en opinión de Stein, lo que explicaba que tantas de aquellas colosales estatuas no tuvieran cabeza; eran las que habían asomado a la superficie de arena y, en consecuencia, habían quedado expuestas al deterioro. Si bien Stein y sus hombres lograron rescatar pequeñas reliquias para (cómo no) trasladarlas al Museo Británico, él reconocía que las estatuas propiamente dichas eran demasiado grandes y frágiles para sobrevivir a semejante viaje; así, tras haberlas descrito y fotografiado debidamente, decidió inhumarlas de nuevo. «Fue una tarea

llevada a cabo con pesar, y a mí me recordó extrañamente a un sepelio de verdad».

Cuando llegamos al lugar y desmontamos, la estupa que tanto había deleitado a Stein emergía de entre el polvo como un barril de pálidos ladrillos erosionados de cuatro metros de altura. Solo unos centímetros de la pared del patio estaban al descubierto. De los famosos frescos y relieves no se veía nada. Cuando Stein regresó seis años más tarde, se enteró de que un grupo de buscadores de jade había visitado el lugar un par de años antes en busca de «tesoros», y que había arrancado las imágenes de la pared. Estuve como media hora recorriendo el lugar mientras Absalom descansaba a la sombra de un cobertizo en medio de un mar de botellas de plástico. Aquí y allá, sobre la arena, había ladrillos caídos de la estupa; un escuálido tamarisco crecía en una esquina de la torre. Me quedé escuchando el ruidito que hacía la arena al chocar con mi pantalón empujada por el viento. A cierta distancia oímos el claxon de un vehículo; era nuestro conductor.

Una tormenta de arena había barrido Jotán cuando regresamos. El aire iba cargado de polvo. En los oasis no es habitual que haya tormentas de arena, dado que el viento no puede levantar la arena más arriba del nivel de la cabeza debido a su masa. Es polvo —más fino y ligero que la arena— lo que forma las nubes que flotan en lo alto. Cuando cruzamos una vez más el río Jade Negro y pasamos por el mercado ahora vacío, Jotán había adquirido la fría palidez del desierto. Pensé en el vello gris de un televisor desconectado. No se veía nada más allá de unos cientos de metros, y uno notaba en los labios el sabor a tiza del polvo y un escozor en los ojos como en el preámbulo de un orzuelo. Los azulejos de la escalera de entrada a mi hotel estaban cubiertos de huellas, como si los de criminalística hubieran aplicado polvo para levantarlas. Los escasos árboles tenían las hojas blancuzcas. El polvo del desierto carecía del frescor de la niebla pero cual niebla parecía posarse sobre la ciudad, con el mismo poder de atenuar y difuminar, de tal modo que las voces carecían de su resonancia y sonaban tan extrañas y perniciosas como en plena niebla. Todo se movía: las dunas avanzaban unos centímetros cada año en la dirección del viento, asfixiando carreteras y vías férreas, granjas y ciudades. La materia de la tierra misma giraba como un torbellino en el aire. La única solidez se encontraba en los oasis, pero incluso la permanencia de estos era algo ilusorio. Durante dos días el polvo impidió que despegaran aviones. Me encontraba atrapado en Jotán. «Para nosotros es algo normal», dijo Absalom mientras tomábamos helado en el salón con vistas a la plaza principal. Lo cual no quería decir que a él le gustara, ni mucho menos. El

polvo era algo de lo que se podía hablar. Su manera de infiltrarse en la vida de todos y dictar cada movimiento. La cosa, me dijo, había empeorado desde que él era un crío. La gente de la ciudad lo vivía como una plaga intencionada, un insulto colectivo, y no tanto un capricho de la naturaleza. Pensemos en los habitantes de Lob Katak, sepultados bajo cien metros de arena, con su ganado y sus hijos. *Eso* —un designio divino— se podía tolerar. La causa del polvo (dicha apenas en susurros) eran las «pruebas», o sea los ensayos nucleares que habían tenido lugar en Lop Nor, quinientos kilómetros al noreste. La base, que abarcaba unos cien mil kilómetros cuadrados, fue establecida con ayuda soviética en 1959. La primera bomba china, 596 su nombre en clave, había hecho explosión el año 1964. Se afirma que los niveles de cáncer en Xinjiang son un 35 por ciento más elevados que en el resto de China. Contaminación debida a los ensayos ha sido detectada a más de mil kilómetros al oeste, en el vecino Kazajistán.

Yo había dado por supuesto que el polvo era un fenómeno natural exacerbado por la desertización hasta que vi las imágenes oficiales de las pruebas subterráneas de los años ochenta: cómo la tierra se hinchó de repente, y a renglón seguido la transformación de materia estática en arremolinada materia aérea, mientras una densa manta de polvo se elevaba de la superficie del desierto hasta el lejano horizonte, como si alguien estuviera sacudiendo una alfombra vieja. Recordé aquella «nube negra» que había cegado a Yami Lester en Emu Field, Australia. Cuando le dije a Absalom que yo pensaba que los ensayos nucleares habían cesado en los noventa, la sequedad de su respuesta me dejó tieso por no ser nada típica en él: «¿Tú crees que a nosotros nos lo iban a decir?».

Desde la ventana de mi cuarto de hotel veía vehículos blindados blancos por doquier, el sonido de las sirenas era constante. En aquel momento yo no sabía nada de la matanza que supuestamente había tenido lugar en la otra punta del desierto, en la comarca de Luntai. En un principio la agencia estatal de noticias informaba de «al menos» dos muertos durante unos disturbios. Pero una semana después, estando yo en Shanghái, la agencia reconocía que habían muerto cincuenta personas (cuarenta de ellas «terroristas») en tiroteos y explosiones. ¿Qué aspecto tenían cuarenta terroristas? ¿Tenían pinta de agitadores, quizá? Desde el exilio, activistas en favor de los derechos de los uigures fijaron la cifra de víctimas mortales en varios cientos. Me pregunté si no habría sido este incidente, y no la tormenta de arena, el verdadero motivo de que mi vuelo se cancelara. Ilham Tohti, juzgado en Urumqi, iba a ser condenado a cadena perpetua por sus actividades «separatistas», y todas sus

propiedades incautadas. Según Radio Free Asia, se encuentra actualmente recluido en el «Penal Xinjiang N.º 1» (en Urumqi), a cinco mil kilómetros de su casa de Pekín, es decir, «la frontera más lejana» entre las zonas de destierro de la dinastía Qing.

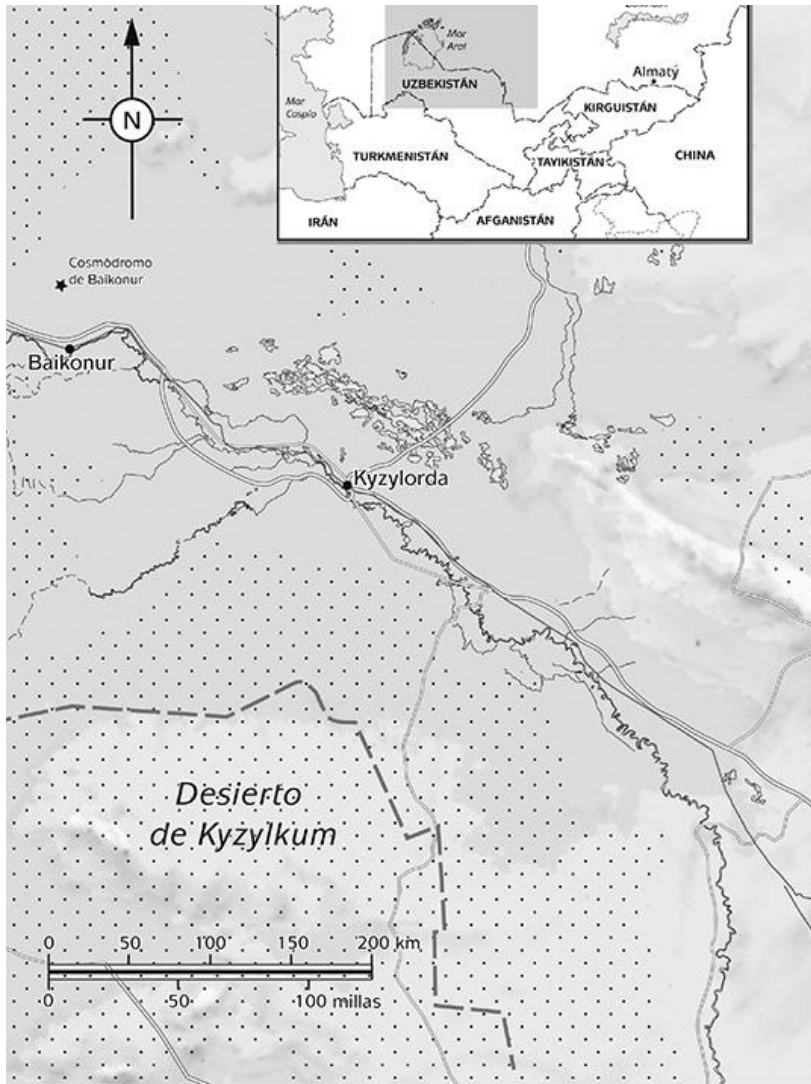
A media manzana de mi hotel, las plantas superiores de la jefatura de policía de la ciudad apenas eran visibles entre la cortina de polvo; no fue hasta la mañana siguiente, con el aire despejado otra vez y camino del aeropuerto, cuando pude ver la azotea erizada de antenas.

4

ESTURIÓN BASTARDO

El Aralkum (Kazajistán)





En la ciudad interior de Orsk, en el extremo sur de Rusia, el almirante Alexéi Ivánovich Butákov encargó la construcción de una goleta de quince metros. A finales de abril de 1848 la *Konstantin* fue transportada setecientos kilómetros al sur hasta el desierto de Asia Central.

A diferencia de cuando los hombres de Charles Sturt transportaron el ballenero hacia el centro geográfico de Australia cuatro años antes, Butákov sabía que su barco se iba a utilizar. El destino de la caravana, adonde la goleta fue trasladada en piezas a través de la estepa y el desierto, era el fortín ruso de Raim, a sesenta y cinco kilómetros del nacimiento del río Sir Daria, en la costa nororiental del mar de Aral, actualmente territorio kazajo. La caravana se componía de doscientos soldados de infantería, dos compañías de cosacos, seiscientos soldados de caballería, 2500 carromatos y 3500 camellos, un convoy que se perdía en el horizonte. Ya en Raim, se tardó un mes en desempaquetar los miles de componentes para reconstruir la goleta *Konstantin*.

Alexéi Ivánovich Butákov: «el Magallanes del mar de Aral», como le llamó Alexander von Humboldt. La obra de su vida fue navegar y cartografiar lo que era entonces la cuarta masa de agua interior más grande de la Tierra: 67 000 kilómetros cuadrados, solo por debajo de los lagos Superior y Victoria y del cercano mar Caspio. Los mapas de Butákov tuvieron vigencia hasta bien entrada la década de 1950. Poco hay que reseñar de su aspecto físico: el uniforme, el mostacho de rigor. Que era excepcionalmente robusto es algo que puede inferirse de sus hazañas. Siendo un joven oficial había pasado dos años a bordo de un transporte militar navegando por todo el mundo.

En una carta a sir Roderick Murchison, que la leyó ante la Royal Geographical Society en Londres el 13 de diciembre de 1852, Butákov describía su expedición y explicaba que en apoyo de la *Konstantin* había una goleta más pequeña, la *Nicolas*, transportada un año antes. Su tripulación, al

mando del lugarteniente de Butákov, Pospeloff, estaba encargada de medir y sondear la costa oriental, mientras que la *Konstantin* se ocuparía del litoral norte. El 20 de julio de 1848 soltaron amarras en el Sir Daria; seis días después alcanzaban las aguas abiertas del Aral inexplorado. La tripulación de la *Konstantin* estaba formada por veintisiete hombres, entre los cuales dos topógrafos, un cirujano y varios suboficiales, incluido el exiliado poeta, artista y enemigo del Estado Tarás Shevchenko.

El primer viaje duró dos meses. El día 23 de septiembre la *Konstantin* ancló frente a la pequeña isla de Kos Aral en la desembocadura del Sir Daria, a la espera del deshielo. Las tripulaciones pasaron seis fríos meses en cabañas de madera construidas en la isla. Fue el invierno de las revoluciones europeas, pero para el almirante «el único incidente a destacar durante mi estancia allí fue la cacería de un tigre en las cercanías». Hubieron de esperar hasta mayo para reanudar la expedición. «Nuestros afanes —escribe Butákov— se vieron recompensados con el más completo éxito, y ello a pesar del sinfín de riesgos y dificultades que cabía esperar de una exploración en aguas tan bravas y tan absolutamente desconocidas». En cuanto a las condiciones atmosféricas, «solo diré que los veranos son extremadamente cálidos y los inviernos muy fríos». La costa era «un desierto donde no crecía nada», lo que no impide a Butákov reseñar abundancia de fauna: «cantidades ingentes de pelícanos, cormoranes, gaviotas y charranes», y también «gran cantidad de jabalíes». Los peces más abundantes «son el esturión y el siluro». En alguna ocasión, y hallándose lejos de la orilla, la tripulación se vio obligada a beber del agua sobre la que flotaban. Era salada, explicó Butákov, pero menos que la de los océanos, sabor con el que sin duda estaba familiarizado: «Se parece un poco a la del golfo de Finlandia, como a cien *versts* de Cronstadt».

Llegué a la ciudad de Almatý en el este de Kazajistán cuando empezaban los campeonatos del mundo de halterofilia. La esperanza de Kazajistán estaba puesta en Zulfiya Chinshanlo, que había establecido el récord mundial de levantamiento en dos tiempos en los Juegos Olímpicos de 2012. La ciudad estaba llena de nerviosos gigantes luciendo chándal blanco, y en los baños públicos uno se sentía disminuido. Conocí allí a un hombre de cincuenta y tantos cuya tarea consistía en cuidar de las saunas y las salas de vapor. Se me ocurrió pensar que es uno de los pocos empleos que exigen estar desnudo desde el momento en que uno ficha. Bueno, desnudo a excepción de unas sandalias de goma y un gorro cónico. La sauna rusa, la más agresiva de todas,

disponía de una puerta de hierro de un cuarto de tonelada que se abría y se cerraba mediante un pestillo accionado por un mango de escoba. Cuando el hombre abría la puerta, una descomunal vaharada de calor te daba en la cara. Impertérrito, sus testículos balanceándose a lo gladiador, el tipo vertía cuatro cucharones de agua en la caldera y cerraba la portezuela del horno. El calor se volvía insoportable.

Me acordé de él más tarde, estando en la catedral de la Sagrada Ascensión. Había sido reconsagrada en los años noventa tras cuatro décadas como sede del museo nacional de la República Socialista Soviética de Kazajistán. Había sendos murales junto a la puerta que daba a la nave: en el lado izquierdo, los que entraban tan contentos en el cielo; en el derecho, el resto de nosotros, desnudos y chillando, estupefactos por vernos sometidos a las innovaciones de los cuidadores de los hornos infernales. Una joven novicia estaba allí de pie, de espaldas a mí, señalando con un dedo virginal uno de los iconos que adornan los muros del atrio. Ella misma parecía salida de un icono. Estuvimos allí parados unos diez segundos, yo con una mano todavía en la puerta y ella con el brazo extendido, aparentemente enfrascada en sus devociones. Pero entonces torció el dedo como si fuera un gancho y se lo acercó muy lentamente. «Pauk», dijo, con una sonrisa, al reparar en mi presencia. De la punta de su dedo, al final de un hilo, pendía una araña —*pauk*— que hasta ese momento había colgado de la puerta. Entré por fin y, entre babushkas tocadas con pañuelos, encendí una vela y la puse delante del Pantocrátor.

El tren que iba de Almatý hasta la ciudad portuaria de Aralsk, mil trescientos kilómetros al oeste, seguía el curso del Sir Daria y tardaba casi veinticuatro horas en llegar. Durante la mayor parte del tiempo compartí espacio con cuatro personas: tres hermanas adolescentes y su abuela, que iba embutida en varias capas de terciopelo de vivos colores y llevaba una pañoleta de encaje negro. Iban a un funeral en la ciudad de Kyzylorda; parecían esperarlo con ilusión. Cada equis minutos me daban caramelos, pastas o pepinillos; sentadas en hilera, me miraban comer, intercambiando de vez en cuando risueños comentarios, como encantadas ante la obediencia de un perrito. Me quedé dormido después de atiborrarme. Supongo que ronqué. Pocas veces me había topado con desconocidos tan atentos y serviciales. Me desperté cuando el tren estaba parando en Kyzylorda y dije adiós a mi aterciopelada familia y a sus bolsas repletas de chuches. Me dejaron siete pepinillos sobre la mesita

abatible del compartimento. El tren continuaba hacia el este atravesando Baikonur, cerca de la base espacial construida por los soviéticos, desde la cual se sigue enviando hombres al espacio.

A unos doscientos kilómetros de Aralsk pasamos de estepa a estepa desértica y luego a desierto semiárido. Ya no había bosquecillos de olmos como los que salpicaban la estepa al oeste del Turquestán; también los pueblos cercanos al ferrocarril estaban desprovistos de árboles, y las casas tenían los tejados blanqueados como protección contra el sol. Y mientras que hasta llegar a Kyzylorda podían verse vacas y ovejas, a medida que el tren se aproximaba al mar de Aral no había ya ninguna oveja y los camellos eran mucho más numerosos que las vacas. Estas, al paso del tren, no levantaron la cabeza, pero los camellos —bactrianos de pelo oscuro y doble joroba pero de patas más cortas que el dromedario— lo hicieron todos a una y empezaron a menear el rabo con entusiasmo. El tren se detuvo unos minutos junto a media docena de casas. No había un solo ser humano, pero en un patio trasero vi una cabra negra, blanca de polvo; y un poco más allá, en una calzada negra, un perro blanco.

En 1552 Iván el Terrible encargó a sus súbditos —si «encargar» es la palabra adecuada— «medir el territorio y dibujar un mapa del estado»: el resultado final, que no vio la luz hasta 1627, incluye una discreta masa de agua bajo el nombre de *Sinee More*: el Mar Azul. En mapa trazado a mano en 1772 durante la marcha sobre Persia de Pedro I, dicho mar aparece como un goterón circular, «el lago Oralsky que evacúa sus aguas, en tanto que la orilla está poblada de juncos. Su agua es dulce, pero en mitad del lago se vuelve salobre y amarga». Era salada porque la cuenca de Aral en la que se asentaba el lago es endorreica, un sistema hidrológico cerrado como la cuenca Tarim de Xinjiang o la Gran Cuenca de Norteamérica, sin salida fluvial a otras masas de agua. Dicho de otro modo, quien regula las aguas del Aral es la evaporación y solo ella. El primero de los dos ríos que lo alimentan nace a tres mil kilómetros en las montañas Tien Shan: conocido en tiempos de Alejandro Magno como Jaxartes, hoy se lo conoce como Sir Daria. El segundo río viene del sur, de la cordillera del Pamir, en Tayikistán, y es el afamado río Oxus de los griegos, llamado en la actualidad Amu Daria.

Si Yuri Gagarin, el primer hombre en surcar el espacio, tras despegar del cosmódromo de Baikonur en 1961 hubiera podido mirar hacia abajo, a la cada vez más pequeña República Socialista Soviética de Kazajistán, ¿qué habría

visto? Doscientos kilómetros al oeste de la rampa de lanzamiento, una masa de agua más o menos ovalada, de unos quinientos kilómetros de diámetro medidos de sur a norte, y rodeada de desierto en su mayor parte. *Aral* significa «isla», y desde arriba no hubiera podido ser más obvio: una isla de agua en mitad de un mar de desierto, claro que sí.

Desde la orilla septentrional del mar, el desierto de Aral Karakum se extiende hacia el norte para fundirse poco a poco con las frías estepas del sur de Siberia; entre el Amu Daria y el Sir Daria está el Kyzylkum («Arenas Rojas»); al sur del Aral y extendiéndose hacia Uzbekistán, están las dunas de otro desierto «negro», el Karakum. Por último, Gagarin habría podido observar (vamos a concederle un momento de relajó) la delgada línea de una vía férrea paralela al curso del Sir Daria a través del Kyzylkum para terminar en la esquina nororiental del gran lago. Un racimo de edificios. Un puerto, ir y venir de barcos...

Había nevado el día anterior —la estepa resplandecía de nieve al claro de luna—, pero cuando llegamos a Aralsk a las tres de la mañana solo quedaba un pequeño rastro en los canalones. El cambio, del calor explosivo del tren al casi bajo cero de la intemperie, fue tremendo. En la sala de espera, iluminado por una solitaria bombilla, había un mosaico conmemorativo de la donación de pescado que hizo Aralsk en 1921 a la Madre Rusia, a la sazón aquejada de hambruna. Con un fondo de mar azul y verde, monumentales pescadores trajinando redes y sellando barricas; ferroviarios y muchachos de ufana sonrisa; una solitaria mujer mirando, las manos en sus anchas caderas. Todo el dinamismo del trabajo alegremente prestado, y todos los actores con la mirada puesta en el funcionario local, que sostiene con brazos extendidos una hoja de papel grande como el *Times*: una carta de Lenin, cuya cabeza separada del cuerpo (como en una moneda) flota detrás de él. «La esperanza de los hambrientos de Kazán, Ufa, Samara y Astracán está puesta en la gran solidaridad del proletariado, gente como ellos, curtida en el trabajo —escribió el 7 de octubre de 1921—. Así pues, os pido que reservéis una parte de las capturas para que nuestros ancianos y ancianas no mueran de inanición.» El tono choca por su impertinencia, aparte de ser un tanto vago. La hambruna, que afectó principalmente a las regiones del Volga y los Urales, se debió en parte a la sequía, pero fue también producto de la política de *prodrazvyorstka* auspiciada por Lenin, el embargo de grano a campesinos rurales por un precio fijo y su distribución entre los pobres de las zonas urbanas. Como suele

ocurrir en las hambrunas, era un problema tanto de distribución como de suministro. Los pescadores tuvieron a bien aportar catorce vagones de pescado salado. (Veinte años más tarde enviarían miles de latas de carpa al frente alemán.)

Aralsk iba a ser mi base durante la semana siguiente. Al mirar desde la explanada de la estación, me sorprendió la sensación de oscuridad total más allá de la pequeña ciudad iluminada. Reflejados en un charco pude ver tres grandes carteles a los que prestaba luz una farola: anunciaban la inauguración por parte del presidente, diez años atrás, de una nueva planta depuradora. Hasta entonces la gente se había apañado con una bomba de agua en cada calle. Las mujeres de la piscifactoría agitando banderitas; el presidente con las manos juntas frente a una multitud portadora de pancartas; y, ocupando el lugar de honor, el presidente Nazarbayev, de ojos color turquesa, cogiendo agua de un hidrante que manaba a borbotones, y, retocado con Photoshop de tal manera que el presidente parece estar surgiendo de sus azules aguas, el renacido mar de Aral. Por lo visto, como preparativo para la visita de Nazarbayev, dos carpas vivas que el presidente debía etiquetar y dejar en libertad fueron transportadas, primero en helicóptero y luego en Mercedes, desde las aguas del mar Caspio.

El otro pasajero que se había apeado, una especie de fauno con andares de pato y envuelto en pieles, se metió en un Lada. El ruido del motor permaneció en el aire mientras el coche bajaba hacia la ciudad. Una batería de semáforos iba cambiando obedientemente de color. Frente a la explanada había una escultura de acero representando un velero asentado sobre un arco. Al cabo de diez minutos un Land Cruiser surgió de la noche y sus faros delanteros parpadearon. Serik, el conductor, vivía en el centro de Aralsk, cerca del mercado, con su madre, sus hermanos y las esposas respectivas, además de su mujer y dos hijos. Sobre la ropa de diario llevaba un mono de cazador con un camuflaje de juncos entrecruzados. Me enseñó una foto que tenía en su móvil, una de su amigo levantando por las astas la cabeza de un venado. Trabajaba para una ONG danesa que, entre otras cosas, promovía la pesca de la platija, un pez de agua salada que había sido introducido en el mar de Aral cuando las especies de agua dulce dejaron de reproducirse debido al aumento de la salinidad del agua. Los pescadores locales, desconocedores de las costumbres de este pez bentónico, necesitaron adiestramiento y unas redes adecuadas; además, hubo que convencer a la gente del pueblo de que aquellos bichos tan raros (una especie de pita blancuzca con ambos ojos en la parte superior) eran comestibles y, encima, sabrosos. Parece ser que nunca llegaron a

convencerlos del todo. La ONG danesa había pasado a mejor vida, pero a Serik lo había contratado la organización sucesora de aquella, ocupada ahora de gestionar subvenciones del Banco Mundial para la financiación de infraestructuras, equipamiento y asesoría legal en las aldeas de pescadores. Me gustó ese equilibrio entre cautela y amistad que mostraba Serik; era hospitalario conmigo pero a la vez sabía que no me debía más que aquello por lo que yo le pagaba: hacer de chófer y de intérprete y presentarme a gente. Aralsk no era una ciudad próspera, pero él irradiaba salud. Tenía una boca ancha y recta como la de una marioneta, la piel tersa y brillante, cabellos espesos. Si en algún momento parecía despistado, era porque tenía la cabeza en su casa, su familia, su hija de meses. En días sucesivos, cada vez que volvíamos a Aralsk, y a su calle, Serik se volvía invariablemente más locuaz y se le notaba más a gusto. Como si el único lugar donde realmente quisiera estar fuera su casa.

En Aralsk no había pájaros, ni siquiera gaviotas. Los días soleados veías salir niños y a chicas cogidas del brazo, pero la ciudad que yo recuerdo es masculina como un cuartel. Hasta los perros eran todos machos. El polvo que en verano cubría el suelo, ahora, a primeros de noviembre, era barro; y la cosa no cambiaría hasta el mes de mayo. Solo las plazas y las calles nuevas en torno a la estación estaban asfaltadas; cuando llovía, las calles no pavimentadas o las que solo lo estaban con grava (las calles donde vivía gente) se convertían en «revolcaderos» imposibles de vadear salvo para los camiones GAZ, formidables trastos de seis ruedas y cuarenta años de antigüedad, que seguían funcionando sin una sola avería desde que los rusos se marcharan. Para los que conducían camionetas normales, el truco era pasar por el terreno firme de cada lado de la calle, solo que los revolcaderos iban ensanchándose paulatinamente hasta cubrir esas franjas seguras y no dejar ni una pizca de terreno sólido entre los edificios, nada más que canales de fango, y entonces solo cabía buscar una ruta alternativa. Los bloques de viviendas, con sus vallas pintadas de azul, se convertían en islas. El desierto del Asia Central en noviembre, la tierra firme: limpiar tu vehículo a cada momento, recurrir a una grúa para moverlo, rascarte el barro de las botas, suspirar aliviado cuando volvías a un sitio seco, ya fuera tu coche o tu casa.

En días sucesivos, mientras avanzábamos a duras penas por la ciudad y por las enfangadas aldeas vecinas, Serik levantaba la mano cada pocos segundos, o bien paraba y bajaba su ventanilla para saludar a alguien, por lo

general un amigo de su difunto padre. Conmigo se mostraba alerta, al menos de entrada; poco amistoso. Podía tirarse una hora sentado sin decir palabra. Sin embargo, todos aquellos con quienes nos cruzábamos en la calle o en una tienda, o cuando íbamos a casa de alguien, todos le saludaban con alegría. Serik era de una vieja familia local; su padre, cuyo retrato presidía el recibidor de su casa, había sido persona muy querida y la familia aún sentía su pérdida. En parte, si Serik me caía bien era por el placer que su presencia causaba en los demás. Como todos los varones kazajos, fumaba en cada pausa, por breve que fuera, y cada vez que nos encontrábamos y era muy generoso con sus Kent. No fumar en un mundo de fumadores era señal de enfermedad, o bien un defecto, como la soltería o no tener hijos en un país de familias tan numerosas. Serik me dejó en una posada donde una mujer, sin cruzar palabra y en un comedor casi a oscuras, me sirvió jamón cocido de lata y un huevo frito y pan duro, acompañado de un té tan endulzado que, todavía hoy, lo asocio al esmero con que dejaba cada cubierto en la mesa y con la bondad de su sonrisa. Por el vidrio esmerilado de una puerta se veía el parpadeo de un televisor. Dormí hasta media mañana; a través del visillo entraba una luz acuosa.

«La clase capitalista siempre ha utilizado el hambre del trabajador para esclavizarlo. Ahora quieren valerse de la hambruna para destruir la libertad que hemos ganado al precio de nuestra sangre [...]. Estimados camaradas, pescadores y obreros del mar de Aral, ¡os exhorto a dar con mano generosa!».

Encontré una copia de la carta de Lenin de 1921 al día siguiente, en el museo. El edificio era de chapa ondulada y estaba en las afueras de Aralsk. En una mesa, junto a la puerta de entrada, había un mapa en relieve donde se veía cómo era el Aral en 1988, cuando se inauguró el museo. No estaba allí por aquello de hacer comparaciones (no había otro mapa al lado donde se viera cómo era ahora); sencillamente no lo habían cambiado en todos estos años. Eso sí, el azul estaba repintado. De hecho, la frontera entre Kazajistán y Uzbekistán, que cruza el mar en sentido horizontal, apenas si se veía de tan mal que lo habían hecho: únicamente era visible allí donde cruzaba las islas, una pálida línea. Así no había forma de saber que uno se encontraba en zona de desastre medioambiental. Era una muestra más de museo provincial kazajo, con aquella odiosa taxidermia que desprendía generoso polvo cuando la tocabas, con sus dientes de tiburón y sus amonites y sus mal iluminados

dioramas, su rincón para las yurtas reconstruidas y la sala dedicada a la independencia de la nación.

Este museo en concreto tenía el techo bajo, carecía de ventanas y era de una tenebrosidad subacuática; llegaban retazos de conversación procedentes de una sala lejana. En estas aparecieron una mujer joven y una niña rubia de siete u ocho años. En silencio, la joven fue de sala en sala encendiendo las luces. Cada vez que yo entraba en una de ellas, guiado por la luz, la niña —su hija— levantaba el brazo para apagar la luz de la sala que yo estaba dejando y luego apresuraba el paso para alcanzar a su madre. Más allá de un tejón que perdía guata y que difícilmente habría tenido nunca un corazón de verdad, y un carrito de pescado propiedad de un «héroe del trabajo socialista», estaba la sección dedicada a la historia reciente del mar de Aral. Aquí sí estaba el antes y el después, tal como lo habían pintado unos colegiales (quizá la niña de los interruptores), si bien la actual orilla del gran lago había retrocedido más todavía desde que se hicieran los dos cuadros. La marca limítrofe del mar era idéntica en ambos casos, pero uno estaba coloreado de azul hasta los bordes, mientras que el otro era amarillo y tenía apenas un disco de azul flotando en el centro; ese amarillo era desierto nuevo. Lo llamaban el Aralkum (en lengua turquica, *kum* significa «arenas»).

En el suelo, junto al rodapié, había como una docena de recipientes, entre damajuanas y cubas. La boca de los mismos estaba recubierta por una membrana de papel encerado, como el precinto de un tarro de mermelada. Focos a ras de suelo iluminaban las vasijas por detrás, de tal manera que el putrefacto formol desprendía un fulgor medicinal amarillo, dejando ver cada uno de sus horribles ocupantes: ejemplares de los peces que antaño habitaron el mar de Aral. Estaban el barbo, el esturión bastardo, el esturión morro de pala, el besugo, la carpa, el rutilo, el cabeza de serpiente, la lucioperca y un enorme y bigotudo bagre, desconyuntada la cola para que cupiese todo él dentro (como un cadáver metido a la fuerza en un ataúd demasiado pequeño). Los peces estaban puestos boca abajo, mirando al suelo con cierta expresión de alarma. En la etiqueta de uno de los tarros, el que contenía un esturión medio desescamado, ponía: «Se está intentando reintroducir esta especie». No era un mensaje muy esperanzador. Antes de los años sesenta, el mar de Aral suministraba cincuenta mil toneladas de pescado anuales. En 1975 la cifra se había reducido a tres mil. La pesca comercial cesó por completo en 1980; solo había revivido, tímidamente, en los diez últimos años. En la pared del pasillo se veían los espacios que habían ocupado cuadros pintados por artistas locales; los habían cedido temporalmente al museo de Kyzylorda. Solo

quedaba uno (ignorado o rechazado, no sé); era un gouache de vivos colores representando una animada escena portuaria: grúas descargando, traineras ancladas, un muelle de maderos y —bonito detalle—, remando en las calmadas aguas azul ultramar, una pareja joven en un bote, él con camisa blanca y el cuello abierto, y ella de cara al hombre sosteniendo un parasol azul cielo. Como en un estanque cualquiera de cualquier ciudad. Ha salido el sol, el tierno sol de mayo. Era de factura reciente: el puerto de Aralsk concebido como había sido en tiempos, y sin embargo no había rastro de crítica en la representación ni oscuridad amenazando en el horizonte: así eran las cosas antaño; ahora son de otra manera. Punto.

La niña apagó la última de las luces y me acompañó hasta la puerta. Se me quedó mirando con la cabeza ladeada, y al ver a Serik esperando fuera dijo, en inglés: «¡Buenas tardes!». Serik, a quien ella conocía, hizo otro tanto. La niña volvió adentro chillando de felicidad. Siempre que íbamos por ahí, Serik llevaba puesto su mono de cazador. Yo me lo imaginaba acechando la presa; su inmovilidad se me antojaba una cosa estudiada, no tanto un signo de autocontrol. También sus movimientos tenían algo del cazador. Cuando andaba solía mirar el suelo que pisaba, como haría un cazador para no poner el pie en una ramita que, al partirse, pudiera alertar al ciervo o al jabalí. Lógicamente, era de sentido común mirar por donde pisabas en un lugar donde aceras y calles estaban llenas de roderas y de baches.

En el puerto, que estaba a cinco minutos en coche del museo, dos traineras de la flota de Industrias Pesqueras Aral, la *Toktarev* y la *Alimbetov*, habían sido repintadas y estaban en sus respectivas cunas de madera, a un tiempo monumentos y, una de ellas, plataforma de observación. Serik esperó abajo mientras yo subía por una escalerilla de hierro y me paraba en el tejado de la cabina del timonel para echar un vistazo. Hasta que no se construyó el ferrocarril Orenbug-Tashkent y se inauguró la estación en 1905, Aralsk no era más que un pueblo de pescadores en torno a unos cuantos pozos. El ferrocarril trajo hombres al lugar; se crearon cooperativas de pesca y diversas factorías. Desde Ushsai y Muynak, en la costa sur del Aral, a quinientos kilómetros de allí, la Compañía Estatal de Transportes del Asia Central facturaba pescado, alimentos en lata, sandías y algodón, mientras que desde Aralsk llegaba madera, grano y fertilizantes. A fin de cuentas, un mar es más que una despensa o un pozo; también es una carretera.

Varios de los edificios de madera y hormigón que había en el muelle —la propia planta envasadora de la ciudad, la de refrigeración, almacenes— seguían en pie, y dos gigantescas grúas, las que aparecían en el cuadro,

languidecían con sus brazos extendidos sobre la cuenca. Pero las grúas estaban oxidadas e inmóviles. Al puerto de Aralsk se accedía antes desde el mar a través de un amplio canal. Allí donde antaño había profundidad suficiente para barcos de cinco metros de calado, había ahora apenas un hueco enorme —seco, por lo demás— con algunas matas escuchimizadas de saxaúl y un sinfín de desechos. Se estaba convirtiendo en un vertedero. A lo largo de la orilla opuesta había más almacenes abandonados; otros estaban en proceso de ser derribados. Hacia el sur, el canal vacío, que era ancho como un valle glaciar, se perdía en el horizonte. Si te quedabas un rato por allí, te sacaban una foto, pues esto (esta ausencia) era la principal atracción de la ciudad. Un vacío era tan horripilante como la cuenca de un ojo sin globo ocular. «Hay gente en Aralsk, incluso personas adultas, que no ha visto nunca el mar», me contó un día Serik.

Se podría decir que la cosa empezó ya en 1882, A. I. Voeikov, reputado geógrafo y climatólogo ruso, dejó dicho: «La existencia del mar de Aral dentro de sus actuales límites es la demostración de nuestro atraso y de nuestra incapacidad de aprovechar semejante caudal de agua y sedimentos fértiles como transportan los ríos Amu y Sir». El mar de Aral era «un error de la naturaleza». Pensé en el desaparecido Lop Nor y en los lagos de Xinjiang desecados para el cultivo del algodón. Así como el confucianismo chino había abogado por la *tianrenyii*, «la armonía entre los cielos y el género humano», el apotegma del maoísmo fue *ren ding sheng tian*, «el hombre debe conquistar la naturaleza». Era la adaptación china de un eslogan de Lenin: «De la naturaleza no puede esperarse caridad, ¡hay que arrancársela!». ¿Cómo describió Gagarin su viaje al espacio de regreso en Baikonur? «Un duelo sin precedentes con la naturaleza».

En 1918, un año después de la Revolución rusa, Lenin firmó un decreto «Sobre la asignación de 50 millones de rublos para obras de regadío en el Turquestán y sobre la organización de dichas obras». Al igual que en Xinjiang, el objetivo era alcanzar la autosuficiencia nacional en materia de algodón, pero si bien el calor favorece el crecimiento de esta planta, el algodón es tan sediento que para mantenerlo con vida se requieren 750 milímetros de agua al año; y esto en la cuenca del Aral, donde la precipitación nunca supera los 350 milímetros anuales, y eso en el mejor de los casos, incluso en el lodazal de Aralsk. Un decreto firmado por Lenin eran palabras mayores. Fueron los ríos que había identificado Voeikov, los que

desembocaban inútilmente en el mar de Aral, los que habrían de proporcionar el agua requerida. Siguieron más decretos. En 1927 la Unión Soviética importaba el 41 por ciento de su algodón; seis años más tarde era solo el tres por ciento. El presidente Nazarbayev sostenía en una entrevista reciente que «a nadie se le ocurrió calcular lo que le pasaría al mar de Aral». Pero los cálculos se hicieron, comparando los beneficios con las pérdidas —la pervivencia del cuarto lago más grande del mundo y las vidas de las sesenta mil personas que dependían de él vs la autosuficiencia nacional en algodón—, y los hicieron Voeikov, Lenin, Jrushchov y Brézhnev. Las así llamadas «tierras vírgenes» (estepas y desiertos por igual) deben satisfacer las necesidades nacionales, tal como en 1921 se invocó al mar de Aral y a sus trabajadores para socorrer a los hambrientos del Volga. En 1968 un displicente ingeniero sentenció: «Todo el mundo tiene claro que la evaporación del Aral es inevitable».

En Kazajistán y su vecino meridional, Uzbekistán, se abrieron 32 000 kilómetros de canales de regadío para campos de algodón y de trigo. El primer aviso de que el mar estaba perdiendo centímetros data de principios de los sesenta. El nivel siguió descendiendo durante toda la década a un promedio de veinte centímetros por año, que en los setenta se convirtieron en cincuenta centímetros; entre 1980 y 2000, eran ya ochenta centímetros al año. Como si una brecha de un embalse fuera ensanchándose. En 1982, después de tantos trasvases, el Amu Daria dejó de llegar al mar de Aral durante un tiempo, mientras que el caudal del Sir Daria se había reducido a un diez por ciento. El grueso de esas aguas trasvasadas se despilfarraba: cuando no se filtraba al desierto por canales chapuceros (zanjas abiertas en la arena), se evaporaba de los sembrados sin drenar. En 1989 el Aral quedó convertido en dos masas de agua, el Aral Grande al sur y el Aral Pequeño al norte, divididos por el ahora seco estrecho de Berg. En 2004 la antigua extensión de 67 000 kilómetros cuadrados se había reducido a 17 000, sumando los dos lagos. En la actualidad es aún menor, y de hecho al sur del Berg el agua ha desaparecido casi por completo.

Tampoco es que los peces estuvieran boqueando en la arena, como pececillos guppy en un acuario con grietas. El agua, reducida a un tercio de su extensión original, se fue volviendo más salada. Las zonas costeras de desove fueron las primeras en notar el efecto. Perecieron algas, fitoplancton, zooplancton. Peces como el barbo y el esturión, que solamente toleran niveles bajos de sal, migraron hacia el interior y sus enclaves de agua dulce, pero también estos acabaron contaminados. De las veinte especies comestibles que

había en 1960, treinta años después, en 1990, quedaban solo cuatro, todas de agua salada: charrasco, espadín, pejerrey y espinoso, más la platija que mencionaba más arriba.

Serik estaba fumando y mirando el móvil junto a la *Toktarev*. Él apenas si se percataba de lo absurdo del asunto: visitantes contemplando el vacío, la ausencia, intentando comprender su significado, reacios a admitir que simplemente significaba lo que ellos ya sabían que significaba antes incluso de bajar del tren. Un ojo sin globo ocular, solo la cuenca, pero con la particularidad de que era su propio dueño quien se lo había arrancado; no se trataba de un accidente.

Al día siguiente fuimos en coche hacia lo que había sido el mar, rumbo al sur por diez kilómetros de una pista de tierra que enlazaba con lo que Serik denominó «un puesto de recepción de pescado», el lugar donde desembarcaban las capturas del día y las pesaban antes de ser trasladadas a Aralsk para el proceso de limpieza, congelación y envasado. Una vez que hubimos franqueado la arcada de acero pintado de blanco que señalaba el límite de Aralsk, las calles pavimentadas pasaron a ser de escombros y fango. Serik paró a fumar un cigarrillo junto a un campo lleno de desperdicios: restos de comida, cascotes de alguna obra, muebles rotos, ropa, huesos, botellas de vodka (innumerables y ubicuas en el Asia Central). Era el vertedero de la ciudad, y naturalmente el punto en que empezaba el desierto; un desierto que era visto, él también, como poco más que un vertedero gigantesco. Y esta descripción podría hacerse extensiva no solo a la óblast de Kyzylorda, de la que Aralsk formaba parte, sino también —a los ojos del Kremlin— al propio Kazajistán. Estaban los deportados de la Segunda Guerra Mundial, es decir los «desleales» millones de griegos, alemanes del Volga, chechenos, ingus, calmucos, turcos, tártaros y coreanos diseminados por toda la república. Estaba Solzhenitsyn, desterrado a Ekibastuz en el nordeste; Trotski, a Almatý; y Dostoievski a Semipalatinsk (entonces Semey) en la Siberia kazaja, mil kilómetros al norte de Almatý. Y también al llamado Polígono, la estepa cercana a donde estuvo exiliado Dostoievski y en la que Moscú llevó a cabo seiscientas explosiones nucleares entre 1949 y 1990. (Comparadas con ellas, lo de Maralinga y Lop Nor fueron simples petardos.) Durante días, tras cada prueba terrestre, podían verse águilas de la estepa posadas en los postes de telégrafo, inmóviles y ciegas.

Apropiarse del agua del mar trajo consigo una caída en el volumen disponible para evaporación. Disminuyeron las lluvias, y las aguas del Aral fueron menguando aceleradamente. El efecto de freno que ejercía el mar sobre el clima local disminuyó también; los veranos empezaron a ser más largos y calurosos, los inviernos más fríos y cortos. La humedad iba en descenso, los días de sequía se multiplicaban. El pulverulento lecho del mar se convirtió en un depósito para tormentas de arena. Cada año millones de toneladas de materia son arrancadas de la superficie y convertidas en altísimos penachos que se desplazan por toda la cuenca del Aral llegando incluso hasta Lituania y Afganistán. A diferencia de los *burans* del Taklamakán, estas tormentas están contaminadas, pues no solo contienen sedimentos sino también sal residual del mar, que al posarse sobre la ya enfermiza tierra la ha hecho enfermar todavía más. A veces la propia agua crea desertización. El riego excesivo, sobre todo en zonas de alta evaporación, provoca que las sales disueltas se acumulen en el suelo impidiendo a la larga que crezca nada. Mal gestionados y peor drenados, los flamantes algodones de Kazajistán se convirtieron en ciénagas. El agua, estancada inútilmente en superficie, se evaporaba dejando apenas una escarcha de sal tanto en el algodón como en la tierra. Conforme el Aral se encogía, los cultivos para los cuales se habían desviado sus aguas fueron echándose a perder. De ahí que el nuevo desierto surgido en lo que fuera lecho del mar de Aral esté él también rodeado de terreno desértico. Y, mientras tanto, las toxinas de esa misma agronomía deficiente —montañas de fertilizantes, defoliantes, herbicidas y pesticidas requeridos básicamente para mantener el rendimiento de las cosechas— se han filtrado en los cauces y en la tierra y sus residuos han invadido el delta lacustre del Sir Daria y se han incorporado al polvo que el viento levanta del lecho seco del mar. La sangre de los niños kazajos contiene niveles de DDT veinte veces más altos que la de los niños europeos. Cáncer de esófago, deformidades congénitas, ictericia, anemia, sistema inmunitario deteriorado, gastritis, cardiopatías, hepatitis; todo ello ha florecido en la región desde la década de los sesenta. La esperanza media de vida en los algodones de Asia Central es veinte años menor que la del conjunto de la antigua Unión Soviética.

Tropas de balanceantes camellos bactrianos de color de bronce rondaban los arceles. Para Serik había poca diferencia entre estepa (*dala*) y desierto (*shōl*). Pocas veces se puede cruzar el límite del desierto como uno lo haría al pasar de tierra a mar, y no digamos de una jurisdicción política a otra. Supongamos que va uno en coche por una estepa de abundante y succulenta

hierba, tal vez entre tulipanes en flor; luego mira uno a su alrededor y aquello ha cambiado, es un sitio nuevo: más seco, vegetación más escasa, no hay pájaros. Así es como el desierto se le viene a uno encima.

Cuando pasábamos a toda velocidad, los camellos corcoveaban y galopaban brevemente como hojas secas levantadas por un viento racheado, y luego se paraban —quedándose quietos como solo un bactriano puede hacerlo, exhibiendo esa inmensa altivez con que sospecho verían aproximarse un tsunami— y nos escudriñaban detenidamente. Estos eran los «animales salvajes y sin domesticar» que describió William Palgrave. Los granjeros de la zona no los montaban, como tampoco montarían una vaca; servían para todo salvo para mascotas y corceles; transporte; carne y leche; cuero y pelo. Seguías con la mirada un ramal de postes telegráficos hasta un grupito de chozas que era una granja de camellos (un garabato en medio de la palidez del terreno, como si alguien hubiera usado una punta de carboncillo), y a lo largo de esa hilera de postes siempre había una treintena de camellos. Lo más aconsejable, dijo Serik, si uno se extraviaba por el calor o por una ventisca, era seguir los cables del telégrafo: al final siempre encontrabas alguna granja, una aldea, un camellero acampado.

Incluso lejos de lo que fuera antaño la orilla, allí donde había estado por encima del agua durante un millón de años, la tierra recordaba al lecho de un antiguo lago: no solo por la arena y la arenisca aluvial, sino por ser tan plana y por las lomas como islotes que surgían aquí y allá. En la cumbre de cada loma había un cementerio familiar con su característica forma de punta. El puesto de recepción de pescado estaba al final de un estrecho cordón litoral a modo de bifurcación donde el terreno descendía hacia el sur. Por primera vez pude hacerme una idea clara de la inmensa depresión desecada que se extendía ante mí: a unos treinta kilómetros, los acantilados de lo que antaño fueran las orillas del mar de Aral. Hoy, el puesto recordaba a una fortificación naval bombardeada y saqueada. Imposible reconstruirlo con la imaginación: no era más que un amasijo de bloques de hormigón erizados de zunchos. ¿Por qué lo habrían demolido? Serik me dijo que no lo sabía. Allí donde en tiempos el agua lamía un muelle de carga, ahora el hormigón se amontonaba hasta una altura de tres pisos sobre un lago salado no mucho mayor de media hectárea y no más hondo que un charco cualquiera. Solo treinta años atrás, una tarde que no hubiera helado, aquí descargaban los barcos sus capturas del día y reinaba un ambiente de bullicio propio del final de la jornada. Avancé por el terraplén hasta poner finalmente los pies en el lecho seco. A lo lejos

pude ver una rielante fila de depósitos de sal. Dejé a Serik y seguí andando hacia el sur.

El lecho del mar se extendía frente a mí, una llanura gris como un plato de gachas, o como cenizas mojadas, y al cabo de diez minutos todo el horizonte se había reducido a poco más que una simple línea más pálida o más oscura, un listón entre tierra y cielo. El primer kilómetro estaba sembrado de blancuzcas conchas festoneadas poco más grandes que la uña de un pulgar (podías cogerlas a manos llenas) y de montículos de vegetación, círculos casi perfectos de salicornia y otras plantas herbáceas. Paulatinamente, tanto los montículos como las conchas fueron menguando, como si alguien hubiera barrido la llanura desde el centro hacia los bordes, y al final no había otra cosa que frágiles ramitas de madera de acarreo que el viento había arrastrado por la superficie; o bien un herrumbroso tazón esmaltado asomando del suelo y colmado de fragmentos de concha; o un trocito de vidrio de una botella que alguien tiró al agua cincuenta años atrás, cuando aquello era un mar. Después, nada, absolutamente nada que estimulara la vista.

Las botas me pesaban como las de un buzo. A ratos tenía que parar y quitarme el fango de las suelas con un trozo de vidrio que llevaba en la mano mientras caminaba. Cuando el puesto de recepción de pescado hubo quedado atrás, ya no había nada que te indicara cuánto estabas avanzando. Si el desierto evoca ideas de mar, no es por casualidad; al fin y al cabo, es frecuente que uno esté andando por el lecho de un antiguo lago. Pero esto era diferente: en términos relativos a la antigüedad de un mar, se podía decir que el agua de este había desaparecido en un instante; y eso implicaba una aterradora violencia. Estar en un lugar donde hubo agua hace que tus sentidos se pongan en estado de alerta por si el agua volviera de pronto, como un mar Rojo cuyas aguas se negaran a dividirse, por mucho que ese regreso sea improbable. Al mirar atrás vi mis propias huellas, una procesión más oscura que se perdía a lo lejos; estaba el lecho del lago con sus hoyuelos dejados por la lluvia, y estaba el cielo con sus nubes pasando de largo.

Justo bajo el horizonte podía ver aquellas placas brillantes de sal a las que me había propuesto llegar antes de dar marcha atrás (caía la tarde). Me daba confianza tener un destino a la vista, pese a que aquellos bloques blancos no parecieran estar más cerca que cuando me había puesto en camino media hora antes. Mientras continuaba avanzando, con las consabidas paradas para desalojar el barro pegado a mis botas, la irregular línea blanca parecía retroceder. Un espacio desprovisto de hitos o señalizaciones puede ser tan desconcertante como un laberinto. Anduve media hora más, frenado por el

fango, y aun así los bajíos no parecían estar más cerca; cuando me volví otra vez, ya no se veían las ruinas del puesto, y tampoco a Serik ni el Land Cruiser, de modo que la hilera dejada por mis pisadas, como la cuerda de seguridad de un espeleólogo, era el único modo de saber por dónde había venido y cómo regresar. El cielo se oscurecía por momentos. Di media vuelta y seguí mis huellas; el que las viera, suponiendo que ocurriera tal cosa, pensaría que eran de alguien que había ido a buscar algo más allá del horizonte.

Cerca ya del puesto de recepción de pescado reparé una vez más en los pequeños montículos circulares que, con el paso de los años, habían ido ganando terreno, poco a poco, desde las orillas del lecho del antiguo mar; así fue como la vida reconquistó un lugar que carecía de ella. «Sucesión primaria», un principio de biología en una lámina de pizarra totalmente limpia: un campo de lava enfriado, o la pista dejada por un glaciar, o un lecho de mar desecado... Hay pocos sitios tan antibióticos que tarde o temprano no puedan colarse en él semillas y sustratos. Estos islotes de vegetación con forma de botón habían sido poblados por pioneros. Subí a uno para rascarme el barro de las botas. Un suelo nuevo estaba atrapado entre los tallos de las plantas, suelo arenoso empujado por el viento, loess, y a su vez el humus joven se asentaba al morir las primeras generaciones. Tal como lo habían hecho en el límite de la llanura, estos pequeños discos aislados (su diámetro no era mayor que el de un paso) se multiplicarían y fusionarían aún más, igual que las gotas de lluvia se multiplican y se fusionan sobre el polvo. Pequeñas bandadas de pájaros trataban estos discos como islas, pasando de uno al otro. Como a doscientos metros del puesto me llegó un ruido, un chasquido opaco; Serik, en medio de una nube de polvo, sostenía una de las alfombrillas del Land Cruiser, sacudiéndola para quitarle el barro seco. Al verme, levantó una mano como si saludara a un barco que volvía de faenar.

A la mañana siguiente nos fuimos a Zalanash, uno de los viejos pueblos de pescadores, sesenta kilómetros al sudeste de Aralsk. El pueblo estaba indicado desde mucho antes mediante dos cerros cónicos gemelos coronados de nieve, que los lugareños llamaban «las tetas». Una vez más aquellos erizados cementerios en lo alto de sus lomas, un conjunto que, según cómo, hacía pensar en un ejército acampado: el panorama que se dominaba desde allí; la dificultad del enemigo para acercarse. Uno se sentía vigilado. A lo largo de la pista de tierra, en cada curva, cada cruce, cada intersección, cada

cambio de rasante, habían levantado uno o varios monumentos a los muertos en carretera. Normalmente eran esbeltas torres piramidales de oxidada chapa de acero, no mucho más altas que yo. No resultaba inapropiado que parecieran cohetes rudimentarios, y ello no solo porque la base espacial estuviera cerca de allí. Apenas si había un metro de arcén libre de botellas de vodka vacías arrojadas desde vehículos. Entre el vidrio y aquellas torres metálicas había una clara conexión.

El paisaje era costero, lo mismo que el cielo; sin nubes, no azul sino de un blanco grisáceo como el barniz de plomo. En la base de cada uno de los infinitos postes de telégrafo había una pila de escombros; y en las márgenes del camino, allí donde habían cavado zanjas, más cascotes amontonados, montañas de un metro de altura, una detrás de otra, durante kilómetros. Toda esa repetición —los postes con su pila de escombros, y la ininterrumpida hilera de pilas— tenía algo de hipnótico, y a uno le invadía la sensación de que la carretera no acabaría nunca. El hechizo lo rompió un ave de gran envergadura posada sobre uno de los montones de la cuneta; un águila esteparia, según dijo Serik, del mismo color de bronce bruñido que los camellos. Estaba observando, pero no parecía observar nada en concreto, ni a nosotros ni tampoco un punto concreto de la estepa; más bien todo a la vez, como si su estado de alerta fuera algo universal.

Zalanash significa «desnudo», y desnudo estaba, como un humano criado por lobos. A lo lejos se veía un promontorio de terreno pedregoso, y Serik dijo que al otro lado estaba el mar sin agua.

Pasamos bajo el arco metálico habitual en todos los pueblos de la región y seguimos por la amplia vía principal de Zalanash, pavimentada con tierra apisonada y con complejos de viviendas a ambos lados. Vi que también había carteles saludando al presidente. Continuamos adelante; la calzada iba inclinándose hacia lo que en tiempos fueran amarraderos y gradas, y de repente el viento empujando un flanco del Land Cruiser, y allá, una vez más, el colosal cráter seco.

Me apeé del coche. Un par de kilómetros a mi derecha, una pared de roca de unos veinte metros de altura; otra con nieve en lo alto, diez kilómetros a mi izquierda; y, delante, nada salvo el lecho seco marcado por restingas y espolones. Pero en absoluto lunar o despojada, no era un paisaje de sal o de arena; había camellos pastando en la alfombra de halofitas que se había desarrollado desde el gran percance de tres décadas atrás. El sendero, hincado

en la superficie como si hubieran arrastrado un monolito por el desierto, me llevaba hacia una oscura constelación mecánica tan misteriosa en la lejanía como los navíos abandonados de una frustrada invasión.

Como de costumbre, Serik permaneció en el ahora recalentado Land Cruiser. Yo anduve hasta que dejé de oír la radio del coche. Aparte de los camellos desperdigados que se mecían sobre sus patas como férulas, estaban los chillidos de los camachuelos que pasaban a docenas entre trechos de vegetación más densa; eran los mismos pájaros que había visto cerca del puesto de recepción de pescado, no tanto seres que aleteaban y planeaban cuanto proyectiles disparados todos a la vez desde un punto hasta el siguiente. Lo que más abundaba eran los «jerbos del desierto» (debía de haber millares por cada hectárea), una especie de ratas de color leonado cuyas madrigueras horadaban y socavaban ciertos tramos hasta el punto de que no había planta que osara crecer allí, y si ponías el pie sin querer encima de una madriguera, los túneles se desmoronaban y uno acababa con el tobillo hundido en el sedimento. A veces, un jerbo divisaba al intruso desde diez o quince metros y, en lugar de meterse rápidamente en la madriguera, se quedaba allí parado, estudiando al enemigo (que no era ni águila ni zorro ni lobo... ¡pero sí un depredador!) y, ¡zas!, desaparecía en su subterráneo de espinas de pescado y conchas de molusco. Como ocurre muy a menudo en el desierto, tenías la sensación de estar siendo observado: los pájaros, los jerbos, los camellos; no pasabas desapercibido para ninguno de ellos.

Tal como yo lo recuerdo, el barco es una construcción horrible, y grande como un petrolero, pero luego miro las fotos que hice y no es más que una oxidada torre de mando más o menos del tamaño de mi piso londinense, sostenida sobre una serie de mamparos corroídos hasta la filigrana. El terreno en torno al casco, si se lo puede llamar casco, había sido erosionado y abonado por los camellos que se servían de su sombra, y, al parecer, tratado por los agricultores como un mausoleo, pues el terreno estaba salpicado de huesos y de bultos lanudos difícilmente identificables como ovejas o crías de camello salvo por unos trisqueles de patas con pezuña enganchadas a un amasijo de vísceras negras. Quizá era tan sencillo como que aquí, por ser un sitio protegido del viento, venían con su comida los zorros y los chacales. Veinte años atrás una flotilla formada por una docena de barcos había fondeado en la ribera baja, y estas ruinas eran lo único que quedaba de aquel cementerio (así fue como lo llamó Serik, «cementerio de barcos»). El resto había sido troceado a base de soplete y vendido a los chinos como chatarra. Era difícil visualizar cómo había sido el buque en su momento, todo entero,

con su puente de mando y todo lo demás. Era lógico imaginarse a un marinero de los años setenta agarrado al pasamano que aún coronaba la timonera, su cara enfrentada al espumoso viento. No era yo el primero que trataba de imaginarse a la tripulación del buque varado. Alguien había pasado aquí un día o dos, pero en Zalanash nadie conocía el nombre del barco y tampoco tenían idea de cuándo habían aparecido las pintadas; de lo que sí estaban seguros era de que no las habían hecho gente del pueblo (tenían otras, y mejores, ocupaciones). Es un hito del lugar y no hay guardias ni policía cerca, o sea que sacamos los aerosoles y los rotuladores y nos liamos a pintarrajear. En los mamparos habían pintado a rusos de tamaño natural con una emulsión blanca, todos de semblante alicaído como si los hubieran confinado a este buque para el resto de sus días: uno sentado sobre una caja de fruta, el mentón apoyado en un puño; otro arrellanado en una hamaca; otro más con una botella de vodka en la mano; y un cuarto mirando en otra dirección, el codo en una postura que sugería que estaba masturbándose.

Al volver hacia el coche me fijé en otro cementerio, este en la cima del peñasco, a dos o tres kilómetros de allí; era un grupo de tumbas redondeadas desde las que antaño debía de verse el ir y venir de barcos pesqueros y mercantes entre Zalanash y Aralsk. Una vez en el coche, Serik me dijo que aún vivían algunos que visitaban las tumbas desde niños y que habían podido ver, década tras década, cómo iba retirándose el agua hasta que los barcos, ya obsoletos, eran abandonados. La poca agua en que se asentaban fue menguando hasta desaparecer por completo, y allí se quedaron, posados en el sedimento seco y escorados como si hubiese subido la marea y no hubiera bajado después. La lenta transformación de aguas profundas a someras, luego a marjal y finalmente a limo encharcado. Diez años después, lo que quedaba era este hábitat de arena, polvo y artemisa. De todo se sacaba provecho en la naturaleza. A Serik le parecía un fracaso la venta de los mamparos a bajo precio. Había intentado convencer al alcalde de Aralsk de que preservara por decreto los que aún quedaban, como «monumento»; si no, ¿adónde llevarían a los turistas? ¿Qué les enseñarían a los colegiales de Aralsk en prueba de que allí había existido un mar de verdad, si expulsaban incluso a sus fantasmas? «El alcalde me escuchó con mucha atención», dijo. Ah, ¿y? «No le interesó la idea».

Con el almirante Butákov en su travesía del desierto de Karakum iba un antiguo miembro del Tercer Cuerpo del ejército ruso. A diferencia de los

otros soldados, este no llevaba fusil y mucho menos piezas del barco; por no llevar, tampoco llevaba uniforme. En su diario escribió: «De pequeño, que yo recuerde, nunca mostré interés por los soldados, a diferencia de la mayoría de los niños. Cuando empezaba a tener conciencia racional de cómo funcionaban las cosas, sentí una innata e irresistible aversión por los soldados en Cristo».

Yo había visto una foto suya en el museo de Aralsk; el suyo era un bigote poblado, a medio camino entre morsa y Fu-Manchú; según la etiqueta adjunta, era el poeta y artista ucraniano Tarás Shevchenko.

Las autoridades rusas tenían controlado a Shevchenko desde 1847 por ser miembro de la sociedad secreta de los santos Cirilo y Metodio, que promovía el así llamado «pequeño ruso» —la lengua ucraniana— y reclamaba la unificación de las naciones eslavas y el fin de la servidumbre. (El propio Shevchenko había nacido siervo.) Tras ser denunciada la sociedad secreta, Shevchenko fue arrestado y sus escritos revolucionarios salieron a la luz:

¡Oh, zar bellaco y avaricioso!

¡Oh, zar maldito!

[...]

¡Oh, monstruo inmundo!

Nicolás I se rio de la descripción que se hacía de él en el poema «Sueño» de Shevchenko. Lo que no le hizo ninguna gracia fueron los versos sobre la zarina Alejandra y su famoso tic:

A cada paso que da, su cabeza

se menea sobre el cuello.

¿Es esta la rara belleza que tanto elogian?

Pobrecilla, ¡si da pena verte!

«Imagino que no le faltan motivos para tenerme ojeriza —protestaba el zar—, pero ¿ella qué ha hecho para merecer esto?». En un informe recomendando el destierro urgente de Shevchenko, el conde Orlov, edecán del zar, escribía: «En razón de su insolencia y su espíritu rebelde, ambos ilimitados, creo necesario considerarlo uno de los criminales de mayor trascendencia». (Sería Orlov, jefe de la policía secreta, quien seis años más tarde mediaría para que Fiódor Dostoievski fuese desterrado a Semipalatinsk.) En su visto bueno a la sentencia —difícilmente podía olvidar a su irritable y

humillada esposa— Nicolás añadió al informe de su puño y letra: «Bajo la más estricta vigilancia, se le prohibirá escribir y pintar». Al fracaso de sus supervisores a la hora de hacer valer dicha prohibición debemos algunas de las mejores descripciones que se hayan hecho de la región del Aral tal como fue en la era presoviética.

En su primera salida de Orsk, en mayo de 1848, antes de conocer el desierto propiamente dicho, Shevchenko (que estaba acostumbrado a las fértiles llanuras del Dniéper) se mareó debido al calor. El segundo día, cruzando un terreno tan llano y acromático «como si lo hubieran cubierto con un mantel blanco», se entregó «por entero a una callada melancolía y a la observación de la naturaleza». Fue al atardecer cuando divisó unas nubes en el horizonte. Pero no eran nubes, era humo. Una «indescriptible y majestuosa imagen de fuego», según el poeta, el incendio avivado por unos pastores a fin de acelerar el crecimiento de forraje nuevo para sus ovejas. Delante de la hilera que formaban las llamas apareció de pronto una larga fila de camellos, escribía Shevchenko, una visión que «se esfumó como sombras chinescas en una bruma rojiza». La escena le haría pensar en la destrucción de Sodoma y Gomorra tal como la representara el pintor inglés John Martin.



Tarás Shevchanko, *Burning Steppe*, reproducida con permiso del Museo Taras Shevchenko, Canadá.

Shevchenko pintó un boceto en acuarela, obra que se haría famosa y primera de unas doscientas que pintaría durante el siguiente año y medio de exilio. En el boceto se ve el campamento al anochecer, varias yurtas desperdigadas, un convoy de carromatos y de barcas montadas sobre ruedas; un atildado kirguís en silueta frente a una tienda iluminada por dentro; un jinete vadeando una balsa de sal. Pasaron la noche siguiente en el túmulo del guerrero kirguís Dustan, y Shevchenko se detuvo una vez más para hacer un boceto. No lejos de allí, el grupo encontró la escena de una masacre. Esto no lo dibuja:

*Desde tiempo inmemorial
el desierto se ha escondido de las personas,
pero lo hemos encontrado:
hemos erigido fortalezas,
y pronto habrá tumbas también.*

Docenas de cadáveres yacían mutilados y decapitados en la arena, destrozados por los lobos, la piel poco más que curtido pellejo; era lo que quedaba de una patrulla rusa repelida por las tropas del kanato rebelde de Khiva, al sur del mar de Aral. El grupo dejó atrás la gris arena ensangrentada y siguió el fuego hasta una «llanura rosa claro»; era un lago salado seco cuyo polvo, le advirtieron a Shevchenko, provocaba ceguera; y, en efecto, perdió la visión debido a aquella mezcla de talco y sal que levantaban los cascos de los caballos. Imaginémonos a Shevchenko, lejos de su patria, atemorizado por el sol del «Sáhara kirguís», extenuado e inquieto, el calor cada vez más intenso, su bigote teñido de blanco por el polvo de sal. Y, encima, ciego.

Cuando recuperó la visión, el convoy había entrado en un paraje nuevo y sorprendente, una llanura de arena «señalada por una blanca hilera de esqueletos de caballo y camello», más víctimas de la incursión contra Khiva. El camino al infierno del desierto —desde el Gobi Negro de Xuanzang hasta las sendas migratorias de Arizona— está bordeado de huesos. Por fin, una «tenue línea azul» apareció en el horizonte.

La compañía recuperó el buen humor tras los centenares de *versts* de cegadoras llanuras de sal y la arena salpicada de vísceras renegridas de sus compatriotas. Aquella brisa marina fue tan saludable como una dosis de oxígeno para un alpinista. Acamparon en la costa y se bañaron en la bahía de Sarichaganaku, sesenta kilómetros al norte del Sir Daria. La euforia del agua fría sobre la piel apergaminada. El día 19 de junio, cinco semanas después de partir de Orsk, llegaron al fuerte ruso en la localidad de Raim.

La orilla del Sir Daria, tal como la pinta Shevchenko en los días anteriores a zarpar, es un lugar idílico y exuberante de vegetación, con sus juncos y sus espadañas, y el río propiamente dicho se le antoja plácido y acogedor. En una de las pinturas, en segundo plano, se ve la *Nicolas* meciéndose ya en la tranquila corriente, mientras la *Konstantin* sigue en su cuna esperando que le coloquen los mástiles. La expedición zarpó seis semanas después. Butákov asignó a Shevchenko (le llamaba «camarada y amigo») a la tripulación de la *Konstantin* como artista de la expedición. No parece que tuviera el menor escrúpulo en saltarse las órdenes del zar respecto a la prohibición de escribir y dibujar. Los delicados bosquejos y acuarelas resultantes son un exquisito diario visual de los treinta y ocho días de navegación: tierna y minuciosa atención a la escasez (cada grieta de cada roca, cada tallo de cada arbusto), una mirada íntima a la desolación. Como los bocetos que haría un agrimensor de un planeta potencialmente colonizable.

Desde Zalanash hasta Tastubek, la travesía del desierto estaba marcada únicamente por una serie de surcos encharcados. La llanura era de un color marrón aceitunado, y lisa y pegajosa como la superficie de un flan. Nos dirigíamos al siguiente pueblo, Tastubek, para hospedarnos en casa de unos pescadores amigos de Serik. A dos kilómetros de Zalanash el Land Cruiser perdió agarre, y no era para menos. Bajé del coche, planté los pies en el barro y empujé; el vehículo patinó y escupió. Probé a empujar con el hombro cada vez que Serik aceleraba, y finalmente salimos del atolladero, a toda leche ahora por la pista de arcilla; una vez más me encontré en ese punto en que el horizonte quedaba tan lejos que nadie podía dudar que la tierra fuera solo una bola. Y tampoco tan grande. Estábamos en el *takyr*, las mal drenadas llanuras de arcilla que se extienden al norte y el oeste de la antigua costa del Aral. Serik aminoró la marcha al llegar a un pequeño trecho de saxaúl y condujo un rato con más cuidado, evitando los charcos, salvando las crestas, pero al final nos quedamos atascados y no hubo manera, por más que él lo intentó, de

hacer que el coche avanzara. Serik apagó el motor, se arrellanó en su asiento y encendió un Kent. Me ofreció el paquete, aunque sabía que yo no fumaba. Cuando hubo terminado me miró y yo volví a bajar, afiancé todo mi peso en la ciénaga, empujé, él aceleró, y así estuvimos como diez minutos. El coche se movía unos centímetros, parecía coger agarre, se quedaba parado otra vez, y yo de nuevo a empujar; empujaba tan fuerte que noté el esfuerzo durante días, pero las ruedas, al girar, no hacían sino hincarse más en el barro. Serik apagó el motor y de repente reinó el silencio.

Saqué una pala y dos tablones cortos del portaequipajes, abrí una pequeña zanja delante de las dos ruedas traseras y metí un tablón en cada una. Cuando Serik pisó de nuevo el acelerador, una de las tablas se partió en dos; la otra salió disparada entre mis piernas y acabó veinte metros más atrás. Así estuvimos una hora y media, yo con los ojos amoratados de cansancio y las piernas engullidas hasta arriba por aquel barro glacial. ¡Y a todo esto, untado de loción solar! Serik, que permanecía dentro del coche, estaba agotado también, aunque tal vez menos que yo. Vi que encendía otro cigarrillo. Estaba anocheciendo rápidamente. Habíamos hecho veinticinco kilómetros; nos quedaban sesenta y cinco hasta Tastubek. Algo reflejó la luz del sol bajo en un islote de rocas, a lo lejos; probablemente un monumento túrquico o la choza de un camellero. Tendríamos que pasar aquí la noche. Nos quedaba media botella de vodka, ocho cigarrillos Kent (Serik los contó con el dedo) y para cenar un envase casi vacío de Smints.

Serik se quedó dormido casi al momento (cualquiera hubiese dicho que le habían disparado un dardo sedante), y eso que apenas eran las siete. Yo eché unos tragos de vodka; al final me acabé la botella. Tenía las botas mojadas pero era mejor dejártelas puestas: el espacio para las piernas estaba de barro hasta la altura del tobillo. Retiré mi asiento hacia atrás todo lo que daba de sí y me puse de costado hecho un ovillo, la mochila por almohada, la capucha bien calada y la bufanda en torno a la cabeza, y así me quedé, alerta como un jerbo, oyendo los suaves ronquidos de Serik. Afuera, la noche se fue posando sobre la llanura como un pañuelo de seda cayendo a cámara lenta hasta el suelo: sin arrebol crepuscular, sin «oh, qué cielo tan bonito» ni luna impresionante. El gris se volvió negro y eso fue todo. Habíamos apagado la calefacción para ahorrar batería y el frío me fue calando los huesos mientras el motor hacía ruiditos al enfriarse. Tumbado junto a aquel semidesconocido, vi, como si fuera desde arriba, el vehículo varado en sus roderas en medio de aquel círculo de escasa vegetación y rodeado al mismo tiempo por la vastedad de la llanura, unos doscientos kilómetros cuadrados.

Supongo que me quedé dormido; en cualquier caso fui consciente de que algo había violado la oscuridad. Y allí estaba otra vez, un puntito de luz que brillaba con la intensidad de un faro en la costa. Imposible saber a qué distancia estaba, pero sin duda a varios kilómetros. Una luz solitaria; debía de ser una moto que se arriesgaba a hacer el trayecto entre Tastubek y Zalanash. «Pasajeros», era la palabra que había empleado Absalom en el Taklamakán.

Fue entonces (Serik se despertó al notar que me movía) cuando la luz que había permanecido estable en el negro parabrisas pareció crecer, aumentando primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda para volver a su nivel original y reanudar su periplo hacia nosotros, si es que realmente venía hacia nosotros; el extraño baile se repitió, de repente la luz apuntaba hacia el cielo, se movía de lado a lado y volvía a posarse otra vez. ¿Un avión, acaso? ¿Un helicóptero? ¿Un fuego fatuo, quizá? Bajé la ventanilla pero lo único que pude oír fue un viento suave. Serik giró la llave del contacto e hizo destellos con los faros delanteros. «Nos ayudarán». La luz misteriosa no devolvió la señal. Serik volvió a hacerlo, encender y apagar, encender y apagar. La luz distante se desvaneció.

Serik escrutó la oscuridad y repitió la señal. «Qué raro», dijo al cabo, y se retrepó en su asiento con aires de ejecutivo.

—¿Qué les ha pasado? —pregunté.

—Creen que se quedarán atascados.

Entonces no era el otro vehículo, el de la luz del faro.

Aparecieron más luces durante la noche, pero tan pronto les hacíamos señales, desaparecían.

Cuando desperté a las seis de la mañana el cielo era del color de la tela de saco. Serik puso el motor en marcha y pisó el acelerador. El coche se meció bruscamente, anclado en sus roderas. La idea era que el frío de la noche podía haber endurecido el barro lo suficiente para permitir el agarre de los neumáticos; pero las ruedas no hicieron más que girar sobre el terreno. Bajé del coche y volví a empujar. En vano; y ambos lo sabíamos. Serik cerró el Land Cruiser —con llave; por lo visto, había que extremar la prudencia incluso aquí— y echamos a andar de vuelta a Zalanash siguiendo las huellas que habían dejado nuestros neumáticos. Nadie más había pasado por allí.

«¡Las tetas!», dijo Serik cuando cinco horas después divisó los montículos gemelos. La pista se endureció, como si al pudín de la llanura le hubiera crecido una piel, y los bordes empezaron a mostrar una pelusa de vegetación mordisqueada por camellos. Como a un kilómetro de distancia vimos cruzar a un muchacho en una moto de trial roja. Al llegar al pueblo un helicóptero de

dos plazas se elevó hacia el cielo y se alejó con todo su ruido en la dirección de Tastubek. Al cabo de diez minutos, y en medio de un coro de ladridos perrunos, estábamos en la amplia calle principal. Un poco más allá, en medio del barro, cogidas del brazo, unas niñas con vestidos amarillos de amplias faldas nos cortaban el paso. Debían de ser expertas; los dobladillos eran impecables. Miraron a los dos fugitivos y se juntaron más las unas a las otras. Serik, con voz decidida, preguntó: «¿Dónde está Tabin Alenov?».

Alenov había sido presidente de la cooperativa pesquera de Zalanash. Él podría hacer que sacaran el Land Cruiser del barro: lo que necesitábamos era un GAZ o un tractor. Durante cosa de una hora, mientras buscábamos a Alenov, Serik paró a tres *jeeps* rusos llenos de jóvenes y le explicó al conductor cuál era nuestro problema, pero en cada ocasión el conductor simplemente sonrió, meneando la cabeza, subió la ventanilla y pisó a fondo. Aquí, el vehículo era como el caballo en el Oeste. No les culpé por negarse a correr ese riesgo. Habíamos sido tontos al querer atravesar la llanura estando tan húmeda; pasar frío y hambre y cansancio durante un par de días era un castigo razonable. A todo esto, ¿dónde estaba el señor Alenov?

Nos enteramos de que era mal día para quedarse atascados: el helicóptero que habíamos visto transportaba al alcalde regional (iba a todas partes en helicóptero), que regresaba de la inauguración de la nueva guardería del pueblo. La mayor parte de los adultos estaba ya en, o camino de, una fiesta en una casa de la localidad. Serik telefoneó a su amigo de Tastubek: no estaba en casa. Le dejó un mensaje. Habían crecido en la misma calle, en Aralsk, y el amigo tenía un *jeep*.

El señor Alenov estaba en la fiesta. Encontramos la casa y Serik entró mientras yo esperaba junto al postigo. En estas llegó un microbús y diez chicos de veintipocos años se apearon de él —zapatos elegantes, pantalón de traje, camisa blanca y gemelos, todos ellos fumando— y antes de franquear el postigo hicieron cola para estrechar la mano del desconocido como si este fuera el portero. Chicos de pueblo que se habían mudado a Aralsk por las fábricas y que volvían para tomarse unas copas. Serik salió diez minutos después acompañado de un hombre de cincuenta y tantos años, camisa y corbata negras e inmaculados mocasines negros que brillaban hasta la exageración. Cabellos y bigote, negros también. El señor Alenov. Como casi todos los hombres de los pueblos de pescadores era fornido como un boxeador, y su apretón de manos igual de temible. Dijo que ningún problema,

que le acompañásemos y buscaría a alguien que nos remolcara. Nos pusimos en marcha; el camino estaba enfangado y de vez en cuando se veían huesos de camello, así como alguna que otra jeringuilla (de vacunación del ganado). En recintos vallados había pilas muy altas de heno y de leña. Un camello joven, los ojos vueltos hacia el cielo, galopaba en círculos y corcoveaba como para quitarse de encima a un jinete fantasma. Al acercarse a nosotros, Alenov le enseñó el puño y el camello se asustó, alejándose a toda prisa hacia lo que otrora fue la orilla del mar.

Junto a un corral había un tractor aparcado, pero el dueño no estaba por ninguna parte. Un *jeep* que pasaba se detuvo (si uno veía al señor Alenov, paraba), pero, por desgracia, hoy le era imposible, lo sentía muchísimo. Otro *jeep*, que pasaba de largo, frenó en seco al ver que era el señor Alenov y dio marcha atrás, pero solo para comunicarnos que hoy tampoco podían ayudarnos. Por lo visto, había corrido la voz. Yo estaba débil de pasar tanto frío —la víspera no debíamos de estar muy por encima de los cero grados—, y me sentía inútil. Para el caso, podrían haberme llevado tirando de una correa. El señor Alenov decidió llevarnos a su casa. A punto de entrar, viendo mis pantalones incrustados de barro, dijo «Un momento» y volvió con un pantalón de chándal (de su talla: enorme). Tuve que ir al cobertizo para cambiarme.

Sobre la moqueta del salón, junto a una pared, habían colocado dos esterillas. La pared, como en todas las casas viejas de la estepa, estaba deliciosamente caldeada; nada tan agradable como pasar la palma de la mano por el rugoso enlucido de un rosa claro. Debía de ser la una de la tarde. Serik y yo nos tumbamos, cabeza contra cabeza, y nos quedamos amodorrados mientras el señor Alenov volvía a la fiesta. De la contigua cocina llegaban aromas y sonidos. Cuando me desperté era de noche y la mesa estaba puesta.

Comimos los tres con las manos: pasta que quemaba la lengua de tan caliente y una carne de camello tiernísima. Era de la rabadilla, cortada a dados, blanda y tirando a salada. Un bol de caldo grasiento. El cuerpo no es difícil de contentar. Había té endulzado, pan, nata dura, dulces en un expositor de pasteles. El señor Alenov habló del sistema soviético. Los pueblos de pescadores, como las granjas, habían operado bien como comunas autogestionadas, *koljoes*, bien como satélites de la cooperativa regional, el *sovjoz*, de las cuales la más importante en la región del Pequeño Aral era Aralrybprom, «Industrias Pesqueras Aral». Yo había visto su escudo en los barcos que estaban en dique seco. Mientras que los *sovjoes* los controlaba el Estado y solían estar dirigidos por gente nombrada desde Moscú, los *koljoes*,

como el que había antaño en Zalanash, eran pequeñas cooperativas autónomas que elegían a sus propios presidentes.

En 1991 los *koljoes* fueron sustituidos por un sistema de libre mercado que dividía las diferentes zonas de pesca —algunas de las cuales distaban ahora treinta kilómetros de los antiguos puertos— en una serie de parcelas, *uchastik*, cada una propiedad de un «usuario de naturaleza» como el señor Alenov, que era quien daba las licencias de pesca y gestionaba los puestos receptores en los que debían entregarse las capturas del día para su pesado y refrigeración. Había unas cuotas, pero los pescadores pasaban de cuotas. Si se rendía pleitesía a los monopsonios locales y la pesca furtiva quedaba totalmente descartada, entonces la gente que vivía en las playas del Aral, y cuyos antepasados se alimentaron del mar durante siglos, no probaba nunca el pescado fresco. Lo importante eran los mercados de Europa y Rusia y las capturas del día. Desde 2005 los pescadores se habían convencido de que un mal día de pesca hoy no significaba un mal día de pesca mañana. Y es que fue ese año cuando se construyó una represa, el Kokaral, en el estrecho de Berg con el fin de detener el encogimiento del mar. Según explicó el señor Alenov, la parte de mar al norte de la represa no solo dejó de menguar sino que empezaba a llenarse lentamente de agua. El contenido en sal había descendido y volvían a verse las antiguas especies piscícolas. Mientras el mercado aguantara, los centros de recepción de pescado (al menos los que estaban cerca de la nueva línea costera) seguirían siendo viables. Pero ¿quién podía asegurar que un día los pueblos de pescadores no volverían a quedar abandonados y la gente se moriría de hambre? El agricultor sueña de un año para otro; el pescador de un día para otro.

Cuando terminamos de comer salimos a fumar al patio. Era de noche y la luna se veía enorme. Llegaban chillidos apagados de algún punto más allá del límite del pueblo, probablemente una granja de camellos. Por lo demás, nada salvo el tremendo peso del silencio.

1848. Los víveres a bordo de la *Konstantin* se echaron a perder. «El pan seco crio moho —informaba Shevchenko—; la grasa adquirió un tono rosado; la mantequilla estaba rancia. Lo único que aguantó en buen estado fueron los guisantes». El viento del noroeste, casi constante, dejaba a la goleta meciéndose durante horas. El 23 de septiembre atracaron por fin en la isla de Kos Aral para pasar el invierno. La expedición había sido un éxito pero, después de tantos meses de soledad a bordo, Shevchenko no había recibido

ninguna carta. ¡Ni una sola! A lo largo de su prolongado exilio, su añoranza por Ucrania toma la forma de una queja contra sus amigos por no escribirle. Shevchenko se sentía, además de exiliado, *abandonado*, incluso por las personas a las que amaba:

*Me juraron eterna amistad,
pero de ellos nunca más se supo.*

Una cuarta parte de la producción poética de sus diez años de destierro fue escrita durante aquel invierno. No parecía tener otra cosa en la cabeza.

*El tedio y el otoño
me rodean en tierra extranjera.
¡Dios mío! ¿Dónde puedo esconderme?
¿Qué voy a hacer? Camino por la orilla
y escribo estrofas en secreto. Peco,
y rememoro otros tiempos
en mi alma, y sobre ellos escribo.*

Un hombre en una cabaña, en una isla, en un mar de un desierto extranjero, pregunta: ¿Dónde puedo esconderme? Parecía absurdo hasta que uno pisaba este lugar y entendía que en ninguna otra parte era más vulnerable. Esos meses de enclaustramiento los salvó gracias a dibujar y, en noviembre, por la cacería que mencionaba Butákov: «Hay tigres rondando constantemente en las cercanías de Aralsk», explicaba el almirante. El animal en cuestión «había devorado recientemente cuatro vacas [...] dos semanas después supe por el kirguís que el mismo felino había devorado a dos hombres y un número no específico de ovejas; y el 21 de noviembre el capataz de la pesquería informó de que este tigre había matado a su caballo, y eso a solo 3 *versts* de nuestro fuerte».

La cacería tuvo ocupada a la mitad de la guarnición. El animal fue atrapado y muerto. «Era un auténtico tigre real, de un hermoso color naranja con amplias franjas negras, inusualmente gordo, y medía 6 pies con 4 pulgadas desde el morro hasta el principio de la cola». En la pintura de Shevchenko no parece un tigre nada regio; quizá estaba echando la siesta, un juguete de feria evocado desde las arenas escarchadas. Sus bocetos a tinta del fuerte sobre el Kos Aral muestran un grupo de chozas y tiendas de campaña,

unas cuantas yurtas, una especie de caniche negro y una pila de leña; al fondo, atrapadas por el hielo, las goletas *Konstantin* y *Nicolas*. En lo más crudo del invierno, los dibujos no describen ya el terreno sino interiores: yurtas y chozas llenas de humo, iluminadas por una luz naranja, hombres y muchachos aturridos por el calor, la vista fija en estufas incandescentes.



Tarás Shevchenko, sin título, reproducida con permiso del Museo Tarás Shevchenko, Canadá.

El amigo de Serik llegó de Tastubek por la mañana, fuimos en su *jeep* hasta donde había quedado el Land Cruiser y lo remolcamos. Una vez en el pueblo, nos tiramos como una hora limpiando las esterillas y el espacio para los pies a golpe de pala y manguera. Tras el agotamiento y el frío del día anterior me sentía como si alguien me hubiera empujado escaleras abajo. Hacia el mediodía estábamos de vuelta en Aralsk. Yo estaba aprendiendo mucho sobre las numerosas variedades de barro. Si los uigures tenían muchos nombres

para la arena y los rashidis para las diferentes formas de duna, ¿tendrían los kazajos un léxico especial para el barro? Batido por el paso de los neumáticos, el fango de las calles había adquirido una lisura aterciopelada, como de helado derretido. Solo los perros se atrevían a cruzar los atolladeros, pasando en fila por los tramos menos hondos. Por todas partes veías remolcar o empujar coches atorados, siempre entre un corro de espectadores. Aquello formaba parte de la rutina; todo encuentro previamente concertado debía contar con un posible aplazamiento o, por lo menos, con que alguien llegara tarde. Había diez gasolineras, y tanto en invierno como en época de cosecha el suministro se agotaba y había colas, lo cual degradaba aún más el terreno. Al final, los únicos vehículos que podían acceder a las pocas gasolineras que aún tenían combustible eran las envidiadas y tragonas camionetas GAZ, con aquellos chasis que te llegaban por el hombro. Atravesamos el pueblo para tomar la carretera principal en dirección sur. Nuestro destino era la playa actual del mar. Por fin veríamos agua. En un control, tres hombres se nos acercaron desde un contenedor de embarque y me pidieron el pasaporte. Llevaban capucha sobre la gorra de policía —y el escolta militar su AK-47 reglamentario— y vinieron todos juntos como si estuvieran unidos por grilletes. La pintura negra de la culata estaba desgastada. «Su nombre. Su nombre. De dónde». Vigilaban que no pasase ningún camión a Rusia con hortalizas de contrabando (¡traficantes de nabos!), pero yo era una novedad y el poli de mayor graduación lo estaba pasando en grande. Serik, acostumbrado a esas cosas, sonreía, pero después se mostró callado.

Recorrimos ochenta kilómetros siempre hacia el sur por la nueva carretera que iba a Kyzylorda, tan nueva que aún no habían pintado las marcas de separación entre carriles. En los arceles, perros y camellos muertos durante la noche y el habitual brillo de cristales rotos. A ambos lados había kilómetro tras kilómetro de dunas bajas salpicadas de saxaúl y maná de Persia. Al parecer, los camellos no habían aprendido a desconfiar del tráfico rodado; cruzaban la carretera con impunidad y no se apresuraban ni siquiera a la vista de un camión de gran tonelaje. Durante un par de kilómetros fuimos detrás de un cacharro cargado con una montaña de arbustos de seis metros de alto que se bamboleaba, a paso de tortuga, bajo una columna de humo negro. Dejamos la carretera, y el silencioso betún asfáltico continuó durante un centenar de metros hasta convertirse en pista de tierra llena de baches.

Pasamos junto al lago Kambash, uno de los que forman el delta lacustre del Sir Daria. En la orilla había un campamento de vacaciones para Jóvenes Pioneros Soviéticos, abandonado hacía mucho; solo quedaban unas cúpulas

azules en mal estado. Hasta que el agua desapareció por completo treinta años atrás, niños de toda la Unión habían nadado en este lugar. Sobre cómodas de Almatý y Orenburg había viejas fotografías enmarcadas de niños jugando entre las dunas. Había una playa; era de arena gruesa y estaba salpicada de esqueletos como miriñaques de antiguas yurtas que en verano podías alquilar para todo un día. Y había agua; ¡agua de retorno! El lago era de diez kilómetros de longitud por dos de anchura, la orilla opuesta apenas llegaba a verse, brumosa por la distancia. Con todo, no había recuperado sus antiguas dimensiones. En el horizonte, lo que antes había sido una isla era ahora una península. Y el agua, como toda el agua en superficie de esta región, era un verdadero caldo de agroquímicos. Había peces, muchos, nadando en los bajíos, pero la quietud de la superficie era no tanto de tranquilidad cuanto de estancamiento. Serik se sentía a gusto; contemplaba acuclillado el panorama con gesto satisfecho. Cosa rara, no encendió ni un cigarrillo. Kambash le traía recuerdos agradables —había venido de niño, me contó, y luego con sus hijos— y le parecía un sitio muy bonito pese a la basura acumulada en la arena desde el verano anterior.

Una hora más tarde alcanzábamos el río Sir Daria. Al mirar su lenta corriente recordé las pinturas que hizo Shevchenko a poco de llegar por primera vez al fuerte de Raim, cuando el mundo parecía sonreír otra vez tras aquellas semanas de desierto cegador: la riqueza de sus pigmentos, la contundencia de sus trazos. Y ahora, delante de mí, un siglo y medio después, las aguas de todas las estepas de Kazajistán vertían a esta amplia y gris procesión canalizada entre peñascos de barro pálido. Lo que primero me parecieron patos resultaron ser botellas de vodka que flotaban. Pero, de hecho, el río no estaba desprovisto de vida. Al doblar un recodo vi una barca con dos hombres avanzando aguas arriba. Estaban echando redes. «¡Furtivos!», dijo Serik en un tono de aprobación. Nos vieron y uno de ellos agitó un brazo. Serik y yo hicimos otro tanto. Había penas para la pesca furtiva e inspectores que ocasionalmente patrullaban por el río venidos de Aralsk, pero la vigilancia era mínima e incluso los «usuarios de naturaleza», que tenían derechos de pesca, eran indulgentes ante un hombre que alimentaba a su familia con el producto de unas aguas ancestrales.

La carta que Lenin escribió en 1921 iba dirigida a los pescadores de Bogun, un pueblo a treinta kilómetros de allí: «Rusos y musulmanes, nómadas y

colonos; todos se enfrentan a una muerte cruel si no reciben ayuda de sus camaradas...».

Eran unas cuantas casas bajas hechas de barro y escondidas detrás de vallas grandes. En el centro de cada circunferencia formada por cuatro o cinco recintos había un corral de camellos compartido, pilas de paja, montones de leña de estepa para el hogar y una letrina. Íbamos a dormir en casa de una familia de pescadores, amigos de Serik. Los hermanos Dilzhanov eran tres, y los dos más pequeños, Maksat y Mukhtar, eran patilargos y colorados, un palmo más altos que yo. Andaban contoneándose, rebosantes de energía no gastada, y como llevaban doble pantalón para el frío, cualquiera habría dicho que tenían edemas en las piernas. Eran valientes, arrogantes, y no daban mayor importancia a tener en casa a un extranjero desconocido. Zeinolla, el mayor de los tres, al que apodaban «Zikon», lucía una barriga de redondez natal, atributo que se otorgaba a todo hombre del pueblo para señalar el nacimiento de su primer hijo.

Maksat estaba echando paladas de arena en la fosa séptica del exterior antes de que se hiciera de noche. Cerca había dos camiones GAZ verdes de seis ruedas cargados de cajas de pescado vacías. Mientras trabajaban, los tres hermanos echaban frecuentes tragos de botellas de Coca-Cola de dos litros; a mí me parecía la bebida nacional, más que el propio vodka (también bebían vodka, aunque Serik me aconsejó que no le enseñara a Dilzhanov padre las botellas que había traído como regalo). Agua, raramente vi que bebieran. El frío estaba al llegar, dijo Maksat, se notaba en el aire. La niebla hacía acto de presencia cada mañana —era bruma, niebla marina, pese a que el mar estaba a veinticinco kilómetros— y no se levantaba hasta el mediodía o más tarde aún. La capa extra de arena sobre la fosa séptica era para impedir que lo de dentro se solidificara cuando llegasen las nevadas; de lo contrario, ¡menudo trabajito te esperaba!

A la mañana siguiente Serik y yo enfilamos la pista que pasaba por la parte alta de la presa construida en 2005. Solo tenía ocho metros de altura, pero había bastado para hacer subir el nivel del Pequeño Aral, y las aguas que se habían retirado hasta un centenar de kilómetros de Aralsk estaban ahora a solo una docena. En el año de su construcción se habían sacado del Pequeño Aral 695 toneladas de pescado; nueve años más tarde la cifra era de 5595 toneladas. Se había conseguido invertir el proceso, pero únicamente en el Pequeño Aral. Estaban desviando agua sobrante al Aral Grande. El caudal que

pasaba por la compuerta, cuando nos detuvimos para mirar, era impresionante; decenas de miles de metros cúbicos por segundo. Para oírnos, teníamos que gritar. Un río enorme, a simple vista tan caudaloso como el propio Sir Daria. Y, sin embargo, pocos kilómetros más allá desaparecía en el desierto para filtrarse en el suelo o evaporarse. Tanta energía echada a perder... A menos que el Amu, en el sur, se pusiera un día a la altura del Sir en cuanto a aportación de agua, el Aral Grande continuaría siendo un desierto. Uzbekistán, en cuyo territorio está gran parte del Aral Grande, no parece dispuesto a desistir de trasvasar agua del Amu Daria con fines agrícolas. En 2006, el gobierno firmó un acuerdo con un consorcio ruso-coreano-chino de empresas de petróleo y gas. Las obras de prospección del antiguo lecho marino estaban en marcha. ¿Y cuando se acabaran el petróleo y el gas? Bueno, alguien buscaría el medio de agotar el sol y el viento y acabar con la energía de las mareas.

Al lado de la compuerta había un helipuerto y un mirador con suelo de madera y un toldo blanco. Se habían construido años atrás con vistas a una visita presidencial. Por alguna razón (nadie lo sabía) Nazarbayev había decidido no ir y allí quedaron las instalaciones. Junto a una garita pintada de blanco vimos el cadáver de un camello, apenas un esqueleto con unas tiras de piel aquí y allá. Tenía los dientes tan blancos como un presentador de telediario y sus ojos igual de opacos. Sería una foto «impactante», en un blanco y negro con mucho grano, el cielo filtrado a una escala de grises. Pero el mar de Aral no era en absoluto un cementerio. De acuerdo, a nuestra izquierda (al sur) estaba el Aralkum, quinientos kilómetros de poco más que arena y algunas matas de saxaúl hasta llegar al puerto uzbeko ya en desuso de Muynak. Ah, pero a nuestra derecha, los matorrales de espadaña eran un hervidero de aves acuáticas.

Toda la escena tenía una luz cambiante, elástica. Una cigüeña sobrevolaba la zona, y fue eso, y no el cadáver de camello, lo que fotografié, una manchita en medio del cielo color de acero. Esto era el mar de Aral que conocieron Butákov y Shevchenko; las orillas repletas de vida —por no decir casi frenéticas, como debieron de serlo antes de que llegara el hombre—; el hábitat de «cantidades inmensas de pelícanos, cormoranes, gaviotas y charranes».

El 22 de abril de 1849 oyeron por fin un resquebrajamiento procedente del mar. Dos semanas más tarde se iniciaba el segundo viaje exploratorio de Butákov. Para los hombres fue una liberación: pescado fresco todos los días, el sol reflejándose en el turbulento azul. Pero luego vieron que los habían

soltado en otro tipo de prisión. Dos semanas estuvo la *Konstantin* sin poder acercarse a la costa debido a las tormentas, y la tripulación se vio obligada a beber agua del mar (que sabía como la del golfo de Finlandia). Las chinches y los forúnculos del Kos Aral dejaron paso al escorbuto, los vómitos y, según dejó escrito Butákov, «una fuerte diarrea». Guisantes y lucio. Lucio y guisantes. Barbo, cabeza de serpiente y esturión bastardo. Hasta tal punto llegó a desesperar Shevchenko, que cuando, en un momento de calma atmosférica, fue enviado con un equipo a tomar medidas de un islote, el poeta se alejó a solas con la intención de «extraviarse». Pero, naturalmente, lo encontraron. Allí no había forma alguna de escapar, no había donde «escondarse».

A finales del verano las goletas regresaron por fin al fuerte de Raim. Mientras navegaban de vuelta al Sir Daria, Shevchenko ofreció una ambigua despedida a la isla que había sido su prisión: «A tu desierto / no le atribuyo culpas pero tampoco elogios».

Pero hacia el final de esta fase de su exilio, Shevchenko solo era capaz de ver el Karakum como un «páramo agotado y olvidado de la mano de Dios». Pese a ello, Shevchenko no obtuvo autorización para regresar a Ucrania; solo sería repatriado una vez muerto. Entonces sí pudo volver a casa.



Tarás Shevchenko, sin título, reproducida con permiso del
Museo Tarás Shevchenko, Canadá.

Al llegar a Bogun, el cielo estaba rojo. Zhaksilik y otros cuatro hombres —los de más edad en el pueblo— estaban reunidos, como hacían siempre a esta hora, en un cobertizo casi a oscuras, formando un círculo, sentados encima de un tronco colocado para ese fin, o bien en cuclillas entre páginas de periódico extendidas en el suelo. Iban pasándose pescado, arrancaban una pizca, quitaban las tripas y las tiraban al papel de periódico, apagaban el cigarrillo en el amasijo de entrañas. Llenaban de vodka una y otra vez un vaso de plástico. Ellos lo llamaban «schnapps»; y yo dije «schnapps»; y una mujer que pasaba por allí, la esposa de uno de ellos, al oírlo, dijo con escarnio: «Schnapps...». Su desdén nos hizo reír a todos. No me dejaron marchar sin un segundo, y luego un tercer vaso de vodka y más pescado. Estaba delicioso, tan salado; delicioso, de alguna manera, aun siendo repugnante.

Bogun había sido un pueblo ribereño; el viejo Zhaksilik dijo que cuando nació se oía el rumor de las olas, y que con los años había ido viendo cómo se retiraba el agua cada vez más hasta que la orilla quedó a dos días de camino, y cuando llegabas al mar, el agua estaba prácticamente muerta. Habían perdido toda esperanza, dijo otro de los hombres mientras liaba un nuevo cigarrillo con las manos ensangrentadas. Añadió que todos se deprimieron mucho cuando las primeras presas fallaron, pero que luego construyeron la nueva y, aunque parecía imposible, el agua empezó a volver y con ella los peces, y los padres tuvieron motivo para enseñar a sus hijos dónde, cómo y cuándo reparar las redes.

No tuve sensación de embriaguez cuando me marché de allí. Di una vuelta por el pueblo. Aparte de los perros y los camellos, estaba desierto, y lo único que rompía el silencio era el rugido de una tubería vertical que alimentaba una angosta laguna cuya superficie estaba atravesada por cuadernas de barcos viejos. En el límite septentrional del pueblo había un edificio enjalbegado de tres plantas con paneles de madera barata fijados a los costados. Lindante con una de las paredes, y apuntalándola justo por debajo de las ventanas del segundo piso, había un médano cuyo espinazo se extendía hasta el horizonte. El edificio, ahora abandonado, había sido la escuela del pueblo. El Karakum avanzó para ocupar el terreno que había dejado el mar y, con el tiempo

—cualquier día—, el peso de la duna derrumbaría el edificio. Habían construido una escuela nueva en el otro extremo del pueblo, pero si bien se había intentado ralentizar el avance de las dunas —redes geotextiles, plantación de especies estabilizadoras—, estaba claro que con el tiempo, una vez que hubiera inundado las aulas y los pasillos de la escuela antigua, el muro de arena atravesaría el pueblo, casa por casa, empujando el poblado aún más hacia el sur en dirección al mar.

Mientras intentaba encontrar la casa, un *jeep* se me acercó a toda mecha y paró en seco. Detrás venía otro. «Sube» y Mukhtar —el segundo de los hijos de Zhaksilik, que iba al volante—, pisó a fondo. El terreno (antiguo lecho del mar) entre la laguna y el puesto de pesca de Shagalaly era de matorrales arenosos, y luego una franja ancha de sedimentos granulados de un tono rosa sucio. Los *jeeps* recorrieron los diez kilómetros de este terreno, en cada uno tres miembros de la brigada, y el otro conducido por Maksat, el hermano mayor de Mukhtar, siguiendo los centenares de huellas entrelazadas que habían dejado en sus anteriores idas y venidas. Yo no sabía dónde estaba Serik. A ochenta o noventa por hora, continuamos avanzando en dirección al sol, el otro vehículo dando tumbos a cinco metros de nosotros. El más leve empujón habría sido catastrófico, habría significado muerte o mutilación; pero íbamos al mar y yo, ebrio como estaba, no tenía la menor sensación de peligro; los chicos que iban en los *jeeps* lanzaban gritos con la excitación, el orgullo y el amor por su tierra y de los unos por los otros. La pista de carreras daba paso a un laberinto de juncias de tres metros de alto, y así durante rato y rato, con bandadas de aves alzando el vuelo, hasta que el panorama se ensanchó y el cielo se hizo grande y todo rielaba y estaba iluminado como ocurre en las cercanías de una gran extensión de agua.

Cerca de Shagalaly, entre las juncias, había un claustro formado por tres contenedores de embarque donde los chicos dormían cuando los barcos tardaban en volver. Había prendas de ropa en una cuerda tendida entre contenedores; un perro negro salió corriendo de las sombras para vernos pasar. Cuando llegamos al borde del mar, el agua estaba quieta y con millares de reflejos. Era tal como lo representaba aquel cuadro en el museo de Aralsk, un mar apacible y lleno de vida. Desde la playa, un angosto pontón de madera se adentraba en el agua. No se veía la otra orilla, solamente agua y cielo.

Era como si todo hubiera sido siempre así; nada indicaba que el suelo que pisábamos fuese nuevo, que hasta treinta años atrás hubiera estado sumergido bajo el agua a varias brazas de profundidad. Los barcos habían vuelto y los habían subido a la arena. Doblado en la cubierta de uno de ellos había un

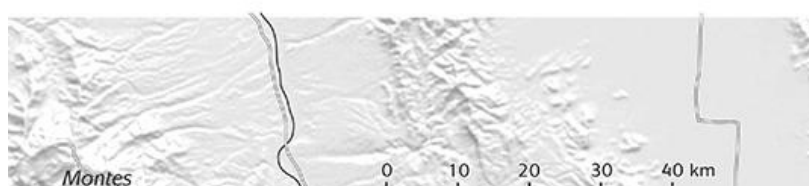
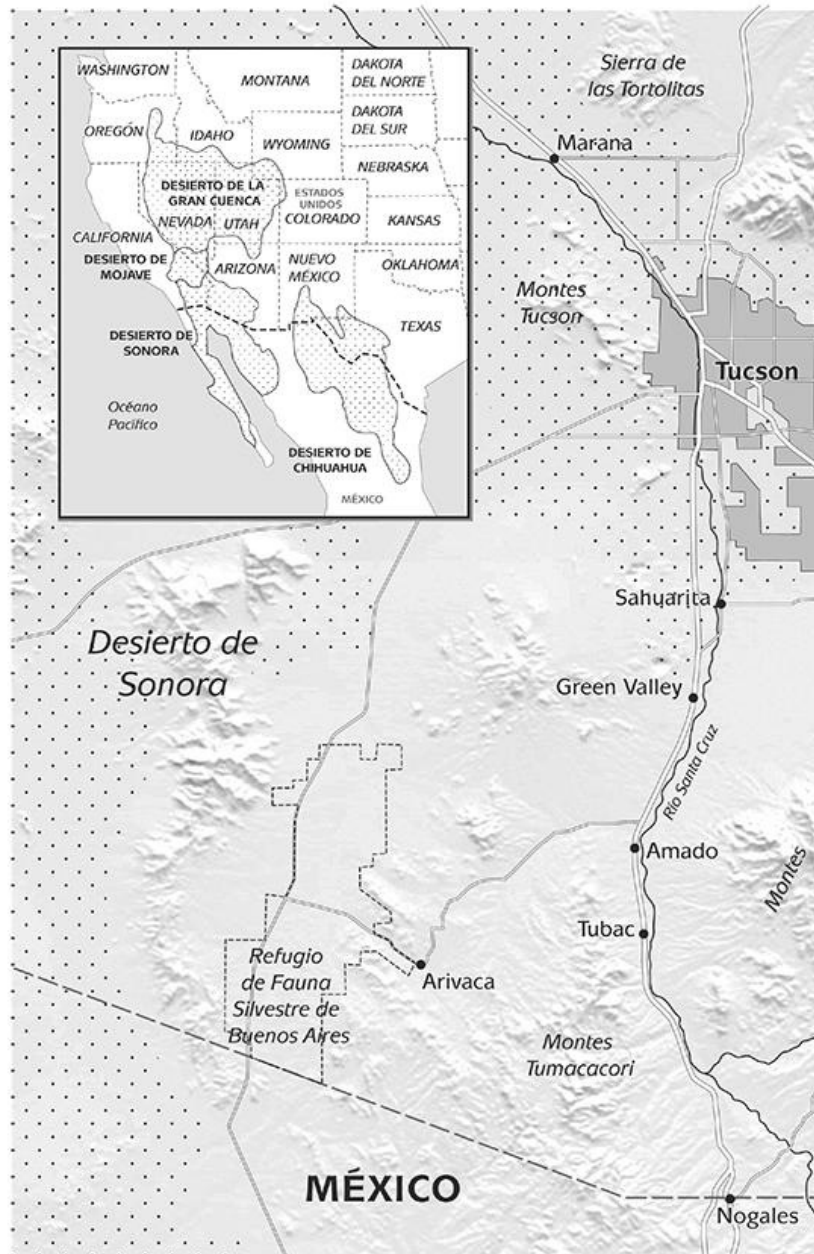
edredón de motivos florales rosas para cuando hiciese frío. Resultó que Serik se las había apañado para venir y ya estaba allí. Al borde del agua, formamos un círculo mientras los chicos deshacían las redes y las iban metiendo en baldes de goma. Primero el duro ajeteo de la jornada de pesca y luego, una vez descargadas las capturas y antes de volver a casa, varias horas descosiendo con los dedos entumecidos. Uno de ellos arrimó un encendedor a una botella vacía de Coca-Cola para abrir el plástico y luego arrancó la base con cuidado para hacer una especie de tazón. (El vodka nunca hay que beberlo directo de la botella.) Cuando me tocó el turno, bebí pese a que estaba medio borracho, y acepté una segunda ronda. La idea no era coger un buen pedo ni beber siquiera, sino emborrachar al guiri.

Dos caballos de pelo castaño, criados para carne, aparecieron en el camino y se quedaron parados el uno junto al otro entre una barca boca abajo y uno de los vehículos blindados rusos. Bajaron ambos el hocico hasta un charco y empezaron a beber, no sin levantar la testuz cada pocos segundos para vigilarnos. Salieron más de entre las cañas, de dos en dos o de tres en tres, y luego las madres con sus potrillos. Al final eran una veintena de caballos los que se movían entre los charcos y tomaban sorbos de agua siempre atentos a nosotros. Animales lustrosos, espléndidos... y tercos. Caballos como de un metro sesenta, algunos incluso más. Dos se nos acercaron pero sin distanciarse apenas de las cañas; al notar que los mirábamos, titubearon. Varios más se sumaron a la fila. Mukhtar dejó la red en la que estaba trabajando, cogió del suelo una botella de vodka vacía y, lanzando un grito, se la arrojó al caballo que iba en cabeza. El animal encajó un golpe en el costado, dio media vuelta y regresó al galope adonde esperaba el resto de la caballada. Mukhtar buscó otro envase por el suelo arenoso y se lo arrojó al segundo caballo pero erró el tiro. Luego volvió a la tarea de desenredar nudos. Los caballos se sintieron más confiados. Rompieron filas y vinieron hacia nosotros al galope. En el último momento se desviaron para alejarse chapoteando por la orilla hacia alguna ensenada oculta donde probablemente pasarían la noche.

5

ENTRE GRANDES INCENDIOS

El desierto de Sonora (Estados Unidos)





En verano me mudé a Tucson (Arizona). El calor a media tarde en esta ciudad encajada entre montañas era demasiado hasta para los colibríes. El comedero que les había puesto chorreaba agave al suelo de hormigón reseco. El mundo puede ser displicente con sus metáforas. En Londres, había revisado todas las habitaciones del piso antes de cerrarlo y meter la llave en el buzón. Cuando uno agota los recursos de un sitio determinado, tiene que ir a otro o perecer. El desierto te enseñaba eso, entre otras cosas.

En Arizona no llovía apenas, pero cuando llovía era de forma explosiva y con una ferocidad desaforada y eufórica. (Más que abrir un grifo, era como si vaciaran un cubo.) En más de una ocasión la calle contigua a mi *casita* de cien dólares a la semana iba de agua hasta el tobillo, mientras que en el polvo de mi patio no habían caído cuatro gotas siquiera. El desierto de Sonora, donde está ubicado Tucson, ocupa buena parte del sur de Arizona y del este de California y cruza la frontera para adentrarse en el estado mexicano de Sonora, del que toma su nombre. Con sus treinta y ocho centímetros de lluvia al año, es la más húmeda y más verde de las cuatro regiones desérticas de Estados Unidos. (Las otras son el Mojave en California, el Chihuahua en Nuevo México y el de la Gran Cuenca en Nevada.) Como muchos desiertos, el sonoreense está en gran parte rodeado de montañas: al norte y este, el límite de la meseta de Colorado, las Rocosas y la Sierra Madre; al oeste, la Sierra Nevada. Es esta última cordillera la principal responsable de la aridez característica del sudoeste norteamericano, al apropiarse de la humedad de las nubes procedentes del Pacífico cuando se acercan a su vertiente occidental. La precipitación anual en la vertiente oeste puede llegar a los setenta centímetros, mientras que a solo un kilómetro, en la vertiente oriental, no pasará de veinte. Lo llaman sombra orográfica, pero el efecto es menos dar sombra que exprimir. El monzón llega de las tierras planas del sur (la jungla al sur de América Central), y la consecuencia es un desierto en el que mueren

docenas, cuando no cientos, de personas cada año, pero que suele considerarse fecundo.

Un día, por la mañana, fui en bici por las calles llenas de roderas del extrarradio hasta el sendero que corre paralelo al río Santa Cruz. Las riberas eran verticales, de tres metros de altura, o sea que no podías acercarte al lecho del río. Pero con la vista bastaba. Todo era gravilla seca salvo una franja plateada que recorría el centro del cauce como una cremallera. Cuando volví al día siguiente, ya no había agua. Alguien me dijo después que seguramente eran aguas residuales. El Santa Cruz no siempre había sido así. Sin un río de caudal perenne, como había sido antaño, los nativos americanos no se habrían asentado en la llanura que bautizaron como «S-cuk Son» («en la base de la montaña negra»); sin él la misión española de San Xavier del Bac, al sur del Tucson actual, no se habría establecido allí, como tampoco el *presidio* que la sustituyó. Los nativos americanos cavaron kilómetros de zanjas de drenaje para regar sus alubias, calabacines y maíz. Pero para los agricultores y mineros blancos el errático Santa Cruz, con sus escuálidos 0,7 metros cúbicos de agua por segundo, no era suficiente, y, además, el valle es demasiado ancho para una presa. Estaba claro que el agua visible era solo una fracción del río propiamente dicho. Cuando en los años 1890 bombas de vapor empezaron a «explotar» los acuíferos que había debajo del depósito aluvial de la cuenca, el nivel freático se hundió; para 1940, el volumen que se extraía del acuífero superaba ya el ritmo de recarga por precipitaciones. Pensemos que en 1910 un hidrólogo de Arizona ya describió el Santa Cruz como «un arroyo cada vez más pequeño». Si en 1902 a los pozos les bastaba una profundidad de seis metros, hacia 1920 necesitaban hasta treinta metros. Mediada la década de 1950 el río ya solo llevaba agua en época de inundaciones o allí donde vertían aguas residuales tratadas. Cuando el Santa Cruz dejó de ser perenne, los hábitats que sustentaba menguaron rápidamente: primero las espadañas; a continuación los álamos; después los mezquites. A ambos lados de lo que había sido un río, no quedó finalmente más que maleza y matorral de desierto. La existencia de Tucson no tiene más salvoconducto que la menguante masa de agua depositada en el subsuelo. Hoy las minas a cielo abierto al sur del Tucson moderno extraen unos 37 millones de metros cúbicos al año. Los plantíos de nogal pecán cercanos a Sahuarita son igual de exigentes. La tierra, al faltar el agua, se fue marchitando y hundiendo, los edificios se vinieron abajo. La Interestatal 10, que va de Tucson a Phoenix, empezó a mostrar pliegues y grietas. Terminado en 1993, el canal del Proyecto Arizona Central fue un intento de complementar las aguas

subterráneas de Tucson y Phoenix; discurría a lo largo de 540 kilómetros de desierto desde un embalse en el río Colorado. Visto en un mapa, sus líneas rectas, sobre todo cuando va casi paralelo al cauce del Santa Cruz, hacen pensar en las cánulas y catéteres de un paciente en la UCI.

En 1878 John Wesley Powell, veterano de la Guerra Civil, manco y hombre de confianza de Ulysses S. Grant, publicó su *Report on the Lands of the Arid Region of the United States*. El texto causó indignación y sigue siendo uno de los tratados de referencia sobre los desiertos americanos. «La Región Árida empieza aproximadamente en la mitad de las Grandes Llanuras y se extiende hasta el océano Pacífico atravesando las Montañas Rocosas», escribió Powell, y advertía de que era un área tan seca que «habrá muchos períodos de sequía; muchas temporadas seguidas serán improductivas, e incluso es dudoso que, en conjunto, la agricultura resulte allí remunerativa». Tan dudoso como limitarse a dispersar la poca agua que poseía la región: «Cuando toda el agua que llevan los arroyos de esta región sea canalizada, la parte de tierra que se beneficiará de ello será mínima».

Powell tenía claro que la escasez de agua no era el único problema: estaban también la escarcha, los suelos alcalinos, el mal drenaje. Aquí no se podía vivir como en el Este. Se necesitaba espacio, por encima de todo. Según la ley aprobada en 1862, cada colono tenía derecho a 162 acres de terreno, pero esa repartición la habían calculado en el nuboso y lejano Washington. Con eso, en el desierto, solo había para dos vacas (y de las tranquilas). Powell sugería que fueran al menos 2560 acres por rancho. Abogaba por los pastos comunes y sin vallar, el trabajo en cooperativas y las subvenciones federales. Algunos pensaron que eso era como decir que el Oeste era adverso al capitalismo. Para los congresistas que leyeron el informe de Powell fue, en el mejor de los casos, una propuesta de capitulación. (Nadie empleó la palabra «socialismo».)

Para «propagandistas» del Oeste americano como un influyente especulador de nombre Charles Dana Wilber, el desierto descrito por Powell no era más que un mito: «El Creador jamás le ha impuesto a la tierra un desierto perpetuo —escribía en 1881—, todo lo contrario: la ha dotado de tal manera que el hombre, con el arado, pueda transformarla en zona de cultivo, sea cual sea la región». Ninguna prueba irrefutable aportada por la ciencia hizo desistir a los adeptos a la doctrina del Destino Manifiesto. Wilber predicaba además la idea de que la actividad agrícola, por sí sola, modificaría el clima a corto plazo. El primero que afirmó semejante cosa fue Josiah Gregg en 1844: «El cultivo intensivo de la tierra podría contribuir a una

multiplicación de los chubascos», escribió. No estaba claro el mecanismo de tal proceso —había quien lo relacionaba con la mayor absorbencia del suelo roturado—, pero colonos y propagandistas por igual acabaron convencidos de que el desierto, tal como estaba, era terreno practicable hasta las estribaciones mismas de las Rocosas. Uno aseguraba que, por cada metro de riel tendido en el desierto, caería cada año un galón más de lluvia. Pero ahora sabemos que no fue así. «La lluvia sigue al arado», resultó ser un eslogan catastrófico para los colonos que se establecieron en el extremo oriental del desierto, pues las sequías menudearon a medida que el siglo se acercaba a su fin. En los carromatos de los que abandonaban aquellas polvorientas planicies se podía leer: «Confiábamos en Dios, y al llegar a Kansas, adiós».

En 1890 un tal Robert Dyrenforth fue acusado por el muy inquieto Departamento de Agricultura de realizar una serie de «experimentos con la producción de lluvia». Una de las técnicas empleadas consistía en disparar explosivos al cielo del desierto desde cañones, globos aerostáticos y cometas. En opinión del *Chicago Times*, aquellos veinte mil dólares habrían sido «empleados de manera mucho menos ridícula si los hubieran invertido en la fabricación de silbatos hechos de rabo de cerdo». A Dyrenforth no tardaron en cambiarle el apellido por el de «Dryhenceforth»: «De aquí en adelante, seco».

Ochenta años después del informe de Powell, en mayo de 1957, vio la luz en *Harper's Magazine* un escrito de Walter Prescott Webb titulado «El Oeste americano, ese perpetuo espejismo». Fue artículo de portada: «El prominente historiador nos revela un hecho abrumador que diecisiete estados han estado intentando ocultar durante los últimos cien años». Trata del continuado fracaso de Norteamérica, incluso bien entrado el siglo XX, en admitir la extensión y la dureza de su zona desértica. El Oeste, argumenta Webb poniendo sus cartas sobre la mesa, se extiende desde una «línea trazada desde la punta meridional de Texas hasta la última frontera de Dakota del Norte», o sea bastante más al este que el umbral de la Región Árida fijado por Powell en 1878. Webb divide esta inmensa franja en tres segmentos norte-sur: la costa del Pacífico, las montañas y las Grandes Llanuras. La «influencia principal», la «fuerza predominante», es el desierto, y él nos lo pinta como una especie de dios implacable. «Recortó la hierba en sus linderos antes de destruirla en su interior. Jamás permitió árboles en las llanuras que construía; y allí donde los encontraba, los reducía a artemisa y matorral, convirtiendo las hojas en espinos y la savia en grasa y petróleo». Pinta el desierto como un *inferno*. «En el centro habrá una zona donde toda vida ha sido destruida, un amasijo chamuscado como puede verse en partes de Utah, Idaho y Nevada.

Más allá habrá una serie de círculos concéntricos en los que la destrucción disminuye a medida que crece la distancia». Cuando examina una serie de libros de texto sobre la historia de Norteamérica, descubre que al Gran Desierto Americano nunca se le dedican más que unas pocas páginas. Esto se debe en parte a que «el Oeste, en comparación con el este, es una tierra de deficiencias».



De *Harper's Magazine*, mayo de 1957.

El elemento más provocador del escrito es el mapa que delimita la incendiaria geografía de Webb. «Seamos realistas y dividamos el Oeste en las dos categorías, Estados en Desierto y Estados en Borde de Desierto».

Etiquetados como ESTADOS EN DESIERTO, EL CORAZÓN DEL OESTE se encuentran no solo Arizona, Nuevo México, Nevada, Utah y Colorado, sino también el norte de Idaho, Wyoming y Montana. Los «estados de borde en desierto», por su parte, comprenden toda o parte de California, Oregón y Washington al oeste y, contiguos al extremo oriental del desierto, Texas, Oklahoma, Kansas, Nebraska y las dos Dakotas. La línea que traza Webb para señalar «el límite aproximado de la influencia del desierto» engloba bastante más de la mitad de la masa continental del país. El desierto, afirma, «emerge en su verdadero carácter como una gran fuerza interior: repelente a los humanos y repulsiva a casi toda forma de riqueza».

En Londres, tanto puristas como políticos se llenaban la boca hablando de «crisis migratoria», y aquí en Arizona estaba uno de sus peores núcleos, la zona fronteriza entre Estados Unidos y México. Empecé a asistir a reuniones semanales en un salón parroquial no muy lejos de mi *casita*. Las organizaba un grupo activista llamado No More Deaths, que proporcionaba alimentos, agua y atención médica a migrantes sin papeles que intentaban atravesar el desierto entre la frontera mexicana y Tucson, ochenta kilómetros al norte. Una vez a la semana, James, miembro fundador del grupo, me recogía a las cinco y media de la mañana. Había sido director de un instituto, llevaba el pelo casi al rape y tenía un porte militar que escondía un temperamento sumamente dulce y ese aire como apesadumbrado típico de quienes luchan por conciliar la fe en su propio optimismo básico con la sospecha de que toda esperanza es vana. Una tensión por lo demás harto común. Lois, también miembro de primera hora de la comunidad que ayudaba a los migrantes, nos acompañó una mañana. Tenía el porte y la mente alerta de una quinceañera; también la mirada fulminante e inquisitiva de una chica, pero acababa de cumplir ochenta años y su aspecto no podía ser más radiante; de hecho, se la veía más sana que muchos (yo, por ejemplo) con la mitad de años a cuestas. Hasta una camiseta de talla infantil le venía un poco grande. La que llevaba lucía el logotipo de No More Deaths, una garrafa de agua de plástico con una cruz verde pintada encima y la palabra AGUA, en español. Lois montó en el asiento de atrás y empezó a repartir muffins caseros y comentarios mordaces. A medida que transcurría la mañana y nos adentrábamos en el desierto, su gesto se fue suavizando. En la mochila llevaba paquetes de comida y calcetines nuevos en bolsas de cremallera; ya no podía cargar agua en la cantidad que solía hacerlo. Esto lo reconoció Lois con cierto engorro, ella,

que tenía ochenta años y que caminaba por el desierto a un ritmo que a cada momento me dejaba a mí un centenar de metros más atrás. Continuamos hacia el sur por la Ruta 19. A la derecha de Lois iba Ryan, un voluntario nuevo de veintipocos años, estudiante de astronomía en la Universidad de Arizona en Tucson; y a la izquierda John, John el de la melena blanca y la badana y la gorra para el desierto, con su irónica afabilidad típica del Este y su cachondeo cosmopolita. John, ornitólogo, dijo que amaba el desierto a esta hora del día; lo amaba por el canto de sus aves, que iba apagándose conforme ascendía el sol, y especialmente también por sus auras gallipavo, pese a que verlos planear en círculos indicara claramente la presencia de carroña.

Continuando hacia el sur por la carretera de Nogales, dejando atrás los montes Santa Rita y sus abanicos aluviales, y después de pasar por Sahuarita y el enclave para jubilados de Green Valley, nos desviamos a la derecha en Arivaca Junction, pasamos el control fronterizo en el lado opuesto de la carretera y dejamos atrás el pequeño poblado de Arivaca, donde No More Deaths mantiene un puesto de primeros auxilios. El lugar de entrega en el valle de San Luis quedaba dentro del Refugio de Fauna Silvestre de Buenos Aires. Hubo una fase de preparativos: bajarse las mangas, anudarse los pañuelos, ponerse sombreros y gafas de sol. Untarse de loción solar, a dos manos, como un alfarero. Durante su travesía por el desierto de Sonora en 1909, el explorador noruego Carl Lumholtz escribió que «tenías la sensación de estar caminando entre grandes incendios».

Nuestras mochilas iban cargadas con bombonas de agua de cuatro litros. Apenas si nos habíamos puesto en camino por el lecho seco del riachuelo cuando John y Lois se perdieron de vista en el bosque de palo fierro que había más adelante. Las especies predominantes eran el nopal, el palo fierro y el mezquite. Aunque los lechos estaban secos, había multitud de flores silvestres. Una bandada de saltamontes nos precedía saltando de árbol en árbol en medio de espantosos chirridos. Nos detuvimos en uno de los puntos donde se dejaban posesiones desechadas. No debían de llevar allí más que unos días. Entre otras cosas había un bálsamo para labios con «brillo frutal» y un cortaúñas cromado; como si sus propietarios creyeran que iban a un sitio que no tenía nada que ver con este, una visita a una tía carnal. Al cabo de una hora, cuando llegamos al lugar donde debíamos dejar los víveres, John y Lois nos estaban esperando sentados en unas rocas separadas entre sí por unos cuantos metros. Había bastantes en el *creek* seco.

Lois nos miró mientras dejábamos el agua en el suelo y descargábamos nuestras mochilas. «Han desaparecido todas», dijo.

De las ramas de los mezquites colgaban como una docena de nudos de cordel azul, de los cuales habíamos colgado nosotros garrafas de agua la semana anterior (si no las dejás en el suelo, evitas que los cuervos las picoteen). Lo que preocupaba a Lois no era tanto que hubieran desaparecido el agua y la comida sino que el lugar estuviera tan limpio: ni rastro de desperdicios, ni una botella vacía, ninguna de las señales de un consumo desesperado que ella estaba acostumbrada a ver. Alguien había vaciado y limpiado aquel sitio, y no eran migrantes. Lois lo achacó a los rangers de la reserva. Habían mandado citaciones anteriormente por supuestas actividades no autorizadas del grupo en esta zona protegida; dicho de otro modo, ensuciar por haber dejado allí garrafas de agua. A veces se encontraban las garrafas hechas trizas y las latas de comida vaciadas de cualquier manera. Aparte de la policía de fronteras había rancheros y grupos paramilitares hostiles, *boyscouts* reconvertidos en polis y provistos de armas automáticas a la caza de migrantes indocumentados; creían que dejar agua allí para gente moribunda era una traición al país. Tiempo atrás, No More Deaths había escondido en un arbusto una videocámara con sensor de movimiento con la intención de averiguar quién se dedicaba a vandalizar uno de los puntos de entrega, y cuando volvieron resultó que alguien se había llevado la cámara. Pero otra (que pasó desapercibida) había grabado a un policía de fronteras emprendiéndola a navajazos con una botella de agua.

Las cuerdas sueltas se mecían en la brisa. John había llevado consigo rotuladores Sharpie, uno negro, otro azul y otro verde. Pintó corazones, flores y mensajes de bienvenida en español en los envases de comida y en las botellas. Existe la creencia entre ciertos migrantes de que la comida y el agua las dejan allí los de la patrulla fronteriza u otros cuerpos hostiles a modo de trampa, o que pueden estar envenenadas. John pensaba que ni la patrulla ni los paramilitares dibujarían corazones o flores. Sin embargo, no se trataba de un mero ardid; esa expresión de hospitalidad era sincera. «Comida + Calcetines». «Que les vaya bien». «Nuestros corazones no tienen fronteras». Esos eran los mensajes.

John siguió con lo suyo. A mí me pareció que hacía bien, porque estaba claro que sus enemigos eran incapaces de una cosa así.

Al final de cada reunión en el salón parroquial se guardaba un minuto de silencio por los migrantes perdidos.

Yo había visto fotos de Jim Corbett en las solapas de los pocos libros que escribió; cara de intelectual, sonrisa dentona, manos nudosas, arrugas del sol, gafas gruesas y barba de chivo. En su libro *Goatwalking*, publicado en 1991, aboga por una forma de nomadismo pastoril —conducir cabras de un pasto a otro y vivir de su leche— como la manera más prudente en que una persona puede vivir en un entorno árido. «De los Alpes al Cuarto Vacío, de Java a Baja California, con la cabra como socio, los seres humanos pueden salir adelante en la mayoría de las tierras vírgenes». Corbett, que vivió gran parte de su vida en Tucson, pasaba frecuentemente semanas enteras en el desierto sin más compañía o sustento que un pequeño rebaño. El pastoreo, tal como lo entendía Corbett, era poner de nuevo sobre la mesa «la historia de las fes proféticas»; era el nomadismo árabe y el del Pueblo Elegido. La terquedad de los animales y su asociación con la anarquía —forrajear en la basura, asaltar ropa tendida, embestir al incauto— es lo que Corbett adora, tanto como su lealtad y su autosuficiencia. Las cabras, apostilla, jamás cometen el error de pensar que son humanas, pero «permiten a seres humanos que se portan adecuadamente ser aceptados como miembros del rebaño». Es decir, consienten que seres humanos (los que se comportan como Dios manda) sean cabras.

Mientras Corbett pastoreaba un rebaño en Baja California durante la sequía del verano de 1980, los machos cabríos treparon por una serie de riscos en persecución de un rebaño de hembras (las alturas atraen a las cabras). Corbett sabía que en cuanto las alcanzaran, los machos ya no le seguirían a él sino a las hembras, y los animales se extraviarían. La manera de recuperar el control de un rebaño de cabras es provocar el pánico; dar señales de alarma y echar a correr para que los animales te sigan. Después de esprintar como un poseso durante más de un kilómetro y conseguir que sus cabras volvieran a hacerle caso, Corbett se sintió agotado, acalorado y deshidratado en mitad de la tarde estival de Arizona (estaban a más de treinta y siete grados). La única fuente de agua en las inmediaciones era una pequeña hondonada donde había un manantial. Acudían allí los buitres, cuyas deposiciones blancas cubrían casi por entero las piedras de alrededor. «Aquella agua verdosa olía a carroña y era un auténtico hervidero de bacterias putrefactas». Sabiendo que era lo único que mediaba entre él y una muerte muy desagradable, Corbett bebió unos cuatro litros, y eso le permitió revivir lo suficiente para conducir a las cabras hasta agua dulce. «Pasé la noche bebiendo agua, y a los pocos segundos ya la tenía fuera —escribía—, pero tirarse toda una noche con diarrea era mucho mejor que estar muerto».

Además de a una cabra, Corbett reconocía que con los años iba pareciéndose cada vez más a la otra presencia constante en su vida, el Don Quijote cervantino, a quien él llama su «fantasma personal». De Don Quijote aprendió lo que Corbett denomina la «errancia», un principio que ha guiado su existencia: «aventurarse más allá de lo que la sociedad considera establecido, vivir conforme a lo que nos dicta nuestra propia conciencia». Antes de cumplir los treinta, Corbett se separó de su mujer tras cinco años de matrimonio; la custodia de los hijos le fue otorgada a ella. Corbett se fue a vivir al monte, concretamente a la zona fronteriza entre Arizona y México, en Black Bear Mountain. «La primera lección es por donde empieza todo el mundo: la desesperación que despeja el camino». Estando allí aprendió malayo: «un idioma que jamás había oído hablar, de un país en la otra punta del mundo».

Pasado un tiempo, no sabemos cuánto, se fue solo (su *Don Quijote* por toda compañía) a Sinaloa, en México, y de allí a una pensión en Berkeley con la idea de «adaptarse», aunque luego decidió que no. Se había propuesto ser profesor de filosofía, «pero si algo aprendí estudiando filosofía es que yo no tenía ni idea de enseñar». Fue allí donde tuvo la revelación: Corbett estaba convencido de que su corazón se paró. «Surgido de la quietud que yo tomé por muerte, el amor —o algo parecido al amor pero que no se dividía entre amar y ser amado, como ocurre con el amor— me hizo volver a la vida». No era la muerte, sino algo más importante. Regaló todo aquello que no necesitaba y se echó a la carretera.

«Desobedecer al gobierno es como no cumplir una promesa», escribió: no es algo que haya que hacer a la ligera. Al final, cuando entró en conflicto con el Estado fue porque vio que el propio Estado contravenía la ley, o fracasaba en estar a su altura; en otras palabras, incumplía lo prometido. Entre esas promesas, exigidas no solo por el derecho internacional sino también por las leyes federales, estaba la obligación de proporcionar asilo a los refugiados.

A principios de la década de los ochenta las guerras civiles en El Salvador y Guatemala estaban en su punto más grotesco: ya entonces, las atrocidades cometidas por escuadrones de la muerte leales al gobierno en ambos países eran de sobra conocidas en Estados Unidos. Corbett recordaba, en una carta que escribió a principios de enero de 1982, una cosa que había oído contar en la localidad fronteriza de Nogales, sobre un niño de pecho al que soldados guatemaltecos habían mutilado y asesinado lentamente mientras obligaban a su madre a mirar. Para mantener su postura de que los que huían de la violencia no eran refugiados sino migrantes por motivos económicos, el

gobierno de Estados Unidos tenía que negar la evidencia de que en América Central estaban ocurriendo violaciones de los derechos humanos. Pero hacer esa concesión suponía convertir en ilegal la ayuda militar que Washington estaba prestando a los regímenes de El Salvador y Guatemala.

En junio de 1981 se deportó a Santana Chirino Amaya, un salvadoreño de veinticuatro años que vivía sin papeles en Los Ángeles. Al cabo de dos meses apareció en Amapulapa (El Salvador). Lo habían decapitado. Ni las atrocidades auspiciadas por el Estado ni la deportación de centroamericanos que huían de ellas eran ninguna novedad. En diciembre de 1980 un avión que transportaba a cuarenta deportados fue supuestamente masacrado a su llegada a San Salvador. Se decía que un salvadoreño tenía tres opciones: unirse a la izquierda y que te matara la derecha; unirse a la derecha y que te matara la izquierda; o bien huir, sabiendo que ese vuelo también podía significar la muerte.

Hasta 1981, después de mudarse a Tucson con su segunda esposa, Jim Corbett no fue consciente de los apuros de los refugiados centroamericanos. En mayo de aquel año, un amigo suyo recogió a un joven cerca de la frontera, y cuando los pararon en el control fronterizo de la autopista Nogales-Tucson, se enteró de que era un refugiado de El Salvador. El joven fue arrestado. Al enterarse de ello, Corbett asumió como tarea propia investigar lo ocurrido; la patrulla de fronteras le dijo que no podían darle información. Corbett telefoneó a un funcionario del Servicio de Inmigración y Nacionalización y, muy decidido, le dijo: «Soy Jim Corbett, llamo desde Tucson. Necesito nombre, número de tarjeta verde y ubicación actual de un varón salvadoreño al que han detenido». Tal como esperaba Corbett, el funcionario le tomó por otra persona llamada Jim Corbett (el exalcalde de Tucson) y rápidamente le informó de que la persona en cuestión estaba en la cárcel del condado de Santa Cruz, en Nogales.

Corbett consiguió una copia del formulario —un G-28— que todo arrestado tenía que rellenar a fin de designar un representante legal. Al llegar a la prisión descubrió que había varios salvadoreños más en la misma situación y fue a conseguir más formularios G-28. Cuando volvió, enteradas las autoridades de que no era el Corbett por el que lo habían tomado, se le dijo que los salvadoreños habían sido trasladados, pero no quisieron decirle adónde. Gracias a un requerimiento judicial, Corbett fue autorizado finalmente a pagar la fianza de los salvadoreños arrestados, lo que significaba que se les ponía en libertad bajo su supervisión, a la espera del fallo sobre su petición de asilo político. Mientras tanto, su mujer y él instalaron a una

veintena de ellos en su garaje remodelado. La cifra se hinchó cuando Corbett empezó a pasar personalmente centroamericanos por la frontera. Cada vez que ayudaba a un solo individuo a cruzar al otro lado estaba incurriendo en un delito grave, punible hasta con cinco años de cárcel. Muchos de los que cruzaron la frontera en esa época recibieron ayuda de una cooperativa denominada «Los Cabreros Andantes», en español. Corbett era un «cabrero» más. Aquella gente conocía mejor que casi nadie el terreno que pisaba. El nombre era una alusión con segundas al arquetipo del caballero andante, Don Quijote.

Imaginemos a un hombre subido a una cresta volcánica cerca de los montes Baboquivari, unos kilómetros al sur de Tucson. Se llama José Salazar Ylarregui y estamos en 1851. Es miembro desde hace años del Comité Bilateral para la Frontera Estados Unidos-México, responsable de supervisar los recién definidos límites entre ambos países. Hasta entonces no existía línea ni valla ni muro. Fue la guerra lo que creó la línea fronteriza, la guerra entre México y Estados Unidos de 1846, o, mejor dicho, el Tratado de Guadalupe Hidalgo que le siguió. Salazar Ylarregui, responsable conjunto de un centenar de hombres en el inhumano calor del desierto sonorense, siempre en guardia contra los apaches, hizo esta anotación (puede que imaginara a sus superiores en los salones de Ciudad de México): «Es fácil trazar una línea sobre el papel a lápiz y regla».

Por el este, la línea seguía la barrera natural del río Grande; por el oeste, partía originalmente de El Paso siguiendo el curso del río Gila hasta su confluencia con el Colorado, y desde allí, todo derecho hasta San Diego Bay, de manera que gran parte del sur de Arizona quedaba dentro de territorio mexicano. La Gadsden Purchase de 1854 —cuando, a raíz de un desacuerdo sobre la línea trazada por Salazar, Estados Unidos compró a México unos 77 000 kilómetros cuadrados de territorio— hizo que la parte occidental de Arizona quedara situada un poco más al norte. Tucson pasó a ser norteamericano y la frontera, en lugar de seguir el curso del Gila, pasó a ser una línea recta desde El Paso hasta el Colorado. De repente, cobraba importancia una extensión de desierto con escasos hitos naturales y todavía más escasos nombres propios en los mapas de ambas naciones.

El proceso mediante el cual había de funcionar la frontera no escapaba a quienes fueron encargados de convertirla en realidad sobre el terreno. Un miembro del equipo agrimensor de 1851, estudiando las tierras fronterizas

recién trazadas, preguntó simplemente: «¿Esto es lo que hemos comprado y tenemos que medir y conservar a tan alto precio? Hasta donde alcanza la vista no hay otra cosa que un ininterrumpido erial, árido, salvaje, sin interés alguno». Otro hablaba de un «yermo totalmente estéril, sin otro valor que el de servir de barrera».

En la localidad de Nogales, que está a caballo de la frontera EE. UU.-México al sur de Tucson, pude ver lo que parecía una hoja de cuchillo oxidada de cinco metros de alto que serpenteaba colina tras colina. El muro parecía infranqueable, como si lo hubieran diseñado para repeler una ofensiva militar. Pero, hasta el siglo XX, fue algo conceptual y poco más: una línea trazada en papel cuyo eco sobre el terreno lo constituía una constelación de obeliscos, cada uno separado de sus vecinos por tres kilómetros de desierto (o más, si el terreno así lo exigía). Los mexicanos cruzaban el muro a diario; la gente de la región fronteriza siempre ha pasado de una zona a la otra en función de las pautas económicas dictadas por la temporada y el clima. La Patrulla de Fronteras de Estados Unidos no se creó hasta 1924 e incluso entonces había centenares de kilómetros sin otra huella que los obeliscos dejados por los agrimensores. Teóricamente, en muchos puntos se podía pasar todavía de un lado al otro sin que nadie se enterara, y eso a pesar de que las ciudades, pueblos y aldeas surgidos a lo largo de la línea fronteriza estaban mucho más controlados. La idea era que no hacía falta levantar un muro porque ya había uno: aquel «yermo totalmente estéril, sin otro valor que el de servir de barrera».

Un año antes de que Santana Chirino Amaya fuese deportado, el 5 de julio de 1980, tres guías pagados (*coyotes*, se les llama) habían llevado hasta el desierto al norte de la población fronteriza mexicana de Sonoyta a una treintena de salvadoreños, de clase media en su mayoría, tras haber cruzado ya Guatemala y México. Esto sucedía no muy lejos de donde W. J. McGee encontró en 1906 al moribundo Pablo Valencia, reducida su piel a «cuero crudo». Los salvadoreños estaban habituados a las condiciones tropicales de su país de origen, de modo que los *coyotes* les hicieron recorrer cincuenta kilómetros a pie durante la noche. A la mañana siguiente, cuando el agua empezaba a escasear y el calor del día iba en aumento, dos de los *coyotes* fueron a «buscar agua». Uno de ellos les aconsejó meterse unos guijarros en la boca; eso quitaba la sed.

Entendiendo que los habían abandonado, todos salvo uno fueron en busca de agua o de ayuda. No tenían la menor idea de dónde se encontraban, de modo que echaron a andar en la dirección por la que se habían perdido de

vista los *coyotes*. Para no volver. En el grupo había diez mujeres, entre ellas tres hermanas de doce, catorce y diecinueve años; viajaban solas a Los Ángeles, donde debían reunirse con su madre, que había pagado para que las sacaran de El Salvador. Una de las mujeres de más edad murió poco después del mediodía. Otra enfermó a media tarde. Había seguido el consejo del *coyote*, y una de las piedras que estaba chupando le había obstruido la garganta. El tercer *coyote*, el único que quedaba, un tal Rivera, le metió un palo en la garganta como quien intenta desatascar un desagüe. La mujer expectoró sangre y falleció.

Rivera estaba con los salvadoreños desde hacía cuatro días, primero Guatemala, luego México, finalmente el desierto de Sonora. ¿Cuánto cobraba él, por persona? Doscientos dólares. Las mujeres supervivientes denunciaron que el hombre había violado a dos de las hermanas, pero las autopsias no confirmaron tal hecho. La patrulla de fronteras encontró al grupo —los vivos y los muertos— al cabo de dos días; estaban casi desnudos y acurrucados bajo la magra sombra que habían conseguido crear colocando sus prendas entre las ramas de unos paloverdes. Iban muy untados de maquillaje para protegerse del sol. Uno de los hombres, al que encontraron vivo a varios kilómetros de allí, lo había hecho con pasta de dientes. Por la noche la luminosidad de su rostro llamó la atención de una patrulla. En total, fueron halladas sin vida trece personas del contingente original, entre ellas Rivera y las tres hermanas.

Esta historia me la contó John Fife, a quien me habían presentado en Tucson en un acto para promocionar un libro. Fife había sido clave en el llamado movimiento Santuario, y fue a él y a su iglesia —la Presbiteriana Southside— a quienes Jim Corbett había acudido cuando necesitó espacio para alojar a la gente que los Cabreros Andantes pasaban de un lado al otro de la frontera. Fife tenía el cabello blanco y medía un metro ochenta, del cual el 80 por ciento era pierna. Iba tieso como un palo, pero no con esa rigidez marcial de sacar pecho sino con la grácil verticalidad del jinete que sabe que el caballo te tira si vas encorvado. Nos vimos de nuevo al día siguiente en la Presbiteriana Southside, un conjunto de salas, cocinas y bloques de alojamiento alrededor de la iglesia propiamente dicha. Tras recordar algún ejemplo de injusticia u horror, se reía por lo bajo, una risa de consternación. Modulaba la voz con maestría, era algo que había ido puliendo tras una vida dedicada a dirigirse a sus feligreses. La iglesia que atravesamos para llegar a su despacho era de planta circular, los bancos estaban dispuestos concéntricamente. No había

púlpito pero sí un altar, construido por un conocido de Fife que vivía en el desierto cerca de Bisbee. Lo había hecho con madera de palo fierro sin quitarle la corteza.

Fife estaba comprometido con esta parte pobre de la ciudad desde hacía muchos años; no solo con sus feligreses, sino también con la gente que cruzaba la frontera contra los deseos del gobierno. La política nacional era una abominación, algo intolerable. Tal cual: no se podía tolerar. «Fíjese en el fracaso de la iglesia europea a la hora de proteger a los judíos en los años treinta y cuarenta», dijo. Ahí estaba la lección a aprender, una lección que a menudo se dice apoyar solo de boquilla. Pero él había obrado en consecuencia. Y luego había otras lecciones, más antiguas. En Números, por ejemplo: «El Señor se dirigió a Moisés en estos términos: Habla con los israelitas y diles: Cuando crucéis el Jordán y entréis en la tierra de Canaán, elegiréis ciudades para que os sirvan de refugio». Y en Levítico: «Cuando un extranjero habite con vosotros en vuestra tierra, no debéis oprimirle. El extranjero que habita con vosotros será un ciudadano más; le amaréis como a vosotros mismos, pues vosotros fuisteis extranjeros allá en Egipto».

A finales de 1982, cualquier noche podías encontrar a cincuenta guatemaltecos y salvadoreños durmiendo en el suelo de la iglesia. Fife colgó un cartel sobre la entrada: «He aquí un Santuario para los Oprimidos de América Central». Aquello no nació como un «movimiento». Fue solo una serie de acciones nacidas de una fe sencilla, pero esos actos fueron la raíz de un fenómeno que iría más allá de Arizona e incluso de Estados Unidos. Se crearon santuarios para refugiados centroamericanos en lugares de culto y universidades; la onda expansiva llegó hasta Alemania. Por su parte, la patrulla de fronteras, al comprender lo que estaba pasando, amenazó a Fife con presentar cargos contra él. «Ninguno de nosotros quería ir a la cárcel por Cristo». Pero sopesar los pros y los contras no les llevó mucho tiempo. Washington estaba permitiendo que murieran personas en el desierto, cuando no los abandonaba sin más a la tortura, la violación y el asesinato.

«Después supimos que hubo una reunión del Departamento de Justicia para decidir qué se hacía con aquella insignificante iglesia del sur de Tucson. Y la conclusión fue: “Bueno, no presentaremos cargos porque al final conseguiríamos llamar la atención sobre el problema. Si los dejamos en paz, se esfumarán por sí solos”».

«Toda la comunidad internacional le estaba diciendo a Estados Unidos: “Estas personas son refugiados; necesitan estar protegidos por la ley”. Es lo mismo que está pasando ahora en Europa. Siempre estáis hablando de vuestra

gran tradición de velar por los refugiados; bueno, pues ahora no lo hacéis». Otra vez igual: el mar, el desierto; morir por exceso de agua o por falta de ella. La geografía como cordón sanitario y como verdugo. Al notificar al fiscal general en marzo del 82 que su iglesia se declaraba lugar de asilo, Fife escribió: «Creemos que la justicia y la compasión requieren que personas concienciadas reivindiquen de manera activa el derecho que Dios nos otorga a ayudar a todo aquel que huya de la persecución y el asesinato. La actual administración de la ley en Estados Unidos nos prohíbe dar cobijo a estos refugiados centroamericanos. Por lo tanto, creemos que dicha administración de la ley es antiética, además de ilegal».

Agentes clandestinos del FBI e informadores a sueldo se infiltraron en la Southside. Las grabaciones que realizaron en secreto fueron utilizadas en 1985 para imputar a Fife y otros quince. Aparte de él y de Jim Corbett, entre los acusados había dos sacerdotes católicos, tres monjas y dos cuáqueros: «los típicos forajidos». Dos días antes del juicio, el abogado defensor fue advertido por el juez del caso de que no debía mencionar la situación política en El Salvador o Guatemala como argumento en defensa de sus clientes. «Le solté un montón de tacos». Los dieciséis, condenados finalmente a cinco años de libertad vigilada, reanudaron su tarea de inmediato y, paralelamente, presentaron una denuncia contra el fiscal general. «Al día siguiente recibimos una llamada del Departamento de Justicia: “¿No les gustaría llegar a un acuerdo previo?”. Accedieron a parar las deportaciones. Y accedieron también a dar a todos los que estaban aquí sin papeles un estatus provisional de protegidos. Luego, en el 92, se firmaron acuerdos de paz en Centroamérica, de modo que decidimos poner fin al movimiento. Yo, la verdad, estaba agotado. Pensaba que nos iban a quemar en la hoguera».

En 1992 los líderes de Estados Unidos, México y Canadá firmaron el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, sus siglas en inglés). Ese mismo año el gobierno de Washington instituyó la Operación Gatekeeper, que se puso en marcha en Texas y California. Su objeto era «endurecer» la seguridad en las cercanías de pueblos y ciudades próximos a la frontera. La intención no era otra que escoltar a quienes intentaran cruzar la frontera hasta zonas más «hostiles» (al desierto) como medida disuasoria, una estrategia que se amplió posteriormente a toda la frontera. El efecto inmediato, sin embargo, fue un incremento de cadáveres en el desierto al sur de Tucson. «Y yo pensé: Mierda, ya estamos otra vez», dijo Fife. Las redes que habían creado el movimiento Santuario se reactivaron; diversos grupos asumieron la misión de vigilar la zona de desierto entre Tucson y la frontera y

dejar agua, alimentos y otras provisiones en las sendas de los migrantes. Uno de esos grupos era No More Deaths.

La apertura de mercados estadounidenses a consumidores mexicanos que trajo consigo la NAFTA arruinó a muchas pequeñas comunidades agrícolas mexicanas, que no podían competir con los gigantes subvencionados del norte. Han sido con frecuencia hombres y mujeres de zonas rurales —la tropical Veracruz, las frescas montañas de Oaxaca— aquellos cuyas vidas han terminado en el desierto. «Es una guerra contra los pobres —dijo Fife, e incluso esto lo soltó con una escandalizada risa por lo bajo—. Si lo miras en conjunto, Estados Unidos está orquestando un conflicto de baja intensidad contra los pobres, y las víctimas se cuentan por millares. En los ochenta, cuando pasábamos gente desde México, había 284 agentes de la patrulla de fronteras para todo Tucson y alrededores. Por eso pudimos hacerlo. Ahora hay 4300. Y hay que añadir la tecnología punta, los helicópteros, los drones; van con todo».

Aquellos supervivientes del grupo de salvadoreños que la patrulla de fronteras encontró en 1980 habían comido arena. Al igual que Pablo Valencia, se habían quitado la ropa. Uno de ellos había metido la cabeza en la madriguera de un zorro. Habían bebido sus propios orines, claro está, y cuando ya no les salía nada recurrieron a colonia y loción para el afeitado. ¿Qué era más inquietante?, ¿su desesperación en medio de la nada o su inocencia urbana, que en la mochila llevaran *loción para el afeitado*? El trabajo continuó, dijo Fife: el desierto seguiría tragándose a quienes se vieran forzados a atravesarlo. En el Congreso no había una mayoría clara sobre política de fronteras. Cuando ya me marchaba, añadió: «Tengo un amigo latino experto en ética, y siempre me dice: “Lo estáis haciendo fatal. Siempre hablando de esperanza. ¿Esperanza? No me vengas con chorradas. ¿Te crees que esta movida que os habéis montado puede hacer frente al poder económico neoliberal? ¡No fastidies! Lo que tienes que hacer es dejar de decirle a la gente que hay esperanza. Comprende de una vez que no hay esperanza ninguna, cero: ellos saldrán ganando”. ¡O sea que eres libre! —dijo Fife—. Si entiendes que no hay salida, ¡eres libre para joder al sistema! —Esta vez, cuando rio, lo hizo a carcajadas—. Y creo que mi amigo tiene razón. ¡Jode al sistema de todas las maneras posibles! Jodamos al sistema y punto».

Desde la década de 1990 la patrulla de fronteras estadounidense viene practicando la doctrina conocida como «prevención por disuasión», inspirada en el éxito de la Operación Gatekeeper. Solo 565 kilómetros de los 3145 que tiene la frontera meridional del país están convenientemente vallados, un 18 por ciento. Los tramos intermedios se distinguen por la triple tira de alambre (no siempre de espino), aunque a veces no hay ni eso. La patrulla fronteriza recurre cada vez más a la tecnología de vigilancia electrónica, lo que se ha dado en llamar «muro virtual» —cámaras infrarrojas, sensores de movimiento y de presión, drones, dirigibles provistos de radar—, pero sigue habiendo muchos sitios donde puedes cruzar del lado sur al norte con dar un simple paso. Aunque ese paso tenga que estar acompañado por millones de otros. «El objetivo global de la estrategia —dice un informe del Congreso— es que entrar ilegalmente en este país sea tan difícil y tan costoso que muy pocos individuos lo intenten siquiera».

Aunque buena parte de la frontera de desierto sigue sin vallar, obliga a quienes están decididos a cruzarla a hacerlo en las zonas más aisladas. La eficacia de dicha estrategia puede medirse ya no solo por el número de migrantes potenciales que optan por no intentarlo (una cifra sujeta a especulación), sino por el número de restos humanos rescatados de torrentes y bajadas, así como de la sombra de palo fierros. Entre octubre de 2000 y septiembre de 2014, solamente en el sur de Arizona, su número ascendió a 2721. De todas estas personas que sucumbieron al calor o la deshidratación, o cayeron desde un peñasco o murieron por una picadura de serpiente o un ataque cardíaco, unas ochocientas están por identificar. Y a esta cifra (doblándola o, incluso, triplicándola) hay que añadir los restos no encontrados, ya sea por hallarse en un paraje muy remoto o porque, y eso es lo más probable, simplemente han sido borrados.

El desierto, a veces, preserva; recordemos la momia de Jotán con su pequeña lengua gris. Pero por regla general destruye. Eso que vuela en círculos allá en lo alto, planeando gracias a la gran envergadura de sus alas, son auras gallipavo. Entre estas, los coyotes y los zorros, pueden acabar con toda la carne de un cadáver y dispersar los huesos por varios kilómetros a la redonda en el transcurso de unos días. Mientras esperas en Nogales o en Sonoyta, del lado mexicano de la frontera, a adentrarte o no en el desierto, sabes muy bien que no solo te juegas la vida, sino que —faltando el cadáver o, en caso de que lo recuperen, sin que haya modo de identificarlo— puedes estar privando a tus seres queridos de llorar tu muerte como es debido.

Dan Millis y yo nos pusimos en marcha una mañana para ir a ver a un conocido suyo, Tony Sedgwick, cuyo rancho de trescientas hectáreas estaba al este de Nogales, en pleno valle de Santa Cruz. Dan trabajaba en la sucursal de Arizona del Sierra Club, una organización medioambiental. También había estado como voluntario en No More Deaths. Era más joven que yo, pulido, amistoso, escéptico. La primera hora, mientras yo hablaba, no dejó de estudiarme con detenimiento, pero después imagino que decidió que yo era de fiar y poco a poco nos fuimos sintiendo a gusto en la mutua compañía. Dan había encontrado un cadáver mientras caminaba por el desierto, en 2008. Era una salvadoreña de catorce años, Josseline Jamileth Hernández Quinteros. Sus padres habían dado parte de su desaparición en Los Ángeles, adonde ella tenía intención de llegar. Según recordaba Dan, la chica llevaba una pulsera de perlas. Dos días más tarde, cuando volvió al lugar con el fin de dejar provisiones para otros migrantes, Dan se topó con unos rangers de la reserva que lo acusaron de arrojar basura (eran botellas de agua, cajas con calcetines nuevos y galletas). Tras negarse a pagar la multa, Dan fue declarado culpable por un tribunal federal, con suspensión condicional de la pena. Cosas como esta ofensiva institucional contra la bondad hacían que uno se pasara al bando de los que joden al sistema.

Encontramos a Tony Sedgwick delante de un restaurante barato, en las afueras de Nogales. Llevaba puesto un impecable Stetson blanco y al andar movía las caderas como un autómatas. Cosas de montar a caballo durante cincuenta años. Tony había sido abogado y en una ocasión, años atrás, se había presentado a las elecciones (por el partido republicano, cómo no). «Fue muy divertido, pero no tuve éxito —dijo—. Los mexicanos no votan; si son ilegales no tienen derecho a voto; si entran en el país con tarjeta verde, no se les permite votar. Además, ellos no quieren, les importa un pimiento votar, se contentan con tener un trabajo. Hoy en día, los negros tienen más poder que los mexicanos. No digo que los negros no estén jodidos, cuidado, pero pensad en algún político mexicano. ¿Marco Rubio? Si Marco Rubio apenas habla español...».

Pasamos la mañana en su rancho. Tony se había enfrentado al Departamento de Seguridad Nacional porque este había puesto una de sus torres de vigilancia en la colina más alta de su propiedad. Le habían pedido autorización, y cuando él les dijo que no, pasaron de todo y la instalaron amparándose en la ley de expropiación y dándole unos cuantos miles de dólares. Ahora esa parte de la colina era del gobierno. Lo que había empezado como una discrepancia a título personal acabó haciéndole consciente de la

situación: ahora entendía que las frustraciones que había experimentado como acaudalado ranchero blanco, un hombre con mucha influencia y buena reputación, no eran nada al lado de lo que se infligía a los migrantes mexicanos y centroamericanos. Pero no era la torre lo que Tony quería enseñarme.

El muro fronterizo atraviesa colinas de hierba bisonte, álamos fremont y gobernadora. Se veía desde muchos kilómetros de distancia, una prieta hilera de empalizadas de cinco metros de altura. Los preciosos cabestros de Tony se solazaban a la sombra de los árboles. Oías cantos de pájaros constantemente. Esto también era el desierto. Al pie del muro, la hierba era alta y parecía que allí crecían flores con más abundancia que en ninguna otra parte. Sobre todo flores azules, de áster y de lino. Tal vez se alimentaban de algo que se filtraba del hierro o el hormigón, o quizá solo les gustaba la sombra. El muro terminaba en el lecho del valle, donde la vegetación era más densa y más alta. La línea fronteriza continuaba en forma de alambradas y barreras antitanque, pero no había gran cosa que pudiera impedir que una persona cruzara a pie de un país a otro, y de hecho la barrera tenía como objetivo controlar al ganado e impedir el paso de los narcos con sus camionetas cargadas de cocaína. En este punto, a quince kilómetros de los principales puertos de entrada internacional, uno podía bordear la ribera del Santa Cruz, pasar por debajo de una valla y entrar en Estados Unidos sin más inconveniente que tener los pies mojados. «Es muy interesante», comentó Tony, queriendo decir: «Es ridículo».

Por la tarde, acercándonos a Nogales-Arizona en la camioneta de Tony, pude apreciar que el muro era una aberración que desorientaba, como si un urbanista especulador lo hubiera dibujado con acetato y pegado sobre una imagen de la ciudad. Su geometría me recordó a un grabado de Escher: alabeada, dislocada. ¿Cuál es la función de esta negra hoja de cuchillo, se pregunta la vista, que corta colinas y calles? Mirar al este, hacia el amplio y verde valle del Santa Cruz, le hacía a uno ver instintivamente un corredor, un lugar donde fluye el agua, lo que significa nubes, semillas, liebres, pecaríes, aguilillas rojinegras.

«La pauta migratoria tradicional en este país era venir aquí y crear un nuevo mundo —dijo Tony—: Nueva Jersey, Nueva York, Nueva lo-que-sea». Habíamos parado para comprar quesadillas en un bar de carretera. Tony estaba en vena. «Ahora la gente que viene a este país preferiría no venir, preferiría quedarse en casa. Esa gente no quemó sus barcos como Eneas. Vienen aquí y trabajan: ¿y qué hacen con el dinero? Lo mandan a su país. Su país es aquel, no este. Aquí no se sienten en casa».

Entramos en Nogales. Aunque lo llaman «el muro», no es el monolito de hormigón de Israel ni la muralla china. Atraviesa Nogales en forma de una serie de vigas de acero separadas por unos pocos centímetros. Las vigas son de perfil triangular y cinco metros de alto. El muro consiste en secciones prefabricadas de diez vigas cada una, provistas en su parte superior de una cuchilla de un metro de altura y cinco de longitud. Las secciones están incrustadas en un bloque de hormigón que llega a la altura de la cintura. El acero de arriba, sin tratar, se ha vuelto rojizo por la oxidación, y a su vez el óxido ha ido tiñendo el pálido hormigón con churretes que bajan hasta el suelo.

«Nuestro país (o, al menos, su sistema judicial) se basa en la idea de que es preferible que cien culpables salgan en libertad a que un inocente sea condenado —dijo Tony—. Es lo que siempre hemos oído decir. Pero este tipo de edificación va justo en contra de esa idea».

Cuando el terreno forma pendiente, la base del muro cuenta con una línea de compuertas de baja altura sujetas mediante un solo pestillo, pero un pestillo tan imponente que solo se podría descorrer con algo tan pesado y movable como una carretilla elevadora. En el lado mexicano, aplastados contra el muro como peces en una red, se ven desperdicios, ropa, cascotes y vegetación: la basura de Nogales-Sonora. Cuando llegan las aguas de la crecida en época de lluvias —y vienen siempre del lado sur—, los escombros se acumulan hasta que el agua no puede ya discurrir entre las empalizadas. El talud que había cerca de allí, en nuestro lado del muro, mostraba la violencia de la irrupción súbita del agua, que dejaba a la vista el lecho de roca del terreno. Porque el muro es a la vez un dique. Las inundaciones del año anterior tiraron varias secciones de muro, y en 2008 el agua subió tanto que se llevó por delante un barrio entero de Nogales-Sonora, con daños en hogares, comercios y vehículos valorados en ocho millones de dólares. Los dos cadáveres encontrados, pero no identificados, se cree que eran de hombres que intentaban pasar al lado norteamericano por una alcantarilla subterránea.

En una de las cuestas de Nogales-Arizona, donde había pocas casas, alguien había utilizado como relicario la base de hormigón del muro. Dispuestas a lo largo de un zuncho que asomaba torcido del hormigón se veían unas velitas flotantes —ya consumidas— en sus recipientes de cristal. Más arriba, atada a la estacada vertical, había una tira de cinta amarilla y, sujetas mediante el mismo tipo de cinta, unas sucias margaritas de plástico que el sol había vuelto quebradizas. Al otro lado, seis metros más abajo, estaba Nogales-Sonora, y pude ver que el muro se asentaba en su propio

caballón, muy empinado del lado mexicano, como el foso de un castillo. Para escalar el muro, primero había que trepar por la cuesta. Una docena de metros. Entre los postes de acero que constituían el muro, vi en el lado mexicano un edificio sin ventanas pintado de blanco y con un rótulo: DESPACHO JURÍDICO. En la pared contigua habían pintado a plantilla la cara de un joven (de un niño, a juzgar por los mofletes), como si fuera un Warhol a lo bruto. La imagen de un mártir. Escrito a rotulador negro en el hormigón sucio de herrumbre se leía RIP JOSÉ. Se trataba de José Antonio Elena Rodríguez, fallecido en México por unas balas disparadas desde Estados Unidos. Había ocurrido allí mismo una noche de octubre, nos explicó Tony. La patrulla de fronteras había acudido a un aviso: un grupo de personas intentaba escalar la valla. Viendo que llegaban agentes, los hombres bajaron otra vez por el lado de Sonora. Se formó una multitud que empezó a lanzar piedras a los de la patrulla por encima de la valla. Entre la gente se encontraba José. Esta fue la versión oficial. Pero José Antonio Elena Rodríguez no arrojó ninguna piedra, simplemente pasaba por allí camino de su casa después de jugar al baloncesto. Esta es la versión no oficial, la que contaban los amigos y familiares de Rodríguez y otros testigos oculares. José Antonio Elena Rodríguez tenía dieciséis años. En esto parece ser que todos coincidían.

En lo alto del despeñadero de seis metros, detrás de la valla, estaban los agentes de la patrulla, ocho de ellos. Uno era Lonnie Swartz. Al pie del despeñadero estaba José Antonio Elena Rodríguez, volviendo a casa de jugar al baloncesto o de tirar piedras (quién sabe si ambas cosas), tirar piedras por encima de la valla, doce metros más arriba. No existe la menor duda de que Lonnie Swartz se acercó a la valla, sacó su arma e hizo fuego sobre Rodríguez, alcanzándolo diez veces.

—A esto lo llaman un bolardo —dijo Tony—. El agente estaba ahí mismo, metió el arma entre los bolardos y le dio ocho veces en la espalda.

Un blanco nada fácil, la espalda de un adolescente, a esa distancia.

—Imagínate lanzar algo por encima del muro. Es muy difícil de entender.

En el juicio se dirimió si los actos de Swartz eran razonables —temía por su vida; al fin y al cabo llovían piedras del tamaño de granadas—, pero también si el homicidio podía considerarse siquiera un acto criminal dado que el muchacho era un mexicano en México y el homicida un estadounidense en Estados Unidos.

Después del 11-S el Departamento de Seguridad Nacional desarrolló un nuevo método de «prevención por disuasión». Lo llamaron «acción ejecutiva con consecuencias». Hasta 2001, las personas detenidas en el desierto eran juzgadas y enviadas al puerto de entrada más cercano sin más historias. «Salida voluntaria», lo llamaban; el migrante renunciaba a su derecho a un juicio oral. Lógicamente, tan pronto los echaban del país, lo primero que hacían ellos era tratar de entrar una vez más, incluso al día siguiente; ¿por qué no, si uno estaba a un paso de su objetivo? La Operación Streamline ha formado parte, desde 2005, de la política de «acción ejecutiva con consecuencias». En lugar de permitirles abandonar Estados Unidos bajo los términos de la «salida voluntaria», a los migrantes detenidos se les juzga ahora por lo penal según las leyes federales. A uno que no tenga antecedentes penales le pueden caer, bajo la Operación Streamline, seis meses de cárcel; a un reincidente, hasta dos años.

Tucson suele ser el primer objetivo de los migrantes sin papeles que intentan atravesar el desierto de Sonora. Es también el lugar al que llevan para ser juzgados a aquellos que ha detenido la patrulla de fronteras. Dada la enorme cantidad de personas —decenas de millares cada año— que son detenidas, no es posible aplicar el protocolo. En eso radica el *streamlining*, y los días laborables, por la tarde, se puede ser testigo de ello en el juzgado federal de Tucson.

—En pie, por favor —dijo el juez.

Ruidoso tintineo cuando sesenta hombres jóvenes se ponen de pie. Estaban esposados y encadenados. Ese tintineo venía de muy antiguo, no era ninguna novedad en Estados Unidos ni en cualquier otro país. Daba náuseas. «Cuando oigan su nombre, hagan el favor de ponerse en pie y decir “Presente”». Estaban cansados, se movían con torpeza. La mayoría de ellos acababan de salir de una celda tras ser apresados en el desierto durante las últimas veinticuatro horas. A saber cuántos kilómetros habrían andado o cuántas horas llevaban sin dormir. Miraban en derredor. La sala estaba fresca y bien iluminada, el techo era alto y las paredes forradas de tela en color pastel. Tenía que hacerse raro estar allí: sin duda se habían tirado días enteros a la intemperie, la ropa hecha jirones debido a los cactus, aves rapaces sobrevolándolos en círculos, y que te transportaran primero a una celda y luego a este sitio silencioso con su atmósfera de orden y privilegio —un símbolo más de lo que ellos han estado persiguiendo—, y encima el abogado de oficio apoyando una mano en tu hombro...

—Jesús Manuel García —leyó el juez.

—*Presente.*

Se les requirió ante el banquillo de los acusados en grupos de cinco o seis cada vez, y la fórmula fue siempre la misma:

—Señor Manuel García, ¿entró ilegalmente en Estados Unidos cerca de la localidad de Nogales?

Este en concreto tenía la complexión de un chico de catorce años; sonrió con timidez al ponerse de pie. No le funcionaban los auriculares a través de los cuales se traducía el procedimiento y tuvo que intervenir su abogado. Era un individuo corpulento, con barba y, al igual que sus colegas y que los representantes de la patrulla de fronteras, se pasó casi todo el rato dándole al iPhone.

Se produjo una demora mientras buscaban unos auriculares de repuesto.

—Caballeros —dijo el juez—. Si no entienden lo que se dice, levántense o hablen en privado con su abogado. —Nadie se levantó ni fue a hablar con su abogado. Eran muy jóvenes, se sentían cohibidos—. Señor Manuel García, ¿entró usted ilegalmente en Estados Unidos cerca de la localidad de Nogales?

Pausa mientras Jesús Manuel García escuchaba la traducción.

—*Sí.*

—Está usted acusado de reincidir tras haber sido deportado. ¿Entiende los cargos que se le imputan y las penas máximas a que se expone?

Pausa.

—*Sí.* —Miró de reojo a los que estaban en fila junto a él.

Llevaba puesto un jersey fino con capucha y estampado de camuflaje, como el que llevaban muchos de sus compañeros. Los habían comprado en los puestos que proveían a migrantes en el lado mexicano de la frontera. Allí comprabas también las garrafas negras de tres litros, el concentrado electrolítico y las playeras con suela de moqueta para no dejar huellas.

—Señor Manuel García, ha accedido a declararse culpable del delito menor de entrada ilegal con reincidencia. A cambio, el gobierno accede a desestimar el delito grave del que se le acusa también. ¿Entiende usted?

—*Sí.*

—Hable más alto, por favor.

Pausa. Jesús Manuel García dijo «*Sí*» más alto esta vez, casi gritando; los otros acusados rieron.

—Gracias, señor Manuel García. —A continuación le preguntó cómo se declaraba.

El acusado escuchó la traducción y luego dijo en voz queda:

—*Culpable.*

—Gracias, señor Manuel García. Será usted deportado y expulsado de Estados Unidos. La acusación quedará reflejada para siempre en su expediente.

Varios reincidentes fueron condenados a penas de prisión: nueve meses, un año. Con todo, no se palpaba apenas tensión en la sala. Cuando los seis que formaban el grupo de García hubieron oído la sentencia respectiva, los escoltaron fuera de la sala; uno de los jóvenes llevaba una camiseta con la inscripción «Keep Calm and Chive On». No entendí qué quería decir. Otro llevaba una mascarilla blanca. Otro más iba con muletas. «¡Siguiente grupo!», gritó una voz estentórea.

Y la cosa se fue repitiendo: «Culpable», «Culpable», «Culpable», «Culpable»... Una hora más tarde, el proceso había alcanzado una marcha tal que parecía imparable. En efecto, una vez juzgados aquellos sesenta, entraron sesenta más. Al día siguiente la misma historia, y al otro también; y nada hacía pensar, por el modo en que se sucedían los juicios, que aquel desfile de migrantes pudiera terminar alguna vez.

Conseguí entrevistarme con uno de los agentes implicados. Lo malo de la patrulla de fronteras es la soledad, me dijo. Terminas el aprendizaje y, a partir de ahí, ya estás solo, vigilando la frontera desde el furgón. Nueve horas seguidas. Hay que saber cómo gestionarlo, dijo Tom al día siguiente, mientras íbamos hacia el desierto al sur de Tucson. Además de ser oficial de la patrulla, Tom era el relaciones públicas local. Le habían enseñado bien: era compasivo y razonable. Nadie quiere muertes en el desierto. Me contó que Billy Connolly, el cómico, había estado aquí recientemente. Tom los hizo subir a un helicóptero para que pudieran filmar el muro desde arriba. Un tío muy divertido. Tom había hecho trabajo de patrulla, pero ya casi nunca estaba sobre el terreno; lo echaba de menos. Tuve la sensación de que, para él, manejar a los medios de comunicación y servir de carabina a un paliducho escritor británico no era trabajar de verdad, que no era la clase de ocupación de la que su padre se habría sentido orgulloso. Su fachada de relaciones públicas perdió empaque cuando paramos a tomar una hamburguesa en un Wendy's de la carretera de Nogales.

—¿Yo qué haría si estuviera en su lugar? Supongo que también intentaría pasar, pero una cosa tengo clara: no lo haría por el desierto; no lo haría por un sitio donde es totalmente imposible cargar con agua suficiente para seguir con

vida. Yo probaría por un pueblo. Sí, claro, hay más probabilidades de que te pillen, pero muchas menos de morir.

¿Su padre? Un hombre muy estricto que le exigió a su único hijo la máxima excelencia en los estudios. Tom, que no era una lumbrera, fue castigado por sus malas notas a no salir de su cuarto durante largos períodos. De ahí que no se convirtiera en un chico sociable y que con el tiempo experimentara la soledad como algo normal. Eso fue lo que le hizo eficiente, antes de que los jefes lo elogiaran por su trato y sus dotes diplomáticas. Ser capaz de soportar la soledad tiene su punto, ¿verdad?

A raíz de lo de Irak y Afganistán y de la subsiguiente expansión de la patrulla, cada vez se apuntaban más exsoldados, me explicó Tom. Pero una cosa es el ejército y otra la patrulla; se trata de un ente muy especial, que no tiene nada de cinético (*kinesis*, un término militar). El trabajo consiste, básicamente, en sentarse y vigilar, y solo muy de vez en cuando, seguir pistas y capturar gente. Eres un guardia de seguridad y al mismo tiempo un portavoz del castigo. Es más: estar solo significa no tener testigos. La eterna prueba del desierto: cuando uno puede hacer lo que le viene en gana sin nadie que pueda censurarlo, ¿cómo se comporta uno? Supongamos un hombre que ha visto acción en un desierto y pongámoslo en otro desierto, solo. Un hombre que ha disparado contra extranjeros anónimos y que ha visto cómo esos mismos extranjeros devolvían bala por bala. Y cómo la sangre tarda minutos enteros en ser absorbida por la arena. A ver si se la juega.

Incluso en un desierto relativamente frondoso como este, la vista enseguida se cansa de afloramientos calizos, nopales, paloverdes, mezquites, del cielo y sus aves carnívoras, y se dirige hacia el interior de uno mismo. En el desierto uno se encuentra de nuevo con el silencio (roto únicamente por el crepitar de la radio y los chillidos de algún ave rapaz). Esa clase de hombres, dijo Tom, una de dos: o les da un patatús o, alertados del peligro que llevan dentro, lo dejan.

Volviendo de Nogales yo había tenido que pasar un control a la altura de Amado, en la Interestatal 19; una docena de agentes parando vehículos bajo un entoldado blanco que abarcaba los carriles de la autopista en sentido norte, y una segunda hilera contra los que habían cruzado ilegalmente la frontera treinta kilómetros al sur. El malpaís de matorrales a cada lado del control policial fue lo que Tom y yo rastreamos, aunque no se me escapó que aquello era un numerito pensado para mí. En el caso de Tom, la excursión no fue una mera carrera de obstáculos. Él apenas era consciente de las exigencias físicas del camino: sabía ver de lejos la piedra en la que puedes torcerte un tobillo,

sabía cómo moverse por una empinada ladera de derrubios (de lado, estilo cangrejo). Intenté ver el desierto con los ojos de Tom. Su atención estaba fijada en la señal delatora de la presencia reciente de un ser humano; en lo aberrante: hierba aplastada o con briznas rotas, piedras volcadas, un ligero oscurecimiento del terreno allí donde alguien había pisado. Esta desmenuzada piedra caliza tenía muy poco que decir; no pudimos encontrar nuestras propias huellas cuando regresamos. Así pues, esto era el trabajo de cada día. El paisaje no cambiaba apenas. Podía pasar una semana entera sin que capturaras a nadie. Pero, me aclaró Tom, eso no quería decir que fuese una semana perdida. Me aseguró que no había cupos. Un bonito sitio para trabajar, sin duda alguna. Claro que uno no piensa mucho en su belleza.

La gente había dejado cosas tiradas por el suelo. Era una ruta que venía utilizándose desde hacía años; durante generaciones, de hecho. La ruta seguía el curso del Santa Cruz, que, en tiempos, antes de que sus aguas fueran bombeadas y desviadas, discurría serpenteando entre los montes Santa Rita y los Tumacacori. Artefactos de diversa índole diseminados al pie del palo fierro donde algunos habían buscado su sombra, además de botellas de agua vacías, bolsas de plástico, prendas de ropa. Todo lo cual iba siendo reclamado lentamente por el suelo pedregoso. Era difícil no pensar en el día después de una gran huida; o de un sepelio hecho a toda prisa. Miré a Tom, la pistola en su cartuchera; y me vi a mí mismo reflejado en sus Ray-Ban, con mi sombrero y mis prendas de desierto. Se nos oía respirar. De vuelta en la camioneta, enfilamos despacio una pista de tierra; Tom iba apoyado en su ventanilla mientras conducía, buscando huellas, marcas de talones y plantas chafadas en los márgenes. Es lo que llamaban «seguir el rastro». Algunos de estos caminos los alisaban con regularidad valiéndose de tres neumáticos de tractor arrastrados por un vehículo de la patrulla. Me acordé del *tiantian*, la fosa de arena que circundaba el fortín de Jiayuguan, en el lindero del Gobi, y que allanaban al caer la tarde con el fin de descubrir pisadas de desertores.

Si conocías bien las carreteras, casi no tenías ni que bajar del vehículo: te fijabas en el rastro que cruzaba la pista e ibas hasta la siguiente carretera para ver si allí se repetía el rastro. De no ser así, esperabas; llegarían tarde o temprano, cansados de correr. Por aquí, desde luego, habían pasado jóvenes a centenares, pero últimamente no. En lo alto de un promontorio, protegida por una reluciente valla anudada, se erguía una torre de vigilancia, un modelo de última generación diseñado por una empresa israelí. Nos acercamos andando a la valla y yo miré hacia arriba: la torre estaba orientada al sur y equipada con radar y vídeo de alta resolución. Detectaba el más mínimo movimiento

lateral, y en Nogales había agentes pegados al monitor, dispuestos para dar la alarma.

En 2014, la madre de José Antonio Elena Rodríguez, frustrada por la lentitud de la investigación sobre el homicidio de su hijo, demandó a Lonnie Swartz ante un juzgado federal. Y cuál no sería su sorpresa al saber que se le imputaba por asesinato en segundo grado. Yo no había mencionado el caso, pero Tom tenía ganas de hablar de ello. Una piedra, dijo, lanzada con velocidad y precisión suficientes, puede ser un arma letal. Que se lo pregunten a las fuerzas de defensa israelíes. «La gente piensa: “Ese capullo le disparó por lanzar una piedrecita”». Junto a la pista de tierra, una señal advertía del mal estado del siguiente tramo. «Mira, yo no sé lo que pasó, pero sí sé lo que puede hacer una piedra». Se agachó, eligió un pedazo de roca volcánica del tamaño de un puño, se incorporó y, echando el brazo hacia atrás, arrojó la piedra con todas sus fuerzas contra la señal. La alcanzó justo en el centro, con una explosión de polvo y un ruido cuyo eco tardó en extinguirse.

Unos días después quince hombres (había mexicanos, salvadoreños, guatemaltecos y hondureños) esperaban en el aparcamiento de la iglesia de John Fife, en Tucson, tras haber entrado ilegalmente en Estados Unidos. Muchos de ellos habían sido deportados varias veces. No todos eran jóvenes. Estando en terrenos de la iglesia, ni la policía ni la patrulla de fronteras podían arrestarlos. Ciudadanos de Tucson que necesitaban mano de obra podían ir a hablar con Ereberto, el encargado, y este les asignaba uno o más trabajadores a cambio de un jornal. Seis días a la semana los migrantes podían ganarse el sustento a cambio de un salario justo y con riesgo mínimo de ser deportados.

Me senté en el bordillo con unos cuantos de ellos, a la sombra de la pared de la iglesia, y repartí cigarrillos y latas de limonada San Pellegrino. De vez en cuando llegaba un coche o una camioneta y Ereberto elegía a uno o dos de los hombres para que fueran a cortar un césped o arreglar un tejado o embaldosar un suelo o vaciar la casa de alguien que había muerto. Al cabo de una hora ya solo quedaba uno. Se llamaba Enrique, y, viéndose privado de la compañía de sus compañeros, se puso a hablar. Tenía poco más de veinte años y llevaba ropa de jovencito: sudadera y vaqueros talla extragrande, una gorra de béisbol con la visera hacia atrás sobre su ensortijada coleta. Vivía en el futuro, cuando las cosas irían mejor. Al fin y al cabo, ahora las cosas le

iban mejor que hacía un año, ¿no? Sus propias palabras le servían de estímulo.

Eran cerca de las dos de la tarde y la luz había adquirido una cierta astringencia, una capacidad de penetración diferente del calor. No quedaba limonada, las latas vacías formaban hilera sobre el bordillo. Enrique me dijo que era de Honduras. Como hacían miles de compatriotas suyos cada año, atravesó México en el techo de *la Bestia* —también conocida como «el tren de la muerte»—, la peligrosa red de trenes de mercancías. Tardó veinte días en llegar a Monterrey, en el nordeste. Ya le habían deportado tres veces desde esa ciudad, me contó. «Mueren muchos, sabes. Junto a la vía se ven cuervos a montones. A veces alguien te pide agua, comida o dinero, cuando vas en el tren. Gente mala. Si no llevas dinero, te tiran del vagón. Yo he visto gente así».

Él y dos amigos suyos hondureños consiguieron hacer dedo hasta Sonoyta, ya en la frontera, y era por allí por donde habían conseguido entrar en el monumento nacional Organ Pipe Cactus. «No hay ninguna valla —dijo—. Solo desierto. Desierto nada más». Necesitó nueve días para llegar a Tucson. «Sin agua durante tres días, y comida tampoco». Perdió de vista a sus dos amigos cuando partió en busca de agua. «Casi me muero. Los busqué por todas partes. Los llamaba a gritos, una y otra vez. Pero no di con ellos».

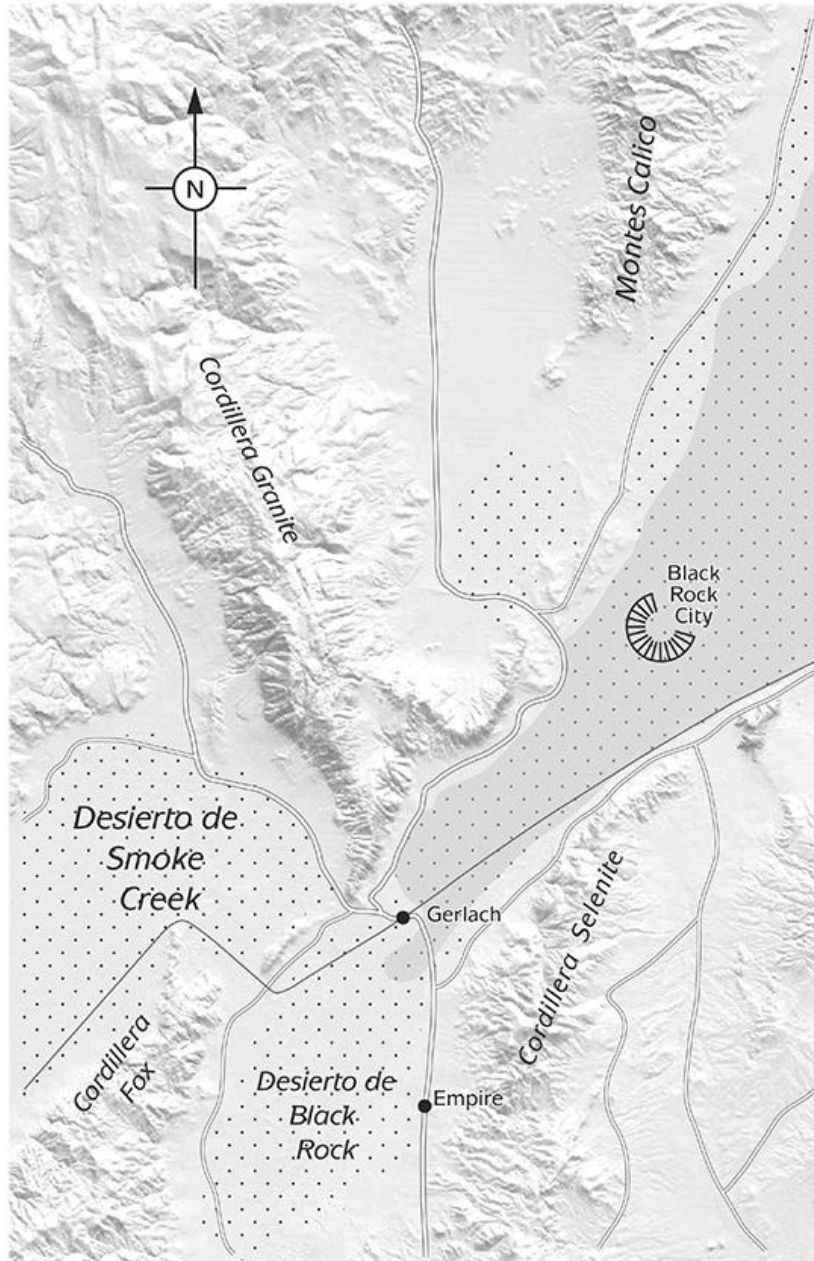
Volvió a decir: «Pasé tres días, yo solo, en el desierto». Casi no se lo podía creer. No era uno de esos salvadoreños un poco cándidos que nada saben de la dureza del desierto, chicos que pretenden cruzar en chancletas y con unas cuantas botellas de Coca-Cola. Enrique había oído cosas, y de repente era el protagonista de una de esas historias. Encontró una cisterna de agua. «No me lo podía creer. Hay que ver Dios, cómo es». Luego se encontró una lata de alubias. ¡Una lata de alubias en medio de un lecho seco! «Dios es único. No hay otro. Las alubias estaban pasadas pero me las comí igual. Me dieron fuerzas para dos días más. Me extravié, pero finalmente encontré un pueblo, ya no recuerdo el nombre. Un camionero había pinchado. Le eché una mano y él me llevó hasta Yuma».

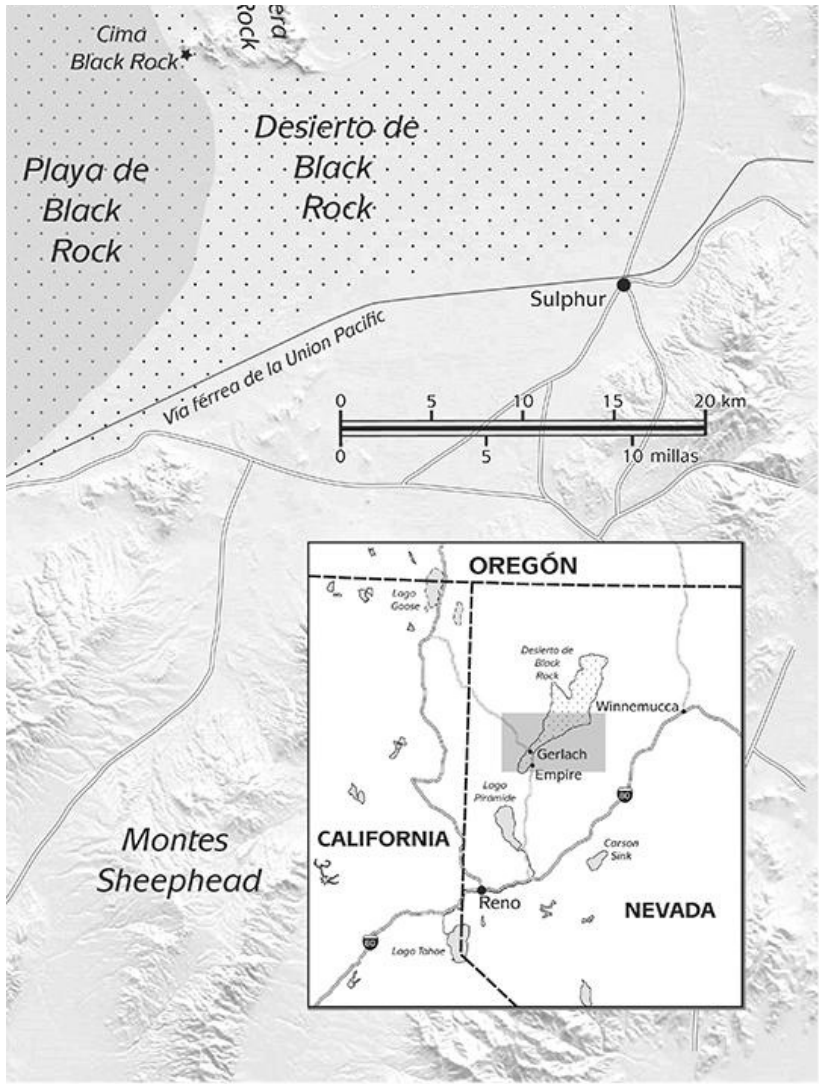
En Yuma subió a un tren que iba a Tucson. Para evitar al revisor, se encerró en el aseo de un vagón. ¿Y sus dos amigos? Sobrevivieron también; ahora estaban en Indiana y trabajaban reparando tejados. Enrique estaba ahorrando para pagarse el billete de autobús hasta allí. Entró un coche y Ereberto vino a avisar a Enrique, pero este no se levantó. «Tengo la impresión de estar a medio camino —dijo—. Dios es único. No hay otro. Él es quien decide. Si Dios desea que me vuelva, lo haré».

6

MATERIA FUERA DE LUGAR

El desierto de Black Rock (Estados
Unidos)





Llevaba un mes en Tucson, haciendo frecuentes visitas al desierto con la gente de No More Deaths, y un día tomé un avión para ir mil doscientos kilómetros al norte, a Reno (Nevada), el corazón de la «masa chamuscada» en palabras de Walter Prescott Webb. Había quedado para encontrarme con un tal Papa La Mancha en un hotel-casino de la vecina ciudad de Sparks. Yo me hospedaba en el único hotel que podía permitirme, el Reno Sands, cuya clientela era una mezcla de *burners* y ludópatas que vivían en un estado de tenso equilibrio, como bandas en una cárcel. Una butaca blanca de jardín flotaba en la piscina. Cuando Raymond, el encargado de mantenimiento, vino a mi habitación para llevarse el secador de pelo que había explotado (yo estaba intentando secar unos calcetines), le pregunté cuántas habitaciones tenían. «Pues mira, es gracioso —dijo—. Nadie parece saberlo. Se lo he preguntado como a diez personas y cada una me ha dado una respuesta diferente. Uno dijo que quinientas, otro que ochocientas. Hubo uno que dijo mil. Yo sigo preguntando, pero nadie está seguro».

Un griterío espantoso me despertó a las tres de la mañana. Sonaba cerca, en el exterior. Cuando fui a mirar por la ventana y contemplé las luces de la ciudad allá abajo, no vi a nadie en el aparcamiento. Y pensé que era raro que el vidrio cilindrado pareciera a veces más diáfano que el aire. Volvieron los gritos: era un hombre, embriagado y a la defensiva. Sonaba unas diez plantas más arriba, o sea a veinticinco del suelo. El pequeño cabrón estaba arriba en el tejado, borracho perdido, y alguien con voz de autoridad (poli o segurata) le amonestaba suavemente.

—Tire usted eso y vamos abajo.

—Oye, tío, ¿y si salto desde aquí dando una voltereta hacia atrás?

Tras una pausa, se oyó chillar a una niña o una chica, y luego una risa idiota. Después, silencio otra vez.

A la mañana siguiente, en uno de los bares sin ventanas abiertos las veinticuatro horas, un musculado joven holandés y un jugador demacrado de unos cincuenta largos estaban admirando sus respectivos tatuajes. Había abundancia de sillas de ruedas y máscaras de oxígeno, y dos amigos amputados: a uno le faltaba un brazo; al otro, una pierna. Las máquinas tragaperras se llamaban Eclipse a Medianoche, Carrera de Langostas, Lobomanía, Jalapeños Saltarines, El Azteca Chiflado, Flor de Loto, Frijoles de la Suerte y Moby Dick. Tantas lucecitas, tantos pitidos y tanto campanilleo me pareció la antesala de una explosión de histerismo: violencia, llanto, orgía. Y, en ese sentido, fue un adelanto de lo que iba a venir. En medio de todo ello, aquella multitud a punto de encaminarse al desierto con sus maletas de ruedas y sus mochilas, sus boas y sus abrigo de pieles y sus mallas y *piercings* y caretas de lobo, eran como una misión imperial procedente de otro planeta. En el ascensor, un cartel decía: «Respetad NUESTRA playa».

El desierto ha sido siempre un lugar permisivo. Para los mormones que poblaron Utah en 1847 era un refugio donde expresar libremente la fe, como lo había sido para los anacoretas cristianos del Egipto del siglo III que huían de las persecuciones de los romanos. Pero si bien el desierto podía ser tanto un santuario como una barrera infranqueable, era asimismo, en palabras de Mary Austin, un «país de fronteras perdidas» en el que las certezas de la vida pública se evaporaban al mismo tiempo que sus imposiciones. Si algunos veían en el desierto la promesa de liberarse del cuerpo —ese rencoroso—, su aislamiento y su vastedad favorecían la soberanía del espíritu, la libertad corporal y una provocación poco menos que abrumadora. No en vano, el vacío tiene un potencial infinito; no es un lienzo en blanco, sino la oscuridad bíblica.

Hasta hacía relativamente poco, lo único que yo sabía del Burning Man era que tenía lugar cada año a finales de agosto, doscientos kilómetros al norte de Reno, en la *playa* del Black Rock (el lecho seco de un lago y una de las extensiones llanas más grandes del planeta), y que culminaba con la quema primero de una enorme efigie humana, y luego, en la noche final, de una estructura llamada El Templo. Pero resulta que lo interesante del Burning Man no era la quema. Aunque había música por todas partes, música sin parar, en su mayoría lo que llaman EDM (música electrónica de baile), aquello era más bien un festival de artes plásticas. Bueno, pero tampoco eso. De hecho, yo no tenía claro que fuese siquiera un «festival» o una «feria». No

había lista de actuaciones. No era un «espectáculo». De entrada no había que ir a un sitio concreto a una hora determinada para ver tal o cual cosa. La gracia era que en Black Rock City, el nombre que recibía el vasto recinto, ocurría algo en cualquier parte y a cada momento, y que probablemente te afectaría. Éramos setenta mil *burners* acampando durante una semana en uno de los entornos más inhóspitos de la Tierra. Eso de por sí era espectáculo suficiente.

Como ocurre con los cultos en general, el mito fundacional del Burning Man también es efímero. Yo había leído que Larry Harvey, el fundador, gurú y portavoz, siempre con su Stetson en la cabeza, era hijo adoptado de unos *exodusters*, denominación que recibían los refugiados de la gran sequía, el Dust Bowl. Un hombre tímido y poco realista —decían—, torpe para las relaciones sociales. Lo que yo entiendo por un gurú, vaya. Cuentan que el Burning Man empezó en los años ochenta como acto de expiación después que Harvey fuera abandonado por una mujer a la que amaba. (Él niega esa teoría.) La primera «quema» fue tan solo un ejercicio de «expresión personal espontánea», insiste él. Y no tuvo lugar en Nevada ni en el desierto, sino en una playa, Baker Beach, en San Francisco. Papa La Mancha, modelo de ecuanimidad y tolerancia y *burner* aficionado, había asistido a una charla de Larry en Londres: «La peor conferencia que haya oído en mi vida —dijo mientras conducía—. No entendí absolutamente nada».

Al sacar mi entrada, leí lo que ponía en el reverso: «Llevar comida y agua suficiente, cobijo y botiquín de primeros auxilios para sobrevivir una semana en un duro entorno desértico. AL ASISTIR, USTED ASUME VOLUNTARIAMENTE EL RIESGO DE LESIONES GRAVES O INCLUSO DE MUERTE».

Papa La Mancha y yo llevábamos dos horas en el coche. Estábamos a treinta kilómetros del Black Rock. Él y Mama la Mancha, que iba a llegar un poco más tarde, eran dos londinenses de mediana edad que se habían conocido en el Burning Man años atrás. Él no era ni anarquista ni *hippy*; había sido encargado de estación en el metro de Londres y estas eran sus vacaciones. Me contó que su sueño era construir algún día un ramal de la vía férrea de Union Pacific que llegara hasta Black Rock City atravesando la *playa*. (Actualmente los mercancías de Union Pacific bordeaban el límite del desierto.) De este modo, los *burners* podrían viajar en tren desde Reno y se evitarían los pesados atascos tanto al llegar como al partir. Era un tipo con mucho sentido práctico.

La carretera seguía el curso del río Truckee por una serie de cuencas en las que dominaba la verdigrís artemisa, el arbusto más abundante de Nevada. Por el color, me hizo pensar en los cenizos o quinoas que cubrían la llanura de Nullarbor, las altas matas de atriplex y acacia australiana. Delante de nosotros había todo un convoy de *burners* en sus vehículos: autocaravanas, vehículos familiares cargados hasta los topes de garrafas de agua, bicicletas sujetas al techo; un camión lleno de unicornios de plástico, un viejo autobús escolar, de los amarillos, que llevaba un sofá atado con cuerdas en la parte superior, en el cual iba sentado un hombre con casco de vikingo y pecho al descubierto. En Londres, un amigo me dijo que estuviera atento al «tío con dos pollas». Supuse que le conocería cuando lo viese.

En el Burning Man había millares de «campamentos temáticos». Meses atrás, por internet, me había topado con uno que se hacía llamar Bar y Cabaret La Mancha. Eran una veintena de miembros. Los La Mancha parecían unos simpáticos aventureros y yo no tenía ganas de ir solo. Escribí a la dirección de *email* de la página web ofreciéndome a echar una mano en la barra, lo que en la práctica consistía en servir margaritas ya preparados.

Cerca de Empire, donde en tiempos había habido una mina de yeso, a veinticinco kilómetros del recinto del Burning Man, los del pueblo habían colocado ya sus mercancías: gafas para el polvo, boas de plumas, mallas, cable de neón flexible, y unos chaquetones de piel de imitación que eran casi el uniforme para las noches frescas del desierto. Me alegró que estuvieran sacándole partido a la invasión de visitantes. Desde que se estableciera la primera mina en 1910, la vida de Empire había girado en torno al yeso, un mineral producido por evaporación del enorme lago que antaño había cubierto la región. La United States Gypsum Corporation —o «Gyp», como se la conocía aquí— producía fibrocemento para la industria de la construcción, pero la recesión había hecho que los pedidos disminuyeran drásticamente, hasta que, en 2011, la fábrica dejó de ser viable. Empire había sido un pueblo creado por y para la empresa, y cuando esta desapareció, los doscientos habitantes que tenía entonces se marcharon también. Empire se convirtió en un pueblo fantasma, como ocurrió con las empresas que extraían plata desde el siglo XIX en la linde del desierto. Las calles se llenaron de polvo; el código postal fue abolido. Aparte de algunos excursionistas de temporada que acometían las viejas sendas de los inmigrantes, muy poca gente pasaba por allí.

El gran acontecimiento anual en la *playa* no empezaba oficialmente hasta el día siguiente, pero el caos ya había empezado; la animación iba en aumento

y los lugareños no podían estar más contentos. El último villorrio antes de llegar a la *playa* es Gerlach (los rancheros de la zona dicen «Girl-lack», o sea «falta de chicas»), donde había varias docenas más de casetas. Los hombres del *sheriff* observaban sin sonreír junto a sus coches patrulla aparcados en la cuneta; no estaban de palique. El nuevo *sheriff* del condado de Pershing no era tan tolerante con el Burning Man como su predecesor. En declaraciones a un periódico local había dicho: «El Burning Man es una carga para este condado. Prácticamente todo lo que compran, lo compran fuera... y a nosotros nos dejan tirados». La brigada móvil de *burners* resultó ser más cordial. En la tienda-almacén del pueblo, uno que estaba en la cola me presentó a su hija, un bebé, y me estrujó entre sus brazos: «Bienvenido a casa, tío». Era una especie de mantra, eso de bienvenido a casa, y si alguna moneda de curso legal había en el Burning Man, era el abrazo. El Hug Bank, uno de los campamentos temáticos, ofrecía un «menú» que iba desde el abrazo «de circunstancias» hasta el «cohibido».

Saliendo de Gerlach, la emisora de radio local estaba poniendo «Space Oddity», de Bowie. Tómese las tabletas de proteína y póngase el casco.

El lago Lahontan, que en su día llenara la cuenca del desierto de Black Rock, ya no existe, pero cada invierno el agua que baja de las montañas circundantes continúa anegando periódicamente la superficie seca; milenios de sedimentos han ido sumándose a las capas depositadas por el lago. He aquí la *playa*. En algunos puntos el sedimento es más hondo que altas las montañas de alrededor; montañas de cuya sustancia misma, erosionada y atomizada, escurrida garganta abajo, está formado mayormente el arenal. Son estos procesos —similares a los que forman los *claypans* en Australia— los responsables de la uniformidad de la superficie de la *playa*, que año tras año es barrida y fregada y pulida por el agua.

Una vez que dejamos la carretera que discurría al pie de las montañas, tardamos una hora en llegar a la entrada del recinto, que estaba a un par de kilómetros del borde de la *playa*. Con el polvo que levantaban los vehículos no pude apreciar la vasta extensión del lugar, un plano de trescientos kilómetros cuadrados cuya única concesión a la verticalidad —salvo el día del Burning Man— es algún que otro remolino. Cuando llegamos al lugar asignado para nuestro campamento, solo estaba en su sitio el esqueleto de la ciudad: los bordes de las calles señalados por banderines de agrimensor, camiones y contenedores de los campamentos importantes a la espera de ser

descargados, los retretes portátiles aguardando immaculados en fila. (Cada hilera estaba señalizada por una luz roja en lo alto de un mástil de seis metros. Alguien, en el espíritu bromista del evento, había tenido la previsión de soldar un mástil con luz roja a un carrito de golf adaptado, y durante toda la semana siguiente se dedicaba a pasearse por allí perseguido por angustiados *burners*.) El resto de nuestros compañeros de acampada no había llegado aún. No sonaba apenas música y el desierto seguía imponiendo su silencio. La ciudad no tenía la menor coherencia, consistía en grupos desperdigados de gente semidesnuda y andamiajes a medio construir, como si existiera alguna duda sobre la continuidad de nuestra presencia en el lugar. Era imposible imaginar en qué se convertiría, la sensación de permanencia, pero también de declive, que iba a adquirir.

Como muchos desiertos, el Black Rock ha sido históricamente un espacio que evitar o que cruzar lo más rápido posible incluso para las tribus indígenas paiute. Hasta ahora, raras veces había estado aquí el ser humano sin verse obligado a ello. Los relatos de quienes se encontraron con el desierto, ya sea como exploradores o como migrantes, dan fe de sus duras condiciones, justamente a lo que nosotros —críos colocados de ketamina, programadores venidos de Oregón, pálidos amanuenses de los condados lluviosos— nos exponíamos tan campantes. (Claro que la experiencia en sí no tenía de «campante» más que las tiendas de lona.) En 1843, más o menos en el momento en que Sturt buscaba el mar interior de Australia, el explorador John C. Frémont partía en busca de otra inexistente masa de agua, el río San Buenaventura. En el transcurso de su viaje cartografió un inmenso ámbito desértico rodeado de cadenas montañosas, unos 427 000 kilómetros cuadrados que incluían gran parte de Nevada y el oeste de Utah. Frémont lo bautizó como la Gran Cuenca. Como la del Aral, la Gran Cuenca es endorreica, no hay drenaje externo a otras masas de agua. Este tipo de geografía es, en buena parte, la responsable de sus treinta y cinco *playas*. El Great Basin, además, tiene una estructura de cuenca-y-cordillera, una zona que alterna fallas y escarpes y con múltiples cuencas menores. Su corteza, que se extiende como caramelo debido al movimiento de placas tectónicas hace millones de años, se escindió en crestas laterales en sentido norte-sur: cuencas separadas por cordilleras. El primer levantamiento topográfico minucioso del antiguo lago Lahontan lo llevó a cabo Israel Cook Russell en 1882. Dentro de una solapa, en la contracubierta del libro que publicó un año más tarde la United States Geological Survey, hay un mapa de la Gran Cuenca donde puede verse cómo era la región durante el Pleistoceno, cuando el lago estaba en su apogeo: una

gran masa de agua salpicada de islas y espolones, que se extendía hacia el nordeste desde el actual lago Tahoe en la Sierra Nevada hasta el estado de Oregón. Los valles de los ríos Carson, Walker y Humboldt aparecen de un azul matizado hasta sus bordes, y lo que hoy son desiertos —el Carson, el Smoke Creek y el Black Rock— están también bajo el agua.

Incluso ahora, era posible ver las antiguas terrazas del lago grabadas en las laderas a cada lado de la *playa*. En algún momento me hizo pensar en el lecho seco del mar de Aral: todo tan llano, tan blanco, las sinuosas líneas de nivel que definían lo que en un tiempo fue su orilla. Pero, mientras que paseando entre los restos de sus barcos varados, resultaba difícil superar la sensación de que el Aralkum era la «imagen de la muerte», como lo expresó Felix Fabri, el desierto de Black Rock, por el contrario y pese a su mortífera austeridad, parecía lleno de vida.

A la mañana siguiente ya habían llegado los compañeros que faltaban. Bob iba disfrazado de tejón, y le quedaba muy bien. Otras veces aparecía como Tiffany, la de Cuentas, con su minifalda verde, o disfrazado de Consuela, que era una empleada doméstica y se sabía que a veces pasaba el aspirador por el arenal. Estaba encantadora, pero con la barba y la tripita de maduro eras más creíble en su papel de tejón. Beaker era tragafuegos y miembro de una cosa a la que llamaban el cónclave del fuego; nervudo y nervioso, había encontrado su vocación en esa actividad de feria. Hawthorn era una intelectual que lucía en lo alto de la cabeza toda una montaña de rastas de color morado y un cinturón para herramientas del que colgaban tintineantes mosquetones. Era muy franca y sensata, además de graciosa. Algunos *burners* adoptan un «nombre *playero*», un apodo, y yo supuse que ese era el caso con Brockett [«corzo»]; pues no, resulta que así le llamaban en San Francisco, del mismo modo que Beaker [«matraz»] y Hawthorn [«majuelo»] se llamaban Beaker y Hawthorn allá en Inglaterra. A mí llamadme Don Sabihondo.

Cada uno llevaba un tazón de estaño prendido del cinto mediante un mosquetón, y tanto de día como de noche ibas de campamento en campamento y te servían lo que fuera que tuviesen en oferta, por lo general nada tan básico como agua, las más de las veces un bebedizo cuyo único elemento identificable era el alcohol. Había mucha desnudez, cantidad de gente practicando lo que Papa La Mancha llamaba «*shirt-cocking*», ir por ahí con poco más que una camiseta encima. Si salías de una tormenta de polvo y te encontrabas a una pareja follando en el suelo, casi ni te miraban. Black

Rock City recibía a veces el sobrenombre de Zona Autónoma Provisional, término acuñado por el pensador anarquista Hakim Bey, quien definía ZAP como «una revuelta que no involucra directamente al Estado, una acción guerrillera que libera un área concreta (de terreno, de tiempo, de imaginación) y luego se disuelve sola para ir a reformar otra cosa *antes* de que el Estado pueda aplastarla». Burning Man no podía ser más provisional: uno de los principios fundamentales era «no dejar rastro». Dos meses después de que el último *burner* se hubiera marchado, la única señal de que allí había pasado algo era una somera compactación de la superficie de la *playa*. Restaurar la *playa* era condición *sine qua non* para que pudiera celebrarse el Burning Man, pero al mismo tiempo formaba parte de su ética. Si no era polvo, entonces era Materia Fuera de Lugar y no debía permitirse que permaneciera allí.

Pero el Burning Man tenía poco de revuelta; y si «autonomía» quería decir falta de imposiciones sociales, entonces estaba lejos de ser autónomo: las interacciones de la organización con el estado eran esenciales y patentes: empezando por la oficina del sheriff de Pershing County y el Bureau of Land Management (Oficina de Administración de Tierras), y siguiendo por el Departamento de Sanidad y la Patrulla de Caminos y el Departamento de Transportes y las administraciones federales de aviación y comunicaciones. Si querían obtener el permiso para Actividades Recreativas Especiales, los organizadores debían presentar cada año un plan operativo. Era una colaboración a todos los niveles, por no decir un logro del capitalismo, y aunque uno gozaba de mucha libertad para meterse todo tipo de drogas y para andar por ahí sin otra cosa encima que una camiseta o, qué sé yo, una correa, no estaba permitido cruzar la valla que separaba Black Rock City del resto de la *playa*. Luego estaban los diez principios que había redactado Larry Harvey, y que no eran tanto principios cuanto normas o leyes: Inclusión Radical, Decomodificación, Autosuficiencia Radical, Autoexpresión Radical, Esfuerzo Comunitario, Responsabilidad Cívica, El Acto de Regalar, No Dejar Rastro, Inmediatez y Participación. Cada uno era responsable de su propia supervivencia y todo el mundo contribuía al mantenimiento de la ciudad y a la creación del espectáculo. No había publicidad y, en teoría, tampoco espectadores.

El primer hombre de madera creado por Harvey en 1987 en el garaje de su casa —el Man— medía unos tres metros de alto. Empapado en gasolina, ardió en pocos minutos en Baker Beach, San Francisco. De eso hace casi treinta años y los participantes eran ocho, incluido Harvey. Ahora se reunían diez mil veces más personas. Era muy difícil conseguir una entrada y costaba cientos

de dólares; había quien pagaba más de mil, y luego estaban los llamados campamentos «llave en mano», que ofrecían paquetes turísticos a millonarios de Silicon Valley que viajaban en avión para hospedarse a todo lujo y sin polvo por el precio de un rancho en Nevada.

Hacia 1990, el Man medía ya más de nueve metros y en Baker Beach no cabía un alfiler, ochocientas personas se congregaron allí. A la policía le llamó la atención. Ese año se acordó con las autoridades que el Man se montaría pero no lo quemarían. Harvey se puso a buscar lugares alternativos. Un amigo suyo había estado en una enorme *playa* al otro lado de las Montañas Rocosas, pasado Reno, un sitio donde hacían pruebas para batir el récord de velocidad terrestre. Era el desierto de Black Rock. A mediados de 1990 un folleto empezó a circular por San Francisco: «Mal Día en Black Rock (Excursión Zonal n.º 4) [...]. La Excursión Zonal es un acto de larga duración que nos hace salir de nuestra área local de tiempo y espacio. En esta en concreto viajaremos a una inmensa y desolada extensión que se pierde en el horizonte por los cuatro puntos cardinales». El Burning Man ha seguido celebrándose anualmente en, o cerca de, el mismo lugar que en 1990. Ahora el Man medía dieciocho metros de alto y la población de Black Rock City, diseminada en centenares de campamentos, era más grande que la de Carson City, la capital de Nevada. Al llegar al límite de la *playa* aquella primera vez, el líder de la Excursión Zonal —que se hacía llamar Ranger Danger para la ocasión— se agachó (eso cuentan) para trazar una línea en el polvoriento suelo. Y, uno por uno, siempre según la leyenda fundacional, los participantes pasaron por encima de la línea.

Brocket llevaba una cresta de indio mohicano teñida de arcoíris. Movía su corpachón con delicadeza y sus andares eran pausados y tenían una especial languidez, como si llevara algo que pudiera derramarse. Las prisas no iban con él. «Esto antes era un campamento gay —me dijo, tristón—; ahora es un campamento friqui», con razón estaba ubicado en el *gaybarrio* de Black Rock City. Yo era uno de los friquis de La Mancha, pero él no lo había dicho con mala intención. Trabajaba de diseñador para Google y vestía de maravilla, con el absurdo y coherente eclecticismo de una drag queen famosa. Cada día estrenaba un disfraz; una de las veces se puso un tutú rosa tan inmenso que resultaba difícil verlo a él dentro; otra noche salió disfrazado de naranja, con un sombrero naranja en la cabeza; el viernes llevaba un ceñidísimo vestido de noche que no estaba claro si era azul y negro o quizá blanco y dorado.

Había sido miembro del San Francisco Gay Men's Chorus y una noche, en la tienda del *cabaret*, hizo una versión karaoke de «Close to You» que a mí, en aquel momento, me pareció la cosa más exquisita que hubiera oído jamás. Brocket iba a ser mi guía en Black Rock, un guía socarrón que se burlaba de mi recato y de mi atuendo de explorador. Una noche me lo encontré por casualidad fuera del espacio de acampada y me dijo, en confianza: «Yo antes era un poco brujilla». Me dio a entender que había sido una especie de pitonisa, y que un día vio «una presencia maligna en el espejo. Y ahí dije: Se acabó».

La mañana del primer día nos dedicamos a montar las tiendas y los cobertizos de tela y otros inventos para tener sombra y que nuestra estancia fuera tolerable. Papa La Mancha sabía ejercer de capataz y se las ingenió para que todos estuviéramos a gusto. Cada tarde se sacaba de la manga una tabla de quesos raros, *prosciutto* y un buen vino fresco. Era uno de los muchos milagros de civismo en medio del calor y el polvo. Otro de los campamentos repartía langosta todas las noches, por estricto orden de llegada.

Nuestras yurtas y tiendas de campaña estaban montadas debajo de un toldo horizontal de tres metros de alto. Las estacas normales no servían; se doblaban cuando intentabas clavarlas en la dura superficie de la *playa* y eran inútiles contra rachas fuertes de viento. Todo estaba sujeto al suelo mediante varillas de refuerzo de treinta centímetros como las que se usan para el hormigón. Había una docena de neveras portátiles grandes para mantener fresca la comida, un generador, tres cocinas de *camping* de dos fogones, y una ducha con un sumidero de evaporación forrado de lona. Había además seis barriles de 120 litros de agua potable y otros tres para lavar y para las duchas. Desde las nueve de la mañana trabajábamos de firme durante cinco horas sabiendo que tendríamos que desmontarlo todo al cabo de seis días; al fin y al cabo, el Man, que había costado seis semanas montar, también iba a ser destruido. Millones de horas... y de dólares. Claro que ahí estaba la gracia: que todo quedara borrado y arrasado, empezando por el Burning Man.

Sobre las montañas del noroeste, ese primer día, un ejército de nubes lenticulares superpuestas surcaba vigilante un cielo por lo demás despejado. Aquello era como Marte. Las nubes parecían cargadas de algo más que agua y apenas si se movieron durante unas horas. Sin embargo, pasado el mediodía, el viento empezó a arreciar y las nubes a desencajarse hasta que, de tanto polvo como había en el aire, el cielo casi no se veía. Nuestra primera tormenta de polvo. Yo tenía ya la piel áspera; notaba una opresión en la cabeza. Hacia las dos de la tarde era imposible seguir trabajando en la construcción del

campamento; solo habíamos podido colocar un toldo antes de que el vendaval se nos echara encima —rachas de ochenta kilómetros por hora—, y ocho de nosotros nos quedamos bajo aquel toldo, acurrucados y tristes y callados (descontando algún que otro gruñido de abatimiento). *Seis días más.*

En la década de 1870, tras atravesar el desierto de Salt Lake Mark Twain lo describió como «esa clase de desierto cuya concentrada fealdad deja en ridículo los difusos y diluidos horrores del Sáhara». Un mar infernal cuya orilla opuesta parecía que nunca serían capaces de alcanzar: «El polvo alcalino nos cortaba los labios, perseguía a nuestros ojos, devoraba las delicadas membranas y nos hacía sangrar por la nariz una vez y otra; y todo lo bueno de la aventura se desvaneció de la manera más real hasta esfumarse del todo, convirtiendo la travesía del desierto en la más pura y dura realidad, ¡una realidad reseca, sofocante, reconcomida y odiosa!». El sabor que yo sentía en la boca era el paño mortuorio que flotaba allá en Jotán, provincia de Xinjiang. Supe que un bombero de Nueva York que estuvo aquí después del 11-S había revivido dolorosamente aquel día; gran parte del polvo que se produjo tras la catástrofe era de pladur desintegrado.

Bob el tejón había retirado la cámara de plástico de un envase de vino blanco y estaba vertiendo su contenido con sumo cuidado en una taza. Advertí que su pelaje había pasado de blanco y negro a gris.

El viento amainó por fin al cabo de unas horas. Entrada aquella noche, y con el estómago lleno, fui hasta la zona entre la Explanada y el Man y me detuve en un punto alejado de las luces, dentro de un pequeño círculo de oscuridad deshabitada; miré a mi alrededor y, al observar todo aquello —las luces, el fuego, la música—, me invadió una oleada de puro asombro y satisfacción por la envergadura de aquella aventura creativa, por su audacia y demasía. Su esplendor. El Burning Man tenía lugar por la noche. De día, la belleza era una belleza natural: la inmensidad del escenario, las montañas circundantes a lo lejos, el sol describiendo un arco asesino de una cadena montañosa a otra. Pero la ciudad, en la oscuridad de la noche, reivindicaba su lado humano. Echabas a andar con una meta —pongamos el Man— y a los pocos segundos te distraía otra cosa, por ejemplo un gran resplandor de llamas blancas a un kilómetro de distancia, o un yate de veinte metros deslizándose con un montón de gente a bordo, bailando; o la silueta de treinta metros de alto de una mujer hecha con malla metálica e iluminada por dentro; y cada cosa refulgía en su esfera asignada de oscuridad. Al cabo de una hora ya no recordabas adónde era que querías ir (¿a ver el Man, quizá?) y estabas de bailoteo en las almenas de un castillo celta iluminado de verde con otras

mil personas bebiendo Gatorade aderezado con un chorrito de licor en un tazón esmaltado.

Veinticuatro horas después casi todos los campamentos estaban montados. En un lado del nuestro estaban Li'L Crack Whores, cuyo refugio comunitario estaba hecho con camisetas cosidas entre sí; y en el otro teníamos el Weiner Zoo, cuyos cuidadores servían perritos calientes y supervisaban una cosa llamada «dildo ring-toss», que venía a ser un juego de puntería pornográfico. Barbie Deathcamp, Polegasm, Bloasis, Celestial Bodies y Beaverton estaban todos ellos en el barrio gay de la ciudad. Cerca teníamos Milk & Honey, un campamento judío donde, el viernes anterior a la quema del Man, se observaba estrictamente el sabat. Bitch n' Tea se anunciaba como un «sitio donde compartir tus banales infortunios a cambio de un delicioso té»; Get Nailed ofrecía la oportunidad de ser «clavado a nuestro crucifijo». Pasando por delante de Mudskippers me invitaron a —bueno, más bien me ordenaron— asistir al «mundialmente famoso desfile de *cameltoe*», literalmente «pezuña de camello» pero referido a cómo se marca la vulva de la mujer bajo la ropa ceñida. Qué caray, esto era el desierto, ¿no?

El plano de la ciudad dibujaba una herradura cuyo punto central era el gigantesco escenario donde se erguía el hombre de madera de dieciocho metros. Entre el Man y la calle más apartada del centro (la Explanada), había un trecho de *playa* vacía de ochocientos metros de anchura. A partir de la Explanada se sucedían doce calles concéntricas, cada cual con su nombre y atravesadas, a modo de palos de una rueda, por otras diecisiete calles, numeradas como un reloj desde la 2 hasta la 10, con incrementos de «media hora». Esta disposición por bloques o manzanas había sido consensuada con la policía del condado, de forma que a cada punto del entramado urbano le correspondiera una «dirección» en caso de emergencia. El campamento de La Mancha, por suerte, era muy céntrico, estaba en la esquina de la 7:30 con Carny, a un paso de la caseta de *ass-stamping* (estamparse un sello en el trasero a cambio de un chupito gratis) y del estudio de Retratismo Genital, y a una distancia cómoda del Gimnasio Rosa. Tampoco quedaba lejos de una batería de retretes portátiles que cada mañana limpiaban unos mexicanos, casi las únicas caras de piel oscura que veías en la *playa*. Y también eran mexicanos los que conducían el camión que regaba las calles cada mañana para matar el polvo, siempre con un desfile de blancos detrás corcoveando desnudos en el fango resultante.

John C. Frémont no tenía el menor deseo de colonizar el desierto ni esperanza alguna de que este pudiera florecer tal como prometían los propagandistas; lo único que quería era encontrar la ruta más segura de un extremo al otro, ya fuera por tierra o por vía fluvial. El grupo de treinta y nueve personas partió de Kansas City el 23 de mayo de 1843. A dos mil quinientos kilómetros del Black Rock. «Nuestra caravana tenía un aspecto de lo más extraño y grotesco, y en esta recóndita soledad era imposible no reflexionar sobre los elementos que la componían». Frémont se proponía cartografiar la Senda de Oregón hasta el Pacífico y asimismo localizar el curso del río San Buenaventura, que según dedujo de los mejores mapas existentes a la sazón, se veía como «una línea de agua que enlazaba las Montañas Rocosas con el océano Pacífico». Una especie de espejismo.

Trescientos mil inmigrantes seguirían después la estela de Frémont. El día de Año Nuevo de 1844 su grupo entró en el Black Rock desde el norte: «En muchos puntos, el suelo consiste en una arena de grano muy fino cubierta de eflorescencias salinas; y el carácter general de la región es de desierto. Aprovechando las horas de luz nos encaminamos hacia un pico negro, al pie del cual un penacho de humo indicaba la presencia de una fuente termal». Era Black Rock Point, adonde llegaron al día siguiente. Aparte de algunos arbustos de grama salada, lo que Frémont tenía frente a él era «un perfecto erial», en tanto que el «escarpado y puntiagudo» farallón que se erguía sobre la fuente termal parecía una mole «carbonizada, con presencia de escoria y cisco, como en la fragua de un herrero». Y estaba en lo cierto: Black Rock Point —180 metros de altura y único elemento oscuro en un ámbito de suaves tonos pastel— es una intrusión de andesita volcánica que la erosión ha transformado en una especie de montaña de residuos siderúrgicos. Al despertar, Frémont se encontró un desierto nevado bajo la mortaja de una niebla espesa. «La región tenía un aspecto tan intimidante que casi daba miedo meterse allí».

Normalmente, después de una hora o dos, cuando estoy en una fiesta suelo buscarme un sitio tranquilo donde poder leer. Aquí, en la fiesta más loca sobre la faz de la tierra, esas ganas se intensificaron. Me sentía inquieto en un lugar donde básicamente reina la calma (bien mirado, es el no va más de la calma) pero que había sido ocupado por una administración que atrapaba a sus participantes en un estado de constante estimulación. Tal vez era en parte esta inquietud, este deseo de huir, la causa de mi incomodidad, aparte del

hecho de saber —cosa que ni mis compañeros ni yo podíamos ignorar del todo— que si bien ellos habían venido aquí para ser *burners*, mi papel en esto era más especulativo. Me gustara o no, yo era precisamente lo que más repugnaba al Burning Man: un espectador. Pero es cierto que mi cabeza estaba no tanto en lo que ocurría en Black Rock City cuanto en el desierto y las montañas, pasada la valla de «materia fuera de lugar». El instinto, por lo general, me empujaba a huir de la música y de la gente y del follón, y lo más parecido a escapar era ir en bici hasta el perímetro del recinto. La valla que lo definía había sido pensada para frenar la basura de la ciudad arrastrada por el viento, pero en realidad allí no había más que algunas colillas. El fin más importante del cercado era señalar el límite de la zona permitida. El desierto de más allá tal vez fuera terreno público el resto del año, pero mientras duraba el Burning Man era terreno estrictamente vedado, y que te pillaran allí se consideraba un delito federal.

Aparte del lógico interés por salvaguardar la inversión de la SRL Burning Man impidiendo que se colara gente, había que pensar en la seguridad. Esto no era San Francisco: pese a ser un terreno tan llano, era fácil desorientarse en la inmensidad de la *playa*, o incluso perder de vista la ciudad, y el peligro de sufrir deshidratación o un golpe de calor era muy real. Ambas cosas se agravaban, claro está, cuando todo el mundo estaba pasado de rosca. Tenían que vigilarnos como a niños pequeños al borde del mar, unos niños colocadísimos, además. Muy lejos ya del Man, estuve a punto de atropellar a un esqueleto, un modelo anatómico de tamaño real medio inhumado en el polvo; llevaba una boa de color rosa, tutú y leotardos. Eso era lo que podía pasarles a los que se extraviaban.

En Black Rock City casi todo el mundo se movía en bicicleta. Mientras desayunaba en el campamento veía cómo el ir y venir de bicis aumentaba por momentos, hasta el punto de parecer imposible que no se produjera un embotellamiento. Sin embargo, el tráfico ciclista discurría con la fluidez de un despliegue militar. La mayoría de las bicis eran de segunda mano; otras, compradas en Walmart por cincuenta dólares. Formaban parte por derecho propio del decorado del BM, igual que los vehículos mutantes. Era aconsejable poner el candado a tu bici para que no se la apropiara indebidamente alguien que deseara ir a algún sitio y cuya bici se la hubiera apropiado indebidamente otro *burner*. La mía, una de mujer, había llegado en un cargamento que Badger Bob había traído a la *playa*; iba adornada con flores de plástico y cinta adhesiva holográfica de un Burning Man anterior.

Atadas a la cesta llevaba tres tortugas de juguete, y una guirnalda de luces de colores, a pilas, hacía las veces de faro.

En bici eran unos veinte minutos hasta la valla; a pie, el doble. De camino pasé junto a tres palabras de cuatro metros de alto dispuestas en círculo: CREE, AMA, SUEÑA; y un pato amarillo, de goma, grande como una casa; y una capilla hecha de lona con gente desnuda portando velos nupciales. A medida que te alejabas del Man, montajes artísticos y vehículos mutantes disminuían progresivamente; al final solo quedaba la *playa* y algún ciclista solitario surgido repentinamente del polvo. El polvo, a veces, te rodeaba de tal manera que tu campo visual se reducía a un simple disco; no se veía otra cosa que polvo, a ti mismo y la superficie del suelo bajo las ruedas, que no era en absoluto uniforme: mostraba grietas y teselas; de vez en cuando había dunas minúsculas en forma de media luna («serpientes», las llaman), de apenas unos centímetros de altura pero suficientes para frenar en seco a una bicicleta.

La valla exterior tenía quince kilómetros de longitud y forma de pentágono. En cada ángulo, por la parte de afuera, había un Land Cruiser ocupado por agentes de Administración de Tierras o bien rangers del desierto. Yo a veces saludaba levantando un brazo, desde lejos, pero nunca hacían caso. Los Black Rock Rangers habían sido una creación del Burning Man en los días anteriores a la valla de contención y a la vigilancia del perímetro. Su cometido (el nombre les venía de los Texas Rangers, la antigua guardia fronteriza) era «asegurar la supervivencia colectiva de la comunidad» y «gestionar situaciones [...] que de lo contrario requerirían intervención del exterior». En ese sentido eran el cuerpo de policía de Black Rock City; pero también estaban presentes la policía de Pershing County y la estatal de Nevada, cómo no, y desde luego el FBI, aunque sus agentes no se hicieran notar. Muy raramente veías un uniforme o un vehículo de policía, pero se aconsejaba no aceptar drogas de gente desconocida, pues podía tratarse de un poli encubierto, y aparte de la taza de rigor era un requisito —incluso para quienes como yo peinábamos canas en la barba— enseñar la documentación cuando pedías algo en un bar. A La Mancha lo habían pillado años atrás cuando un agente encubierto que tenía dos meses menos de la edad permitida pidió un margarita y se lo sirvieron. El policía, que tenía mejores cosas que hacer, no compareció en la vista celebrada en Reno y el caso fue sobreseído, pero al campamento le supuso un coste de cientos de dólares. Pedir la documentación a la gente era uno de mis deberes como barman. Una incongruencia, sí, pero no estábamos en otro planeta; por no ser, aquello no era ni una isla. El primer día del evento una mujer de un campamento vecino

fue detenida cuando intentaba entrar con todo un paraíso de drogas escondido en su coche, miles de dólares entre éxtasis, LSD, GHB, ketamina y coca. Su campamento tendría que afrontar una semana sin colocarse (para ellos era una perspectiva tan horrible como bucear sin bombona de oxígeno); por su parte, ella, que era mujer transgénero, se tiraría años en la cárcel.

Los rangers de Black Rock no actuaban por cuenta del estado, sino que gozaban de la autoridad que nosotros les conferíamos y, en cuanto que subdivisión del Consejo de Seguridad municipal, se tomaban en serio sus obligaciones. Rondaban por parejas en carritos de golf e iban vestidos como *boyscouts*, de caqui y *beige* con adornos de insignias, aunque, eso sí, lucían más *piercings* de lo que es normal entre jefes de tropa. Había ciertos *burners* empeñados en trastocar el normal devenir de la semana, facciones anarquistas que criticaban la creciente comercialización y que todo funcionara con respecto a un orden. En los cruces e intersecciones de la trama urbana, el Departamento de Obras Públicas había colocado indicadores. Este departamento era el responsable de montar y desmontar la infraestructura de la ciudad y de garantizar que al final de la semana la *playa* estuviera impecable. Pero unos días después alguien había borrado las señales o pintado encima, cuando no las había arrancado sin más, cosa que sucedía todos los años, o sea que al final de la semana te veías obligado muchas veces a preguntar dónde estabas («Joder, tío, ¿pues en Black Rock City!»), sobre todo al no tener ya el Man como referencia. Los gamberros ácratas no eran bien vistos (el resultado era un coñazo) y además corrían un riesgo dada la fama del Departamento de Obras Públicas como ejecutor de sanciones extrajudiciales, pero por otro lado su rebeldía era fiel al espíritu fundacional del Burning Man.

Del este llegó un sonido lastimero que yo había oído ya el día anterior sin poderlo identificar; era un mercancías que pasaba por la línea de Union Pacific a tres kilómetros de distancia. La superficie de la *playa* estaba agrietada y formaba polígonos irregulares, como en los *claypans* australianos, y mientras estaba yo mirando aquel rompecabezas más allá de la cerca, pensé una vez más que en la uniformidad y la repetición puede haber un indicio de lo infinito. Pero entonces, desde el oeste, donde estaba la ciudad, me llegaron retazos de insulsa música techno que me hicieron pensar en un ave migratoria que ha perdido el rumbo por causa del viento. Y con la musiquita me llegó asimismo un tufillo a barbacoa; un tufillo a meados.

Aquí no había respiro digno de ese nombre; solo aceptando el caos podía uno impedir la desesperación. Por ejemplo, evitar que la tienda se llenara de

polvo era inútil hasta el punto de la locura. Podías poner cinta aislante en las costuras y colocar una lámina protectora antes de subir la cremallera por la mañana, pero el polvo se colaba como se colaría el agua o el aire. «Es tan fino —me aseguró Papa La Mancha—, que es capaz de traspasar la membrana de los pulmones y penetrar en el torrente sanguíneo. Tardas meses en quitártelo de las palmas de las manos. Ya lo comprobarás. Se te queda en el cuerpo para siempre». El hombre exageraba, pero unas semanas después, de regreso en Arizona, aún me salía polvo de las orejas, como arena de una concha marina. El polvo formaba parte de la mitología del Burning Man, lo mismo que el calor; te echaba a perder la piel y hacía que el pelo se te pusiera de punta y te salieran costras en las membranas nasales. Sangrabas por la nariz cada dos por tres. Era fácil olvidar lo que es el polvo: montañas aplastadas y escurridas hasta esta cuenca, aventadas tanto por el viento como por el agua hasta convertirse en capas de polvo de millares de metros de profundidad. Esto era lo que respirábamos. La sensación, una vez más, de que el desierto buscaba digerir a quienes entraban en él, transformarlos de algo orgánico en algo mineral, del mismo modo que organismos marinos se convierten en piedra caliza.

Volviendo a la ciudad un ranger me había parado —supongo que me identificó como neófito— y me ordenó tumbarme boca abajo en la *playa* y mover los brazos para dibujar un ángel. Cuando me levanté, escupiendo y todo yo rebozado en polvo blanco, miré la figura que había dejado en el suelo: una persona en trance de ahogarse, intentando que alguien la socorriera. Luego, un tipo con zahones de *cowboy* de goma azul se me abrazó diciendo: «Bienvenido a casa, hermano, bienvenido a casa».

Yo no me sentía como en casa. Las primeras noches apenas si pude descansar. El polvo, pero, sobre todo, la música. Ponerse tapones en los oídos habría sido de todo punto inútil. Sin embargo, al cabo de un par de días vi que era capaz de dormir. No era tan simple como estar agotado, aunque lo estaba; digamos que era una especie de mareo, mi mente se negaba a estar consciente del todo. Hacia las tres de la mañana me despertó el ruido de un vehículo mutante que pasaba cerca de mi tienda con los altavoces a tope escupiendo una variante brutal de *house* en alemán. Murmuré un «Que os jodan», me di la vuelta en mi saco de polvo e intenté reconciliar el sueño. Esos vehículos, además de las bicicletas, eran el único medio de transporte en la ciudad. Se pasaron la mayor parte de la semana yendo y viniendo por las calles cada vez en peor estado y

recorriendo la *playa* entre la Explanada y el Man. Las numerosas embarcaciones con ruedas —yates y galeones, slavers— parecían estar en su elemento sobre el lecho del antiguo lago. Los vehículos se hacían notar durante el día pero estaban pensados para las horas nocturnas, y entonces eran despampanantes. Había un ánfora de quince metros de altura, inclinada hacia un costado y vibrante de luces de colores. Había varios dragones que escupían fuego. Había un oso polar gigante, había un Pac-Man de color verde eléctrico, un llameante pulpo mecánico, una alfombra voladora repleta de gente tumbada sobre cojines. Había una dentadura de broma, de tres metros de alto, que iba a toda leche de un lado para otro con sus relucientes labios rojos y dos conductores dentro. Me seguía cuando paseaba por la *playa*, aparecía de repente al doblar yo una esquina, o me adelantaba a toda pastilla en mitad de la noche. Todos los vehículos mutantes ponían música EDM a un volumen bestial, y si había sitio a bordo —como solía ocurrir en los barcos más grandes— podían subirte o bajarte a tu antojo.

Hacia el oeste, las montañas se oscurecían debido al polvo que se levantaba de la ciudad. Regresaba hacia el Man pedaleando despacio cuando vi un indicador negro con dos luces: «Mido 2,6 millas de longitud y gobierno el mundo», ponía. A intervalos regulares, en línea recta a través de la *playa*, había otros doscientos setenta y nueve indicadores más, y veías que la hilera se perdía en la nube de polvo. «Soy una regla que muestra la curvatura de nuestro planeta. En el extremo noroccidental, la curva de la Tierra ha descendido 1,42 metros».

La cosa era participar, de modo que me alisté en los Guardianes de la Tierra, que formaban parte de la organización del Burning Man, encargados de minimizar el impacto medioambiental de la ciudad con todas sus autocaravanas y su basura y su fuego. No habían venido a pasarlo bien. Uno de mis días como «guardián» tuve por compañera a una mujer; su apodo *playero* era Acumen. Era veterana de los rangers de Black Rock, tenía el pelo rubio, muy corto, y llevaba un montón de pulseras en las muñecas. Teníamos que ir por la ciudad en un carrito de golf siguiendo la ruta de infracciones medioambientales denunciadas el día anterior por otra pareja de guardianes. Esto, en la práctica, suponía agacharse para examinar pequeñas pérdidas de aceite o aguas residuales en autocaravanas y otros vehículos.

No es que nos miraran con malos ojos en los campamentos que visitábamos (habría sido algo impensable, en la *playa*), pero tampoco nos

recibieron con sonrisas cuando, siguiendo coordenadas grabadas en un GPS, nos detuvimos en un campamento ya apercebido, sacamos tablillas y cámaras y empezamos a preguntar a los aturdidos, colocados y semidesnudos habitantes quién era el encargado. Nuestros abrazos, devueltos sin contacto visual, tenían la calidez mutua del apretón de manos de un policía. El resultado era siempre el mismo: los infractores por pérdida de aceite o aguas sucias no habían hecho nada para solucionar el problema desde que fueran advertidos el día anterior (de hecho, probablemente se habían olvidado de ello), de modo que lo único que podíamos hacer —superabrazo mediante— era decirles que si el problema no estaba resuelto dentro de veinticuatro horas, se les apercebiría por segunda vez, con lo cual tendría que intervenir la Oficina de Administración de Tierras, o sea la poli. Al marcharnos en nuestro carrito, la gente que acababa de darnos un abrazo de despedida se nos quedaba mirando, y entonces Acumen agitaba un brazo y gritaba: «¡Sois geniales! ¡Muchísimas gracias!», y ellos a su vez levantaban un brazo pero sin decir nada, y el rostro de Acumen iba relajándose hasta eliminar la sonrisa de circunstancias.

Así estuvimos toda la mañana, de calle en calle, hasta que, pasado el mediodía, se desató una tormenta de polvo y, después de conducir a ciegas durante un minuto, Acumen paró el carrito porque el GPS se había vuelto loco. Nos quedamos allí sentados, con las gafas antipolvo puestas, agobiados por no ver más allá de un palmo de nuestras narices. «No hemos visitado todos los campamentos que teníamos que ver —dijo ella, revisando los documentos de su tablilla—. Si no los controlamos, seguirán infringiendo normas y eso es algo que no queremos, ¿verdad?». El polvo aclaró unos instantes y nos fue posible ver una de aquellas dentaduras rodantes y a dos mujeres cogidas de la mano que no llevaban encima más que unas alas de libélula, seguidas por un hombre de unos sesenta largos en bermudas y sombrero Stetson. Supuse que debía de ser Larry Harvey. «No hay nada que hacer —estaba diciendo Acumen. La tormenta había arreciado de nuevo—. Si alguien pregunta, diré que ha sido culpa tuya». Volví la cabeza para mirarla: no sonreía.

Solía ir en bicicleta al Man cuando amanecía para disfrutar del sol y contemplar la estatua sobre su plataforma, dieciocho metros de altura, el centro estático de la ciudad, y también para disfrutar de la relativa calma. El Man era ónfalo y punto de referencia, *axis mundi*, coloso e ídolo, pero su fin

último era ser destruido. Con sus piernas ahusadas y la cabeza en forma de triángulo invertido, era el dibujo de un cavernícola. De noche, contorneado con neón verde, quedaba reducido a un logotipo. Y en dos dimensiones —tanto en mensajes de móvil como en Twitter— era simplemente dos paréntesis y una comilla:

)'(

El Man estaba relleno de arpillera empapada de cera. La noche antes de su quema se haría acopio de fuegos artificiales y explosivos. Amarrado al suelo, un destacamento de rangers de Black Rock custodiaba el Man las veinticuatro horas. Años atrás, un martes a media tarde, cinco días antes de la quema, alguien notó que salía humo de la base del engendro. Los bomberos extinguieron el fuego antes de que el Man resultara destruido, pero hubo que desmontarlo y bajarlo de su plataforma. El responsable de haberle prendido fuego era Paul Addis, autor de teatro con base en San Francisco y *burner* veterano, a quien le disgustaba la falta de espontaneidad del evento. «No fue un acto vengativo —dijo Addis—, sino un acto de amor». Autoexpresión radical, ¿no? Los rangers volvieron a armar el Man y, cinco días más tarde, se procedió a la quema como estaba previsto. Pero, según me contaron, la ausencia temporal del Man en el centro de la ciudad había hecho mella en el espíritu de los participantes, como si un ídolo de culto hubiera sido abducido. Mientras tanto, Addis fue arrestado por la policía del condado e iban a acusarlo de incendio premeditado, destrucción de propiedad e imprudencia temeraria por poner en peligro vidas humanas. Fue condenado a dos años de cárcel. Se suicidó tres años después de ser puesto en libertad.

A principios de la década de los noventa, cuando el acto no reunía más que a unos pocos millares de personas, uno podía pasearse por donde quisiera y las armas de fuego eran moneda corriente. Había un «campo de tiro en coche» cuyos blancos eran una hilera de muñecos de peluche. Algunos coches atropellaron a gente en sus tiendas de campaña provocando espantosas heridas, y se habían producido aterrizajes de emergencia (ahora Black Rock City dispone de aeródromo propio bajo la supervisión de la Federal Aviation Authority). Conforme la ciudad crecía al paso de los años, la libertad fue menguando poco a poco, pero los diez principios fundamentales de Harvey

siguen vigentes todavía hoy, del mismo modo que se mantiene el tabú contra la publicidad y todo tipo de explotación comercial.

A veces me daba por releer la advertencia escrita en mi entrada: «Riesgo de lesiones graves o incluso de muerte». Por supuesto, esa era en parte la gracia de venir. Pero lo más sorprendente, dado el número de jóvenes ebrios o drogados, y dado el calor y el sol y los andamiajes chapuceros y los vehículos mutantes escupiendo fuego, era que, si bien había un hospital *in situ*, no existía sin embargo depósito de cadáveres. Que yo supiese, este año solo había muerto una persona, y fue de un ataque al corazón. En ediciones recientes había habido unos cuantos muertos: alguien resultó atropellado al bajarse de un vehículo mutante, otro había perecido al lanzarse a un fuego, otro más había muerto en accidente de aviación, mientras que uno se ahorcó, no sé cómo, en su tienda de campaña. Para una ciudad de más de setenta mil residentes, el índice de criminalidad, sin contar delitos por drogas, era mínimo, y apenas si había actos violentos. La única agresión de que fui testigo se produjo la penúltima noche, la de la quema, cuando parecía que toda la generosidad y la tolerancia de días anteriores se iba a evaporar.

A partir del domingo inaugural, perdí rápidamente la noción del tiempo. Las entradas de mi libreta no son cronológicas sino escritas de manera aleatoria en cualquiera de las páginas, boca abajo y de lado. No siempre reconozco mi propia letra, y muchas veces lo que he escrito es ilegible o una idiotez. O sea que no puedo asegurar si fue al día siguiente, o al otro, o qué sé yo, cuando vi, mientras estaba sentado rociándome la cara con un nebulizador, una nube baja que rodaba lentamente por la superficie de la *playa* a unos mil metros de distancia.

Se concretó en dos hebras —remolinos, torbellinos— que parecían girar en círculo como bailarines o espadachines. No era la primera vez que presenciaba este fenómeno del desierto, esas nubecillas, pero el contraste con la línea horizontal nunca había sido tan extremo. Según Mildred Cable los remolinos del Gobi siempre se presentaban así, por parejas, el «macho» girando en el sentido de las agujas del reloj y la «hembra» en sentido contrario. Es lógico que se los tuviera entonces por demonios, *kwei*. «Para el demonio —le dijeron a Cable—, lo ideal es cuando un humano se deja poseer». Me puse de pie para verlos mejor y luego fui a por mi bici y pedaleé hacia la zona abierta de *playa*. Uno de los remolinos (no supe determinar si el macho o la hembra) se había estirado para cuando llegué a la Explanada; era

como arcilla adelgazada en un torno de alfarero y levantaba más polvo; la cosa medía unos doscientos metros de altura y rotaba con lo que me pareció gozosa plasticidad. Empecé a oír exclamaciones de gente que también lo había visto. Una vez que hube dejado lo que era propiamente la ciudad, esprinté hacia el mayor de los remolinos, pero solo alcancé a ver cómo traspasaba el cercado y se alejaba del recinto, y luego, sin el polvo que levantaba en el interior de la ciudad, se difuminó sin más. Su homólogo, el remolino pequeño, se movía más despacio, y comprobé que podía alcanzarlo y pedalear detrás a un ritmo bastante cómodo. Sin embargo, mientras que a diez metros o así podías seguirle los pasos, si te acercabas demasiado se desvanecía en el cielo, y mirando desde abajo, justo en su cola, lo único que se veía era una especie de cambiante anilla de humo, un ectoplasma, y en el suelo la más leve de las sombras.

Lejos de todo, un cuadrado de *playa* de tres metros de lado había sido acordonado con cinta naranja, y dentro del mismo tres personas —sin sombrero en plena solana— limpiaban a gatas la superficie, barriendo escrupulosamente el polvo y metiéndolo en un saco. La gracia estaba en que fuese una tarea vana. Una vez lleno, cogían el saco, lo llevaban unos metros más allá y lo vaciaban, extendiendo luego el polvo por la *playa* con un rastrillo. Terminada la operación, retiraban el acordonamiento del sector barrido y los tres barrenderos se alejaban un trecho hasta que, por lo visto, se ponían de acuerdo sobre un nuevo emplazamiento y procedían a clavar las estacas para acordonarlo. No había más espectador que yo, pero cuando me alejé de allí, volví la cabeza atrás y pude ver que seguían con su tarea. Me habían dicho que en alguna parte había una máquina expendedora de polvo *playero*. Cada dos por tres te venía alguien preguntando si habías visto tal o cual estupendo disparate —la estupa budista, el emporio del caviar, el *otro* campamento de La Mancha, «el tío con dos pollas» (otra vez él)—, y como invariablemente todo eso era nuevo para ti, la de por sí desconcertante multiplicidad de tu experiencia diaria crecía exponencialmente, de tal forma que la ciudad empezaba a parecer no solo un lugar donde podía ocurrir cualquier cosa, sino donde ocurría de todo porque así tenía que ser.

Tuve la impresión de que haber estado horas siguiendo al remolino —perdías la noción del tiempo, y cada vez era peor— me llevaba de una parte a la otra de la ciudad y luego parecía esperar a que yo llegara, hasta que finalmente me condujo hacia un hermoso vehículo formado por tirantes velas blancas y desde cuya cubierta un hombre desnudo arrojaba algo de una caja sobre una multitud que vitoreaba: ¡eran polos! Y resulta que tenían la forma

de un consolador; ah, pero no, qué va, dijo uno, la forma no era de un dildo sino del propio miembro del tipo en cuestión. «¡Eh, tú! —me gritó el lanzapolos—. ¡Quieres uno! ¡Te tengo calado!», y dicho esto lanzó un consolador helado que describió un arco en el aire para aterrizar a un palmo de mi rueda delantera. Una hermosa negra con tricornio, el Espíritu de la Fornicación, lo recogió del suelo, le quitó el polvo a lametazos y me lo tendió. «Lo siento —dijo, haciendo una breve y solemne venia—, el glande se ha partido». No pasaba nada. Estaba buenísimo. Seguí pedaleando y allí quedó el grupo de hombres y mujeres —una madre tenía a su hijo en brazos—, todos chupeteando polos la mar de felices. Dejé atrás el Man y, cuando hube terminado mi polo en forma de pene y me preguntaba dónde dejar el palo, miré hacia delante y vi el Templo.

Si el Man era el *axis mundi*, su contrapartida en los márgenes de la ciudad era el Templo. Al punto más interior de la herradura que formaba la Explanada —a las «seis en punto»— se lo conoce como el ojo de la cerradura, un umbral simbólico entre la ciudad y la *playa*. Una avenida rectilínea partía de allí, flanqueada por farolas adornadas, hasta la plataforma del Man a ochocientos metros de distancia. Si sigues la línea recta más allá del Man al final llegas al recinto del Templo. Del otro lado hay una extensión vacía, luego el cercado y después el mundo.

El Templo parecía emerger de la nube de polvo. Este año era un túnel en espiral, como una nasa para langostas, de más de sesenta metros de largo y unos veinte de alto en la entrada, que iba estrechándose a medida que avanzabas. Recordaba a una maqueta arquitectónica hecha con ordenador. En cualquier momento podían atravesar el túnel cientos de personas. Se observaba, eso sí, cierta etiqueta emocional: los vehículos mutantes no podían entrar, no había música atronadora y sí menos desnudez. A todo alrededor la gente que estaba dentro había dejado aparcadas sus bicicletas. Visto desde cierta distancia, el Templo era una delicada filigrana en medio de la monumentalidad del desierto; pero de cerca veías que era muy sencillo, por no decir chapucero, algo así como la caja torácica de algún leviatán rescatado del lecho del antiguo lago Lahontan. Las costillas, sujetas entre sí mediante montantes de madera, eran cada vez más finas conforme te adentrabas en el túnel. Una vez dentro, había demasiada gente como para volverte atrás.

El primer templo (cada año cambiaba el diseño) lo habían construido en el año 2000 y era uno más de los trabajos artísticos del Burning Man. Durante su

construcción, uno de los operarios —Michael Hefflin, de treinta y tres años— resultó muerto en un accidente de moto. Los demás operarios, pese a la conmoción del suceso, decidieron seguir con la construcción. Una vez completado, el templo fue dedicado a la memoria del amigo muerto y en el interior pusieron una capilla. Se animó a quienes entraban a dejar mensajes y tributos, ya fuera a Hefflin o a otras personas de su elección. Fue al año siguiente cuando los organizadores del BM dieron al Templo una ubicación oficial, y junto con el Man, la Explanada, el ojo de la cerradura y la valla antibasura, entró a formar parte de la cosmología de Black Rock City. La única música, aquí, eran cánticos ocasionales; dentro, la gente conversaba en voz baja y se oía algún que otro sollozo. A veces, alguien lloraba a lágrima viva.

«Extiende tu mano derecha, esa es la persona que se quitó la vida, sola y angustiada. Pon la mano izquierda cerca de ti. Ese es el niño que murió de leucemia, rodeado de amor y de apoyo. Ahora, junta ambas manos y levántalas. De este modo, aquellos que murieron entre amor ayudarán a liberarse a quienes murieron angustiados». Quien hablaba era David Best, el artista que supervisaba cada año la construcción del Templo. El ambiente era tétrico; la gente avanzaba a paso de cortejo militar. Había algo también de la máquina de picar carne. Cuanto más te adentrabas en la garganta del Templo y en la multitud, más difícil era no llorar, aunque supuse que, de haberlo hecho, habría sido como tirarse de un precipicio. El túnel se iba estrechando, el llanto era cada vez más fuerte, el costillar de madera repleto de mensajes y de artefactos de condolencia, remembranza y pesar prendidos con chinchetas y atados, cintas y banderines de oración aleteando en el viento, fotos de los muertos, cartas a los muertos; el bebé que pereció en un lago, el amado que falleció en la carretera, la hermana que se suicidó y el novio al que abatió la policía; el gato o el perro tan queridos. «Que te jodan, cáncer, podré contigo». «Que le jodan a mi madrastra». «Que te jodan por violar a tu hijo». «Haz que mi hermana deje la droga, por favor».

Trae tu desdén, ponlo a prueba a medida que el túnel se angosta y gente joven yace estremecida por los sollozos a todo tu alrededor. Y sal, luego, a la deslumbrante blancura, donde encontrarás un oso de peluche de dos metros de alto que te acogerá entre sus brazos.

El explorador Jules Remy, que atravesó la Gran Cuenca en 1855, describe la enfermedad que aqueja a un miembro de su partida, un antiguo marinero

llamado George: «Parecía —escribe— como si el desierto lo hubiera paralizado. Era incapaz de pensar». Pobre George. Cuando yo me encontré mal —llamémoslo «acedía recrudesciente»— Brocket me llevó a una tienda que estaba a varias calles del barrio gay; dos ventiladores de tamaño industrial derramaban vapor helado mientras tú bailabas. Me quedé allí de pie, a un palmo de uno de los ventiladores, ejecutando unos pasos de baile a lo James Brown mientras chupeteaba por el catéter de mi CamelBak, cerrados los ojos a la heladora blanca, hasta que dejé de notar la cara. Luego, unos toques en el hombro y nos marchamos, la cabeza fría como el hielo, para ir a ver una pelota blanca de veinte metros de diámetro que botaba sujeta al suelo por varias cuerdas.

La Luna, se llamaba. Había cola, y muchos de los que allí estaban iban disfrazados de perro. Para entrar, había que meterse por un agujero a ras de suelo siguiendo el culo del que te precedía. Luego, una vez dentro, era como estar en ninguna parte, la intensa luz del sol difuminada por las paredes de la pelota, que de hecho era más bien un globo inflado por ventiladores industriales, la parte inferior chata contra el suelo. Notabas en los oídos el aumento de la presión. Había allí varias docenas de personas, la mayoría de ellas sentadas en torno al borde del círculo, de espaldas a la pared de la esfera, o casi esfera, pero algunas congregadas en la parte central tocando bongos y cantando, disfrutando del peculiar eco abrupto que se experimentaba en ese punto en concreto. Eran tres, el que tocaba los bongos, otro hombre y una mujer, esta muy flaca y bronceada y con rastas, y era la mujer quien llevaba la voz cantante, improvisando una canción sobre el Burning Man, los *burners* y lo bellos que éramos, y sobre la belleza del polvo —que era el polvo de la vida, vida que solo era polvo, y el polvo era bello—, y el resto de la gente se puso a acompañar con palmas disfrutando de la opaca acústica del globo, y después el de los bongos le pasó el instrumento a otro *burner*, que se puso a tocar y luego se los pasó a otro, y así sucesivamente. Si lo hacían bien o no, era lo de menos. Brocket, que iba disfrazado de naranja, hizo unas cuantas cabriolas alrededor de la cantante y luego se tumbó boca arriba a su lado, con la cabeza pegada a ella, y empezó a hacer voces con suma delicadeza, primero flojito y luego cantando cada vez más grave, solo eran sonidos, sin letra, haciendo que las notas viajaran por su boca, su garganta y su pecho, aparentemente sin tomar aire entre una nota y la siguiente, deleitándose en la resonancia, y el volumen de sus armonías fue creciendo hasta que su voz, con una carcajada, tapó a la de la mujer (a ella le encantó) y pareció colmar todo el espacio cerrado, aquella mareante y ondulante cantilena que era a un

tiempo sirena de niebla y gorgorito de soprano en la niebla misma, y los que estábamos alrededor nos sumamos a ello, no solo batiendo palmas sino cantando con él, algunos bailamos por parejas, no sin cierta formal cortesía, en el espacio que quedaba entre las paredes y los músicos, y la sensación fue que la cosa (aquel lánguido cantar y bailar) duraba horas, y a todo esto iba entrando más gente por el estrecho diafragma y la luminosidad del interior parecía aumentar por momentos.

El quinto día, por la mañana, conocí a Amy en el campamento de los Guardianes de la Tierra. Era de Portland: pícara, delicadamente burlona, y me pareció que rebosaba ese bienestar propio de quien recibe amor a raudales. Antiguamente, cuando no había cercado, bañarse en las fuentes termales formaba parte del Burning Man. Ya no. Amy y yo teníamos la misión de patrullar esa zona sensible por si algún *burner* encontraba las fuentes yendo o viniendo de Black Rock City o conseguía escaparse en el transcurso de la semana. Ninguna de estas eventualidades parecía muy probable puesto que el lugar distaba bastantes kilómetros de la carretera más cercana, y más todavía de la valla exterior, por lo tanto si un *burner* quería llegar hasta allí no solo tenía que atravesar veinticinco kilómetros de *playa* sin sombra alguna, sino pasar desapercibido ante los agentes que montaban guardia en sus Land Cruiser alrededor del perímetro.

Una ranger nos llevó en su monovolumen al otro lado de la valla antibasura y pisó a fondo hasta que el motor no quiso correr más. Mientras dejábamos atrás la ciudad a 150 kilómetros por hora, era fácil hacerse una idea de la vastedad del escenario, esta cuenca monstruosa con sus cuatro mil metros de profundidad de grava y polvo compactados. La ciudad parecía enorme, todo un mundo, cuando estabas dentro, pero era una nadería. Llevábamos apenas diez minutos en marcha y del Burning Man y sus setenta mil almas no había ni rastro; uno podía alcanzar la *playa* desde el norte y no enterarse siquiera de que a lo lejos había una movida. Y es que a la *playa*, aun estando a solo un par de kilómetros de la valla antibasura, le daba absolutamente igual.

En Gerlach, el rótulo de aquella tienda decía: «Bienvenidos a Ninguna Parte». A finales de los años 1840, Gerlach no era más que un pequeño puesto militar al pie de imponentes montañas grises. ¿Qué debieron de pensar aquellos inmigrantes del fértil Este, sabiendo que la *playa* no era una extensión interminable pero sin imaginar, probablemente, lo inhóspita que

podía ser? Ni siquiera la experiencia de haber recorrido ya varios desiertos podría haberlos preparado. Habían atravesado las Grandes Llanuras, sí, el terreno llano y uniforme no les vendría de nuevo, pero ¿y esta decoloración, esta ausencia de todo salvo una palidez infinita? Una categoría diferente de desnudamiento.

Black Rock Point es un promontorio de 180 metros de altura que señala el punto más meridional de una cadena montañosa que se adentra en la *playa* unos veinticinco kilómetros al nordeste del recinto del Burning Man. Al acercarnos al pico, la superficie de la *playa* fue haciéndose más irregular; llegamos a un sendero que pasaba entre elevaciones pardigrises como los *nebkha* que yo había visto en Arabia y en el Taklamakán: montículos de un metro de altura con matas de hierba del burro en lo alto. Era la primera vegetación que veíamos desde hacía casi una semana. Más allá de estos montículos, donde el suelo era más arenoso, había arbustos de salvia blanca que la cercanía del otoño había vuelto amarilla y salicornias tiesas como palos de escoba. Había intermitentes fulgores amarillos de balsamorhiza en plena floración. ¡Flores! Y todo este colorido, esta abundancia, debidos al agua mineral procedente de la falla que discurría por la sierra de Black Rock. Las montañas daban fe de la violencia de sus orígenes, violencia que perdía su furia en la linde de la *playa* gracias al agua y al verdor. Despedimos a nuestra chófer y, mientras el ruido del vehículo se desvanecía en el silencio de la *playa*, la pequeña columna de polvo que había levantado fue alejándose poco a poco hasta que, hacia el sur y el oeste, la vista volvió a quedar despejada (sin contar la poderosa corriente ascendente de polvo que producía Black Rock City). Quietud. Solo el viento, y cuando este amainó, nuestra respiración y nada más.

En su punto de máxima anchura, la poza donde descargaba el manantial medía unos siete metros. Estaba rodeada de juncias y tenía forma arriñonada, y el agua humeante que surgía de las honduras volcánicas por uno de los lóbulos se enfriaba al ir hacia el otro. Lo que no estaba claro era si también nosotros, en cuanto que supuestos guardianes del lugar, teníamos que reprimirnos de hollar la poza después de cinco días conviviendo con el polvo y aguantando el calor sin otro medio de limpiarnos que unas toallitas para bebé.

Conocer a Amy me hizo pensar en la excursión como en una especie de recompensa por las horas que me había tirado con Acumen en el carrito de golf. De común acuerdo, decidimos escalar el pico. Algunas descripciones del desierto de Black Rock comentan su forma de Y, pero visto en los mapas es

más bien una llama bífida; Black Rock Point sería la punta de la sierra que separa sus dos brazos. La escalada era peligrosa: cada vez que apoyábamos un pie, negros derrubios caían al vacío y, por si fuera poco, los asideros se desmoronaban. Amy iba delante y parecía que estuviera subiendo por una escalera. Desde lo alto del promontorio contemplamos el brazo occidental de la *playa*, cómo se extendía unos treinta kilómetros hacia el norte. El polvo alcalino de los últimos cinco días había formado costras en mis manos y pies y me atoraba la nariz. Pestilente bajo las rancias prendas que lo cubrían, mi cuerpo estaba tan pálido y agrietado como la *playa* misma. En lugar de barba parecía que llevara una cortina de alambres blancos. Nunca me habían salido canas en la barba. No hacía ni una semana que estaba aquí. Encontramos unos cartuchos de una Smith & Wesson reglamentaria; un homenaje inscrito en hierro y pegado chapuceramente con cemento a la roca; y pequeñas ofrendas a la mujer fallecida: piedras de colores, balas, calderilla, un fragmento de obsidiana. No éramos los primeros en pisar la cima, aunque sí sentíamos la emoción de los pioneros.

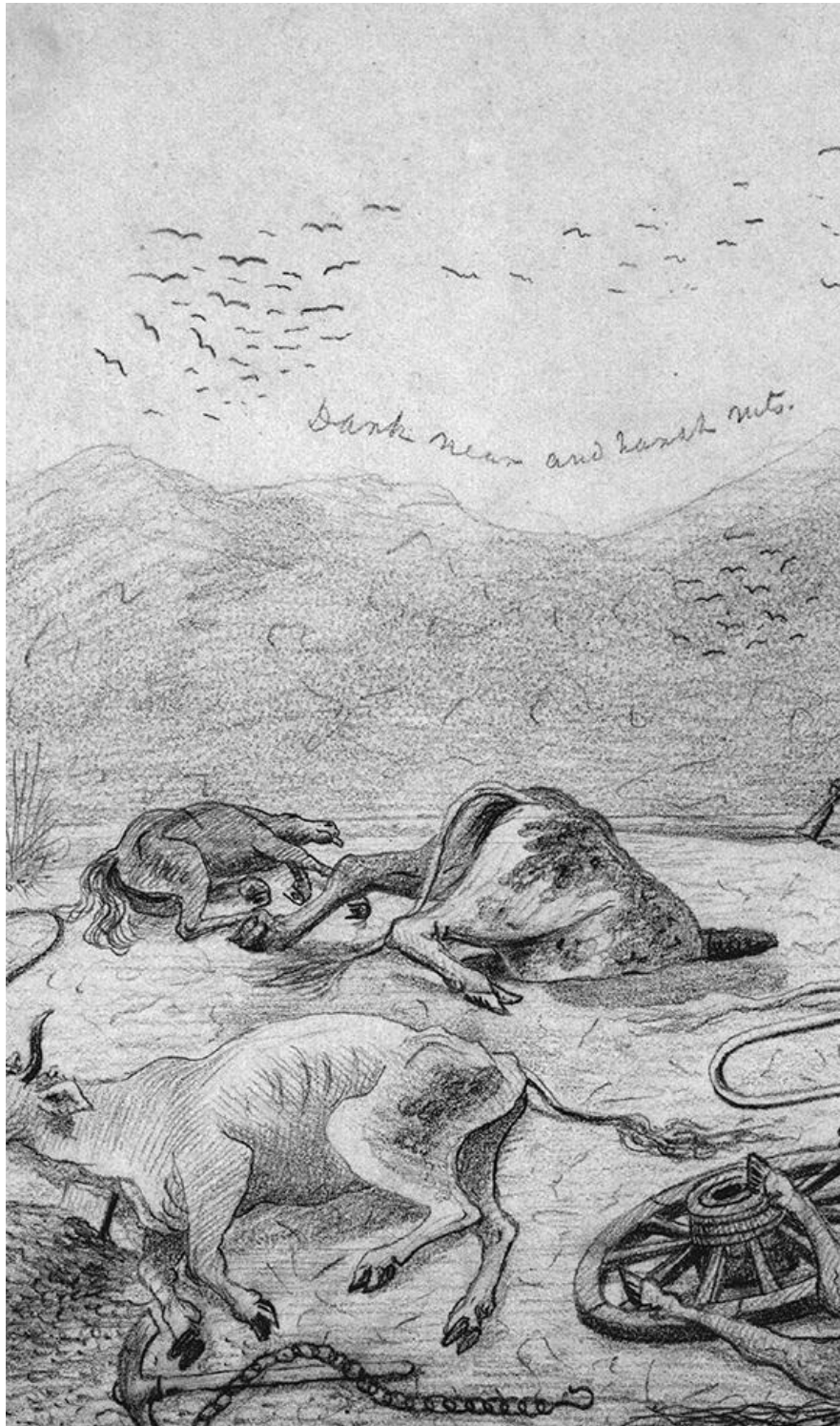
La vista parecía que se te echaba encima. La vastedad de la *playa* me hizo pensar en la Antártida, salpicada de sombras de nube; y era igual de blanca exceptuando un toque de verde sucio al pie de la montaña, donde el manantial humedecía el desierto. El aire era diáfano. Un kilómetro podían ser veinte. Diáfano salvo en una parte a mitad de camino, como a veinticinco kilómetros al sur. Un trecho de unos tres kilómetros de anchura estaba inmerso en una nube, solo que no se trataba de una nube, claro, ni de humo tampoco, sino del polvo que se levantaba de la ciudad. La columna helicoidal alcanzaba unos mil metros de altura, superando con mucho la cima de las montañas y las nubes que descansaban sobre estas. Pensé en las tolveneras de Jotán y el Aral, en los hongos atómicos de Maralinga, y me invadió el sentimiento de culpa de quien huye de la patria antes de su declive. El viento había puesto asedio a Black Rock City, pero era la propia ciudad, con el ajetreo de sus residentes, la que había desatado el polvo. Black Rock City, el lugar más irónico sobre la capa de la tierra.

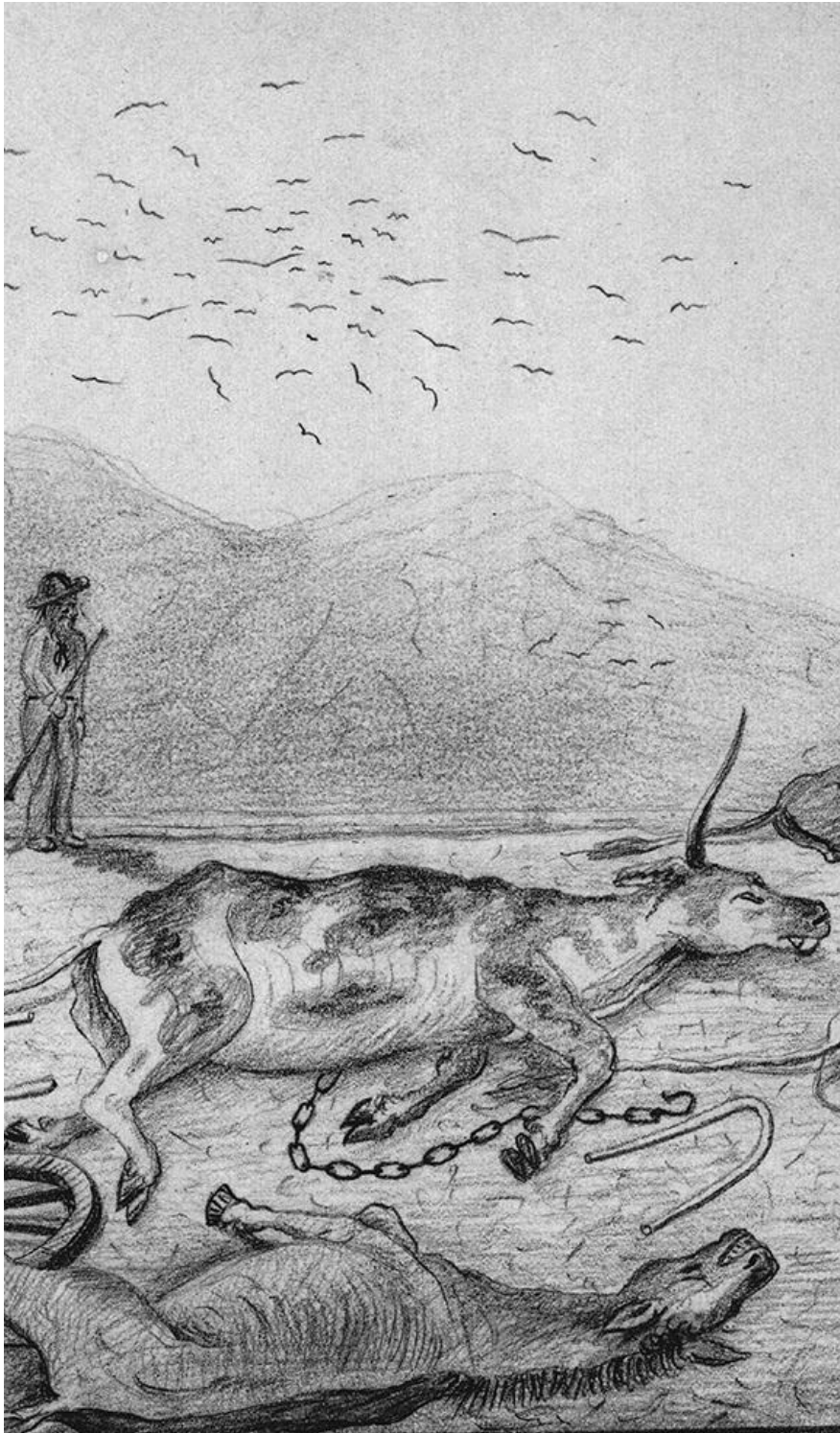
Antes de ponernos en camino por la mañana, yo había empezado a pensar que aquel sitio era insoportable —en todo caso, yo ya no lo aguantaba más—, y ahora que disfrutaba, provisionalmente, de libertad, la idea de ser deportado de nuevo a la ciudad me resultó dolorosa. El polvo, la omnipresente música dance. Los *burners* chiflados, los constantes gritos de «¡Oh, Dios mío!», típicamente californianos, una exclamación tan preñada de inflexiones diversas que no parecía haber circunstancia alguna que no mereciera esa

reacción verbal. Hakim Bey había descrito la Zona Autónoma Provisional como una «acción guerrillera que libera un área concreta»; pero el desierto no necesitaba que nadie viniera a liberarlo, y casi diría que el Burning Man lo privaba de esa libertad.

«Sé dónde preferiría estar», dijo Amy. Entre el polvo, me explicó, había diminutos huevos de camarón hada, que cuando había crecida eclosionaban y poblaban de larvas las aguas someras. Como aquellos «Sea Monkeys» que estuvieron tan de moda. O sea que también respirábamos huevos de crustáceo. Para esta expedición, en la que no habrían estado de más unos buenos crampones, Amy se había puesto unas playeras de suela plana y un pantalón tipo harén. A mí me encontraba ridículo, sin duda. Botas de desierto. Oh, Dios mío. A todo esto, empezábamos a tener frío. Hora de volver al calor de abajo. Ella tomó nuevamente la delantera. La vi descender por los cantos lobulados de derrubio y seguir la cresta de las negras *bajadas* hasta llegar al trecho verde de la *playa*, donde habíamos colocado una tela a modo de sombrero entre los montículos de vegetación. Cuando llegué a nuestra pequeña base, ella estaba sentada en la hierba tiesa, al lado del chasis destrozado de un carromato de pastor del siglo XIX, mordisqueando una tira de cecina. «Ya lo sé —dijo—. Soy muy animal». Miré hacia el sur y vi la horrible nube que cubría la ciudad.

En junio de 1846 un grupo explorador de Oregón que buscaba una alternativa menos peligrosa a la senda «oficial» entre Missouri y el noroeste de Oregón, llegó al desierto de Black Rock. Lindsay Applegate, uno de los dos hermanos que mandaban la expedición, se hizo eco de las palabras de Frémont: aquello «tenía un aspecto intimidante». El grupo continuó al sudeste hasta Black Rock Point y al final descubrió una cadena de bebederos que enlazaba con la ruta de California, estableciendo así una nueva senda, más corta, hasta Oregón. Sin embargo, para los inmigrantes que se dirigieron tres años más tarde al valle de Sacramento, la ruta no significó un atajo sino un añadido de trescientos kilómetros a su travesía. Qué empujó a tantas personas a tomar esa ruta es algo que no queda claro, pero lo más probable es que un carro se desviara por ella y el resto se limitara a seguirlo. En prieta caravana: así es como penetramos en el olvido.





J. Goldsborough Bruff, *The Rabbit-hole Springs* © Huntington Library.

Centenares de carros que se dirigían a California desde la costa atlántica

se desviaron hacia el norte en abril de 1849 y siguieron el atajo de Applegate en dirección al desierto de Black Rock. Los testimonios que han quedado dan grima de leer. El grupo de Alonzo Delano, un comerciante de grano de Illinois, no veía claro desviarse por allí pero «al final decidimos seguir la ruta norte». Cosa que iban a lamentar. «Delante de nosotros, hasta donde alcanzaba la vista, todo era erial, ni una brizna de hierba ni una gota de agua durante al menos treinta millas. En vez de evitar el desierto [...] habíamos ido a parar a una zona aún más árida y terrible». Dejaron atrás la escasa vegetación del lindero de la *playa* y avanzaron por su resquebrajada superficie. «Encontré, en la llanura desértica, gran número de animales que agonizaban por falta de alimento y agua. Unos boqueaban asfixiados; otros, incapaces de tenerse en pie, lanzaron gemidos al verme, gemidos de intenso dolor. Era inquietante...». Un dibujo, obra de un tal J. Goldsborough Bruff, muestra la escena que encontraron al llegar a un bebedero seco en septiembre de aquel año: docenas de reses muertas o moribundas; un cielo repleto de auras gallipavo y, como flotando sobre las montañas, las palabras «Oscuridad y monte hostil».

A unas pocas millas de Black Rock Spring, Delano encontró un carromato. Dentro había una joven y un niño, ambos llorando. «¿Y su marido?», preguntó Delano. «Ha seguido adelante con las reses —contestó la mujer—, y para ver si conseguía un poco de agua, pero creo que moriremos antes de que vuelva. Tengo la impresión de que no voy a poder soportarlo mucho tiempo más». Delano les dio el agua que le quedaba —«“Que Dios le bendiga”, dijo la joven, abrazándose a la cantimplora»— y las llevó hacia el norte. A la mañana siguiente el grupo llegaba a las fuentes termales, aunque casi toda la hierba estaba comida hasta la raíz. Delano trepó hasta lo alto de Black Rock Point para orientarse y luego bajó y se dio un baño en las fuentes. Alguien llamado James Bardin, que cruzó el desierto en 1855, advertía de que aquella agua estaba «tan caliente que podría escaldar a un niño»; seis años más tarde Israel Foote Hale se topó con «un buey que había muerto escaldado; tenía los cuartos traseros en el agua y los delanteros en el borde». Pero Delano, «junto con otros muchos, no quise desaprovechar la oportunidad de renovarme de pies a cabeza, y la experiencia nos resultó sumamente refrescante».

Amy y yo nos despojamos de la ropa, nos arrodillamos en el pequeño pantalán que se adentraba en el agua, apartado de la fumarola, y metimos primero los dedos de la mano y luego los de los pies. Estaba caliente de verdad. Bajamos del pantalán y nos pusimos en remojo, el trasero apoyado en

el fondo y el agua por el cuello, y vi que un sifón de burbujas sulfurosas ascendía del sedimento que removíamos. No estábamos haciendo más daño que el que habrían hecho un par de gorrinos. La brisa peinaba las juncias, y un cuervo entró en nuestro campo visual y aleteó pausadamente sobre nosotros, extrañado de ver a aquella humeante pareja. El señor y la señora Gorrino. No le faltaba razón a Mark Twain: «nada como unos huevos con beicon para disfrutar del paisaje». Amy se incorporó y el pájaro echó a volar. De la ciudad no llegaba el menor sonido, solo se oía el frufrú de las juncias agitadas por la brisa.

«Apesta a huevo», dijo Amy una vez en Black Rock City. Ella se había comprometido con sus compañeros de tienda a tomar ácido aquella noche. No hicimos planes para quedar, pero a lo mejor nos veíamos. El polvo había despejado y la puesta de sol sobre los montes Calico era magnífica, pero por todas partes reinaba una sensación postapocalíptica: el vendaval que habíamos podido ver desde Black Rock Point había dejado muchos campamentos en un estado de ruina parcial. Como si la ciudad hubiera sido saqueada. Cuando por fin logré descender la cremallera, atorada de polvo como estaba, vi que lo que había dentro de mi tienda estaba cubierto de una capa de polvo como ceniza volcánica. Por lo demás, muchos de los tensores que aseguraban la estructura que habíamos montado para tener sombra habían salido volando. Encontré a mis compañeros en la tienda *cabaret*, sentados en corro, callados y abatidos y enharinados de polvo. Me miraron sin reconocerme apenas, sus ojos circundados por las marcas que les habían dejado las gafas. «Bienvenido a la fiesta del no-tenemos-ganas-de-fiesta», dijo Brocket. La tormenta había sido espantosa. Yo estaba limpio y sonrosado como un bebé y relajado por primera vez en días... años, me parecía incluso. Los había abandonado durante la gran batalla y estaba contento. De todas partes llegaban alaridos mientras el sol se hundía tras los Calico; sucedía cada tarde, en el ocaso, pero esta vez sonaban más fuerte, y no solo de lejos sino de cerca también. Brocket tomó la iniciativa y los demás seguimos su ejemplo: levantamos la cabeza hacia el cielo y aullamos como posesos.

Era el penúltimo día y la quema del Man estaba programada para las siete. Alrededor de la figura se había formado un círculo compuesto de bomberos y de un sinfín de tragafuegos y escupefuegos: eso era el Cónclave. (Por allí debía de estar Beaker.) La hora se aproximaba y ya no éramos *burners* sino una multitud normal y corriente que asiste a unos fuegos artificiales, con la

impaciencia de costumbre y los empujones para hacerse sitio y disfrutar mejor del espectáculo. Por lo visto, había un protocolo: tenías que sentarte para que los de detrás pudieran ver, aunque eso supusiera que tú no. El que contravenía esta norma tácita era abucheado —«¡Tío, siéntate de una puta vez!»—, y la persona en cuestión, que estaba justo delante de nosotros, agotada y hecha polvo, respondió con un «¡Que te den!», y el otro se le echó encima y hubo empellones e intercambio de trompazos.

Con unas manivelas hicieron que el Man pusiera los brazos en alto. Las llamas prendieron, y un *crescendo* pirotécnico emergió del círculo que lo rodeaba. En el apogeo de los fuegos de artificio, dos enormes explosiones envolvieron en llamas la figura, y los brazos, vencidos, cayeron a los costados. Todavía permaneció en pie unos veinte minutos, sin cabeza, pasto del fuego, sostenido aún por su armazón metálico. En el momento final, cuando lo que quedaba del Man se vino abajo con estruendo, la multitud ya estaba dispersándose.

Al día siguiente, la *playa* estaba sembrada de bicicletas, cientos de ellas, y el olor a humo era abrumador. En el lugar de la quema no había más que cenizas humeantes. Pero luego, por la noche, parte del ambiente de días anteriores, una cierta ternura, se abrió paso de nuevo. Gran parte de la ciudad había sido ya desmantelada. Sin el Man como referente, era fácil desorientarse. Lo extraordinario del Burning Man era su carácter efímero: que reviviera cada año, como Brigadoon, básicamente la misma ciudad, y que la *playa*, el terreno en el que se asentaba la ciudad, fuera limpiado y barrido, y que allí donde gente había bailado y reído y amado pronto no hubiera nadie, ningún ser humano, y que el principal punto geográfico de referencia para quienes atravesaran la *playa* no fuese ya el Man, sino, como antiguamente para las tribus paiute y para los pioneros que llegarían después, aquel oscuro montículo de andesita erosionada. En otro tiempo, Black Rock Point era el lugar donde reagruparse, o donde uno se encontraba con gente que hacía sus preparativos para la siguiente etapa, camino de California o de Oregón; pero, sobre todo, era un lugar de agua segura. Se me ocurrió que a Delano le habría parecido inimaginable aquella inmensa acampada voluntaria en mitad de un desierto que tanta angustia le había provocado a él. Raras veces conocemos las historias de los humanos que murieron, de los novecientos que se dirigían a California; los dolientes animales —«boqueando asfixiados», «incapaces de tenerse en pie»— debieron de parecerles otros tantos congéneres. ¿Fue para

nosotros (Amy, Brocket, Hawthorn, yo) para quienes Delano y los demás pioneros habían abierto las puertas del desierto?, ¿fue para que sus descendientes, siglo y medio más tarde, se solazaran en el «perfecto erial» sin riesgo de morir, y que no solo sobrevivieran en aquel paraje sino que practicaran el lanzamiento de dildo y comieran langosta (nada menos) en él? Aunque pareciera una inmensa página en blanco, la *playa* tenía su historia como cualquier otro lugar. Muchas vidas habían quedado radicalmente transformadas por ella; el desierto de Black Rock se había asentado en la memoria de millares de personas como el peor de los lugares, el infierno en la tierra. Y sin embargo aquí estábamos, con toda nuestra frivolidad, y era una experiencia gloriosa. Así había aprendido Norteamérica a amar el desierto: conquistándolo a base de malgastar sus acuíferos y agotar sus minerales y destruir sus silencios; sentándose a comer huevos con beicon.

A la noche siguiente, antes de su destrucción, se había formado alrededor del Templo el mismo corro de bomberos ataviados con sus trajes acolchados, y nosotros —decenas de miles de personas— mirando. Pero esta vez reinaba un ambiente más apaciguado y la única música era el «Amazing Grace» que alguien había asumido la tarea de interpretar con una gaita. Un tufillo a incienso. Portadores de teas encendidas se aproximaron en procesión. Con el Man, cuando se vieron las primeras llamas, había habido vítores y griterío, pero esta vez el sonido dominante era el del fuego.

Primero prendió la cola de la espiral gigante. Y cuando las llamas empezaron a trepar por las paredes del Templo, se oyó a gente llorar y alguien desde lejos gritó: «Te quiero, papá», y alguien, que estaba más cerca: «¡Por Dios, Christine!», mientras que otra voz se limitaba a repetir: «Te quiero, te quiero, te quiero». Entonces, desde algún punto cercano, un exabrupto inequívocamente californiano: «¡Burning Man 2015, haz un poco de ruido, joder!». Pero nadie hizo nada, aparte de una risa sofocada que casi resultó patética y de alguien que recitó, o tal vez leyó, esas palabras de Beckett sobre fracasar mejor. Yo pensé en todos aquellos mensajes escritos de amor y pesar. «Hace justo un año mi madre se quitó la vida». «Que te jodan, cáncer». «Andrew, ¿qué te pasó?». «Buen viaje, querido hermano».

A partir de ahí no se oyó otra cosa que el fragor de las llamas, que habían engullido toda la estructura; los chasquidos secos de las maderas al partirse; y, finalmente, un zumbido amortiguado cuando la imponente arcada venció hacia delante provocando una onda expansiva de chispas y calor. Alcé los

ojos y vi millares de ascuas cayendo entre las estrellas. «Hostia puta», se oía decir ante el espectáculo del incandescente corazón de aquel infierno. No se distinguía entre polvo y humo. «Hostia puta». Un tornado de fuego se formó en el interior del infierno, complemento de la tolvanera que había barrido la *playa*. Los bomberos eran siluetas que corrían de un lado para otro. A todo esto, el calor iba en aumento. Miré hacia atrás, a los millares de rostros iluminados —polvorientos, quemados, agotados—, y me pareció que estaban en paz y que muchas de esas caras, como la mía propia, tenían los ojos húmedos.

En Sudán, al Sáhara lo llaman a veces *Bahr bela ma*, «mar sin agua». Charles Sturt había descrito el Stony australiano como un «mar arenoso» incluso cuando todavía creía en la existencia de un mar de verdad en mitad del continente. Para Bertram Thomas el Rub'al-Jali era un «mar turbulento»; el Taklamakán lo veía Aurel Stein como un «mar picado, sus olas petrificadas en alocada confusión». Pero contemplando con Amy la enorme bestia de saltarina respiración que era el océano Pacífico tras la exquisita inmovilidad del desierto de Black Rock, pensé que la equiparación era pobre. Que el mar fuera tan impresionante —o «genial», como dirían en California— no se debía a su inmensidad o su amplitud, tampoco su profundidad, sino a la energía global que evocaba su *movimiento*. Estaba vivo.

Estábamos pasando una semana en la costa de California al sur de San Francisco tras atravesar la Sierra Nevada procedentes de Reno. Amy llevaba todavía los pantalones tipo harén del día en que nos conocimos. Tenía las manos bastas como la madera. Estando en el jardín de un monasterio en plena montaña, un tanto mareados por la fragancia de las flores, nos deleitamos con el canto llano que venía de la capilla mientras abajo unas ballenas jorobadas rociaban las oscuras aguas con el vapor de sus espiráculos. Me acordé del Aralkum y del lago Lahontan e imaginé el lecho del océano ya seco, a lo lejos una multitud de camellos paseándose entre cascotes de barcos de pesca y costillares de ballena muerta.

«Dios, ten piedad de este pecador», cantaban los monjes.

Y Amy: «¡Ja, ja!».

Comimos extravagantes ensaladas de treinta dólares en un restaurante al borde de un acantilado y luego hicimos una carrera, ebrios de margaritas, hasta las rompientes de Big Sur, eufóricos a más no poder. Había ruidosas gaviotas por todas partes; gaviotas, mariposas y libélulas, enjambres de ellas;

y cada arbusto que rozabas al bajar a la playa despedía un nuevo aroma. Noté que mi piel revivía, que recobraba su elasticidad; mis fosas nasales perdieron el revestimiento de sangre seca. Era una vuelta a la vida. Amy empezaba a parecerme un fenómeno, con su libertad de movimientos. Tanto la sed como el fuego se pueden apagar.

Sentados al borde de la piscina de un motel, en Carmel, ella contó una historia. Una parábola. «En una ocasión un antropólogo le preguntó a un indio hopi por qué tantas de las canciones de su pueblo hablaban del agua», dijo. Mientras hablaba sostenía en la mano un limón que yo había cogido, todo cáscara, grande como un pomelo y duro como las nueces. Amy prosiguió: «“Pues muy sencillo”, dice el indio, “porque el agua es muy escasa...”. Y entonces le pregunta al antropólogo: “¿Y por qué tantas de las vuestras hablan de amor?”».

Una parábola, ni más ni menos. Me lancé al mar, donde parecíamos vivir, y aunque no lo dije en voz alta, pensé que mis mejores recuerdos estaban asociados al agua.

Pocos días después de regresar a Arizona, a la zona árida, las manos se me pusieron secas otra vez, como si fueran hollejos de una planta del desierto; tan bastas las tenía que se me engancharan con el algodón.

Sombras de colibríes danzaban frente a las persianas de mi *casita*.

Las cigarras estridulaban en el viejo mezquite del patio.

Unos tomates amarillos se pudrían en la parra.

Seguía habiendo lagartijas negras en el plato de la ducha.

Aprovechando las páginas en blanco al final de libros, hice anotaciones a lápiz. Venga a escribir y escribir...

Allá en el desierto seguía muriendo gente.

Jim Corbett —el mitad cabra, mitad Quijote— creía que los principios de justicia, comunidad y asilo que él patrocinaba en su trabajo con refugiados había que extenderlos a los seres no humanos. La obligación de proporcionar asilo, estaba convencido, «va mucho más allá de Centroamérica y de personas concretas y debe inspirar la armonía entre la comunidad de todos los seres vivos». En parte, era una filosofía que bebía de Aldo Leopold, quien en su escrito «The Land Ethic» (1949) observaba que «no existe hasta el presente una ética que aborde la relación del hombre con la tierra y con los animales y plantas que crecen en ella [...] la tierra ética cambia el rol del *Homo sapiens*, de conquistador de la comunidad terrestre a simple miembro y ciudadano de

ella». En palabras de Corbett, esto se traducía en «aprender a vivir integrándose en un nicho ecológico en lugar de en una jerarquía de dominación-sumisión». En 1988 Corbett fundó la Saguaro-Juniper Corporation, cuya filosofía se centraba en la idea de una «alianza» para santificar el planeta, una declaración de derechos del medio ambiente:

1. La tierra tiene derecho a estar libre de toda actividad humana que acelere la erosión.
2. Fauna y flora nativas tienen derecho a una vida con un mínimo de perturbación humana.
3. La tierra tiene derecho a desarrollar su propio carácter a partir de sus propios elementos, sin las cicatrices de la construcción y sin que objetos foráneos dominen el paisaje.
4. La tierra tiene derecho preeminente a la conservación de sus singulares y exclusivos componentes y rasgos.
5. La tierra, su agua, sus rocas y minerales, sus plantas y animales, sus frutos y su cosecha, tienen derecho a no ser jamás arrendados, vendidos, extraídos o exportados como simple mercancía.

En 1995 un grupo paramilitar derechista iba a adquirir unos terrenos próximos a la casa de Corbett en Cascabel, sesenta kilómetros al este de Tucson, para adiestramiento con armas automáticas. Nada podía ser más insultante para él. Junto con otros miembros de la comunidad compraron las 180 hectáreas de desierto pedregoso en torno a Hot Springs Canyon y fundaron la Cascabel Hermitage Association.

La cabaña de balas de paja adonde fui a vivir tras volver de Arizona la había construido la asociación en un lugar elegido por Corbett. El panorama tiene algo que me hace pensar en aquel otro pionero, el mormón Brigham Young, cuando llegó a Utah y golpeó con su cayado el suelo ungido: «¡Este es el sitio!». Pero Corbett el cuáquero no era en absoluto un mesías. Había descubierto que tenía discípulos sin comerlo ni beberlo. «Para saber por qué te sientes empujado a rehacer y consumir el mundo —escribió—, vete a vivir al menos una semana a un paraje desértico. No lles libros ni nada que te distraiga. Llévate alimentos sencillos y apropiados que no requieran preparación o muy poca. No hagas planes para cuando termine la semana. No practiques yoga ni meditación si crees que eso redundará en tu beneficio. En resumen: no hagas nada».

El valle de San Pedro se halla en lo que entre biólogos se conoce como la subdivisión Arizona Upland, la parte más fresca y húmeda del desierto de Sonora, un ecosistema donde dominan el más bien pequeño palo verde y el sahuaro. Los sahuaros, esos típicos cactus de brazos plisados que vemos en los westerns, son endémicos de Arizona. Los más viejos, que pueden tener hasta dos siglos de antigüedad, alcanzan quince metros de altura o incluso más. El San Pedro es uno de los escasos ríos «perennes» de Arizona —su mellizo el Santa Cruz, en cambio, es un río casi muerto— y fluye por todo su curso durante la mayor parte del año. En las riberas, cuando yo pasé por Cascabel, había margaritas y girasoles en flor a la sombra de unos álamos fremont. En un tupido bosque junto al río conocí a Daniel, que cuidaba de la ermita y de quienes se hospedaban allí. Había estudiado en un seminario de Chicago, y antes de mudarse a Cascabel en 1994 tenía su propio negocio. Desde entonces había estado viviendo en una tienda de campaña en un terreno de su propiedad. Era un modelo de optimismo e iba sin afeitarse, con canas en la barba de dos días. Poseía una especie de obstinado sosiego que no era precavido ni tímido ni mucho menos distante. Parecía como si estuviera dándome pie a contarle, mediante mis actos y mis palabras, qué clase de persona era yo y cómo podía él ayudarme, pero no tuve la sensación de que fuera posible decepcionarle. La suya era la calma de una persona que ha pasado largos períodos a solas en el desierto (mucho más tiempo que yo), pero Daniel no era un místico frustrado. Seguro que no le habría gustado nada el Burning Man, pero no le temía al mundo (o eso me pareció); no era asocial ni misántropo, aunque es cierto que no le gustaba menos la ciudad. Estaba lejos de ser una rata de desierto.

Al este del río, la rambla estaba bordeada de ambrosía amarilla. A lo largo de las crestas había sahuaros en hilera, los brazos alzados al cielo, vigilantes. Junto al camino, mientras íbamos hacia la ermita, había cagarrutas de color violeta, señal de que la dieta de los coyotes incluía también la tuna, el fruto del nopal, tan maduro ahora como para haber adquirido ese tono. Daniel se detuvo para señalar lo que le pareció una huella de puma en la arena de la cuneta, otro estilo de «seguir el rastro». Cuando llegamos a la cabaña tras cuarenta minutos en coche por lechos secos y pistas casi borradas por crecidas recientes, un chaparral se había posado sobre el caballón del tejado; parecía un adorno. A unos pasos de la puerta había un sahuaro de seis metros de altura y cuatro brazos. Junto a este crecía un palo verde de un metro de alto, el «árbol nodriza» del cactus, de cuya sombra dependía el sahuaro joven. Cincuenta años después, era el ser vivo más grande en muchos kilómetros a la

redonda. Más de una vez el instinto me empujó a abrazarlo, al diablo los pinchos. El mezquite que había cerca atraía tal cantidad de abejas a partir de la media tarde, que pensé que debía de haber todo un enjambre. Detrás de la cabaña crecía un ocotillo, parecía un carcaj con las flechas apuntando al cielo; de vez en cuando un pequeño alcaudón se posaba durante unos minutos en la punta de uno de aquellos palillos y me cantaba.

Cuando llegué, en un rincón detrás de una colchoneta arrollada, vi que había un nido hecho de fibras de moqueta y al lado dos ratones adultos y, agarrada a su madre cuando esta se apartó, una cría. Después de decirle adiós a Daniel, cogí una escoba, barrí el nido y salí con el recogedor para tirarlo al pie del palo verde. Me costó media hora larga sacar de la cabaña a los ratones, y a dos geocos que había allí también. El ratoncito se había escondido debajo del armario e intenté animarlo a salir hurgando con el palo de la escoba. No había manera; empujé con suavidad. Dejó de moverse. ¡Vaya con la alianza Saguario-Juniper! Cuando saqué el cuerpecito me di cuenta de que no lo había matado; casi, pero no. Tenía los ojos abiertos y le noté el corazón. Cogiéndolo por el extremo de la cola, lo deposité a la sombra de una roca: podía ser que reviviera o que sirviese de alimento a otro animal. Más tarde vi que seguía allí, aún respiraba, agitando las patas inútilmente. Y yo sin decidirme a hacer lo que habría tenido que hacer: aplastarle la cabeza con la bota o con una piedra. Aquella noche los latidos de su pequeño corazón parecían ser el motor de todo el ruido del desierto.

Y es que el desierto no era silencioso. Los cerros tenían abundante vegetación, y luego estaba el viento, presente en todos los desiertos. Dicho de otra manera: parte del ruido lo producía el viento al actuar sobre las plantas, haciendo susurrar las hojas del palo verde; haciendo estremecerse las matas de gobernadora; colándose hora tras hora por el fuelle del costillar del sahuaro. La cabaña tenía una techumbre de chapa ondulada y aquello resonaba como un tambor con el ir y venir de ratones, lagartijas y a saber qué más. Todo esto era el ruido diurno; pero la cacofonía animal empezaba en serio en cuanto se hacía de noche y el desierto se enfriaba. Aparte de las cabriolas de ratones y lagartos en el tejado, la fuente principal de ruido eran las cigarras, millones de ellas tamborileando hasta donde alcanzaba el oído, y el volumen iba en aumento conforme avanzaba la noche como si quisieran compensar con ruido la ausencia de luz. Luego estaban los coyotes peleándose en su cubil a un kilómetro de la cabaña, en una torrentera; y algún que otro aullido de zorro. Aparte de todo eso había otros sonidos, los sonidos de la duermevela cuya procedencia es tan difícil adivinar pero que podían ser,

una de dos, o una presa devorada viva o un depredador dando cuenta de la presa ya muerta. Al cabo de un par de días, ninguno de estos sonidos me parecía ya una posible amenaza.

Me había pasado por el forro el consejo de Corbett sobre llevar libros al desierto. En la librería de lance que había en la Cuarta Avenida de Tucson —un sitio en el que pasé muchas horas— había encontrado de casualidad un ejemplar de bolsillo de *The Desert*, que John C. Van Dyke escribió en 1901 y posiblemente el libro más influyente que se haya escrito nunca sobre la América árida. Nacido de buena cuna entre los jardines de New Brunswick (Nueva Jersey), Van Dyke llegaría a ser bibliotecario en jefe del seminario de dicha localidad además de profesor de historia del arte en el Rutgers College, siendo uno de los más famosos especialistas de la época en esa materia.

El viaje del que se habla en *The Desert* da comienzo en el rancho que su hermano tenía en Mojave, adonde John C. había ido con la esperanza de que el aire seco le ayudara a recuperarse de un «trastorno respiratorio». El deseo de estar solo, de gozar del desierto en cuanto que espacio libre de género humano, se tradujo en frases escritas como esta: «Dios sabe que la literatura de la humanidad es lo bastante abundante como para encima tener que arrastrarla a parajes de aislamiento tan sublimes como los desiertos». En todo el libro apenas si respira un solo ser humano; el de Van Dyke era un desierto imaginado, un desierto en la acepción original del término: no solo deshabitado sino prehumano, posthumano. Él mismo se nos presenta como especie rara: el esteta-pionero, tan hábil con el rifle como con la pluma, en un bolsillo el cuaderno y en el otro el cuchillo de caza.

El desierto no solo era extraordinario por la transparencia de su aire. Van Dyke creía que «el propio aire tiene colorido». Contemplando los montes Rincón al amanecer entendí por qué escribió eso. «Se diría que el calor, al abandonar el suelo, se lleva consigo innumerables partículas de polvo y que estas fueran la causa de esa cualidad rosada o dorada que tiene el aire». He aquí lo que escribió sobre el pintor Turner en carta a un amigo: «Él llevaba la naturaleza en su imaginación y pintó lo que tenía en la cabeza [...]. Sus paisajes no existen en el reino natural». En su manera de abordarlo, Van Dyke tenía algo de Turner: el aire y la luz como temas por derecho propio. Los mejores momentos de *The Desert*, pequeñas obras maestras de descripción al estilo del romanticismo, son tres capítulos consecutivos: «Luz, aire y color»; «Cielo y nubes del desierto»; e «Ilusiones». Estos fenómenos efímeros son,

para Van Dyke, los principales atributos del desierto. Sobre este, escribe: «Es el paisaje más decorativo del mundo, un paisaje todo colorido, un paisaje de ensueño».

He visto cómo al ponerse el sol, mirando hacia el norte desde Sonora a una veintena de millas, el Baboquivari cambia de azul a topacio y de topacio a un rojo encendido en solo media hora. Y no me refiero a aristas o bordes o manchas de dichos colores adornando la cima, sino a toda la mitad superior de esa montaña transformada por completo. El rojo dio a la cumbre un aspecto de hierro incandescente y, una vez extinguido el fuego, el tono oscuro que le siguió fue de un granate empañado.

Los problemas respiratorios no mejoraron con la exposición al desierto. Es más, a su regreso a New Brunswick, y tras haberse visto obligado a que le extirparan el apéndice, Van Dyke contrajo una neumonía postoperatoria. «Yo siempre había creído que la “vuelta a la naturaleza” era la cura de todos los males, ¡y ya veis!, resulta que no».

Desde lo alto de la *mesa* adyacente, una colina chata de treinta metros de altitud, uno podía darse cuenta de lo aislado de la cabaña. Allí estaba, solitaria, en una cresta entre dos ramblas, en el abanico aluvial formado a partir de las rocas y la arenisca de grano grueso que el agua había arrastrado Galiuro abajo, unos montes situados treinta kilómetros más al este. La cabaña aparecía como la única cosa humana en aquel paraje, una escama de piel o un respunte o el punto de un signo de exclamación. A veces, caminando por la *mesa*, me volvía para mirar el camino recorrido, a sabiendas de que la cabaña tenía que estar allí, y era agradable tardar unos minutos en localizarla con la vista.

El desierto es «atemporal», un cliché que venía a cuento porque aquí, desde luego, no lo parecía ni de lejos. Yo era plenamente consciente de su movilidad; por decirlo de otra manera, era consciente del tiempo y de la geomorfología. Y en parte ello se debía a mi conciencia del agua. En un desierto la acción del agua no es algo que se produzca con lentitud. En un par de horas, el agua puede transformar el panorama. Yo había sido testigo de su fuerza durante las tormentas que cayeron en agosto sobre Tucson, y caminando por las afueras de Nogales había visto una ola venir hacia mí por un lecho seco, implacable, una ola producida por una tormenta que apenas era

ya visible en forma de nube oscura en la lejanía, sobre la montaña. Se ha dicho que en el desierto muere más gente ahogada que por deshidratación. No es cierto, pero algo de verdad hay en ello. Fuerzas más lentas se me hacían conscientes también, esas de las que se dice que son imperceptibles. En parte se debía al hecho de estar desacostumbradamente quieto; a veces me tiraba horas sentado sin más, la cabeza envuelta en un pañuelo húmedo. Por supuesto, no es que notara ese movimiento de un milímetro por década de las montañas o qué sé yo; simplemente no me parecía que el desierto fuese la cosa inamovible que muchos creen que es. Yo era consciente de la entropía.

Los geólogos creen que previamente al estiramiento del manto que formó Nevada, Arizona y el resto de esta región cuenca-y-cordillera, el desierto de Sonora era una meseta pedregosa, boscosa... y básicamente plana. Desde que se calmaban los movimientos tectónicos de la zona, el principal proceso geológico —eso pude verlo en el Black Rock— ha sido la erosión de las montañas, su conversión en arenisca y polvo, y cómo esos sedimentos llenaron muy lentamente las cuencas. Por tanto, si uno tiene algo de idealista, se puede decir que el estado al que el paisaje —todos los paisajes, quizá— aspira, el estado *definitivo*, es precisamente la condición de llano, esa pureza espacial: las montañas, por aberrantes, son reducidas finalmente a polvo y, mientras existen, las brechas entre una y otra van acumulando ese polvo. De esta forma, un paisaje que fue originalmente llano vuelve a serlo otra vez. Y es que el agua pule el mundo.

Las ramblas son carreteras para animales y humanos por igual: uniformes, llanas y con escasa vegetación debido a las crecidas que periódicamente las anegan. El paseo hasta Hot Springs Canyon, un paseo que acabó gustándome mucho, empezaba en la parte más alejada de la rambla que formaba la pendiente oriental de la cabaña. Había que tomar el sendero que muchos años atrás nivelaran las máquinas excavadoras hasta lo alto de la *mesa* y seguir en dirección sudoeste. En algunos puntos el agua había erosionado el sendero hasta convertirlo en una extensión blanca y dura de carbonato cálcico. Los cursos de agua se transforman en senderos humanos, y estos en cursos de agua. Desde la cumbre de la *mesa* podías mirar hacia el oeste y ver el verde hilo del río San Pedro en su discurrir al pie de los montes Little Rincon; mirabas hacia el noroeste y veías las ramblas y aquel puntito claro que era la cabaña, con el centinela sahuaro dándole sombra; podías mirar al este y ver la

cadena de los Galiuro por donde el sol había salido hacía poco. En alguna parte se oía un zumbar de abejas, prueba de que el aire iba calentándose.

A esta altitud, lo que predominaba eran las matas de gobernadora. Llegaban por la rodilla y sus hojas eran de un verde cerúleo; en la breve humedad que proporcionaban las primeras horas del día, desprendían un aroma agradablemente acre. En español se la llama también hediondilla, debido a su olor a creosota; «gobernadora» le viene de las toxinas que emite para dificultar la competencia. Es una estrategia típica del desierto y que se explica por la escasez de recursos: dosifica el cuadrante donde tú gobiernas y defiéndelo incluso contra los de tu especie. Aquí y allá, pese a la altitud, se veían sahuaros con su forma de candelabro; más adelante, obstruyendo el paso, había uno caído. Ya no tenía pulpa, era poco más que un haz de leñosas costillas blancas. En el desierto, la descomposición puede ser un proceso tan largo como la vida.

Pasados tres kilómetros, el sendero-arroyo desembocaba en una rambla paralela (este-oeste) a la que discurría más abajo de la cabaña. Giré a la izquierda, hacia el este; luego, cuando vi que me había equivocado —al cabo de cinco minutos la rambla terminaba en un peñasco de piedra arenisca—, di media vuelta y seis minutos después vi que había pasado de largo el punto en que antes me desviara del camino. Volví sobre mis pasos pero, tras varios minutos más, no fui capaz de encontrar la senda. Lo más importante ahora era volver a la cabaña. No estaba del todo perdido, no irremediablemente; tenía la sensación de que rememoraría este momento sano y salvo, quizá incluso por escrito, pero sentía como si me hubiera mordido una serpiente, solo que en lugar de veneno era perplejidad con sabor a adrenalina. El camino tenía que estar por algún lado, solo era cuestión de encontrarlo y de confiar en la memoria, pero para eso había que evitar el pánico. Sabía muy bien cuál era el peor de los escenarios: volver una y otra y otra vez sobre tus propias huellas. Recorrí la rambla en ambos sentidos durante diez minutos más, despacio, hasta que identifiqué el punto en que se le unía el sendero (desde allí, apenas una vaga incisión, no parecía un camino en absoluto). Me sentí ligeramente mareado. Antes de continuar, busqué tres piedras y las puse una encima de otra en mitad de la rambla, junto al inicio de la senda. Luego, en mi cuaderno, anoté el tiempo que transcurría entre un punto y el otro; cada equis minutos me daba la vuelta para hacer una fotografía: aquí, donde hay cinco sahuaros juntos, aquí es donde has girado; o donde hay una gruta en la pared del peñasco. Llevaba conmigo una vara recta de palo verde en torno a uno de cuyos extremos había anudado un trozo de esparadrapo a modo de

empuñadura. En adelante, cada vez que tomaba una ruta y no otra, dibujaba una flecha con la vara en el suelo arenoso.

Tras varios cientos de metros la rambla desembocaba en una gran confluencia aluvial seca, una especie de estadio de altas paredes cuyo suelo ramificado daba fe del paso de docenas de torrentes. La superficie mostraba islotes y terrazas en las zonas en las que el agua había hecho sus pliegues, sus rebajes y sus tallas. De vez en cuando había escombreras de sedimento, piedras y vegetación: habas de mezquite, hierba seca, arbustos muertos y cabezas sin cuerpo de sahuaros cincuentenarios que parecían reptiles ahogados. Pero aquella mañana lo único que quedaba del agua, que en algunos puntos debía de haber formado espuma, era un ligero oscurecimiento bajo la superficie y abundancia de vegetación. Aquello era un festival de pájaros cantores, lo que me hizo recordar que el desierto de Sonora es una extensión del bioma de la Sierra Madre: desierto tropical. Sortear los matorrales llevaba su tiempo, aparte de que el instinto me hacía ir despacio para así poder detectar las estrechas torrenteras por las que era más fácil avanzar y donde era menos probable toparse con una serpiente escondida. Viré al este, hacia el amplio y profundo Hot Springs Canyon, atajando de rambla en rambla entre las zonas de hierba y matorral, siempre en busca del suelo pedregoso o arenoso. Me decidí por una especie de pasadizo que penetraba hasta un metro de la superficie, donde el agua a su paso había dejado la arena totalmente llana y lisa. Los tamariscos que me rozaban los brazos hacían pensar en un seto de barrio residencial, tan ordenados y bien puestos estaban. En la margen fresca del camino, vi en el suelo una impresión con forma de espiral rodeada por piedras y me pregunté si habría sido cosa de un remolino de corta vida... hasta que se me ocurrió que allí era donde acechaba una serpiente de cascabel. Aquella marca tenía algo de íntimo, como lo tiene cualquier cama vacía.

En los ocasionales meandros de la rambla el suelo de arena gruesa daba paso a un trecho de cascajos o cantos rodados, o bien había un pequeño árbol atravesado y tenías que pasar por encima o por debajo. Después me topé con un triángulo de piedra amarilla, la punta hacia arriba y tan alto como yo, caído de la pared del cañón. Al cabo de otro kilómetro de laberínticos pasadizos encontré el paso cortado por un entramado de ramas cubiertas por una tela de araña en la que estaba instalado un gran ejemplar negro. Me quité la mochila, la pasé por debajo de la barrera y luego lo hice yo, atento a posibles serpientes. Seguí adelante unos cuarenta minutos más; las paredes del cañón se cernían sobre mí, cada vez más altas, y el aire era más fresco cada vez.

Sombras de libélulas bailoteaban en el suelo. Pasaban lagartijas a toda velocidad, tan ágiles de movimientos como las sombras de libélula. Y justo cuando empezaba a preguntarme si el calor me echaría para atrás antes de encontrar agua, vi que el sendero (es lo que ahora me parecía aquella rambla) rielaba un poco más adelante: era agua, apenas un charco, y el sonido del agua me pareció delicioso; me sentí embargado de júbilo y empecé a gritar de puro contento. Tenía esa sensación como de ensueño en que el paisaje es más que nada un reino simbólico, una secuencia de mensajes que cabe interpretar.

Recibí respuesta: la del agua, pero también la de otra cosa cuya voz no alcancé a registrar. A mi izquierda el riachuelo serpenteaba alegre por un amplio pasillo de sedimento gris; a mi izquierda era más tranquilo, más hondo. Lógicamente, fue esta hondura la que llamó mi atención. Enardecido todavía por el hallazgo, avancé por la orilla de guijarros, y entonces la cosa se irguió para avisarme: era un crótalo, puro tendón, a diez metros de distancia, protegido por la sombra de la roca donde se cobijaba. Retrocedí tres pasos mientras observaba cómo la serpiente seguía corcoveando y silbando y agitando su cascabel (ese traqueteo estilizado y no musical que es más agudo y prolongado que la inofensiva estridulación de las cigarras). No volvió a posarse hasta que me hube alejado, y a partir de ese momento y durante el resto del día, me obligué a vigilar cada paso que daba, a mirar el suelo tres metros más adelante y luego un metro. Porque, vamos a ver, ¿qué hacía yo si me mordía una, sin antídoto y a veinte kilómetros de la casa más cercana, una casa cuyo exacto paradero era simple conjetura? Una raíz arrastrada por el agua era una serpiente; una veta con forma de S en medio de la arena era una serpiente; la sombra de mi bastón... Dibujé un recordatorio para cuando regresara por allí:

S

Tras otra hora de caminata con todas las alarmas encendidas, tanteando el suelo como los ciegos con mi cayado, llegué al lugar que en todo ese tiempo había sido mi destino sin yo saber que estaba allí. Me lo anunció un pequeño ciclón de mariposas amarillo cadmio, y allá en lo alto, dos águilas volando en círculo. El lugar era apenas un álamo verde cuyas hojas la brisa movía sin cesar, y a su sombra un arroyo de medio metro de hondo y hierba alta en las márgenes. En mitad de la corriente había una losa de piedra caliza de dos metros de ancho y casi cuadrada. Y fue allí, sobre la losa, donde pasé el resto de la mañana, contemplando las mariposas y las libélulas que intentaban

atraparlas, y la pareja de águilas allá en lo alto, por encima del cañón. No tenía prisa por moverme. Estuve como una hora dormitando a la sombra del álamo. ¿Por qué, preguntaba el arqueólogo, tantas canciones vuestras tratan sobre el agua?

En la cabaña había un libro de huéspedes. Muchas de las entradas, que se remontaban a la década de 1990, citaban las Escrituras o a algún místico cristiano: Todo irá bien y las cosas de todo tipo irán bien. Este día es obra del Señor, así que alegrémonos y gocémoslo. Deberíamos poner la Biblia en el estante durante veinte años y prestar oídos a nuestra naturaleza. La soledad es el horno de toda transformación. No es que seamos seres humanos con una experiencia espiritual, sino seres espirituales con una experiencia humana. El silencio es el hogar de la palabra. Yo, Soledad, soy lo que tú eres; yo, Nada, soy tu todo; yo, Silencio, soy tu Amén.

Cientos de palabras —Juliana de Norwich, Teilhard de Chardin, Thomas Merton, Henri Nouwen—, concisas, afectuosas y sinceras. Sin embargo, cuando las estaba leyendo a la vuelta de mi caminata, empezaron a licuarse ante mis propios ojos. Fue como si el lenguaje se me hurtara, o yo a él. Las frases de Merton, por sí solas, eran como un faro: el silencio como Amén, la nada como todo. Volver del cañón me había llevado tres horas. Bebí mucho, cuatro o cinco litros, y había rellenado mi CamelBak con agua del arroyo, pero con tanto calor (no tenía termómetro, pero debíamos de estar por los cuarenta y cinco grados), los fluidos no siempre bastan para regularizar la temperatura corporal. Me había sentido un poco aturullado desde mi llegada una hora antes, demasiado como para dormir, aunque mientras hojeaba el libro me pareció que estaba a punto de caer muerto de sueño.

Al incorporarme descubrí que mi cuello no parecía muy dispuesto a soportar el peso de la cabeza. Algo se estaba cociendo, como cuando chocan dos gases adversos; no tenía claro si quería llorar o vomitar. ¿Iba a cagarme encima? Vivir es la mar de excitante.

Me puse de pie, pero, al presentir que caería redondo, me senté. Una ráfaga de viento abrió de golpe la puerta de la cabaña, inundando la estancia de calor. La misma ráfaga cerró la puerta después. Pensé en las fases que según W. J. McGee tenía la *sed*: «sequedad normal», «trastorno funcional», «la fase boca rasposa», «la fase lengua arrugada», «la etapa de degeneración estructural» y «la fase final». Sentado en la cama con la cabeza entre las manos, intenté una vez más recordar la letra de la canción, aquella que

Absalom había puesto un año antes en su escacharrado Samsung al borde del Taklamakán. Comprobé que no me costaba tanto recordarla; cada día un nuevo verso:

*Iba un pastor por el monte solo,
lei, odelei, odelú...
Era su voz poderosa y fuerte,
lei, odelei, odelú...*

Sin levantar la cabeza, allí sentado, interpreté unos gorgoritos tiroleses y luego creo que perdí el conocimiento.

La palabra *apophasis* viene del griego *phasis*, que significa «imagen»; y de *apo*, que significa «más allá». Se utiliza para describir la incognoscibilidad de Dios y el carácter inefable de lo divino. En el Viejo Testamento, Moisés descubre en el Sinaí que Dios mora en una «densa oscuridad». En el Nuevo Testamento Pablo nos dice que Dios «habita en una luz inaccesible, que nadie ha visto ni puede ver». Evagrio del Ponto, un monje que vivió en el wadi Natrun de Egipto en el siglo IV, aconsejaba a los suplicantes «esforzarse por dejar la mente sorda y muda en el momento de la oración, así seréis capaces de orar». Abba Pambo, otro Padre del Desierto, al recibir la visita de un prelado en busca de guía espiritual, lo recibió con un abyecto silencio: «Si mi silencio no le ilumina, difícilmente le iluminarán mis palabras». Abba Agathon, del wadi Natrun, llevaba siempre un guijarro metido en la boca para impedirse a sí mismo hablar.

La *apophasis* —llamada también *via negativa*— no fue articulada por primera vez como postura teológica hasta el siglo VI gracias al Pseudo Dionisio Aeropagita. Confrontados ante Dios, escribió, «no solo comprobamos que nos faltan las palabras sino que somos incapaces de hablar e ignorantes». El propio Moisés solo fue capaz de «contemplar el sitio donde Dios habita».

Una de las cosas que me motivaron en primer lugar fue aquella noche en la Royal Geographical Society de Londres; el orador explicando su triunfal travesía por las arenas de Arabia. Yo ansiaba un retiro —dicen que la soledad es la mejor cura para quien se siente solo— pero en la sala de conferencias con sus paneles de madera tuve que hacer un esfuerzo para no decirle que se metiera un calcetín en la boca. Y en el fondo de eso se trataba: ¿por qué no

nos metíamos, todos, un calcetín en la boca? Aunque fuera solo un minuto. Bueno, si no un calcetín, un guijarro como el bueno de Abba Agathon. ¡Guijarros para todo quisque! En mi piso de Londres, bajo aquella montaña de libros que parecía una tumba, me dije que incluso ellos, los libros, eran una distracción; que no había nada que los libros pudieran enseñarme o que yo pudiera aprender de ellos en un año tan edificante como un minuto de absoluto silencio.

«Vendrá el momento —advertía san Antonio— en que los hombres enloquecerán, y cuando vean a alguien que no está loco, dirán: “¡Tú estás loco, no eres como nosotros!”».

El descreimiento de Jim Corbett, me parece a mí, era una forma contemporánea de apophasis. «La fuente de la creación es inimaginable —escribió—. El camino hacia el *shalom* [“comunidad armónica”] se nos revela en el intocado monte Sinaí, pues ha sido y es ofrecido a todos los pueblos». Es como si quisiera decir que la soledad es solidaridad. Esto lo entendieron los Padres del Desierto. La vida monástica, es decir la entrega a la resistencia y la oración, nunca ha sido un apartarse del mundo aunque sí sea un apartarse de la palabra.

Lo siguiente que recuerdo es caminar en pequeños círculos a la sombra del gran sahuaro mientras el sol empezaba a descender. Y, aunque aún hacía más calor fuera que dentro, empezaba a encontrarme mejor; las punzadas en la cabeza habían amainado, tenía la vista menos turbia y había recuperado el equilibrio. Saqué un poco de agua del bidón y llevé una silla hasta la sombra de la cabaña, empapé un pañuelo y me envolví con él la cabeza y el cuello. Desde el extremo de una viga, una lagartija parecía observarme. Me puse de pie, desnudo a excepción de las botas y el pañuelo, y me puse a cantar:

*De una ciudad muy lejana oyeron,
lei, odelei, odelú,
la singular voz del buen cabrero,
lei, odelei, odelú...*

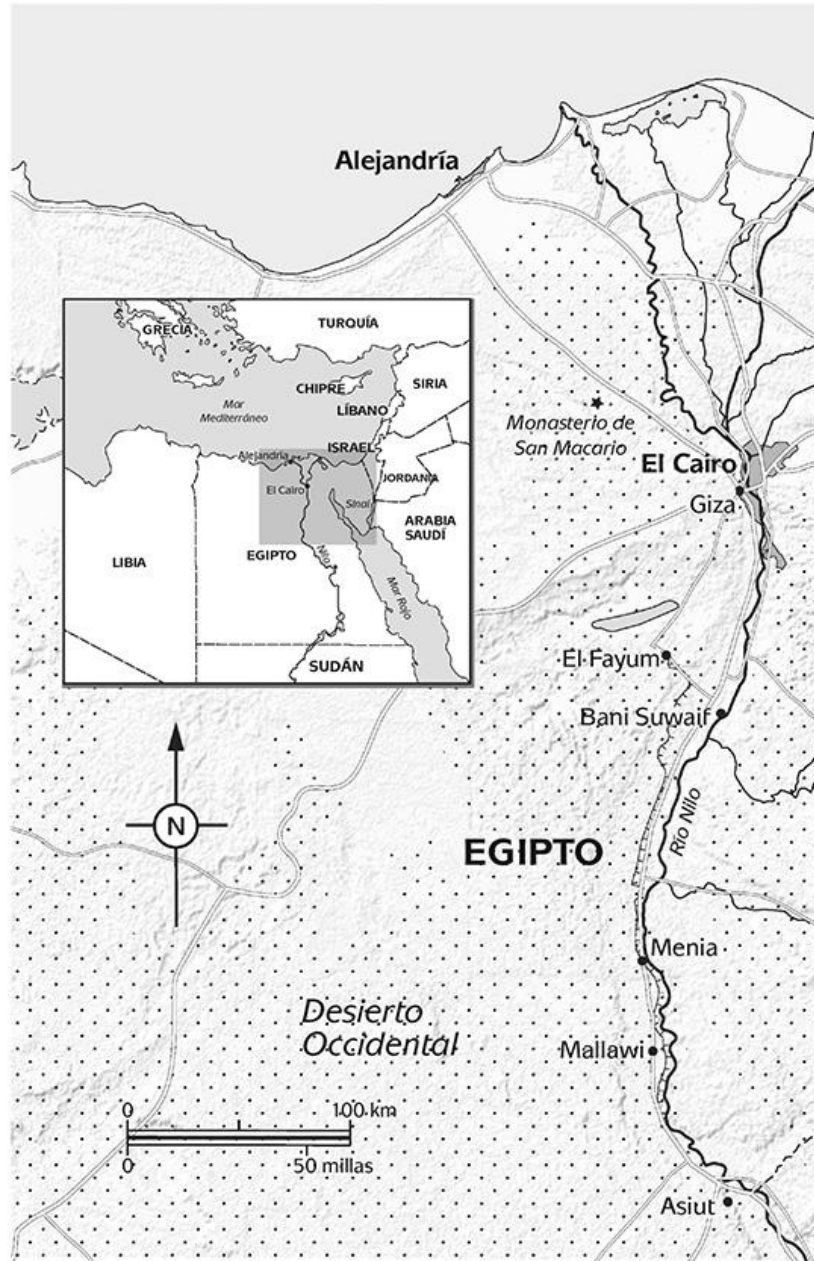
La salmodia no es mi fuerte. Pitando, se escabulló la lagartija. Era maravilloso haber recuperado los cinco sentidos, el lenguaje, la voz. Me pregunté si Daniel podría oírme desde Cascabel. Rejuvenecido, ebrio casi, volví a la cabaña, me senté a una mesa, y al momento estaba otra vez con vahídos y sensación de pesadez. Dejé de cantar. Pero aquello no era un golpe de calor, ni agotamiento, ni deshidratación, ni «trastorno funcional». Entre el

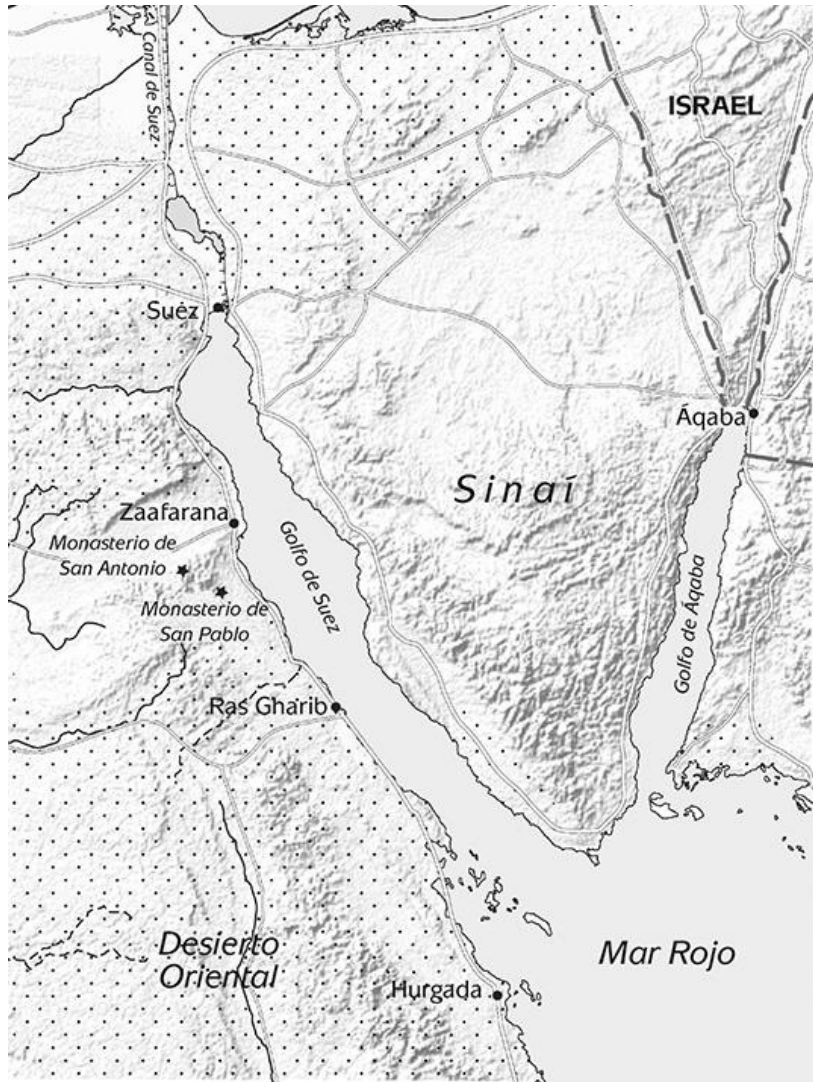
quiqué y la botella de vino estaba el hornillo de gas; vi que la llave negra estaba ligeramente abierta, no del todo vertical. Desde que me había preparado el café de la mañana, la estancia había ido llenándose poco a poco de butano. Abrí rápidamente las ventanas y la puerta y me senté fuera mientras la cabaña se ventilaba.

7

LA MONTAÑA INTERIOR

El desierto Oriental (Egipto)





En mi celda del monasterio cercano a Dartmoor, donde había estado tres años atrás había una copia de la regla benedictina. Existen cuatro clases de monje, empezaba diciendo: cenobitas, que viven en comunidad bajo la dirección de un abad; sarabaítas, que no han sido «puestos a prueba por regla alguna»; anacoretas, que viven solos y están «bien adiestrados para el combate singular con el desierto»; y, por último, giróvagos, «que pasan la vida yendo de una provincia a otra».

Me encuentro a 3600 kilómetros de Dartmoor, en el desierto Oriental de Egipto, en el refectorio del monasterio de San Antonio, comiendo un estofado de habas. Hoy tenemos melaza de postre. Peter, con quien coincido en todas mis comidas, es alto y de espaldas anchas y luce ese cutis luminoso que cabe esperar de alguien que tiene veintiocho años y practica el taekwondo a diario, que se pasa las tardes leyendo textos sagrados, que se acuesta temprano y no consume nada susceptible de poner en peligro su excelencia corporal.

Sus padres se trasladaron a Alemania desde Eritrea antes de nacer él, y aunque Peter solo ha estado una vez en Eritrea, lo considera su patria chica y su hogar espiritual. Su inglés un poquito titubeante se transforma cuando habla de fe, de Jesucristo, del Anticristo y la eternidad, y de los anacoretas eritreos y etíopes a quienes admira más que a nadie. Me enseña una foto que tiene en el móvil, pero no de su mujer o de sus hijos, sino de un risueño monje etíope ataviado con prendas de color amarillo y posado como un búho en un agujero en la roca.

Uno de los gatos de la cocina le pone las patas delanteras encima de la rodilla para que le dé algo: Peter le rasca la cabeza e imagina en voz alta su voz de pillo: «Me parece que no nos han presentado, caballeros...». Tiene ese sentido del humor. Pero para él el demonio está siempre ahí, motivo de constante ansiedad, de tristeza y compasión. Habla a menudo de los instrumentos y maquinaciones del Maligno: el daño que las multinacionales

han hecho a África, la ilusoria democracia de Norteamérica, el trato racista de Europa a los refugiados eritreos, la barbarie de la actuación israelí en Palestina. Pero lo que le preocupa por encima de todo es el islam. Dice cosas como: «Los musulmanes le causarán muchos problemas a Europa». O «El islam no entiende de compromisos». No diré lo que no es; varios de sus mejores amigos son musulmanes, chavales con los que se crio en Munich. «Para mí son como hermanos», dice, pero añade que ellos apenas han leído el Corán. Solo saben lo que el imán les dice cada viernes y lo que pillan mirando YouTube. Están ciegos a las falacias de su religión. Además, prefieren no saber nada. «Ellos jamás soñarían con cometer actos violentos, pero el Corán les enseña a admirar a todo hombre que guerrea por el islam».

El refectorio es una sala alargada dentro de un recinto más grande, el suelo es de baldosas blancas y negras y las mesas están arrimadas en hilera a cada pared. En la del fondo hay un fotomontaje de doce metros cuadrados donde se ven los torreones de la entrada al monasterio eclipsados por la imagen de un icono: un gigantesco Antonio, con su halo de santo, en una mano un crucifijo de madera y en la otra el báculo en tau. Pequeños acuarios, ocho en total, adornados con astas de íbice, amonitas y piedras de la montaña, salpican los pasillos que conducen a las habitaciones para huéspedes. Están profusamente iluminados y perfectamente secos, salvo uno que tiene unos cuantos centímetros de agua blanquecina donde pululan diez escamosos peces amarillos que no paran de perseguirse.

En el refectorio hay plazas para un centenar de personas, pero Peter y yo solemos estar solos, aparte de dos chicos flacos encargados de servir las mesas y que siempre están en la cocina, tirados —literalmente— sobre una mesa esperando a que llegue algún huésped, y cuya taciturnidad parece impenetrable hasta que uno les sonrío y se lleva la palma de la mano al corazón. Entonces se alegran de verte. A veces el entusiasmo les empuja a preparar limonada con esos pequeños y duros limones que crecen en la huerta del monasterio. Sospechamos que puede tratarse de una infracción menor, aunque sea del decoro. Dicen que ellos no son novicios, sino coptos que viven en el complejo de casas que hay junto al monasterio. Les encantan los tatuajes de Peter, sobre todo la complicada cruz copta que lleva en el pecho y que asoma por el cuello de su camiseta. Se la hizo tatuar, me cuenta él, hace un par de años. La cruz copta, más sencilla, que lleva tatuada en la cara interna de la muñeca derecha es más antigua.

Peter y yo compartimos el apartamento de huéspedes y somos los únicos occidentales de visita en el monasterio. Él es diez años más joven, pero

muchas veces me siento como un aprendiz a su lado. Y no porque él vaya de nada ni tenga la más mínima arrogancia misionera; es solo que en su discurso se deja ver esa certeza que tiene el devoto. Si llega a sentir ira, la reserva para el demonio. A los humanos simplemente los compadece; al fin y al cabo, la gran mayoría de nosotros no tiene otro destino que el sufrimiento eterno. «Algunos saben que es así... ¡y continúan pecando!».

En su caso, dice, fue hace tres años cuando por fin el Espíritu Santo entró en él, justo el día en que renunció a Facebook, el cine, la tele y la música. «A mis amigos les pareció muy raro, pero mi vida es mucho mejor ahora. Más pura». Está pensando en hacerse monje. Por eso está aquí: quiere comprobar si esto es suficiente como para abdicar del mundo, y si Dios quiere que lo haga. «Podemos vivir cien años, si esa es la voluntad divina —dice—. Pero el diablo ha vivido ya miles de años y esa experiencia la utiliza contra nosotros. Siempre nos observa. ¡No podemos sorprenderle! Él sabe cómo vamos a actuar en cualquier situación. Es su trabajo. Y se le da muy bien».

—Entonces ¿el demonio está cobrando fuerza? —dije yo.

—Naturalmente. —Remueve su melaza con un trocito de pan sin levadura, pero no come—. Día tras día. En todas partes. Incluso aquí. La gente cree que el mundo lo gobierna Dios, pero no es Dios quien manda. ¡Él no ganó!

En este desierto fue puesto san Antonio a prueba hace mil setecientos años. Los demonios lo asediaron y padeció tentaciones imaginadas por un millar de artistas. Desde la ventana del refectorio contemplamos el valle seco del wadi Araba, una vista que Antonio conoció en su momento. Inmensa aunque poco profunda depresión interrumpida por unas lomas bajas de piedra caliza, el valle atraviesa el desierto montañoso entre el Nilo y el mar Rojo y es una ruta comercial anterior incluso a la ocupación de Egipto por los romanos. Discurre entre dos cadenas de montañas; en el lado más alejado, a unos treinta kilómetros, la montaña Galala Norte se vislumbra entre el polvo creciente de la mañana; 160 kilómetros más al noroeste, está El Cairo. La sierra del Galala Sur, que se yergue poderosa por detrás del monasterio, se extiende cientos de kilómetros en dirección a la frontera con Sudán, impidiendo que el efecto humidificador del mar Rojo pueda llegar al desierto Oriental.

Probablemente fue por el wadi Araba por donde Antonio se encaminó al dejar atrás el valle del Nilo. Llevaba viviendo unos veinte años en Pispir cuando, frustrado por los acólitos que se habían unido a él, partió en busca de una mayor soledad. Encontró una caravana de sarracenos y viajó con ellos

hasta el Galala Sur (o el monte Colzim, según la biografía de san Atanasio). Quién sabe si no intuiría que aquel era su verdadero hogar: el cobijo que prometían las montañas, esta perspectiva elevada sobre el desierto y, por supuesto, el manantial a pie de monte. Puede que el desierto sea un símbolo de muerte, pero fue la posibilidad de vida lo que facilitó que Antonio se quedara allí. La existencia del monasterio se explica, en primerísimo lugar, por el agua.

No pasó mucho tiempo hasta que sus discípulos lo localizaron, a fin de cuentas nada que viva en el desierto pasa desapercibido. Cuando Hilarión, el fundador del monacato palestino, fue a visitar a san Antonio, le presentó sus excusas al cabo de dos meses, incapaz de soportar aquella multitud. Es la batalla constante del monje egipcio hasta el día de hoy: atrae a seguidores por ser algo tan fuera de lo común. Los fieles quieren besar su mano, recibir su bendición, su *baraka*. Saber simplemente que existió no basta; necesitamos bañarnos en la gracia de su presencia.

Un poco de griego antiguo siempre viene bien. *Monakhós* significa «célibe» o «solo». *Anachorein* significa «retirarse». *Éremōs* es un páramo o desierto. De la primera viene «monje»; de la segunda, «anacoreta»; de la tercera, «ermitaño».

Una fuerza centrípeta gobernó la vida monástica egipcia en los años posteriores a Antonio: para empezar, los hombres (había también unas cuantas mujeres) residían en celdas aisladas, lejos unos de otros; estas celdas a su vez, con el paso de «generaciones», se fusionaron en *laurae*, pequeñas comunidades cuyos miembros se juntaban para las comidas y la oración. Finalmente, estas derivaron en monasterios, que en su apogeo reunían cada uno a varios cientos de personas. La vida del anacoreta dio paso a un monacato comunal o cenobítico. En una región escasa de agua y donde los bárbaros podían atacar en cualquier momento, la vida en común era una cuestión práctica. El cenobitismo derivó de las duras condiciones del lugar, fue un compromiso con su aridez. No obstante, ciertos individuos se obstinaron en llevar una vida más solitaria, lejos de la seguridad que proporcionaba el monasterio, ya fuera en grutas o en chozas de adobe. Estos eran los que Peter más admiraba.

Es a Pacomio, exsoldado romano y seguidor de san Antonio, a quien suele considerarse el verdadero fundador del monacato cenobítico. Pacomio desarrolló la primera regla escrita y, en torno a 318, los primeros monasterios

como tales. Hacia 380, es decir, unos veinticinco años después de la muerte de Antonio, un joven monje de la Escitia Menor (hoy Bulgaria/Rumanía) visitó los monasterios de la zona del wadi Natrun. Se llamaba Juan Casiano, «Juan el Asceta» (fue el primero en describir los síntomas de la acedía del desierto). De regreso en Europa fundaría en Marsella la abadía de San Víctor, que serviría de modelo a futuros monasterios. Las reflexiones de Casiano sobre la vida de los monjes de Egipto, reunidas en las *Colaciones de los monjes egipcios* y las *Instituciones de la vida monástica*, ejercieron una gran influencia en Benito de Nursia. Como ermitaño en la localidad de Subiaco (Italia), Benito acabaría fundando doce monasterios. Su «regla», que se basaba fundamentalmente en los escritos del Asceta, pasaría a convertirse en el texto clave del monacato occidental.

La vida no ha cambiado sustancialmente desde que el teólogo y viajero alemán Johann Michael Wansleben visitó el monasterio en 1672: «La regla obliga a renunciar al matrimonio, a todo deseo carnal y a relacionarse con los padres de uno —escribe—. No deben poseer nada; tienen que vivir en el desierto, abstenerse de carne y de vino [...]. Tienen que recitar las horas canónicas y postrarse ciento cincuenta veces antes de acostarse por la noche».

El desierto fue la matriz a partir de la cual se formó el monacato cristiano. Los motivos por los que algunos abandonaban las ciudades eran diversos, pero para los monjes el desierto estaba lejos de ser un refugio apacible. Todo lo contrario: pululaban sátiros, centauros, demonios y la innumerable infantería del Maligno. Uno iba al desierto en busca de libertad y de sosiego para meditar, pero a la vez era como ir a primera línea del frente. Uno no se va al desierto para cambiar de vida, sino para renunciar a la vida. Un monje ya mayor con quien tengo amistad me lleva al osario donde guardan los restos de los más destacados padres del monasterio. «Nosotros no decimos “ha muerto” —me cuenta—. Decimos “se ha reclinado”. Un monje ya está muerto».

Tan pronto como me parece estar familiarizado con el monasterio —que sé adónde lleva tal pasadizo o tal escalera, o qué callejón o puerta debo atravesar para ir a la iglesia antigua desde la nueva—, me encuentro de repente en un sitio desconocido y tengo que volver sobre mis pasos. A veces se diría que la variedad de lugares nuevos escondidos dentro del laberinto de callejones, habitaciones y pasillos es infinita. No es sencillo fijar el momento de su fundación, pues fue creciendo a trozos, como un barrio de chabolas en torno a

una iglesia. La primera noticia de un establecimiento monacal en la zona data del año 360, durante el reinado de Julián el Apóstata, poco tiempo después de la muerte de Antonio. De lo que sí podemos estar seguros es de que los corazones gemelos del monasterio fueron en primer lugar el punto donde ese milagroso manantial fluye de la montaña, y en segundo lugar el sitio donde se dice que los restos de san Antonio están inhumados, debajo de la iglesia vieja. Una vez se hubo erigido un muro, el enclave se convirtió en ciudadela; puede decirse que la vida cenobítica prevaleció finalmente sobre la variedad anacoreta. Hoy en día el monasterio sigue pareciendo un castillo; la arquitectura defensiva no deja lugar a dudas. Sobre la entrada moderna puede verse el cajón del cabrestante. Hasta mediada la década de 1930 no hubo una puerta propiamente dicha: el único modo de acceder al interior era subirse a un cesto y esperar a que los monjes te izaran. En el centro geográfico del monasterio, intramuros, se encuentra el *qasr*, un torreón de defensa por si algún intruso conseguía traspasar el muro. Está provisto de un puente levadizo que conecta el torreón con un edificio adyacente. Pero la muralla más segura de todas, más que cualquier artilugio humano, es la sierra Galala Sur.

Un día, después de vísperas, me siento con uno de los monjes ancianos, el padre Samwul, en un banco elevado que hay delante de sus aposentos. El banco está cubierto por una jarapa roja que el sol ha desteñido. Contemplamos el monasterio y las montañas al fondo. Me cuenta que lleva aquí treinta y ocho años. Calculo que tendrá más de setenta. Cuando él llegó, solo había cinco monjes y el monasterio estaba casi en ruinas; hoy en día son ciento treinta, novicios incluidos. Pero él no se siente optimista; digamos que teme por el futuro del cristianismo en Egipto. Le pregunto por Abdelfatah el-Sisi, el nuevo presidente egipcio. Los cristianos seguramente lo preferirán a él antes que a los Hermanos Musulmanes, ¿no? «Sí, sí, de puertas afuera sí —dice—. Pero ¿dentro?». Contempla una vez más los muros. «Permite que te lo diga, ¡en Europa sois tontos!». Años atrás estuvo de visita en Inglaterra y pasó por Rotherham. «Vi dos iglesias, una muy cerca de la otra, y no te lo creerás, pero las autoridades permitían que una de ellas se utilizara como mezquita. ¡Una mezquita! Solo nosotros, los coptos de Egipto, sabemos cómo es de verdad el islam. Dentro de diez años quizá lo comprendas, cuando Londres sea musulmana».

El muro exterior —más allá del muro interior, el original— fue construido hace solo veinte años. Tiene unos seis kilómetros de longitud; es como un brazo que saliera de las montañas para rodear el terreno sagrado. Según me

han dicho, su finalidad es garantizar la «paz» del desierto e impedir que entren camellos (un grupo de cinco o seis ronda por un vertedero de basura próximo a la entrada, atraídos por el olor a agua). Pero es también una medida de seguridad, si bien bastante simbólica. El padre Samwul, mientras contemplamos el lugar donde ha pasado la mayor parte de su vida de adulto, me cuenta que hace diez años, estando otros monjes veteranos y él en un congreso en Alejandría, enviaron al ejército para que destruyera el muro. El Estado reclamaba para sí aquellas tierras (el desierto vacío). «¡Decían que no habíamos pagado por ellas! ¿Pagar? ¡Por el amor de Dios, si hace mil quinientos años que estamos aquí!». Las excavadoras tuvieron que dar media vuelta sin haber causado ningún desperfecto. «Por ley, cualquier terreno en un radio de ciento cincuenta metros de un sitio de la antigüedad pertenece al propietario. Por consiguiente, el desierto es nuestro; nuestro como lo ha sido siempre».

En la tienda de regalos, entre los misales de chapucera factura, encontré un librito de oraciones en árabe cuya cubierta mostraba una imagen familiar. El mono de color naranja todavía vende. Una fila de hombres así ataviados es conducido en una playa a lo largo de la correspondiente fila de otros hombres, mucho más altos, vestidos de negro de pies a cabeza. En 2015, veintidós egipcios coptos que trabajaban en Libia fueron apresados por el ISIS y, como muestra el vídeo del que está sacada la imagen, decapitados en una playa. Sangre y arena. En un subtítulo del vídeo se hablaba de «seguidores de la iglesia egipcia hostil, esa gente de la cruz». Posteriormente, la iglesia copta elevó a los asesinados a la categoría de santos.

Para los coptos, la conquista de Egipto por los musulmanes en 641 no fue tanto un motivo de angustia cuanto una liberación del cristianismo bizantino, que había recortado su libertad religiosa con casi tanta saña como los romanos. Durante la quinta cruzada, coptos y musulmanes unieron fuerzas contra los francos. Sin embargo, en el siglo XIV los mamelucos ejercieron una feroz represión y la religión copta quedó muy mermada y los monasterios abandonados. Aunque la situación mejoraría con la conquista de los otomanos en el siglo XVI, no fue hasta comienzos del siglo XX cuando a los coptos se les garantizó la igualdad de derechos de ciudadanía.

Pese a que hubo períodos de florecimiento, el cristianismo siempre fue considerado una amenaza para la Roma pagana. Una serie de persecuciones aceleró la huida al desierto. Las más sanguinarias tuvieron lugar bajo el mandato de Decio en 250, Diocleciano en 303 y Maximino en 311. El reinado de Diocleciano fue tan traumático para los cristianos de Egipto que el

calendario copto empieza el día en que aquel asumió el poder, el «año de los mártires», el 29 agosto de 284. En el apogeo de las persecuciones ordenadas por Maximino, Antonio no había penetrado aún en el desierto interior; seguía viviendo cerca del Nilo, en Pispir (la actual Deir el-Medina), en lo que se conocía entonces como Montaña Exterior. Sin embargo, lejos de permanecer en su refugio, la matanza de correligionarios lo indujo a volver temporalmente al mundo para enfrentarse al régimen de Alejandría. «Ansiaba padecer el martirio», escribe de él Atanasio. Tan afectadas quedaron las autoridades romanas por su coraje y su fervor, que «ordenaron que ningún monje compareciera en el salón de justicia», y ese fue el punto final de las persecuciones. Los romanos habían visto la extraordinaria fuerza del anacoreta; el martirio no haría sino acrecentarla. Antonio regresó a la Montaña Exterior con su fe incluso fortalecida, su disciplina «mucho más severa [...] siempre estaba ayunando y llevaba una prenda con el pelo hacia dentro y la piel hacia fuera [...]. No bañaba su cuerpo con agua para sacarse la inmundicia ni se lavaba nunca los pies». Dos años más tarde, cumplidos los cincuenta, se trasladó a la Montaña Interior, lo que hoy es el Galala Sur. Si bien la Montaña Interior sigue siendo la patria espiritual de la iglesia copta, la modalidad cenobita de la vida monástica fue puesta a prueba a quince días a lomos de camello, en la linde del desierto Occidental egipcio. La vida que allí fueron puliendo se convirtió en el modelo del monacato copto y de las tradiciones que se extendieron por todo el mundo desde su cuna en Egipto.

Antes de ir al monasterio de San Antonio, yo había hecho el trayecto El Cairo-Wadi Natrun, situado este unos cien kilómetros al noroeste de la ciudad, no lejos de la carretera que lleva a Alejandría. Del siglo IV en adelante, fue un centro de vida monástica: había miles de monjes deseosos de seguir el camino de Antonio y Pacomio, repartidos en docenas de monasterios y centenares de celdas aisladas en las cercanías del valle. Paladio, en 387, calculaba que debía de haber cinco mil monjes en la zona. El wadi, de treinta y cinco kilómetros de largo por ocho de ancho, recibe su nombre de las sales de carbonato de sodio (natrón) que se extraían de sus lechos lacustres para su uso como detergente y, más tarde, en la industria química. Los faraones las empleaban para el proceso de momificación debido a sus propiedades desecantes y bacteriológicas. Unos kilómetros más al norte estaba la montaña de Escete, que hasta el siglo V estuvo ocupada por monjes; y ya más hacia el corazón del desierto Occidental, la de Kellia, cuyo nombre procede de las

celdas desperdigadas donde vivían monjes. Ambos montes están abandonados desde hace tiempo y la fábrica de procesamiento de natrón creada en el siglo XIX ya no funciona, pero quedan cuatro monasterios en el wadi: el de San Macario, el de los Romanos, el de San Bishoi y el de los Sirios. Era el primero de ellos el que a mí me interesaba, pues estaba consagrado a la memoria del fundador del monacato en el wadi Natrun.

Uno de los textos más gráficos escritos por viajeros modernos es *Travels in the East*, de 1847, obra de Constantin von Tischendorf: «Vadeé el canal a hombros de un poderoso árabe», nos cuenta de su llegada al valle. El barón debió de ser todo un espectáculo, camino de los monasterios: «Doble par de gafas, cada una con sus cuatro lentes azules, protegían mis ojos de la peligrosa reverberación del sol en la arena; e iba tocado con un gran sombrero de paja del cual pendía un amplio velo de color verde». Habla de los ocho lagos salados que se suceden en el fondo del valle —sus «oscuras aguas de un azul rojizo»— y de los flamencos que emergen del cañaveral cuando pasa su caravana. Pero el desierto de esos pioneros ha desaparecido. A un lado de la carretera a Alejandría, pasado el centro penitenciario donde está recluido el depuesto presidente Morsi —«un hombre muy malo», dice mi taxista—, se encuentra Wadi Natrun City, docenas de bloques de pisos apretujados entre sí subvencionados por Sisi. De allí sale una pista de tierra en mal estado que atraviesa pueblos donde se ven sacos de fertilizante apilados a la puerta de tiendas. La gente apenas si levanta la cabeza al pasar nosotros: están acostumbrados a los forasteros. La carretera que conduce a San Macario discurre entre campos de alfalfa, naranjas, remolacha y granada. Paramos un momento para recoger dátiles a pie de carretera; llenamos la guantera y los bolsillos (tanto el taxista como yo). Una saludable sensación de abundancia. Pájaros que cantan, arbustos floridos, pétalos de vivos colores entre el polvo.

En realidad, el desierto monástico nunca fue un planeta lejano, sino más bien una luna que orbitaba cerca del mundo humano, lo bastante cerca como para acceder a él (pensemos en los visitantes europeos del XIX, con sus gafas de lentes azules); y, sobre todo, lo bastante cerca como para olvidar el mundo al que los monjes habían renunciado. El wadi Natrun era una prominencia desde la cual, por un lado, al este, se hacía notar el mundo humano del Nilo y Alejandría, mientras que por el otro, al oeste, estaba el Sáhara, entonces considerado el límite del mundo, y más allá el infinito. En este sentido se puede decir que el desierto es un escenario donde se representa la vida eterna del paraíso ante un público mundano. Los monjes son testigos del mundo pero sin implicarse en él. De ahí que la gente se fíe de ellos.

Lo que transformó definitivamente el wadi fue la carretera El Cairo-Alejandría, del mismo modo que la autopista del mar Rojo transformó el monasterio de San Antonio. Los centros monacales se convirtieron en destino de peregrinaje en masa, lo cual cambió para siempre la vida de los monjes. Fotografías anteriores a la construcción de la carretera del desierto, en 1936, muestran los monasterios del wadi Natrun notablemente aislados: son verdaderas fortalezas en desarboladas terrazas de grava y de roca con incrustaciones de sal, como la base de operaciones de avanzada de un ejército moderno. Pese a su aislamiento y a su aparente impenetrabilidad, los monasterios fueron saqueados a menudo por tribus de los oasis del desierto Occidental. La sensación de asedio, del monasterio como fuente de la fe en peligro, persiste hoy día.

En San Macario conocí al padre Mercurius. Tenía unos cuarenta años y lucía la habitual barba descuidada de los monjes coptos y el hábito y solideo negros, y hablaba a media voz, como es también de rigor. Aquel día no era festivo ni se celebraba nada en particular, pero el monasterio era un hervidero de peregrinos llegados de El Cairo y de Alejandría, y todos querían besarle la mano y recibir su bendición. El padre Mercurius nunca decía que no ni les daba la espalda. «Están convencidos de que somos santos», dijo.

A los niños en especial les encantaban los monjes: hacían cola para besar la mano de Mercurius, y este primero posaba la palma sobre la coronilla del niño y luego, de un alijo escondido en algún rincón de su hábito, sacaba un dulce o una estampita con la imagen de un icono de san Macario. El afecto era tan mutuo como tangible, y me hizo pensar en una familia reunida: la alegría que desplegaban los visitantes por gozar de la presencia de aquellas personas queridas, guardianes de la llama del cristianismo egipcio contra todos los ataques.

El padre Mercurius pidió a uno de los chicos del monasterio que nos trajera algún refresco y me llevó a un banco a la sombra de una parra, donde los peregrinos no pudieran interrumpirnos. Llegó el chico con una bandeja y unos vasos de té, y durante un rato no se oyó otra cosa que la brisa en el emparrado y los sorbos que dábamos. El padre se inclinó hacia una jardinera que había a nuestra espalda y acarició los tiernos brotes verdes que alfombraban el mantillo. «¡Son adorables! ¡Tan pequeños!». Rozó con los dedos un arbusto florido que crecía al lado. «Este también me gusta mucho —dijo, con una sonrisa—, ¡pero estos pequeñines...!».

Le pregunté desde cuándo estaba en el monasterio. «Debes entender que un monje no mide la vida por años sino por la calidad de su alma». Una vez

vestido de negro, accedió a la eternidad; los años, en principio, dejaban de contar. Luego sonrió: «Hace cinco años».

—He observado —continuó— las similitudes entre la vida aquí en Egipto y la de los budistas. Una vez conocí a un monje budista, un tibetano que había venido de visita, y vi que él y yo éramos como hermanos. Aunque no teníamos un lenguaje en común, llevábamos vidas idénticas: soledad, amor, autonegación, trabajo, obediencia, virginidad. Sí, ya sé, diferentes formas de religión, pero nuestra jornada diaria, nuestras obligaciones...

»En nuestros textos se cuenta la historia de dos monjes que llegan a un río y ven que una muchacha está ahogándose. Ya sabes (lo sabe todo el mundo) que un monje no debe tocar a una chica, sea copto o griego, ruso o budista. Pero uno de aquellos dos se lanza de inmediato al agua y rescata a la chica. Después, el otro monje le dice: “¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has podido tener en brazos a esa muchacha? ¿No te ardían las manos?”. Y el monje que la había salvado le responde: “Yo solo la he tenido en brazos, pero tú —el padre Mercurius se da dos toques en la cabeza—, tú la tenías aquí dentro”. Y lo más interesante —prosiguió, dejando su té a un lado— es que no hace mucho estaba leyendo un texto budista ¡y encontré la misma fábula! Y no me refiero a una historia parecida, no, ¡es que era idéntica! ¿Cuál fue escrita primero?, me pregunto yo. ¿Será que un tipo de vida similar da pie siempre a historias idénticas?

Algunos han apuntado que la obsesión del monacato egipcio con la abstinencia, y la subsiguiente no paternidad, fue un desafío a la ocupación romana; otros lo atribuyen a una crisis mental. El teólogo alejandrino Orígenes, al igual que Abraham, solucionó el problema cortándose el conflictivo miembro. San Antonio «refrenó su cuerpo y lo mantuvo sometido», nos dice Atanasio. Está claro que la huida en masa al desierto durante los siglos III y IV trastocó el orden social, y en parte es eso lo que los críticos de la vida monástica consideran objetable. Por otro lado, la abstinencia no fue un invento de los padres del desierto. ¿Acaso no fue san Juan quien consideraba un crimen la unión carnal entre hombre y mujer? La carne, mala de por sí, debe ser domada, y el desierto podía ser un buen medio para conseguirlo.

Me vinieron a la mente los inmediatos predecesores del Nigel bebedor de orines, con su gorra sahara: el «asexual» Wilfred Thesiger, el autolacerante T. E. Lawrence, los solteros recalcitrantes del Asia Central y sus pequeños chuchos: a medio camino entre la expedición y la huida, a medio camino entre amar el mundo y odiarlo. Buscando liberarse del cuerpo y ser uno con el

infinito. Pero pensé también en mí mismo, y en Amy: el placer de aquellos días en California, comiendo, bebiendo y nadando...

Le pregunté al padre Mercurius si me dejaba ver la biblioteca y él se sacó un iPhone de la túnica.

El padre Cyril, que era el bibliotecario, accedió a abrirla. No era el polvoriento *scriptorium* que yo me esperaba, sino una sala fresca y bien iluminada con multitud de estanterías y amueblada con butacas bajas. Los libros estaban mayormente en francés, árabe y copto. También había algunos en inglés. Había algunas frases enmarcadas en la pared (el copto se parece al griego) y le pedí al padre Cyril que me las tradujera. Se rio. «San Epifanio dijo: “Leer las escrituras es una gran defensa contra el pecado”». Accedió a dejarme pasar una hora en la biblioteca. Aproveché para refrescarme la memoria sobre la vida de san Macario, el fundador del monasterio. Según los *Apotegmas de los Padres de Desierto*, Macario fue comerciante de natrón, un personaje enigmático que viajaba con las caravanas de camellos entre el Nilo y el wadi Natrun. Fue famoso por su «amor apasionado por el desierto, del cual había explorado hasta sus recovecos más inaccesibles». Al llegar una vez al wadi Natrun, que por entonces estaba deshabitado, tuvo una visión: un querubín le dijo que él y sus discípulos habitarían un día aquella tierra sin recursos. Como Antonio un siglo antes, Macario cedió sus posesiones a los pobres y se fue a vivir solo al desierto. De su aspecto sabemos apenas lo que contó el cronista Paladio: «No tenía más vello en la cara que alrededor de la boca, y muy poco sobre el labio superior; había llevado la austeridad hasta tal extremo que no le crecía barba en el mentón».

A raíz de haber matado un mosquito, «decidió permanecer seis meses enteros desnudo y sin moverse en un punto concreto de una ciénaga que había en Escete, un sombrío paraje donde pululan mosquitos grandes como avispas y con aguijones capaces de atravesar incluso el pellejo de un jabalí. Su cuerpo quedó reducido a tal estado que, cuando regresó a su celda, todo el mundo pensó que tenía la lepra». Desde una perspectiva moderna, y no digamos ya seglar, sus renunciadas rayan a veces la farsa competitiva:

Enterado también de que cierto ermitaño solo comía una libra de pan al día, hizo mendrugos de los panes que tenía y los metió en un tarro, decidido a sacar únicamente lo que pudiera coger con la punta de los dedos. Lo cual es una medida de gran austeridad, puesto que, como él mismo nos explicó, metiendo los dedos podía agarrar

bastantes trozos pero no así sacarlos, pues el tarro tenía una abertura muy estrecha.

Mi respuesta instintiva a los actos más exagerados de los padres del desierto ha sido muchas veces una suerte de rechazo a fuego lento. No soy el único a quien tanta mortificación le ha producido desdén. La autonegación tiene un punto de vulgaridad. Los anacoretas del wadi Natrun, al parecer, comían exactamente siete aceitunas al día, ni seis ni ocho. El más elocuente de los críticos del primer ascetismo cristiano es Edward Gibbon, quien veía la huida al desierto como un rechazo a la sociedad y al aprendizaje, cosa que en efecto era: «No tardaron en ser admirados por el mundo entero, un mundo al que despreciaban —escribe—, y los aplausos más sonoros iban dedicados a una FILOSOFÍA DIVINA que iba más allá de las virtudes de las escuelas helénicas sin la ayuda de la ciencia ni de la razón». Y he aquí lo que escribe un asqueado William Lecky, autor de *History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationalism in Europe* (1865):

No hay probablemente en la historia moral de la humanidad una fase de un interés tan profundo y a la vez tan penoso como esta epidemia de ascetismo. Un repulsivo, desfigurado y macilento maníaco, sin conocimientos ni sentido patriótico, sin afecto natural, que dedica su vida a una larga rutina de vana y atroz tortura personal, y que se acobarda ante los espectrales fantasmas de su cerebro delirante, se había convertido en modelo de unas naciones que en su momento conocieron los escritos de Platón y de Cicerón y la vida de Sócrates y de Catón.

Gran parte de las más vívidas descripciones de la vida en el wadi las debemos a Paladio, que vivió allí a principios del siglo V. Leyendo lo que dice de Kellia, casi siente una simpatía por la caracterización que hace Lecky del movimiento como epidemia. Las celdas de los monjes, escribe Paladio, eran como «guaridas de hiena donde el espacio era tan reducido que uno no podía siquiera estirar las piernas». Otros tenían hábitos nocturnos menos saludables. El padre Sisoes «acostumbraba a pasar la noche de plantón al borde mismo de un precipicio; apenas un segundo de inconsciencia habría bastado para lanzarlo a una muerte segura». Otro más se clavaba la barba a una viga para que la cabeza no le cayera de sueño. Me imaginé a Macario el de la peluda boca, dentro de su agujero, la mano metida en un tarro: el epítome del «maníaco repulsivo y macilento», rechazada toda dignidad junto

con todo salvo el mínimo sustento necesario para mantener la carne pegada al hueso.

Pero, si uno lo piensa bien, ¿hasta qué punto conocemos a esos hombres? En el desierto —para un esclavo huido o para un cristiano aterrorizado—, probablemente se podía recuperar una dignidad inalcanzable en el «mundo». Juan Casiano, el monje a quien se atribuye llevar a Europa el monacato cristiano, vivió en Escete durante siete años del siglo IV. «Nos regocijamos en esta desolación y a todo deleite preferimos la intimidante magnitud de esta soledad, y tampoco creemos que las riquezas de vuestra gleba tengan más valor que estas severas arenas».

No es solo que toleraran el desierto ni que este fuera simplemente un campo de batalla sagrado. Pensemos en el eremita Sisoos. Tras renunciar de mala gana a la vida de anacoreta debido a su avanzada edad y trasladarse a un monasterio, le preguntan: «¿Y qué ibas a hacer en el desierto, ahora que eres viejo?». Y Sisoos responde, compungido: «¿Acaso no tenía allí suficiente con la mera libertad de mi alma?». Al wadi Natrun se le conoce como el «valle querido». También san Antonio amaba el desierto; lo amaba por lo que era, no solo por lo que no era; por lo que el desierto le daba y no solo por lo que le negaba. Cada tarde, ya anciano, daba un paseo al ponerse el sol. Podemos imaginarlo a la luz del impresionante crepúsculo del desierto Oriental, las manos juntas a la espalda, acompañado por una pareja de cuervos.

Hasta que la compañía Shell construyó la carretera de Suez a Ras Gharib en 1946, la ruta normal para ir al monasterio de San Antonio era cruzando el desierto Oriental desde el Nilo, ciento treinta kilómetros, y no había muchos peregrinos. En tiempos modernos, y sobre todo en día festivo, podían cruzar sus puertas unos dos mil visitantes. Deja uno la costa en Zaafarana y sigue la carretera en dirección oeste a través del wadi Araba durante sesenta kilómetros. Enfrente se yerguen los montes Galala Sur, y parece que siempre están lejos, a la misma distancia. Las torres gemelas que señalan la entrada al monasterio aparecen a la vista, y es entonces cuando uno se da cuenta de hasta qué punto es pequeño, comparado con las inmensas montañas. En el centro del recinto, ya dentro de los muros interiores, se levanta la iglesia del siglo V donde dicen que está enterrado aquel a quien llamaron «Estrella del Desierto». Desde fuera, entre el racimo de edificios colindantes, no parece nada del otro mundo. Para que un templo imponga, se necesitan árboles grandes y altos. La iglesia está construida principalmente con piedra caliza

procedente de las montañas y gruesas capas de cal y yeso. Dentro hay algunos toques decorativos en madera tallada de acacia y olivo. Por su relativo lujo, el interior de la iglesia de San Antonio me recuerda nada menos que a las cuevas de los Mil Budas. Pese a la doctrina monástica de la austeridad, es casi un grito contra la falta de colorido del desierto, una página iluminada que aparece de improviso en un manuscrito en blanco.

Hasta la renovación de las pinturas murales en la década de 1990, la iglesia era un sitio de lo más lúgubre; apenas si se distinguían algunos detalles en unos muros que el humo había teñido de negro, humo de siglos de velas y cirios e incienso, además de los fuegos que encendían los beduinos cuando el monasterio fue abandonado durante una parte del siglo XV. Libre de las manchas de humo, la de San Antonio es hoy día una de las glorias de la iglesia copta. Los murales datan en su mayoría de 1232 —año más, año menos— y son obra de un tal Teodoro («Regalo de Dios»). En ellos tenemos una genealogía del monacato copto: en la nave se ve a Macario acompañado por un ser que parece un híbrido de búho y niño de teta, sus alas decoradas con ojos; es el querubín que le ordenó abandonar su vida de comerciante de natrón. Alineados en las paredes vemos también a los fundadores de los otros monasterios del wadi Natrun: Máximo y Domicio, Moisés el Negro, Bishoi el Grande, Juan el Pequeño, Barsauma el Sirio. En el *khurus*, separando la nave de la capilla mayor, vemos a Abraham, Isaac y Jacob en el paraíso, y hay un agradable añadido que parece pintado *a posteriori* o como una apostilla: fuera del marco de la pintura principal se ve la diminuta silueta de un hombre en llamas, gritando, un brazo extendido quién sabe si en un gesto de súplica o de puro dolor. Una etiqueta en árabe informa de que es Nínive el Implacable. «Le está implorando a Abraham una gota de agua», según me cuenta uno de los novicios.

La pintura que más me sedujo (no sabría decir por qué la encuentro tan emotiva) es una especie de retrato doble de dos ancianos. A la izquierda está san Antonio, las manos en alto al nivel de los hombros, con las palmas vueltas hacia el espectador; a su lado está su amigo san Pablo. Las vestiduras de Antonio son negras; las de Pablo, rojo oscuro, pero a saber cómo habrán cambiado los pigmentos con los siglos transcurridos. Es convención en la iconografía copta dotar a todos los santos de pequeños labios de color rosa (simbolizan el silencio) y grandes ojos muy abiertos (estado de vigilancia). San Pablo vivió en una gruta de la otra vertiente del Galala Sur, a quince kilómetros del mar Rojo. El monasterio gemelo del de San Antonio continúa en pie, a unos cincuenta kilómetros más o menos. La de san Jerónimo es la

versión más influyente de la vida de Pablo y en ella se inspiró principalmente Felix Fabri para la descripción del desierto en veinte partes que hizo en 1483. Según la traducción inglesa de Helen Waddell, una noche Antonio tuvo una visión: «Le fue revelado que en otro lugar del desierto había alguien mucho mejor que él y que debía apresurarse a visitarlo». Pablo tenía entonces ciento trece años; Antonio, noventa y cuatro. «Nada más despuntar el día, el venerable anciano se puso en camino con la ayuda de su báculo para ir no sabía adónde». Pero una serie de guías le indican el camino a través del desierto: un «hipocentauro», un fauno y, por último, una loba que le conduce hasta la cueva de san Pablo.

Raramente se representa a un santo sin el otro; y el símbolo que comparten es un ave que flota sobre sus cabezas. «Un cuervo se había posado en la rama del árbol y, descendiendo lentamente, depositó una hogaza entera de pan ante sus maravillados ojos». Mira, le dice Pablo al visitante: durante los últimos sesenta años el cuervo le había llevado media hogaza cada día, «pero, ante tu llegada, Cristo ha doblado sus raciones». El cuervo aparece en todas las pinturas e iconos de los dos santos. En la pared de la iglesia es tan simple como un contorno relleno de negro sin otra característica que una pálida pincelada señalando el ojo. Sostiene en el pico una oblea con una cruz impresa, a modo de hostia.

Me pregunto por qué me despierta tanta ternura. ¿Es solo porque el cuervo se empareja de por vida? Pende como un móvil infantil entre los dos santos. Recuerdo que Bertram Thomas le puso por nombre Suwaiyid, «el negrito», a su cuervo domesticado. El cuervo de la pintura no es únicamente portador del pan ni un símbolo de Dios encarnado. Tengo la clara sensación de que es también un intermediario, el espíritu de la comunión entre esas dos almas tan diferentes entre sí en la intensidad de su personificación.

Contigua a la iglesia de San Antonio se encuentra la de los Apóstoles, construida en el siglo XVIII. Solo hay que buscar las docenas de pares de zapatos alineados junto al portal y paredes adyacentes. Tres veces por semana se celebra aquí la divina liturgia. Es también donde yo asisto a las horas canónicas: maitines a las cuatro de la mañana, vísperas a las cinco de la tarde. Es una iglesia grande, de techo bajo y abovedado. Por su carácter despejado y los zapatos en la puerta, me recuerda a una mezquita. Cada noche, a las once, desconectan la electricidad del monasterio; hasta que vuelven a darla a las siete de la mañana no hay otra luz que un foco al lado de la entrada principal

y las del interior de la iglesia. Un día, yendo a maitines, *tasbiha*, miro hacia el monasterio desde el aparcamiento y apenas se ve un portal iluminado, a lo lejos, cuya luz parece hender la oscuridad. De pronto la muralla se ilumina también y mi sombra se tambalea frente a mí: es Peter, que viene unos pasos detrás de mí y alumbra el camino con una linterna. Le espero, aun sabiendo que en cuento entremos en el templo será como si no nos conociéramos. Al franquear el umbral, el viento arrecia y se oye maullar a los gatos del monasterio.

El servicio religioso de la mañana dura dos horas; hay que estar de pie todo el rato. Es parte del trabajo del monje, cada día de pie unas ocho horas. El servicio es en árabe con algunas partes en copto. Intento seguir la liturgia y los cánticos en inglés, pero me pierdo en muchos momentos. Al no entender, las estrofas y respuestas cantadas adquieren un carácter hipnótico. El nártex, donde están los monjes, está dividido en dos: a la izquierda se colocan los novicios, de blanco; a la derecha los padres, de negro, aunque no hay una división estricta y los padres se mezclan con los novicios. Cuando empiezan los cánticos, estos últimos entonan una estrofa y los padres responden: una salmodia antifonal. ¿En qué difieren sus voces? Cierro los ojos: el canto de los novicios es más cohibido, les cuesta; cuando les llega el turno, los padres cantan más alto y su voz suena más profunda. Es la diferencia entre un géiser y una cascada. Abro los ojos. Los novicios, pocos de ellos mayores de treinta años o menores de veinte, se ven resplandecientes en sus vestiduras blancas, tienen todavía en sus oídos la música de la ciudad; los padres, en su hábito negro, se ven más pequeños, empequeñecidos por la vida: delgados pero no frágiles, ligeramente encorvados, diría, y de movimientos más lentos. Es como si estuvieron marchitos. La vida de monje lo hace a uno monje.

Marchitos, tal vez sí, pero no apocados. En realidad, lo que más me llama la atención es el amor: cada uno de ellos toca la mano de aquel que tiene al lado, sea para darle la bendición o para recibirla. Hay muchas sonrisas de afecto: una mano en el hombro o en la espalda al intercambiar unas palabras. *Agape*: «amor» en griego antiguo; es el término empleado por los coptos para la celebración compartida de los misterios cristianos.

El padrenuestro: «Abana aladhi fi as-samaawaat...». Y luego la letanía de los Enfermos (leo la traducción en una aplicación de móvil): «A aquellos que están afligidos por espíritus impuros, libéralos. A aquellos que están en prisiones o mazmorras, a aquellos que están en el exilio o cautivos, o los que padecen cautiverio, libéralos y ten piedad de ellos». La letanía de los Viajeros: «Endereza sus caminos, sean estos por mar, río, lago, carretera, aire,

o por cualquier otro medio, que Cristo nuestro Señor pueda devolverlos en paz allá donde tengan su hogar...».

Los cánticos van acompañados del rítmico raspar de unos platillos diminutos y del tañido metálico de un triángulo. Me acuerdo del canto llano de los cistercienses en aquella fría abadía de Dartmoor, su aspiración a una dulzura coral, a una flexible pureza de la voz. Lo de aquí es otra cosa. No tiene nada de musical. El esfuerzo que hacen los monjes, algunos de los cuales habrán cantado miles de veces los mismos salmos con la misma tonada, es tangible: esa sensación de bregar todos a una. No se percibe el menor intento de recrear las canciones de los ángeles; esto es más bien un esfuerzo físico en tanto que expresión de alabanza. Hay en ello muy poca belleza, pero cuando los platillos y el triángulo alcanzan un determinado *crescendo* y aceleran el ritmo, y las voces logran la plenitud de su pasión y volumen, el sonido resultante tiene un poder de afectar y conmover que excede la más exquisita música coral europea. Cantan la estrofa con súbito vigor renovado, diríase que conscientes de que esa energía podría no durar.

La espalda empieza a dolerme al cabo de media hora de pie, pero después de dos horas cuesta mucho concentrarse en otra cosa que no sea la espalda dolorida. Y, según me cuenta un novicio, es una cosa que no mejora. Siempre ese dolor. Quiero sentarme en el suelo; no sé por qué no lo hago. Sumamos nuestras voces en los *Kyrie eleison*, repetidos veinticinco veces; la última repetición dura al menos veinte segundos, como un disco a menos revoluciones, y el estómago se pone tirante hasta que te quedas sin resuello.

El padre Lucas debe de estar por la treintena; se le ve esbelto en su hábito, tiene la barba negra y un aire agradablemente profesional. Antes de tomar los votos, hace dos años, estudiaba para dentista. «Hay muy pocos monjes dentistas», explica. Tiene la consulta en uno de los anexos construidos en el siglo XV, pero el equipamiento médico está a la última: máquina de rayos X, un reluciente autoclave, una fresa último modelo para endodoncias. No solo se ocupa de otros monjes, sino también de camelleros, soldados y beduinos de todo el desierto Oriental. Rezar no es la única obligación de un monje. Él es quien me cuenta lo de la excursión hasta San Pablo, la caminata que san Antonio llevó a cabo cuando fue a visitar al ermitaño moribundo. Hay dos rutas, me explica, tomando un té en su sala de espera: la primera pasa por las montañas que hay detrás del monasterio; la segunda, mucho más larga, es la que probablemente tomó el anciano Antonio. Rodea los picos más altos

siguiendo toda una serie de wadis antes de subir a la montaña que domina el monasterio de San Pablo. Me previene de la primera ruta en esta época del año; arriba, en los picos, el viento sopla muy fuerte y es fácil extraviarse.

Nos invita a Peter y a mí a asistir a la misa del gallo en la cueva donde se dice que san Antonio vivió durante el siglo III, mucho más arriba del monasterio, en la ladera. A las diez de la noche oímos un bocinazo frente a los aposentos de los huéspedes. Nos está esperando en su camioneta. Vamos los tres hasta las estribaciones de la montaña y luego Peter y yo seguimos al padre Lucas cuando remonta los mil escalones con barandilla. Una subida que ahora conozco bien. Suelo ir a la cueva después de maitines, aprovechando el fresco, y veo salir el sol. Solo después de haber hecho varias veces la ascensión reparé en que las laderas de esquisto calizo por las que asciende el camino no estaban tan desnudas como yo había pensado. Me vinieron a la mente los test de Rorschach y esas formas que parecen emerger de una serie de manchas dispuestas en orden aparentemente aleatorio. Cuanto más rato contempla uno las laderas, más cruces se hacen visibles: cruces dispuestas horizontalmente en una cuesta, de la misma piedra que las laderas. En cuanto ves una ves otra, y otra más: docenas, cientos de cruces hechas piedra a piedra por generaciones de peregrinos. A mitad de la ascensión se encuentra la moderna capilla de San Pablo (otro san Pablo), sus paredes atiborradas de grafitis en árabe; a todo su alrededor hay pilas de ladrillos grises (los que sobraron cuando su construcción) formando cruces también, pero estas erectas sobre su base. En el terraplén que hay frente a la cueva, ramas de palmera y acacia atadas entre sí se yerguen en vertical o sobresalen de huecos naturales. Da la impresión de estar pasando por un gran bosque de cruces, cruces en tal cantidad que, de hecho, el brazo izquierdo de una es también el derecho de otra.

Es noche cerrada y apenas me doy cuenta del enorme espacio por el que ascendemos; es como subir por una escalera en medio del vacío. Pero la oscuridad nunca es total, como tampoco lo es el silencio. De una distancia que calculo podría ser un kilómetro llega un murmullo, un sonido humano, quizá un monje solitario en plena oración montañera. El sonido tiene un no sé qué de terrorífico de tan solitario, aunque sin duda no es soledad lo que siente el presunto monje. El padre Lucas prefiere caminar sin linterna, de modo que durante la ascensión yo solo era consciente de una masa negra moviéndose delante de mí, un negro más negro contra el fondo negro de las montañas. El sonido que hacíamos al respirar, el susurro de las manos sobre la barandilla metálica. Nos detenemos para descansar a media ascensión y el padre

pronuncia una sola frase: «Decidme, ¿es el hombre quien hace santo el lugar o es el lugar el que hace santo al hombre?». Nuestro silencio no parece disgustarle.

Al llegar a la cueva encontramos a más gente esperando, todos jóvenes, parcialmente iluminados por las linternas de sus teléfonos inteligentes. En el móvil llevan también las tres liturgias coptas de san Basilio, san Gregorio y san Cirilo, la salmodia completa y la Agpeya, el ciclo ortodoxo de horas canónicas. Se alegran de ver al padre Lucas. Él les da su bendición y les pide que apaguen las linternas; no le gusta ese resplandor.

En el siglo XVII, el francés Jean Coppin describió su llegada a la cueva subiendo desde el monasterio: «La entrada tiene poco más de dos palmos de ancho por cuatro y medio de alto. La abertura se adentra un corto trecho en la roca pero no se ensancha; dos hombres no podrían pasar a la vez». Tres siglos de uso no la han hecho más espaciosa. El padre Lucas agacha la cabeza, se persigna y se introduce de lado en la cueva, seguido de uno de los novicios con su móvil para dar luz. El pasadizo dura bastante hasta que se abre a la cámara principal. Dentro huele a incienso: años, generaciones de incienso, un olor no dulzón sino más bien como el de un horno sin uso; olor a metal, a tierra y a hierba, todo a la vez. La piedra misma está impregnada de esa fragancia; de hecho, las paredes tienen una pátina resinosa que puede rascarse con la uña. La piedra está bruñida allá donde es accesible con las manos: paredes, techo, millones de caricias acumuladas. Y cada grieta y cada resquicio están repletos de papeles doblados: a un santo no se le puede alabar, pero sí pedirle favores.

Para los coptos, el mero hecho de estar aquí es toda una bendición; la santidad está ligada al tiempo: es algo que crece gradualmente, y el hollín de tanto incienso y tantas velas es tiempo y veneración hechos sustancia. Nuestro grupo de doce empieza a bajar por un breve tramo de escalones de piedra para entrar a una fosa abovedada del tamaño de un cobertizo de jardín. Para los que nos hemos quedado al borde de la cámara, donde el techo baja aún más, estar erguidos resulta imposible. En un extremo hay un altar de roca adornado con iconos modernos de san Antonio. Este reducido espacio sin luz es donde los monjes creen que el santo pasó los últimos cuarenta años de su vida. Encienden seis velas, y cada una de ellas, pegada en una gota de su propia cera derretida, es colocada en un nicho natural o en el borde de uno de los escalones. La casulla y el cáliz los sacan de un pequeño armario cerrado con llave bajo el altar; una vez escanciado vino en el cáliz, el padre Lucas y dos de sus acólitos se ponen rápidamente sendas vestiduras blancas.

Experimento una perplejidad que empieza a serme familiar. Me pasan una vela delgada como un lápiz y yo la sostengo entre dos dedos como si fuera un cigarrillo, dejando la mano más o menos libre. Abro en mi móvil la liturgia de san Gregorio, pero enseguida me pierdo con los cánticos y me quedo allí sin más, la cabeza gacha, escuchando la salmodia que intercambian el padre Lucas y los novicios. Y a medida que los cánticos cobran fuerza y aumenta el calor dentro de la cueva, debo reprimir el pánico de una sensación de claustrofobia. Pasada una hora noto que el aire se va enrareciendo, sobre todo por el ya denso humo del incienso. En el momento en que la vela me quema casi los dedos, se produce un lento y desaliñado final. El padre Lucas da media vuelta, mete la mano en un cuenco y nos salpica con agua, una, dos, tres veces. Miro a mi alrededor: todo el mundo sonrío. Puro alivio. Las últimas frases que pronuncia el padre Lucas suenan como los últimos pájaros del crepúsculo.

Se apagan las velas y vamos desfilando escalera arriba hacia la garganta de la cueva. Salimos a la fresca noche como espeleólogos, de uno en uno. Han pasado dos horas. Me siento ligeramente asombrado. Noche tras noche, estos jóvenes entusiastas trepan cuatrocientos metros para apretujarse en un agujero en la roca durante varias horas, y lo hacen con alborozo. Son prácticamente indistinguibles —descontando los móviles y las deportivas— de sus predecesores de los últimos mil quinientos años, y ahí está, por supuesto, el quid de la cuestión.

Extenuados, nos sentamos frente a la entrada y contemplamos el desierto —unos faros están cruzando el wadi Araba a veinte kilómetros de allí— y el cielo nocturno. Los más jóvenes (no son novicios, sino coptos de la zona) han traído agua en un bidón de plástico de tres litros: me lo pasan, está frío, y unos trozos de hielo se separan cuando lo inclino para beber. Peter se ha sentado a mi lado; me alegra verle. Él rechaza el agua. «Bebe», le digo. Él contesta que no lo necesita. «Venga, por favor». Al final me hace caso. Pero no parece fatigado sino estimulado, y vuelve a ser el parlanchín de costumbre; si se tratara de otra clase de persona, pensarías que acaba de zamparse una buena cena, o de echar un polvo, o que su equipo favorito ha ganado. El saliente que corona la entrada a la cueva enmarca el cielo, borrando una parte del firmamento con su forma de arco. «¡Es fabuloso! —dice Peter, tendiéndose boca arriba—. La grandeza de la obra de Dios. Tan grande que no podemos imaginarla siquiera». Le pregunto si en Eritrea se ve así el cielo por la noche. «¡Sí! Exactamente igual. Una belleza. En las estrellas uno ve el puro aliento de Dios».

Me queda un día para ir andando hasta San Pablo. Esta mañana, por las ventanas de la iglesia, el cielo se ve de un azul pálido. El sol no tardará en tocar las cumbres del Galala Norte, a cincuenta kilómetros de distancia cruzando el wadi Araba, pero la luz directa del sol tardará una hora o más en llegar al monasterio. Es el momento del día que más me gusta, aquí como en Arizona, esa media hora de luz pasiva, cuando la noche está dando paso a la claridad antes de que el sol pegue de lleno. Hoy es una festividad nacional. Esperaba salir del monasterio y encontrarme el aparcamiento desierto como de costumbre, pero ya hay unos veinte autocares, y más que van llegando, con peregrinos venidos de El Cairo, Alejandría y diversos puntos a lo largo del Nilo, para empezar la ascensión a la cueva antes de que el sol esté alto.

Esta versión de peregrinaje informal, que aquí llaman *rihla*, es un fenómeno moderno propiciado por las carreteras del desierto. Es un día de escapada, hay tantos turistas como peregrinos; pero los coptos también visitan los monasterios para recibir la gracia, o *baraka*, tanto de los padres como del lugar mismo, además de para orar ante los altares y hacer súplicas a los restos mortales de los santos. Dentro, donde están nuestros aposentos, no hay paz: de fuera llegan gritos y risas, bocinas, motores revolucionados. Alguien llama a la puerta principal, voy a abrir y veo a dos niños que escapan a la carrera desternillándose de risa. El mundo. Me alegro de verlo —en especial las mujeres y los críos—, pero para Peter es demasiado. Está poniéndose los zapatos. Lleno mi botella de agua, me cuelgo la mochila y salimos juntos al humo de tubos de escape y a los bocinazos.

El sendero que lleva a la cueva de san Antonio, visible a kilómetro y medio, es un hervidero de gente, una cola casi ininterrumpida escalones arriba. Pasamos entre autocares y gentío —debe de haber ya unas quinientas personas, unos desayunando, otros jugando a la pelota en medio de un gran griterío— y rodeamos los muros del monasterio hacia la parte de atrás, donde empieza la cuesta. Aquí no hay ni un alma: la pálida pared a nuestra espalda y delante la montaña. Pero todavía se oyen las bocinas. Al pie de la cuesta la pista que discurre por detrás del monasterio acaba de ser asfaltada y los pies se nos pegan a la reluciente superficie negra. Encuentro un camino —a saber si humano o animal— que va paralelo a un abanico aluvial y se encarama a la ladera. No es fácil avanzar por allí, pero se nota que es utilizado con frecuencia, y no solo por íbices y zorros. A unos cuatrocientos metros de altitud, cerca ya de la cima, han construido varios tramos de bastos escalones y un pasamanos de tubo galvanizado. Reparo en unos cables mellizos de

electricidad que suben serpenteando desde el monasterio. No tengo claro si estamos invadiendo propiedad privada, pero de lo que no hay duda es de que vamos a seguir hasta arriba, aunque solo sea por la vista. Al final de la subida, resulta que no hemos llegado a la cima, sino al borde de una terraza donde hay enormes dunas de cascotes por donde cruza un camino sinuoso, y veo que las montañas continúan elevándose al fondo hasta alcanzar los ochocientos metros o más. «El diablo es como una serpiente o un escorpión —dice Peter de repente, mientras pasamos entre dos colinas de escombros—. Nos basta con decir el nombre de Cristo y será como si lo aplastáramos con el pie». Trata de darse ánimo; no es el demonio lo que le tiene preocupado, sino la posibilidad de que haya serpientes y escorpiones de verdad. No estoy seguro de si esa inquietud es solo la de alguien acostumbrado a la ciudad o si Peter ve en estas montañas una extensión de los parajes desérticos del Viejo Testamento. Ha leído a Atanasio y sabe que para san Antonio la Montaña Interior jamás fue un lugar de sosiego; y que el diablo nunca tardaba en volver a la faena.

Los acólitos de Antonio, cuando fueron a visitarlo, «vieron cómo la montaña se poblaba de bestias salvajes, y a él como si peleara contra seres visibles [...]. Casi todas las hienas de aquel desierto salían de sus guaridas y le rodeaban». Y mientras avanzamos siguiendo esos cables negros de electricidad, vemos que la batalla continúa atrayendo participantes. En un estrecho talud alguien ha construido una choza de madera. Al acercarnos, vemos que hay otra igual en el otro lado del camino. Ahí es adonde van a parar los cables. Son como garitas desde las cuales vigilar el pasadizo entre las colinas, el camino al monasterio por el que hemos subido. Las puertas están cerradas; las ventanas, con sus postigos. Delante de una de ellas hay un banco de madera, pero el monje reza siempre dentro de su celda, durante horas seguidas, y así días y días (a saber qué devociones privadas serán las suyas...), o sea que no hay modo de saber si las celdas están o no ocupadas, y no nos atrevemos a acercarnos más por miedo a molestar a alguien que esté sumido en sus oraciones. Seguimos andando hacia el laberinto de colinas.

La piedra caliza, le explico a Peter, es un producto del mar, restos endurecidos de seres diminutos hundidos hasta el lecho marino y apisonados, capa sobre capa, durante millones de años. Pero da la impresión de que Peter, que suele escuchar con mucha atención, estuviera en otra parte. Se detiene y levanta la vista hacia los picos, el perfil que dibujan contra el fondo azul del cielo. Sigue andando. Más adelante, junto al camino, hay un pico y una pala. Alguien ha hecho el esfuerzo de excavar en la pared del risco para dar forma a

un sitio donde dormir, o quizá es una plataforma para una nueva celda monacal. El pico ha dejado al descubierto docenas de fósiles en las laminaciones de la roca. Arranco uno y se lo paso a Peter. No pretendo demostrar nada. Él frunce el ceño. Casi no se lo cree. «¿En serio? ¿Todo esto estaba en el fondo del mar?». Recojo algunos más y se los pongo en la palma de la mano.

—¿Y tú cómo sabes esto?

Le digo que es un hecho y nada más; hay cosas que uno olvida cómo las aprendió.

—Te vas a reír de mí... —dice.

—Bueno, si dices algo gracioso, sí.

—Bueno, pues... ¿y no sería quizá el Diluvio universal? ¿Lo del Arca de Noé?

Le digo que sí, que podría ser; quizá el Diluvio. Claro que estas montañas tienen millones de años de antigüedad...

Veo que intenta conciliar el tiempo bíblico con el tiempo geológico, pero luego parece que deja de pensar en ello. Me viene a la cabeza lo que dijo la otra noche mientras contemplábamos las estrellas frente a la cueva de san Antonio, pensando, tal vez, en lo que podía hacer con su vida: «La obra de Dios, tan grande que no podemos imaginarla siquiera...».

Cuesta imaginar que la tradición monástica pudiera nacer en un lugar fértil, en un lugar donde cantaran pájaros o rieran niños. Es en el desierto donde la austeridad de la perspectiva y la austeridad de la existencia se miran a la cara, solo este paisaje mineral podía reflejar la propia esterilidad asumida del monje. Caminamos por las montañas hasta el mediodía; aquí y allá, entre grietas ocultas, encontramos más celdas monacales, así como mantas y quinqués abandonados debajo de salientes en la roca. Se diría que la montaña es un dormitorio colectivo. Pocos viven aquí de forma permanente. En una parte más elevada de la montaña, seguimos una sucesión de pequeñas cruces rojas pintadas en una serie de rocas grandes: para señalar el camino.

Uno puede tomarle miedo al sol aun cuando tenga a mano agua y cobijo: miedo al calor, pero también a la luz. Acaba de asomar y yo ya deseo que se ponga. Por la tarde me refugio en la iglesia de San Antonio. Se han marchado los peregrinos y el silencio reina una vez más en el monasterio. A Peter le han llamado para que vaya a ayudar a los padres en algún trabajo. En un rincón, sentado en el suelo, está el hermano Joachim, el novicio encargado de cuidar

la iglesia. Es un tipo afable y un poco creído, y luce un bigote mucho más espeso que la barba de más abajo. Se pone de pie, contento de verme; me llevo una mano al corazón, él al suyo, y luego me indica que me siente con él. Tiene muchas ganas de hablar (a los novicios les pasa). Me cuenta que lleva aquí solo dieciséis meses. Empleo la palabra «increíble» para describir las pinturas murales, lo hago para que se sienta a gusto, pero es una palabra necia. Aun así, es una palabra a la que Joachim se agarra repetidas veces para explicar cómo es su vida en el monasterio, aunque se diría que lo que le parece más increíble es el hecho de estar aquí, haciendo su vida, y no el lugar o el tipo de vida en sí mismos. No sería el primero que de un día para otro se da cuenta con sorpresa de la realidad de la vida que lleva. «Increíble... Pero es muy duro. Una cosa es leerlo en un libro y otra entender de qué va la vida del monje; para eso hay que vivirla. Abandonar a tu familia, a tus amigos...».

Es joven. No ha tomado aún los votos. A veces se pregunta si ha cometido un error; esta duda es la esencia del trabajo de todo monje. Y luego están los que vienen, esos millares de peregrinos que son a la vez la savia y la dura carga del monasterio. «Dios sabe que os quiero —les dijo a sus seguidores el anacoreta del siglo IV Abba Arsenio—, pero no puedo estar con Dios y con hombres a la vez».

«La gente cree que somos perfectos. Acuden a nosotros porque ya no confían en los sacerdotes —dice Joachim—. Así nos lo cuentan. Muchos vienen incluso a confesar con los padres. El trabajo del clero ha recaído en los monasterios. Pero solamente se puede llevar una vida: la monacal o la mundana».

Enumera los tres deberes clásicos de todo monje: castidad, pobreza, obediencia. «La gente, cuando acude aquí en masa, trae consigo al demonio. El demonio sabe cómo tentarnos. Ves un buen coche, por ejemplo, un BMW, y piensas “¿Estoy desperdiciando la vida? ¿Sirve de algo todo esto?”. Así trabaja el demonio».

Nada dice de las mujeres, esas cairotas de sedosos cabellos que bajan de los autocares, ni de los grupos de ruidosos veinteañeros con sus gafas Ray-Ban y su tosca camaradería. Tampoco menciona el silencio nuevo que deja el último autocar al marcharse.

Le gusta leer novelas, dice —salen a relucir Orhan Pamuk y Elif Shafak—, y antiguamente, o sea, cuando tenía veintitantos años, se pasaba horas y horas leyendo. Es cierto que aquí tiene libertad para leer lo que él crea oportuno o le venga en gana. «Pero se nos dice que no hemos venido para aprender cosas del mundo. No estamos aquí para adquirir cultura. El saber, la

lectura, el estudio: todo son distracciones de lo más importante, que es la oración. Los padres más ancianos no conocen otra cosa del mundo aparte de los textos sagrados».

A pesar de las bibliotecas y *scriptoria* con que cuenta el monasterio (la biblioteca de aquí es terreno vedado para visitantes), leer —o sea, la palabra— ha sido siempre motivo de recelo para los monjes del desierto. Atanasio cuenta que, ya de pequeño, san Antonio «no soportaba aprender letras», y si bien algunos afirman que era analfabeto, se le atribuyen sin embargo diversas cartas. Pero no era ningún bibliófilo: «Mi libro —dijo— es la naturaleza de las cosas creadas; cuando quiero leer la palabra de Dios, la tengo siempre ante mis ojos». Joachim continúa: «Nuestro padre Antonio dijo una vez: “En la persona de mente sana, no hay necesidad alguna de letras”». Como sabía Moisés, Dios está «más allá de toda imagen», y por lo tanto de las palabras. El desierto no es una página en blanco; es una biblioteca cuyos estantes siempre han estado vacíos.

Hago ademán de levantarme y Joachim me pide que me quede. «¿Tienes alguna cita?, ¿una reunión importante? Quédate un rato. Mira». Se pone de pie y acto seguido se inclina para levantar una esquina de la moqueta roja, dejando al descubierto una hoja de polvoriento vidrio reforzado que sirve para cubrir la antigua cripta de la iglesia. «Aquí hay muchos lugares secretos, ¿sabes?; y hay muchos secretos». Pero no dice más, se limita a sonreír y me aguanta la mirada como si ambos comprendiéramos. Creo que lo que ha insinuado es que lo que el visitante ve no es la vida real del monasterio, que el monje público tiene algo de actor.

Se hace difícil imaginarse a este joven, a quien le gusta leer a Pamuk, cuya cantante favorita es Susan Boyle y que tantas ganas tiene de saber cosas del mundo exterior, aceptando de buen grado los principios de castidad, pobreza y obediencia. Claro que nadie espera que uno acepte de buen grado este tipo de vida. Es increíble.

Hoy ha hecho muchísimo calor. Por la tarde uno de los novicios vino a nuestros aposentos para decirle a Peter que tenían trabajo que hacer. Peter llevaba toda la semana suplicando a los padres que le hicieran trabajar. Con el ayuno y la oración no tenía bastante. Aunque parte del agua del monasterio procede de la fuente por la que san Antonio se instaló en este lugar, gran parte llega por cañerías. En algún punto de la llanura del wadi Araba se había roto

una, y, como Peter estaba ansioso por conocer todas las facetas de la vida monacal, le tocaba sumarse a la cuadrilla.

Cuando vuelvo de la iglesia me lo encuentro sentado en el borde de su cama. Tiene la cabeza hundida entre las manos. La levanta al oírme entrar y vuelve a bajarla. «Hola, Peter», digo. Está que no puede más, parece. Lleno una taza de agua y mezclo unos polvos electrolíticos. «Toma, bebe», le digo. A cada momento le insisto en que beba. Peter obedece. Ha estado cuatro horas al sol del mediodía, sin sombrero, cavando en el suelo pedregoso. «Me han dicho que podía marcharme, pero no he querido». Se le ve medio cadavérico y un poco en las nubes; habla farfullando. Sobre su mesita de noche están los platillos que utiliza para acompañar sus oraciones privadas y hay también un resto de vela.

Consiguieron localizar la tubería y arreglar el poro. Después volvieron a taparla. Pero Peter está deshidratado y me preocupa que sufra una insolación. Le digo que intente dormir, pero tiene ganas de hablar. «Los padres no hacían nada —dice—, solo dar instrucciones a gritos». Se ríe. «¡No es lo que yo me esperaba!».

—Bebe.

—Estoy bien.

Le lleno otra vez la taza. A la hora de la cena parece que se encuentra mejor; sus ojos han perdido viscosidad, el agua está haciendo su trabajo. Pero ya no tiene el fervor de una semana atrás. Mientras los novicios y él cavaban sin parar y reparaban la cañería, dice, los padres no hacían otra cosa que reír y beber Pepsi. Le habían llamado «alemán».

«¡Cava, alemán!».

—Hay monjes buenos —dice—, pero otros no lo son. Se nota enseguida; en los maitines, a veces solo están unos cuantos.

Le digo que posiblemente están orando en sus celdas, o en alguna de las otras iglesias del monasterio.

—No, si no les juzgo —se apresura a decir—. Pero... ¿yo sería así, si viniera a vivir al monasterio? No les juzgo, qué va... —Pero luego añade—: Si quieres vivir la vida de la ciudad, tomar café —y beber Pepsi—, conocer gente nueva, ¿por qué no hacer la obra de Dios en una ciudad?

Todavía está agotado pero su mirada ha recobrado energía.

—Si vivimos como Jesús lo deseaba, entonces tenemos que odiar el mundo —dice—. Dios odia el mundo porque el mundo es malo. Sí, de acuerdo, hay personas buenas, pero la mayor parte lleva una vida que no es buena. El mal está ahí, siempre presente. En el desierto del Sinaí los beduinos

secuestran a refugiados eritreos, y si la familia no les paga veinte o treinta mil dólares, los matan; después les arrancan el corazón y el hígado y los venden...

Le interrumpo:

—¿Cuántos años tienes, Peter?

—Ya lo sabes. Veintiocho. Cuando tenía diecinueve odié hacerme mayor: «¡Oh, no, ya tengo veinte! ¡Oh, no, ya tengo veintiuno!»... Desde que Cristo vino a mí, ¡ansío ser más viejo! Tener cincuenta, sesenta años, estar cerca del final, del paraíso. ¿Entiendes? Cuando estemos en el paraíso, todo el dolor de este mundo será, bueno, como una picadura de mosquito o ese pequeño accidente que tuvimos de niños. Pues claro que Dios odia el mundo. Él no ganó la batalla.

Empiezo a cansarme del Maligno. Según parece, una cosa es dudar de la existencia de Dios, pero ¿poner en cuestión la realidad de Satanás? El mal está a la vista de todos. Basta entrar en YouTube y ver a esos hombres con mono naranja escoltados por una playa de Libia. Buscad en Google lo que se cobra por un corazón eritreo.

Mañana por la mañana dejo el monasterio y cruzo las montañas. El vuelo de Peter no es hasta la semana próxima, pero ya ha tomado una decisión. Esas horas cavando en el desierto, los padres de negro echando tragos de Pepsi y lo de «¡Cava, alemán!»... Ha sido un punto de inflexión. Quién sabe si el que él andaba buscando. Tiene decidido volver a la patria de sus padres, Eritrea (un país del cual toda una generación desea escapar), donde la vida monástica es más fiel a la experiencia de san Macario y sus discípulos; detrás de muros sin verjas o en guaridas de hiena; o en cuevas perdidas en el desierto, *paneremos, le désert absolu*, eternamente anónimos. Quienes le inspiran son ellos, esas personas de las que nunca se sabrá nada.

En el pasillo, volviendo a nuestros aposentos, nos paramos a mirar los peces. El agua no se ha cambiado desde ayer; con tan poca humedad ambiental, se evapora rápidamente y, conforme lo hace, se vuelve más y más turbia. Dentro de un par de días los peces morirán. Ahora mismo apenas si se los ve. Peter va a la cocina y vuelve abrazado a una cazuela grande. La levantamos entre los dos para verter el agua en el acuario. «¡Bebed!», les dice Peter a los peces.

No hay buenos mapas de los montes Galala Sur; el mejor de los que he podido ver es el que hicieron agrimensores militares británicos en 1891.

Mejor no fiarse mucho. Unos años atrás, un expatriado decidió ir a pie, y solo, de un monasterio a otro. Lo encontraron cuando ya era tarde; se había perdido y no le quedaba agua. Los únicos que conocen bien las montañas son los ma'aza, los beduinos del norte del desierto Oriental, y siendo uno extranjero no está de más, como mínimo, pedirles consentimiento antes de emprender la marcha. Un amigo mío me recomienda a Moussa, un guía copto que habla inglés. Este contacta con Mussalem, que pertenece a los ma'aza, y con el primo de este, Khaled. Ambos estaban en el grupo que encontró al americano. Serán dos días de viaje. Khaled llevará en su camioneta la cena para todos, el agua para la segunda jornada y también mi equipaje, y se reunirá esta tarde con nosotros en el campamento.

Asisto a maitines por última vez antes de partir. En griego existe la palabra *apatheia*, que viene a significar algo así como «liberación de las pasiones». Es una de las metas más difíciles de alcanzar para un monje; muy pocos lo consiguen. Un estado de ecuanimidad que tiene que ver con el desinterés, la indiferencia, el desapego. Desinterés no respecto al deber, sino respecto a toda expectativa social; indiferencia respecto a la opinión de otros; desapego respecto a las leyes del mundo humano: esto es *apatheia*. Como dijo el teólogo Evagrio del Ponto, «la *apatheia* del desierto tiene una hermana que se llama amor». Y es esto —amor, *agape*— lo que se percibe en el comportamiento de los padres más mayores: la veneración por la Iglesia y su liturgia y por sus predecesores; sus pequeños gestos de cariño para con los otros monjes y los novicios. El desierto, por ser tan duro, actúa como complemento externo de la indiferencia que requiere el amor.

Encuentro a Moussa a la entrada del monasterio; pletórico de energía, atento, con ese aire de liberación ligeramente precavido que uno ve en padres de nuevo cuño lejos de casa (su mujer acaba de dar a luz al tercero de sus hijos). Moussa es buena compañía aunque caminemos en silencio. Soy, dice, su primer cliente en varios meses. El turismo en Egipto ha quedado muy mermado tras la guerra en la vecina Libia y el atentado contra un avión ruso de pasajeros procedente de Sharm el-Sheij. Él hacía *tours* por el desierto del Sinaí, pero ha tenido que buscarse la vida como maestro. Para él, siendo copto, nuestra travesía tiene el carácter de un peregrinaje. Moussalem, que es un palmo más bajo que Moussa, apenas dice palabra y va siempre en cabeza —siete metros por delante— sorteando cascotes y rocas como si se deslizara unos centímetros por encima del lecho del wadi. Viste una túnica árabe de un blanco sucio, y en la cabeza un pañuelo blanco. Colgado a la espalda lleva su zurrón de lona y una cantimplora hecha con una botella de agua de dos litros

en torno a la cual ha pasado varias vueltas de hilo de colores. Lleva todo el día al hombro una bolsa de plástico con panes sin levadura y tarrinas de *halvah*.

Tras toda la mañana caminando por la planicie salpicada de rocas del wadi Araba almorzamos con Khaled bajo una acacia, la única vegetación más alta que el tobillo desde que salimos del monasterio. Después de comer, Moussa y yo descansamos una hora a la sombra de la acacia; Mussalem y Khaled lo hacen debajo de la camioneta. Las atenciones de una mosca sirven de recordatorio de lo que uno apesta; ¿sus lugares favoritos?: fosas nasales, orificio de la oreja, rabillos del ojo, labios; allá donde haya fluido. Veo avanzar una hilera de hormigas por una de las ramas. De otra rama Khaled ha colgado una bolsa de plástico. Veo cómo caen gotas de sangre de una esquina y se encharcan junto a mis pies, en el polvo. Y, efectivamente, cuando se seca compruebo que su color es gris, no rojo.

Nos despedimos de Khaled hasta la noche y torcemos a la derecha por un wadi que se adentra en las montañas. En contraste con la llanura a cielo abierto, aquí se respira un cierto aire de contención. Y a ello se suma el alivio de tener sombra. La única vida animal que vemos es una pareja de pinzones muy enfadados en una solitaria higuera silvestre. El valle se va estrechando; a cada lado, muros de diez metros de un conglomerado pedregoso donde se observan profundos regueros verticales por donde el agua ha caído en cascada. El sol empieza a descender. Hemos andado unos treinta kilómetros. Al otro lado del wadi vemos un Toyota Hilux blanco que avanza paralelo a nosotros: Khaled.

Una vez ha encendido fuego, Mussalem arrima la llama de un encendedor a una botella de plástico de agua y arranca con cuidado el cuello de la misma. Hunde una de las velas del monasterio en la gruesa arena del suelo y encaja encima la media botella, primero la boca, para que sirva de cortavientos, y luego prende la vela. Repite la operación con las restantes botellas vacías y nuestro campamento queda así rodeado de cristalinos conos de plástico con luz dentro. Después de cenar me busco un sitio al abrigo del viento para colocar mi esterilla de dormir.

Unas tres horas más tarde me despierta un ruido. Parpadeo sobresaltado: las paredes del valle aparecen iluminadas por una cambiante luz amarilla que se bambolea. Mussalem, Moussa y Khaled se incorporan en sus jergones mientras unos faros nos deslumbran y una oxidada camioneta Toyota se detiene a unos metros de nuestro campamento. Hay un momento de silencio, y luego se oye un portazo.

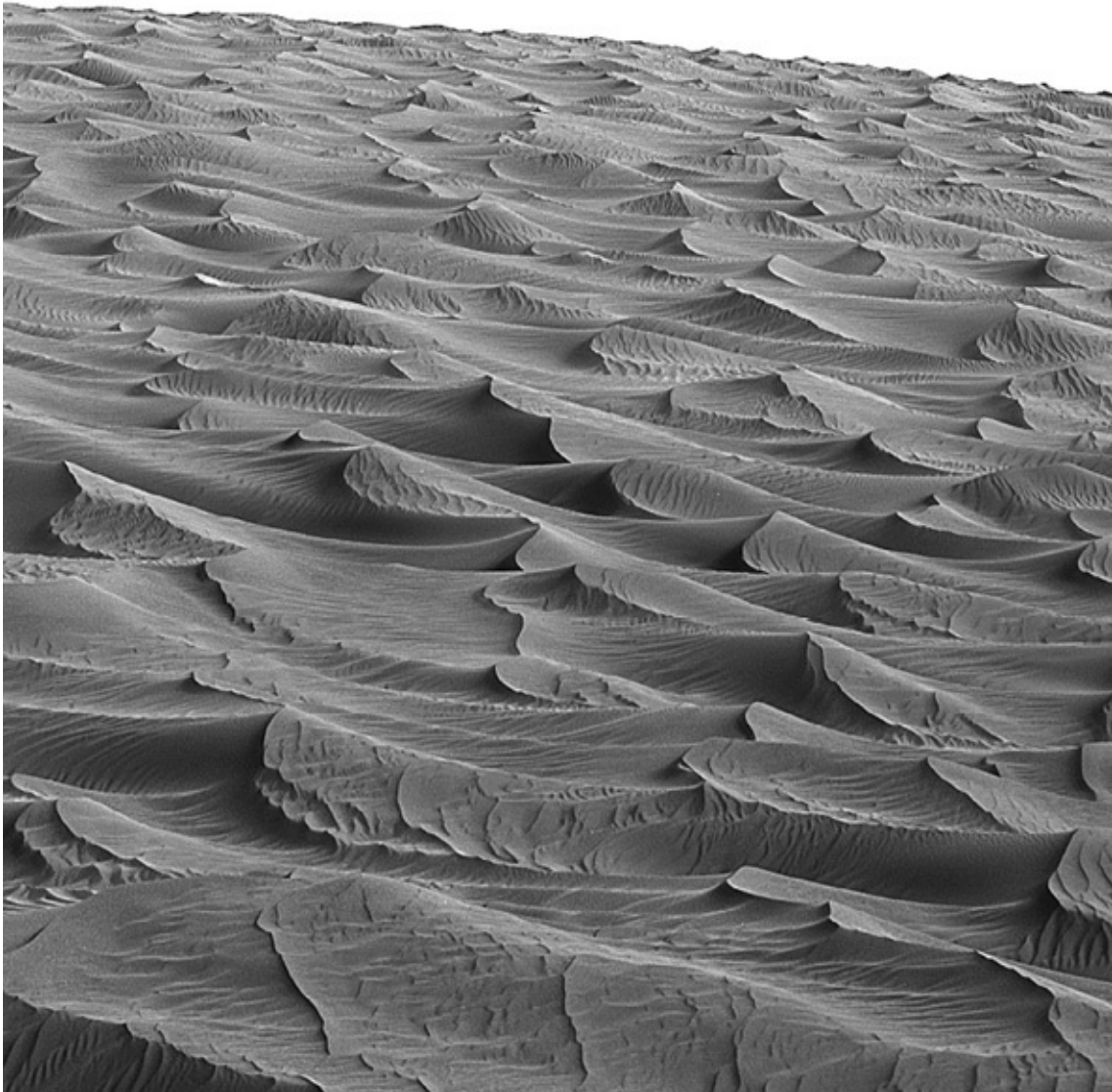
Moussa está arrodillado en su saco de dormir, haciendo visera con una mano. Mussalem se ha puesto de pie y les grita algo a los desconocidos. Los faros se apagan y no veo nada. «¿Quiénes sois?», exige saber Mussalem. «¿Qué hacéis aquí?», gritan ellos por respuesta; otro portazo. La cosa parece que se calma. Los dos hombres son ma'aza de otro clan y por lo visto andan buscando unos camellos fugados. Es exactamente lo mismo que dijeron hace dos años los hombres que se presentaron en nuestro campamento en Omán mientras almorzábamos. Puede que sea lo que se les cuenta a unos desconocidos. Toman té con nosotros y luego vuelven a su camioneta.

El ruido del motor se va alejando y la noche recupera su quietud. Entonces oigo un sonido que me es familiar, el sonido de eso que llamamos silencio: la musiquilla interior y misteriosa de la sangre en movimiento, o la generación de células, o quizá una discreta regularización de presiones auditivas.

Ayer, mientras íbamos a maitines, Peter se detuvo y dijo: «Ese: ese el mejor lugar para ser monje». Estaba mirando a la luna. Esta noche no puede verse desde el fondo del valle, pero su luz roza la parte más alta de las montañas.

En *The Desert*, John C. Van Dyke pregunta: «¿Acaso nuestra propia luna no es la prueba de que los mundos mueren? ¿Y cómo pasa esto?... Quizá se fue muriendo a lo largo de milenios con la lenta evaporación de la humedad y el lento crecimiento de la zona desértica». Lo cual le lleva, lógicamente, a preguntar: «Entonces, esta gran extensión de arena y piedra ¿es el principio del fin? ¿Es así como el globo terráqueo perecerá?». Pero la luna, siempre sin viento, siempre sin agua, no es una buena analogía de los desiertos de aquí abajo. En 1911, un astrónomo norteamericano, al ver las líneas oscuras que parecían cruzar la superficie de Marte, postuló que eran canales de regadío construidos por los marcianos para hacer fértil el planeta desierto. Enterado de que aquellas cintas oscuras tenían decenas de kilómetros de anchura, el astrónomo dijo que eso era lógico: lo que podíamos ver no eran los canales propiamente dichos, sino las márgenes de tierra irrigada que bordeaban sus riberas. Allí donde se entrecruzaban, apuntó, había grandes ciudades. Desde que Viking I y Viking II fueron enviados a la superficie de Marte en los años ochenta y noventa del siglo pasado, cuatro naves más se han posado en el planeta rojo, incluidos dos rovers. Las imágenes que han enviado a la Tierra les resultarían familiares a los beduinos: abanicos aluviales, planicies de ventifactos, lagunas secas. Hay remolinos de polvo de ocho kilómetros de altura y tormentas estacionales de arena que se tragan el planeta entero.

Mientras tanto, en las inmensas llanuras del norte hay monstruosos mares de arena cuyas dunas —que adquieren forma rectilínea, longitudinal, transversal, de cuarto creciente o barjanoide— no se distinguen para nada de las de la Tierra.



«High Dune», Marte, desde la MastCam del rover de la NASA Curiosity. Parte del campo de dunas oscuras «Bagnold» de arenas móviles en la falda noroccidental del monte Sharp © NASA/JPL-Caltech/MSSS.

Me despierta el murmullo de alguien que está rezando: es Mussalem, postrado de rodillas en su alfombra sobre el suelo pedregoso. La luz anaranjada del sol peina las cumbres. Hay nubes de un amarillo grisáceo, las primeras que veo desde que vine a Egipto. Nos despedimos de Khaled, cuyo vehículo ya no puede continuar. Después del desayuno trepamos por bancos de caliza que se desmoronan a nuestro paso por encima de lo que, en época de inundaciones, sería una inmensa escalinata de cascadas. La última crecida importante, me cuenta Mussalem, fue hace ya dos años. En la hoya de cada cascada hay un islote de acacias y tamariscos. De una higuera arranco una breva no más grande que una cereza; es suave como el terciopelo, de un verde pálido, y amarga. Una hoja, lustrosa y flexible cuando la arranco y me la guardo en el bolsillo, se ha convertido en pequeñas escamas marrones unas horas después.

Hacia el mediodía, mientras continuamos la ascensión, noto como si estuviéramos acercándonos a un precipicio o a una cima: la luz es más expansiva que antes. Moussa me grita algo y sonrío, pero sus palabras no llegan a mis oídos. Subo un escalón más y el viento me golpea en la cara, me arrebató el sombrero y lo lanza como si fuera un frisbee hacia el valle que hemos dejado atrás.

Allá abajo, por el otro lado, está la llanura costera del mar Rojo, y quince kilómetros más lejos la fina línea azul del golfo de Suez. El macizo del Sinaí se entrevé al fondo. Y, al pie de donde nos encontramos, en las estribaciones de esta montaña, veo una serie de edificios encalados dentro de un muro defensivo.

Cuando llegamos a la verja del monasterio, el guarda se sorprende al ver que alguien viene de las montañas y no es un monje. Moussa le explica de dónde venimos y el hombre se echa a reír, nos abre y va a buscar a uno de los padres que hablan inglés. Al cabo de veinte minutos aparece un hombre de unos treinta años, cara chupada, mejillas coloradas y labios carnosos que el sol ha dejado secos y blancos como la sal, cosa que destaca aún más por su negra barba. Es como un Allen Ginsberg flaco y tostado por el sol y, cómo no, habla con un suave acento americano de la Costa Este; prefiere no decirme de dónde es, como también prefiere no decir cómo se llama. Un guía a su pesar, pero en absoluto antipático. El padre Allen.

En la pequeña iglesia en penumbra que construyeron sobre la cueva de san Pablo, medio sepultada en la roca, el padre me enseña una pintura mural que es la contrapartida de la que hay en San Antonio: los dos santos, ojos

desmesuradamente abiertos y boca menuda, en la tradición del arte copto. Entre ambos, sobre sus cabezas, está el cuervo con un pan redondo en el pico, el pan que llevó para Pablo y su huésped Antonio. Los cuervos son una molestia, me dice el padre Allen: roban dátiles de las palmeras del monasterio e interrumpen la liturgia con sus graznidos. Antiguamente los monjes los espantaban a escopetazos, a pesar del servicio que el ancestro de esos pájaros le rindiera a san Pablo.

Charlamos de pie, a la sombra. «Mi opinión personal —dice— es que para hablar con las personas ya existe el clero. *Esto...* —refiriéndose a atender a los visitantes— no forma parte de nuestro trabajo. La labor del monje consiste en estar oculto».

Pienso en Peter y en los monjes etíopes felizmente alojados en sus agujeros en el desierto. El padre Allen prefiere que no le hagan fotos y también prefiere no decirme cuánto tiempo lleva aquí. Antes de regresar a su celda, nos enseña el lugar donde el manantial brota de la montaña y discurre por un estrecho canal abierto en el suelo de piedra. Hay una taza metálica sobre una silla de plástico. Me agacho para llenarla y se la paso a Moussa. Él bebe y me devuelve la taza. Es un agua dulzona, no tan mineralizada como la del otro monasterio. Vuelvo a llenar la taza y bebo por segunda vez; la lleno una vez más: bebo.

Dentro de unas horas estaré en El Cairo: dos millones de vehículos con sus respectivas bocinas impacientes. Paramos un taxi y vamos hacia la autopista del mar Rojo; dejamos a Mussalem en un cruce para que vuelva a su pueblo en autostop. A un par de kilómetros de Zaafarana, cerca de la descomunal granja eólica que ocupa el wadi Araba al borde del mar Rojo, le digo al taxista que pare en un restaurante medio vacío junto a uno de los centros turísticos propiedad de rusos. Mientras Moussa y él toman café, recorro los cien metros de dura arena marrón. No es una playa para turistas y huele un poco a aceite de motor, pero el mar se ve bastante limpio. Me desvisto a la sombra de un chamizo de pescadores y camino hacia el agua.

Bibliografía

General

- E. F. Adolph, *Physiology of Man in the Desert* (Nueva York, Interscience Publishers, 1947).
- W. H. Auden, *The Enchafed Flood; Or the Romantic Iconography of the Sea* (Nueva York, Random House, 1950) [hay trad. cast.: *Iconografía romántica del mar*, México, UNAM, 1996].
- R. A. Bagnold, *Libyan Sands: Travel in a Dead World* (Londres, Hodder & Stoughton, 1935).
- , *The Physics of Blown Sand and Desert Dunes* (Londres, Methuen, 1941).
- Jean Baudrillard, *America* (Londres, Verso, 2010) [hay trad. cast.: *América*, Barcelona, Anagrama, 2006].
- Ron Cooke, Andrew Warren, Andrew Goudie (eds.), *Desert Geomorphology* (Londres, UCL Press, 1993).
- Isabelle Eberhardt, *The Oblivion Seekers* (Londres, Peter Owen, 1988).
- Uwe George, *In the Deserts of this Earth* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977).
- Andrew S. Goudie, *Arid and Semi-Arid Geomorphology* (Cambridge, Cambridge University Press, 2013).
- Roslynn D. Haynes, *Desert: Nature and Culture* (Londres, Reaktion, 2013).

- Anton Imeson, *Desertification, Land Degradation and Sustainability* (Oxford, Wiley-Blackwell, 2012).
- Robert Irwin, *Camel* (Londres, Reaktion, 2010).
- Edmond Jabès, *If There Were Anywhere But Desert* (Barrytown, Station Hill Press, 1988).
- , *From the Desert to the Book* (Barrytown, Station Hill Press, 1990).
- Sven Lindqvist, *Saharan Journey* (Londres, Granta, 2012).
- Pierre Loti, *The Desert* (Salt Lake City, University of Utah Press, 1993 [hay trad. cast.: *El desierto*, Barcelona, Abraxas, 2000]).
- Gregory McNamee (ed.), *The Desert Reader: A Literary Companion* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003).
- Antoine de Saint-Exupéry, *Wind, Sand and Stars* (Londres, Heinemann, 1939) [hay trad. cast.: *Tierra de los hombres*, Córdoba, Berenice, 2016].
- , *The Wisdom of the Sands* (Londres, Hollis & Carter, 1952).
- Paul Bigelow Sears, *Deserts On the March* (Norman, University of Oklahoma Press, 1935).
- Paul Shepard, *Nature and Madness* (San Francisco, Sierra Club Books, 1982).
- David S. G. Thomas (ed.), *Arid Zone Geomorphology* (Chichester, Wiley, 2011).
- , y Nicholas J. Middleton, *Desertification: Exploding the Myth* (Chichester, Wiley, 1994).
- Yi-Fu Tuan, *Topophilia: A Study of Environmental Perception* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1974) [hay trad. cast.: *Topofilia*, Barcelona, Melusina, 2007].
- , *Landscapes of Fear* (Oxford, Blackwell, 1980).
- , *Romantic Geography* (Madison, University of Wisconsin Press, 2013) [hay trad. cast.: *Geografía romántica. En busca del paisaje sublime*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015].
- Michael Welland, *The Desert: Lands of Lost Borders* (Londres, Reaktion, 2015).

Peter Wild, *The Opal Desert: Explorations of Fantasy and Reality in the American Southwest* (Austin, University of Texas Press, 1999).

1. La biblioteca de desiertos: el cuarto vacío (Omán)

David C. Arkless, *The Secret War: Dhofar 1971* (Londres, Kimber, 1988).

John Beasant: *Oman: The True-life Drama and Intrigue of an Arab State* (Edimburgo, Mainstream, 2002).

Peter Brent, *Far Arabia: Explorers of the Myth* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1977).

Bill Broyles *et al.*, «W. J. McGee's "Desert Thirst as Disease"», *Journal of the Southwest*, vol. 30, n.º 2 (1988), pp.222-227. McGee's fue publicado originalmente en el *Interstate Medical Journal* (véase más abajo).

Richard Burton (trad.), *The Book of the Thousand Nights and a Night*, 16 vols. (Londres, Kama Shastra Society, 1885-1888) [hay trad. cast.: *Las mil y una noches*, Barcelona, Edhasa, 2007].

Mark Cocker, *Loneliness & Time: British Travel Writing in the Twentieth Century* (Londres, Secker & Warburg, 1992).

Charles Montague Doughty, *Travels in Arabia Deserta* (Cambridge, Cambridge University Press, 1888).

Felix Fabri, *Wanderings in the Holy Land* (Londres, Palestine Pilgrims' Text Society, 1892).

K. W. Glennie, *Oman's Geological Heritage* (Mascate, Petroleum Development Oman, 2006).

T. E. Lawrence, *Seven Pillars of Wisdom* (Londres, Penguin, 2000) [hay trad. cast.: *Los siete pilares de la sabiduría*, Madrid, Huerga y Fierro, 1997].

Alexander Maitland, *Wilfred Thesiger: The Life of the Great Explorer* (Londres, Harper Perennial, 2007).

Arthur Mangin, *The Desert World: The Scenery, Animal and Vegetable Life and Physical Character of the Wilderness and Waste Places of the Earth* (Londres, T. Nelson and Sons, 1872).

W. J. McGee, «Desert Thirst as Disease», *Interstate Medical Journal*, vol. 12 (1906), pp. 1-23.

James Morris, *Sultan in Oman* (Londres, Faber & Faber, 1957).

William Harman Norton, «The Influence of the Desert on Early Islam», en *The Journal of Religion*, vol. 4, n.º 4 (julio de 1924), pp. 383-396.

Harry St. John Philby, *The Empty Quarter* (Londres, 1933, Constable).

Andrew Taylor, *Travelling the Sands: Sagas of Exploration in the Arabian Peninsula* (Dubái, Motivate Publishing, 1995).

Wilfred Thesiger, *Arabian Sands* (Londres, Longmans, Green, 1959) [hay trad. cast.: *Arenas de Arabia*, Barcelona, RBA, 2008].

—, *The Life of My Choice* (Londres, HarperCollins, 2000).

Bertram Thomas, *Alarms and Excursions in Arabia* (Londres, Allen & Unwin, 1931).

—, *Arabia Felix* (Londres, Jonathan Cape, 1932).

Tetsuro Watsuji, *Climate and Culture* (Tokio, Hokuseido Press, 1971).

2. Campo de truenos: el gran desierto de Victoria (Australia)

Lorna Arnold, *Britain, Australia and the Bomb: the Nuclear Tests and their Aftermath* (Basingstoke, Palgrave, 2006).

Daisy Bates, *The Passing of the Aborigines* (Londres, John Murray, 1938).

Len Beadell, *Blast the Bush* (Londres, Angus and Robertson, 1967).

—, *Beating About the Bush* (Adelaida, Rigby, 1976).

Julia Blackburn, *Daisy Bates in the Desert* (Londres, Secker & Warburg, 1994).

- Geoffrey Blainey, *The Tyranny of Distance: How Distance Shaped Australia's History* (Melbourne, Macmillan, 1975).
- Paul Carter, *The Road to Botany Bay* (Londres, Faber & Faber, 1987).
- David Day, *Claiming a Continent: A New History of Australia* (Sidney, Harper-Perennial, 2005).
- Charles Duguid, *Doctor and the Aborigines* (Adelaida, Rigby, 1972).
- Edward John Eyre, *Journals of Expeditions of Discovery into Central Australia* (Londres, T. and W. Boone, 1845).
- John Greenway, *The Last Frontier* (Londres, David-Poynter, 1973).
- Roslynn D. Haynes, *Seeking the Centre: The Australian Desert in Literature, Art and Film* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998).
- Michael Hughes, *Spectre of Maralinga* (Londres, W. H. Allen, 1985).
- Sven Lindqvist, *Terra Nullius: A Journey Through No One's Land* (Londres, Granta, 2007).
- Christobel Mattingley y Ken Hampton (eds.), *Survival in Our Own Land: «Aboriginal» Experiences in «South Australia» since 1836* (Adelaida, Wakefield Press, 1988).
- Robert Milliken, *No Conceivable Injury: The Story of Britain and Australia's Atomic Cover-up* (Londres, Penguin, 1985).
- Ferenc Morton Szasz, *The Day the Sun Rose Twice: The Story of the Trinity Site Nuclear Explosion, July 16, 1945* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984).
- Penny Van Oosterzee, *The Centre: The Natural History of Australia's Desert Regions* (Chatswood, Reed, 1991).
- Kingsley Palmer y Maggie Brady, *Diet and Dust in the Desert: An Aboriginal Community, Maralinga Lands, South Australia* (Canberra, Aboriginal Studies Press, 1991).
- John Pilger, *A Secret Country* (Londres, Jonathan Cape, 1989).
- Royal Commission into British Nuclear Tests in Australia, *The Report of the Royal Commission Into British Nuclear Tests in Australia*, 3 vols. (Canberra, Australian Government Publishing Service, 1985).

Adrian Tame y F. P. J. Robotham, *Maralinga: British A-Bomb Australian Legacy* (Melbourne, Fontana, 1982).

W. H. Tietkens, *Journal of the Central Australian Exploring Expedition*, 1889 (Adelaida, C. E. Bristow, 1891).

Frank Walker, *Maralinga* (Sidney, Hachette Australia, 2014).

Don Watson, *The Bush* (Melbourne, Penguin, 2014).

Michael Williams, *The Making of the South Australian Landscape* (Londres, Academic Press, 1974).

Yalata y Oak Valley Communities con Christobel Mattingley, *Maralinga: The Anangu Story* (Sidney, Allen & Unwin, 2009).

3. Agitadores: los desiertos de Gobi y Taklamakán (China)

Neville Agnew (ed.), *Conservation of Ancient Sites on the Silk Road* (Los Ángeles, Getty Conservation Institute, 1997).

Ai Chen Wu, *Turkistan Tumult* (Londres, Methuen & Co, 1940).

Linda K. Benson, *Across China's Gobi: The Lives of Evangeline French, Mildred Cable and Francesca French of the China Inland Mission* (Norwalk, Eastbridge, 2008).

Charles Blackmore, *The Worst Desert on Earth: Crossing the Taklamakan* (Londres, John Murray, 1995).

Gardner Bovingdon, *The Uyghurs* (New York: Columbia University Press, 2010).

Tania Branigan, «China Charges Uighur Scholar Ilham Tohti with Separatism», *Guardian*, 30 de julio de 2014.

Chris Buckley, «Xinhua Details Charges in Case Against Ilham Tohti», *New York Times*, 25 de septiembre de 2014.

Mildred Cable with Francesca French, *The Gobi Desert* (Londres, Hodder & Stoughton, 1942). Reeditado con una introducción de

- Marina Warner (Londres, Virago, 1984).
- , *Through Jade Gate and Central Asia: An Account of Journeys Through Kansu, Turkestan and the Gobi Desert* (Londres, Hodder & Stoughton, 1937).
- , y Evangeline French, *A Desert Journal: Letters from Central Asia* (Londres, Constable, 1934).
- , *Something Happened* (Londres, Hodder & Stoughton, 1933).
- Simon Denyer, «Bullet Trains Tighten China's Embrace of Restive Sinkiang», *Washington Post*, 10 de septiembre de 2014.
- Michael Dillon, *Sinkiang: China's Muslim Far Northwest* (Londres, Routledge-Curzon, 2004).
- Ding Xiao Lun (ed.), *Entering Sinkiang* (Urumqi, Sinkiang Art & Photography, 2006).
- David Eimer, *The Emperor Far Away: Travels at the Edge of China* (Londres, Bloomsbury, 2014).
- Peter Fleming, *News From Tartary* (Londres, Jonathan Cape, 1936).
- Sven Hedin, *Through Asia* (Londres, Methuen, 1898).
- Nick Holdstock, *China's Forgotten People: Sinkiang, Terror and the Chinese State* (Londres, I. B. Taurus, 2015).
- Peter Hopkirk, *Foreign Devils on the Silk Road* (Londres, John Murray, 1980) [hay trad. cast.: *Demonios extranjeros en la Ruta de la Seda*, Barcelona, Laertes, 2005].
- Justin Jacobs, «Confronting Indiana Jones: Chinese Nationalism, Historical Imperialism, and the Criminalization of Aurel Stein and the Raiders of Dunhuang, 1899-1944», en Sherman Cochran y Paul G. Pickowicz (eds.), *China on the Margins* (Ithaca, Cornell East Asia Program, 2010).
- Jun Ma, *China's Water Crisis* (Norwalk, EastBridge, 2004).
- Jonathan Kaiman, «Chinese Media Reports Fifty Killed in Sinkiang in Revision of Death Toll», *Guardian*, 26 de septiembre de 2014.
- Ellsworth Huntington, *The Pulse of Asia: A Journey in Central Asia* (Nueva York, Houghton, Mifflin & Co, 1907).

- W. E. Johns, *Biggles in the Gobi* (Londres, Hodder & Stoughton, 1953).
- Owen Lattimore, *The Desert Road to Turkestan* (Nueva York, Little Brown, 1929).
- Ma Jian, *Red Dust: A Path Through China* (Londres, Chatto & Windus, 2001).
- Ella Maillart, *Turkestan Solo* (Nueva York, Putnam, 1935).
- Mao Tse-Tung, *Selected Works* (Pekín, Foreign Language Press, 1967) [hay trad. cast.: *Obras escogidas de Mao Tsetung*, Madrid, Fundamentos, 1978].
- James A. Millward, *Eurasian Crossroads: A History of Sinkiang* (Londres, Hurst, 2007).
- William James Platt, *Three Women: Mildred Cable, Francesca French, Evangeline French* (Londres, Hodder & Stoughton, 1964).
- Eva May Sawyer, *Mildred Cable* (Londres, Pickering & Inglis, 1962).
- Vikram Seth, *From Heaven Lake: Travel Through Sinkiang and Tibet* (Londres, Chatto & Windus, 1983) [hay trad. cast.: *Desde el lago del Cielo. Viajes por Sinkiang, Tíbet y Nepal*, Barcelona, Ediciones B, 2001].
- Judith Shapiro, *Mao's War Against Nature: Politics and the Environment in Revolutionary China* (Cambridge, Cambridge University Press, 2001).
- Aurel Stein, *Ruins of Desert Cathay: Personal Narrative of Explorations in Central Asia and Westernmost China* (Londres, Macmillan, 1912).
- , *Sand-Buried Ruins of Khotan: Personal Narrative of a Journey of Archaeological and Geographical Exploration in Chinese Turkestan* (Londres, T. Fisher Unwin, 1903).
- Phyllis Thompson, *Desert Pilgrim: The Story of Mildred Cable's Venture For God in Central Asia* (Londres, China Inland Mission, 1957).
- Colin Thubron, *Shadow of the Silk Road* (Londres, Chatto & Windus, 2006) [hay trad. cast.: *La sombra de la Ruta de la Seda*, Barcelona, Península, 2007].

- Rian Thum, *The Sacred Routes of Uyghur History* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014).
- Jeremy Tredinnick, *Sinkiang: China's Central Asia* (Hong Kong, Odyssey, 2012).
- Christian Tyler, *Wild West China: The Taming of Sinkiang* (Londres, John Murray, 2003).
- Yi-Fu Tuan, *China* (Harlow, Longmans, 1970).
- Joanna Waley-Cohen, *Exile in Mid-Qing China* (New Haven, Yale University Press, 1991).
- Jonathan Watts, *When a Billion Chinese Jump* (Londres, Faber & Faber, 2010).
- Roderick Whitfield, Susan Whitfield y Neville Agnew, *Cave Temples of Dunhuang: Art and History on the Silk Road* (Londres, British Library, 2000).
- Susan Whitfield, *Life Along the Silk Road* (Berkeley, University of California Press, 1999).
- Sally Hovey Wriggins, *The Silk Road Journey With Xuanzang* (Boulder, Westview, 2004).
- Xuncheng Xia, *Desertification and Control of Blown Sand Disasters in Sinkiang* (Pekín, Science Press, 1993).
- Xuanzang, *Buddhist Records of the Western World* (Londres, Truebner's Oriental Series, 1884).

4. Esturión bastardo: El Aralkum (Kazajistán)

- Chingiz Aitmatov, *The Day Lasts More Than a Hundred Years* (Londres, Macdonald and Co., 1986).
- Tom Bissell, *Chasing the Sea* (Nueva York, Pantheon Books, 2003).
- Leonid Brezhnev, *The Virgin Lands* (Moscú, Progress, 1978).

- Alexey Ivanovich Butakov, «Survey of the Aral Sea», en *Journal of the Royal Geographical Society*, vol. 23 (Londres, 1823), pp. 93-101.
- Rob Ferguson, *The Devil and the Disappearing Sea: A True Story about the Aral Sea Catastrophe* (Vancouver, Raincoast Books, 2003).
- Michael H. Glantz (ed.), *Creeping Environmental Problems and Sustainable Development in the Aral Sea Basin* (Cambridge, Cambridge University Press, 1999).
- Peter Hopkirk, *The Great Game: On Secret Service in High Asia* (Londres, John Murray, 1990).
- George Luckyj, *Shevchenko's Unforgotten Journey* (Toronto, Canadian Scholar's Press, 1996).
- Patrick Marnham, *Snake Dance: Journeys Beneath a Nuclear Sky* (Londres, Chatto & Windus, 2013).
- Philip Micklin *et al.* (eds.), *The Aral Sea* (Berlín, Springer, 2014).
- David Moon, *The Plough that Broke the Steppes: Agriculture and Environment On Russia's Grasslands, 1700-1914* (Oxford: Oxford University Press, 2013).
- G. I. Reznichenko, *The Aral Sea Tragedy* (Moscú, Novosti, 1992).
- Maria Shahgedanova (ed.), *The Physical Geography of Northern Eurasia* (Oxford, Oxford University Press, 2002).
- Struan Stevenson, *Stalin's Legacy: The Soviet War on Nature* (Edimburgo, Birlinn, 2012).
- Chokan Chingisovich Valikhanov, *The Russians in Central Asia* (Londres, Edward Stanford, 1856).
- Pavlo Zaitsev, *Taras Shevchenko* (Toronto, University of Toronto Press, 1988).
- Peter Zavialov, *Physical Oceanography of the Dying Aral Sea* (Nueva York, Springer, 2005).
- Igor S. Zonn *et al.* (eds.), *The Aral Sea Encyclopaedia* (Berlín, Springer, 2009).

5. Entre grandes incendios: el desierto de Sonora (Estados Unidos)

Edward Abbey, *Desert Solitaire: A Season in the Wilderness* (Nueva York, McGraw-Hill, 1968) [hay trad. cast.: *El solitario del desierto*, Madrid, Capitán Swing, 2016].

—, *Confessions of A Barbarian: Selections From the Journals of Edward Abbey* (Londres, Little Brown, 1994).

—, *The Best of Edward Abbey* (San Francisco, Sierra Club Books, 2005).

John Alcock, *Sonoran Desert Summer* (Tucson, University of Arizona Press, 1990).

John Annerino, *Dead in their Tracks: Crossing America's Desert Borderlands* (Nueva York, Four Walls Eight Windows, 1999).

Mary Austin, *The Land of Little Rain* (Nueva York, Houghton, Mifflin, 1903) [hay trad. cast.: *La tierra de la lluvia escasa*, Madrid, Volcano, 2019].

—, *Stories from the Country of Lost Borders* (New Brunswick, Rutgers University Press, 1987).

Reyner Banham, *Scenes in America Deserta* (Salt Lake City, Gibbs M. Smith, 1982).

Julio L. Betancourt y Robert H. Webb, *Requiem For the Santa Cruz: An Environmental History of an Arizona River* (Tucson, University of Arizona Press, 2014).

Charles Bowden, *Blue Desert* (Tucson, University of Arizona Press, 1986).

—, *Red Line* (Nueva York, W. W. Norton & Company, 1989).

—, *Desierto: Memories of the Future* (Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991).

—, *The Sonoran Desert* (Nueva York, H. N. Abrams, 1997).

—, *Trinity* (Austin, University of Texas Press, 2009).

Jim Corbett, *The Sanctuary Church* (Wallingford, Pendle Hill Publications, 1986).

- , *Goatwalking* (Nueva York, Viking Penguin, 1991).
- Miriam Davidson, *Convictions of the Heart: Jim Corbett and the Sanctuary Movement* (Tucson, University of Arizona Press, 1988).
- Patrick W. Ettinger, *Imaginary Lines: Border Enforcement and the Origins of Undocumented Immigration, 1882-1930* (Austin, University of Texas Press, 2009).
- Linda M. Gregonis, *The Hohokam Indians of the Tucson Basin* (Tucson, University of Arizona Press, 1979).
- W. Eugene Hollon, *The Great American Desert* (Nueva York, Oxford University Press, 1966).
- William Temple Hornaday, *Camp-Fires on Desert and Lava* (Londres, T. Werner Laurie, 1908).
- Edmund Carroll Jaeger, *The California Deserts* (Stanford, Stanford University Press, 1955).
- Jason de León, *The Land of Open Graves: Living and Dying on the Migrant Trail* (Oakland, University of California Press, 2015).
- Aldo Leopold, *A Sand County Almanac* (Nueva York, Oxford University Press, 1949).
- Michael F. Logan, *The Lessening Stream: An Environmental History of the Santa Cruz River* (Tucson, University of Arizona Press, 2002).
- , *Desert Cities: The Environmental History of Phoenix and Tucson* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2006).
- Barry Lopez, *Desert Notes* (Kansas City, Andrews McMeel, 1976).
- David E. Lorey, *The U.S.-Mexican Border in the Twentieth Century* (Wilmington, Scholarly Resources, 1999).
- Carl Lumholtz, *New Trails in Mexico: An Account of One Year's Exploration in North-western Sonora, Mexico, and South-Western Arizona, 1909-1910* (Londres, T. Fisher Unwin, 1912).
- Gary MacEoin (ed.), *Sanctuary: A Resource Guide for Understanding and Participating in the Central American Refugee Struggle* (San Francisco, Harper & Row, 1985).

Gregory McNamee, *Blue Mountains Far Away: Journeys into the American Wilderness* (Nueva York, The Lyons Press, 2000).

John McPhee, *Basin and Range* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1981).

William E. Martin *et al.*, *Saving Water in a Desert City* (Washington, Resources for the Future, 1984).

Joseph Nevins, *Operation Gatekeeper* (Londres, Routledge, 2002).

—, *Operation Gatekeeper and Beyond* (Londres, Routledge, 2010).

Bruce M. Pavlik, *The California Deserts* (Berkeley, University of California Press, 2008).

Steven J. Philips y Patricia Wentworth Comus (eds.), *A Natural History of the Sonoran Desert* (Tucson, Arizona-Sonora Desert Museum Press, 2000).

John Wesley Powell, *Report on the Lands of the Arid Region of the United States, with a More Detailed Account of the Lands of Utah* (Washington, Department of the Interior, 1878).

Marc Reisner, *Cadillac Desert* (Londres, Pimlico, 2001).

Amanda Rose, *Showdown in the Sonoran Desert: Religion, Law, and the Immigration Controversy* (Nueva York, Oxford University Press, 2012).

Rachel St. John, *Line in the Sand* (Princeton, Princeton University Press, 2011).

Rebecca Solnit, *Savage Dreams: A Journey Into the Hidden Wars of the American West* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2014).

Aron Spilken, *Escape!* (Nueva York, Signet, 1983).

6. Materia fuera de lugar: el desierto de Black Rock (Estados Unidos)

- Alonzo Delano, *Life On the Plains and Among the Diggings* (Nueva York, Miller, Orton & Co, 1857).
- Brian Doherty, *This is Burning Man* (Nueva York, Little, Brown, 2004).
- William L. Fox, con fotografías de Mark Klett, *The Black Rock Desert* (Tucson, University of Arizona Press, 2002).
- , *Playa Works: The Myth of the Empty* (Reno, University of Nevada Press, 2002).
- John Charles Frémont, *Narrative of the Exploring Expedition To the Rocky Mountains* (Nueva York, Appleton, 1846).
- Peter Goin, *Black Rock* (Reno, University of Nevada Press, 2005).
- Rose Houk, *Sonoran Desert* (Tucson, Southwest Parks and Monuments Association, 2000).
- Samantha Krukowski (ed.), *Playa Dust: Collected Stories from Burning Man* (Londres, Black Dog, 2014).
- Thomas Merton, *The Wisdom of the Desert: Sayings from the Desert Fathers* (Norfolk, James Loughlin, 1960).
- Allan Nevins, *Frémont, Pathmarker of the West* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1992).
- Daniel Pinchbeck, *Breaking Open the Head: A Chemical Adventure* (Londres, Flamingo, 2004).
- Scott Slovic (ed.), *Getting Over the Colour Green* (Tucson, University of Arizona Press, 2001).
- David W. Teague y Peter Wild (eds.), *The Secret Life of John C. Van Dyke: Selected Letters* (Reno, University of Nevada Press, 1997).
- David W. Teague, *The Southwest in American Literature and Art: The Rise of a Desert Aesthetic* (Tucson, University of Arizona Press, 1997).
- Barbara Traub, *Desert to Dream* (San Francisco, Immedium, 2011).
- Stephen Trimble, *The Sagebrush Ocean: A Natural History of the Great Basin* (Nevada, University of Nevada Press, 1989).
- John C. Van Dyke, *The Autobiography of John C. Van Dyke* (Salt Lake City, University of Utah Press, 1993).

—, *The Desert: Further Studies in Natural Appearances* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1901). Reeditado con una introducción de Peter Wild (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999).

Bert Webber, *Over the Applegate Trail to Oregon in 1846* (Medford, Webb Research Group, 1996).

Sessions S. Wheeler, *The Black Rock Desert* (Caldwell, The Caxton Printers, 1978).

7. La montaña interior: el desierto Oriental (Egipto)

St. Antony, trans. Derwas J. Chitty, *The Letters of St Antony the Great* (Oxford, SLG Press, 1975).

St. Athanasius, *The Life of St Antony* (Londres, The Author, 1697) [hay trad. cast.: *Vida de Antonio*, Madrid, Ciudad Nueva, 2013].

—, *The Life of Antony and the Letter to Marcellinus* (Nueva York, Paulist Press, 1980).

—, *The Paradise Or Garden of the Holy Fathers* (Londres, Chatto & Windus, 1907).

Sahar Abdel-Hakim and Deborah Manley (eds.), *Travelling Through the Deserts of Egypt: From 450 bc to the Twentieth Century* (El Cairo, The American University in Cairo Press, 2009).

M. R. Balme (ed.), *Martian Geomorphology* (Londres, Geological Society, 2011).

Elizabeth S. Bolman (ed.), *Monastic Visions: Wall Paintings in the Monastery of St Antony at the Red Sea* (New Haven, Yale University Press, 2002).

David Brakke, *Athanasius and the Politics of Asceticism* (Oxford, Clarendon Press, 1995).

Peter Brown, *The Body and Society: Men, Women and Renunciation in Early Christianity* (Londres, Faber & Faber, 1989) [hay trad. cast.: *El cuerpo y la sociedad*, Barcelona, El Aleph, 1993].

- Edward North Buxton, *On Either Side of the Red Sea* (Londres, Edward Stanford, 1895).
- Christian Cannuyer, *Coptic Egypt: The Christians of the Nile* (Londres, Thames & Hudson, 2001).
- Douglas E. Christie, *The Blue Sapphire of the Mind: Notes for a Contemplative Ecology* (Nueva York, Oxford University Press, 2013).
- Isabel Colegate, *A Pelican in the Wilderness: Hermits, Solitaries and Recluses* (Londres, HarperCollins, 2002).
- James Cowan, *Desert Father: A Journey in the Wilderness with Saint Antony* (Boston, New Seed Books, 2006).
- Robert Curzon, *Visits to Monasteries in the Levant* (Londres, George Newnes, 1897).
- William Dalrymple, *From the Holy Mountain* (Londres, Flamingo, 1998).
- Andre von Dumreicher, *Trackers and Smugglers in the Deserts of Egypt* (Londres, Methuen & Co, 1931).
- Gawdat Gabra, *Coptic Monasteries: Egypt's Monastic Art and Architecture* (El Cairo, American University in Cairo Press, 2002).
- Nelson Glueck, *Rivers in the Desert: The Exploration of the Negev* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1959).
- Mark Gruber, *Sacrifice in the Desert* (Lanham, University Press of America, 2003).
- Martin Hense y Steven E. Sidebotham, *The Red Land: The Illustrated Archaeology of Egypt's Eastern Desert* (El Cairo, American University in Cairo Press, 2008).
- Vivian Ibrahim, *The Copts of Egypt* (Nueva York, I. B. Tauris, 2013).
- David Jasper, *The Sacred Desert: Religion, Literature, Art and Culture* (Oxford, Blackwell, 2004).
- Jill Kamil, *Christianity in the Land of the Pharaohs: The Coptic Orthodox Church* (Londres, Routledge, 2002).
- O. H. E. Khs-Burmester, *A Guide to the Monasteries of the Wadi'n-Natrun* (El Cairo, Société d'Archéologie Copte, 1954).
- Jacques Lacarriere, *The God-Possessed* (Londres, Allen & Unwin, 1963).

- Belden C. Lane, *The Solace of Fierce Landscapes: Exploring Desert and Mountain Spirituality* (Nueva York, Oxford University Press, 1998).
- Percival Lowell, *Mars and Its Canals* (Nueva York, Macmillan, 1906).
- Michael W. McClellan, *Monasticism in Egypt* (El Cairo, American University in Cairo Press, 1998).
- Sara Maitland, *A Book of Silence* (Londres, Granta, 2008) [hay trad. cast.: *Viaje al silencio*, Barcelona, Alba, 2010].
- Otto F. A. Meinardus, *Monks and Monasteries of the Egyptian Deserts* (El Cairo, The American University in Cairo Press, 2003).
- H. V. Morton, *Through Lands of the Bible* (Londres, Methuen & Co, 1938).
- Henri J. M. Nouwen, *The Way of the Heart* (Nueva York, Daybreak, 1990).
- Palladius, *The Lausiaca History of Palladius* (Nueva York, Macmillan, 1918).
- Samuel Rubenson, *The Letters of St Antony: Origenist theology, Monastic Tradition and the Making of a Saint* (Lund, Lund University Press, 1990).
- Evelyn Dorothea Russell, *Medieval Cairo and the Monasteries of the Wadi Natrun* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1962).
- Samuel al Syriany, *Guide to Ancient Coptic Churches and Monasteries in Upper Egypt* (El Cairo, Institute of Coptic Studies, 1990).
- E. Tawadros, *Geology of Egypt and Libya* (Rotterdam, A. A. Balkema, 2001).
- Martyn Thomas (ed.), *Copts in Egypt* (Zurich, G2W-Verlag, 2006).
- Constantin von Tischendorf, *Travels in the East* (Londres, Longman, 1847).
- Leon Arthur Tregenza, *The Red Sea Mountains of Egypt* (Londres, Oxford University Press, 1955).
- Helen Waddell, *The Desert Fathers* (Londres, Constable, 1936).
- Johann Michael Wansleben, *The Present State of Egypt; Or, A New Relation of a Late Voyage Into That Kingdom, Performed in the Years 1672, and 1673, Wherein You Have An Exact and True Account of*

Many Rare and Wonderful Particulars of That Ancient Kingdom
(Londres, John Starkey, 1678).

James Wellard, *Desert Pilgrimage: A Journey into Christian Egypt*
(Londres, Hutchinson & Co, 1970).

Agradecimientos

En el texto se mencionan las personas e instituciones con las que mi deuda es mayor, si bien no siempre con sus verdaderos nombres.

En Faber, mi agradecimiento para Lee Brackstone, mi editor, y para Ella Griffiths, Lizzie Bishop, Samantha Matthews, Lauren Nicoll, Ruth O'Loughlin, Dan Papps, Donna Payne y Kate Ward. En Doubleday US estoy en deuda con mi editor, Gerald Howard, y con Michael Goldsmith; gracias también a Doug Pepper y Louis Dennys de Signal/Knopf, Canada; a Alan Horsfield por los mapas; y a Lucy Ridout, que hizo la corrección del texto.

Quiero expresar mi enorme deuda para con mi amigo y agente Patrick Walsh, así como para con otros amigos, colegas y personas que me inspiraron: Stuart Evers y Lisa Baker, Stephanie Cross, Lucy Abraham y Neil Cameron, Betsy y Thomas Cameron, Guy y Alanna Griffiths, Ellen Blythe, Judith Adams y Simon Warner, John Ash, Simon Baker y Hilda Breakspear, James Cowan, Catherine Eccles y Joe Gannon, William L. Fox, Andrew Goudie, Nick Holdstock, Brad Holland, Gregory McNamee, Daniel Pinchbeck, Owen y Catherine Sheers, Michael Welland y Caron Welland, Susan Whitfield, los Yates (en especial Charlie y Evie), Chris y Angus Patterson; y Chloe, Katherine, Keith y Gill Atkins.

Mi agradecimiento a Arts Council England por la beca; a la Biblioteca Gladstone en Hawarden por la residencia, y de manera especial a Philip Davies y el Eccles Centre for American Studies, por el regalo que supuso el premio Eccles British Library Writer.



WILLIAM ATKINS (1976) vive en Londres. Ha trabajado como editor y paralelamente como periodista para *Harper's*, *Granta*, *The Guardian* y *The New York Times*.

Su primer libro, *The Moor* (Faber, 2014), fue preseleccionado en el Wainwright Prize; el segundo, *The Immeasurable World* (Faber, 2018) ha ganado el premio Stanford Dolman Travel Writing Award. Además, en 2016 recibió el premio Eccles de la Biblioteca Británica. Recientemente ha participado como editor invitado en un número especial de literatura de viajes de *Granta*, publicado en noviembre de 2021.

EL MUNDO INCONMENSURABLE WILLIAM ATKINS

Viajes por lugares desérticos



Lectulandia